

LA ENCRUCIJADA COTIDIANA

Cuando la incertidumbre por el futuro
atraviesa las subjetividades



GRACIELA CASTRO
YUSSEF BECHER

LA ENCRUCIJADA COTIDIANA

LA ENCRUCIJADA COTIDIANA

Cuando la incertidumbre
por el futuro atraviesa
las subjetividades

Graciela Castro y Yussef Becher



La encrucijada cotidiana: cuando la incertidumbre por el futuro atraviesa las subjetividades / Graciela Castro; Yussef Becher. – 1a ed. – Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Teseo, 2026. 266 p.; 20 x 13 cm.

ISBN 978-987-723-502-9

1. Jóvenes. 2. Políticas Públicas. I. Becher, Yussef II. Título
CDD 320.092

© Editorial Teseo, 2026

Buenos Aires, Argentina

info@editorialteseo.com | **www.editorialteseo.com**

Hecho el depósito que previene la ley 11.723

DOI: 10.55778/ts877235029

Imagen de tapa: Richard Stachmann en Unsplash

Las opiniones y los contenidos incluidos en esta publicación son responsabilidad exclusiva del/los autor/es.



EBOOK



TeseoPress Design (www.teseopress.com)

ExLibrisTeseoPress 263340. Sólo para uso personal
teseopress.com

Índice

Prólogo	11
<i>Graciela Castro y Yussef Becher</i>	
1. Subjetividades juveniles y políticas sociales. Enfoques para un análisis situado.....	21
<i>Yussef Becher</i>	
Introducción	21
Juventudes. Más allá del reloj de arena	23
El género en la construcción de la subjetividad.....	27
Sobre la concepción de Estado y burocracia	29
Políticas sociales: presupuestos teóricos.....	30
Conclusión	33
Referencias bibliográficas	35
2. Gestión híbrida en políticas de empleo juvenil.	
Primeros análisis del Programa Empezar en San Luis	41
<i>Yussef Becher</i>	
Apuntes previos	41
Metodología.....	43
Acceder al programa: capitales propios y desigualdades generacionales	45
El vínculo con lxs capacitadorxs: falta de regulación y Estado ausente.....	50
El contacto con la administración del Empezar: virtualidad e individualización de la acción estatal.....	56
Reflexiones finales.....	58
Referencias bibliográficas	60
3. Del mostrador al chat. Transformaciones de la atención estatal en el PROGRESAR.....	65
<i>Yussef Becher</i>	
Introducción	65
Burocracia y virtualización	66

PROGRESAR: su derrotero a través de los diferentes gobiernos nacionales	69
Burocracia virtual y gestión entre pantallas	73
Conclusiones	82
Referencias bibliográficas	85
4. Se dice de mí	89
<i>Graciela Castro</i>	
Introducción	89
Inicio de la travesía	91
De lo personal a lo colectivo	93
La calesita de la historia.....	98
Solo gritos y pocos caracteres.....	108
Reflexiones inconclusas.....	110
Bibliografía consultada	112
5. La vida cotidiana contemporánea	115
<i>Graciela Castro</i>	
Introducción	115
Sin lugar para festejos	116
¿Hay algo más allá de la costumbre?	118
Cuéntame quién eres.....	125
Del yo al otro	129
El otro y las pantallas.....	134
Bailando en la cornisa cotidiana	143
Bibliografía.....	148
6. Juventudes y educación	151
<i>Graciela Castro</i>	
Introducción	151
La educación en la encrucijada de los tiempos	153
La universidad pública ante los cambios históricos	156
Tras los pasillos de la universidad	161
Estado, ley y universidades	163
Cuando la educación era una quimera.....	166
Cuando el globo se enfermó.....	168
El conocimiento versus las mercancías.....	173
Hacia dónde van las universidades hoy.....	179
Especialización versus interdisciplinariedad	182

A modo de final abierto	184
Bibliografía	189
7. ¿Qué cosa es esa, la política?	193
<i>Graciela Castro</i>	
Introducción	193
Por los pasillos universitarios	194
Cuando militar no es negativo.....	205
Subjetividades fragilizadas.....	207
¿Y mi derecho dónde está?	222
Bibliografía	231
<i>Post scriptum</i> acerca de las juventudes	235
<i>Graciela Castro</i>	
El sentido del <i>post scriptum</i>	235
Primera parada.....	237
Segunda parada.....	240
Tercera parada.....	248
¿ <i>Quo vadis</i> , futuro?.....	254
Bibliografía	261
Autores	263

Prólogo

GRACIELA CASTRO Y YUSSEF BECHER

¶Podiera ser tan feliz esta noche!
Aún quedan ensueños rezagados.
¶Y tantos libros! ¶Y tantas luces!
¶Y mis pocos años! ¿Por qué no?
La muerte está lejana. No me mira.
¶Tanta vida, Señor!
¿Para qué tanta vida?

Alejandra Pizarnik, *Antología poética* (2010)

Una vez más nos atrevemos a invitar a lxs lectorxs interesadosxs a acercarse a los análisis que nos conducen a observar, conocer y reflexionar sobre aspectos relativos a las culturas juveniles. Nuestras investigaciones se caracterizan por ser situadas y se desarrollan en la provincia de San Luis (Argentina). Iniciamos las tareas investigativas en el año 2000 teniendo como sede académica la Universidad Nacional de San Luis. En el transcurso de los veinticinco años de vigencia del proyecto, el eje central fueron las juventudes. Por cuestiones de organización de la universidad, cada cuatro años realizamos las presentaciones correspondientes en la Secretaría de Investigación, Desarrollo e Innovación (I+D+i) de la propia universidad. Junto a esos proyectos radicados en ella, en distintos momentos también llevamos a cabo las actividades a través de subsidios de la Agencia Nacional de Promoción de la Investigación, el Desarrollo Tecnológico y la Innovación. En todos los casos, nos centramos en las juventudes de la provincia; entendemos la necesidad e importancia que revisten las investigaciones situadas, por cuanto los territorios que habitan superan el aspecto geográfico y comprenden elementos culturales,

sociales, económicos y políticos que agregan perfiles interesantes en la construcción de sus identidades sociales.

En cada tiempo de los diversos proyectos, agregamos ejes de análisis que entendíamos valiosos para conocer y comprender las culturas juveniles. Así fue que, en el primer libro donde expusimos avances del proyecto, realizamos un estudio empírico que nos permitiera conocer las realidades de las juventudes en cuanto a aspectos educativos, uso de las tecnologías de información y comunicación, incidencia de la cultura política provincial, participación, características de la vida cotidiana, trabajo, realidades de espacios urbanos y rurales, entre otros. Dicho estudio abarcó toda la provincia y fue el primero que se realizó de esa manera. De ese trabajo resultó el libro: *Con voces propias. Miradas juveniles contemporáneas en San Luis* (Editorial El Tabaquillo, 2014).

En el siguiente libro, abordamos la incidencia de las familias en la construcción de las subjetividades; las políticas sociales destinadas a juventudes y el papel del género; las representaciones sociales; la participación política; la vida cotidiana y su influencia en la incorporación en las prácticas políticas. Todo ello se presentó en el libro *Militancias y políticas juveniles. Involucramientos sociales en contextos provinciales* (Ed. Teseo, 2018). En los libros que continuaron, seguimos abocándonos a la participación, la vida cotidiana, el género, los cuidados, las políticas públicas, la memoria social. Ellos fueron: *Juventudes en movimiento. Avatares y desafíos* (Ed. Teseo, 2020); *La visita inesperada. Escenas de pandemia* (Editorial Teseo, 2021); *Juventudes de provincia. Tramas de pandemia* (Editorial Grupo Editor Universitario, 2022). Asimismo, participamos en textos colectivos con resultados de nuestro proyecto de investigación: *Juventudes: protagonistas sin ficciones. Análisis y propuestas* (Ed. Grupo Editor Universitario, 2024). Este último incluyó trabajos que fueron expuestos en una jornada, organizada desde nuestro proyecto de investigación, donde participaron investigadorxs de todo el país.

A lo largo de los años de vigencia del proyecto, el equipo se fue modificando en cuanto a sus integrantes, manteniéndose la dirección. En 2012, se incorporó al grupo Yussef Becher, y desde ese momento ambos trabajamos activamente en las actividades propias de la investigación y de modo especial ocupándonos de la compilación de los libros ya señalados. A través de los años, cada integrante se fue dedicando en particular a los temas de mayor interés de cada una, en función de sus propias formaciones, pero siempre orientado a las juventudes.

Si bien en los últimos años otros grupos de investigación –en la propia universidad– comenzaron a interesarse por algunos aspectos del estudio de las juventudes, nuestro equipo es el que cuenta con mayor antigüedad en la provincia, lo cual permite ser reconocido como referente en el estudio del tema en el país, y ello favorece los vínculos con investigadorxs nacionales e internacionales. Somos conscientes de la importancia de atender las culturas juveniles: escuchar y conocerlas, sin anteojeras adultocéntricas ni mimetizándonos en sus comportamientos. Solo observar, escuchar, compartir sus ilusiones y sus incertidumbres, siempre bajo el paraguas de investigaciones rigurosas y comprometidas. Así mismo, desde nuestro equipo de investigación, nos interesa aportar al conocimiento y la difusión de actividades científicas que se llevan a cabo desde el interior del país y contribuir a la importancia de federalizar los avances que se realizan desde las universidades del interior.

En esta ocasión incluimos textos de autoría de Yussef Becher y Graciela Castro, y nuestros análisis comprenden estudios realizados entre 2023 y 2025. Entendemos que abocarnos a estos años puede resultar de interés para quienes se ocupan del estudio de las juventudes pues las dimensiones que abordamos en los textos están íntimamente vinculadas con los avatares políticos vividos en Argentina: final de un gobierno con tintes progresistas aunque finalizado con profundas frustraciones en quienes lo eligieron y

el inicio de un gobierno de derecha autoidentificado como libertario con perfiles y acciones marcadamente opuestos a los derechos logrados en años anteriores y desfinanciamiento hacia la salud, la educación, el trabajo, los organismos científico-tecnológicos, la cultura y graves situaciones en la economía de la población. Así, junto al predominio de organismos financieros internacionales en la situación del país, se acrecientan las desigualdades y se advierte un desencanto hacia la política y sus actores. En ese contexto, las juventudes son identificadas como seguidoras del nuevo gobierno nacional mientras padecen desocupación y desatención en sus derechos.

Como investigadores en ciencias sociales en la universidad pública, somos testigos del descrédito que –desde el gobierno nacional– se realiza hacia las ciencias sociales y afrontamos el desfinanciamiento hacia las universidades. Frente al detrimento, continuamos trabajando bajo la consigna de respetar el conocimiento científico, riguroso y crítico, sabiendo que los aportes de nuestras ciencias han demostrado en momentos de crisis –como fue durante la pandemia por COVID-19– sus avances y sus trabajos de importancia para –en nuestro caso– acercarnos a las juventudes sin cortapisas ni prejuicios, caminar a su lado, conocerlas y escucharlas. De igual manera, continuamos manteniendo la necesidad de realizar estudios situados y las publicaciones; asimismo, los encuentros entre quienes investigamos el tema constituyen un aporte para el desarrollo de los estudios científicos.

En el libro se incluyen artículos cuya autoría corresponde a Yussef Becher. El primero, “Subjetividades juveniles y políticas sociales: enfoques para un análisis situado”, plantea un giro central en los estudios de juventud dentro de las ciencias sociales: el abandono de concepciones biologicistas que definían la juventud en función de la edad y el tiempo vital, para comprenderla como una construcción sociohistórica, relacional y situada. En este marco, las políticas sociales dirigidas a jóvenes constituyen un terreno clave

para analizar cómo el Estado clasifica, gestiona e interpela a estos sujetos, pero también cómo ellos negocian, resignifican o resisten dichas intervenciones. El texto destaca la importancia de atender a la producción de subjetividades juveniles en interacción –y tensión– con discursos, dispositivos y prácticas estatales. Para ello, integra dimensiones que han complejizado el campo de estudios sobre juventud: las desigualdades de clase, género y territorio; la historicidad de las experiencias juveniles; y los modos concretos de interpelación estatal. A la vez, incorpora perspectivas contemporáneas sobre el Estado que enfatizan su carácter heterogéneo, no lineal y atravesado por relaciones de poder contingentes. Desde esta mirada, las políticas sociales no son procesos secuenciales de formulación e implementación, sino arenas donde diversos actores producen sentidos, reglas y formas de relación. Así, lxs jóvenes dejan de ser meros destinatarixs para convertirse en sujetos activos que participan en la performatividad de las políticas, influyendo en su funcionamiento cotidiano.

El segundo artículo, “Gestión híbrida en políticas de empleo juvenil: primeros análisis del Programa Empezar en San Luis”, presenta los primeros avances de una investigación posdoctoral centrada en las experiencias de jóvenes participantes del programa social de empleo Empezar, vigente en la provincia de San Luis hasta 2024. A partir de las entrevistas realizadas, el análisis se orienta a comprender cómo los dispositivos del programa configuran una gestión híbrida de la política social, marcada por la articulación –y en ocasiones predominio– de intereses y prácticas propios del sector privado dentro de un esquema de intervención estatal. A partir de ello, el artículo identifica tres ejes que evidencian la hibridez del programa en su etapa de gestión:

- a. los criterios y las dinámicas de ingreso;
- b. las relaciones establecidas con lxs capacitadorxs;
- c. los modos de contacto y comunicación con la administración estatal.

El texto se propone analizar estos ejes combinando los datos producidos hasta la fecha con una reflexión crítica sobre las tensiones entre intervención pública, iniciativa privada y las experiencias concretas de las juventudes receptoras.

El último artículo, “Del mostrador al chat: transformaciones de la atención estatal en el PROGRESAR”, examina la dimensión virtual de la gestión del Programa de Respaldo a Estudiantes Argentinos (PROGRESAR) desde la perspectiva de lxs jóvenes receptorxs, el cual evidencia una creciente digitalización desde la pandemia por COVID-19. La investigación, de carácter cualitativo y situada en la ciudad de Villa Mercedes (San Luis), se focaliza en la línea universitaria del PROGRESAR, especialmente relevante en el territorio por la presencia local de dos universidades nacionales. El estudio se inscribe en una trayectoria más amplia de indagación sobre el programa, iniciada en 2016, que permite afirmar la profundización y consolidación de su infraestructura digital. El texto se estructura en cuatro apartados: primero, un análisis de la relación entre burocracia y virtualización en un contexto social marcado por su aceleración durante la pandemia; segundo, una descripción detallada del PROGRESAR como programa socioeducativo y laboral, atendiendo a las transformaciones derivadas de distintos gobiernos; tercero, el abordaje empírico del objetivo central a partir de las voces de lxs jóvenes entrevistadxs; y finalmente, un cierre que presenta interrogantes y líneas de avance para la investigación posdoctoral. En conjunto, el texto problematiza cómo la digitalización de la política pública reconfigura la experiencia juvenil, las formas de gestión burocrática y los modos de interacción con el Estado.

En la segunda parte, los artículos corresponden a Graciela Castro. El primero de ellos se centra en las maneras en que las juventudes se autoperceben y los modos en que los adultos definen la representación de

ellxs. Dicho artículo se titula “Se dice de mí”. Como una vía para conocer esa autopercepción, se toman en cuenta las preocupaciones que afectan al colectivo sociogeneracional a fin de indagar si predominan situaciones personales o colectivas. Intentamos así poner en tensión la coincidencia o discrepancia en las representaciones de lxs adultxs y lo que muestran lxs jóvenes. En el mismo texto, procuramos conocer los intereses con relación a la vida en sociedad y la incidencia de las redes sociales que retomariamos en otros textos.

En el segundo de los textos, ya a partir de su título apelamos a la categoría central de nuestras investigaciones: “La vida cotidiana contemporánea”. Con la premisa de comprender dicha categoría –tal como expresaba Ágnes Heller– como la *esencia* de la historia, procuramos hacer un recorrido por las circunstancias sociales, culturales y políticas actuales que influyen en su construcción. Apelamos, como es habitual, a las respuestas que nos brindan lxs jóvenes a las encuestas que les proponemos desde el proyecto para conocer sus preocupaciones con relación a ese presente y la incertidumbre frente al futuro. Consideramos el papel de los afectos en la politicidad de la vida cotidiana y la incidencia de las redes sociales en los vínculos interpersonales.

El tercer artículo –de la segunda parte de este texto– lo dedicamos a las juventudes y la educación. Consideramos necesario dedicar el artículo en su totalidad a ese eje pues entendemos de suma importancia en la construcción de una ciudadanía activa, crítica y comprometida el papel que corresponde a una de las instituciones dominantes como es la educación, y en ella nos detuvimos en las universidades por ser el espacio que elegimos para el desarrollo de nuestra vida académica y, fundamentalmente, por valorar el papel del conocimiento que en ella se puede desplegar. En el artículo procuramos describir los aspectos históricos, políticos y sociales que han influido –desde sus orígenes hasta la

actualidad– en el funcionamiento de las universidades y el impacto del desfinanciamiento a partir de la asunción del gobierno libertario. También nos atrevemos a invitar a una reflexión a los actores universitarios, a la propia organización y a las juventudes pues, tras la alteración global ante la presencia del COVID-19, se agudizaron algunas dificultades en la docencia, lxs estudiantes y las demandas sociales.

En el cuarto artículo, decidimos focalizarnos en la política y sus actores. Así lo titulamos: “¿Qué cosa es esa, la política?”. Partimos de considerar a la política como el instituido central en la democracia. A partir de ella, nos interesó conocer las actitudes y representaciones de las juventudes hacia lxs actorxs políticxs. Con esas respuestas buceamos en la incidencia de la confianza en las relaciones interpersonales, los afectos y la construcción de la subjetividad política. Volvimos a retomar la categoría base de nuestra investigación, como es la vida cotidiana, y una vez más advertimos la incidencia de las redes sociales y su influencia en modos de comportarse socialmente.

Sin dudas, en todos esos artículos, lxs lectorxs hallarán una recurrencia a algunas categorías y búsqueda de información a través de las encuestas propuestas en los dos últimos años calendario con relación a ciertos ejes. Nos pareció apropiado retomar en alguno de ellos dichos elementos, pues los momentos temporales fueron diferentes, pero la influencia y la recurrencia señaladas en las respuestas de lxs jóvenes evidenciaron la necesidad de retomarlas en los análisis. De allí que, casi finalizando el año 2025 y dos años en el gobierno libertario, sintamos la necesidad de agregar un “*post scriptum* acerca de las juventudes”. La lectura completa de los artículos anteriores nos convocaba a reflexionar sobre un final que, tomando en cuenta la realidad de hoy, pareciese conducirnos a la incertidumbre ya no personal, sino social. No buscamos arrogancia en dicha reflexión,

sino una convocatoria a comprender la complejidad que muestra el mundo en este tiempo liminal, pero pensando que ya va siendo tiempo de erradicar los fantasmas del tiempo que partió y dar espacio a nuevas construcciones sociales. Las juventudes junto a las generaciones anteriores merecen darse la oportunidad de andar unidas esos nuevos caminos colectivos.

Villa Mercedes (San Luis)
Diciembre de 2025

1

Subjetividades juveniles y políticas sociales

Enfoques para un análisis situado

YUSSEF BECHER

Introducción

El estudio de las juventudes en el campo de las ciencias sociales ha experimentado, en las últimas décadas, un corrimiento significativo respecto de las concepciones que privilegiaban el tiempo biológico y la edad como marcadores centrales de la condición juvenil. La emergencia de perspectivas críticas que problematizan los enfoques naturalistas y organicistas permitió reconocer que la juventud no constituye un período homogéneo ni unívoco, sino una construcción sociohistórica y situada, atravesada por desigualdades, clivajes identitarios e inscripciones institucionales diversas. En este marco, las políticas sociales dirigidas a jóvenes se configuran como un espacio privilegiado para interrogar no solo cómo el Estado clasifica y gestiona a estos sujetos, sino también cómo operan allí procesos de significación, negociación, apropiación y resistencia.

Comprender la dimensión subjetiva de estas intervenciones supone superar lecturas que conciben a lxs jóvenes como beneficiarixs pasivos o receptores de ofertas institucionales previamente definidas. Por el contrario, se trata

de indagar las formas en que las subjetividades juveniles se producen en diálogo –y tensión– con discursos, prácticas y dispositivos estatales. Ello implica considerar de manera integrada dimensiones que el campo de estudios sobre juventudes ha venido complejizando: la construcción relacional de la categoría juventud; el peso de las desigualdades de clase, género y territorio; la historicidad de las experiencias juveniles; y los modos concretos en que los programas, servicios y agentes estatales interpelan, modelan o condicionan tales experiencias.

A su vez, las perspectivas contemporáneas sobre el Estado y las burocracias permiten avanzar hacia un análisis que reconozca su carácter heterogéneo, segmentado y atravesado por relaciones de poder que no son unidireccionales. Desde los enfoques foucaultianos y posfoucaultianos hasta los desarrollos de la antropología del Estado, el énfasis se desplaza hacia los modos específicos en que se ejercen, negocian y disputan prácticas de gobierno, como también hacia los márgenes, las grietas y los espacios de reconfiguración que habilitan las intervenciones sociales.

Considerar esta complejidad resulta especialmente relevante en el estudio de las políticas sociales, cuyos procesos de formulación e implementación no pueden pensarse como etapas lineales ni escindidas, sino como ámbitos en los que diversos actores –agentes estatales, organizaciones, profesionales y lxs destinatarixs– producen de manera cotidiana sentidos, reglas y formas de relación. Desde esta perspectiva, lxs jóvenes no solo son objeto de políticas, sino sujetos que participan de su performatividad productiva, transformando también las modalidades de su funcionamiento.

En este artículo se proponen una serie de enfoques y categorías teóricas especialmente fértiles para abordar la subjetividad juvenil en políticas sociales. A partir de un diálogo entre los estudios de juventudes, los análisis sobre género y generaciones, la antropología del Estado y los debates contemporáneos sobre formulación e implementación de políticas, se busca delinear un marco conceptual que

permita comprender con mayor densidad las experiencias juveniles dentro de los dispositivos estatales. Este recorrido pretende, asimismo, ofrecer herramientas para investigaciones futuras que busquen dar cuenta de cómo se configuran, disputan y transforman las subjetividades en el cruce entre juventudes, instituciones y políticas públicas.

Juventudes. Más allá del reloj de arena

El paso del tiempo biológico fue el principal elemento considerado por las ciencias sociales –hasta fines del siglo XX– para determinar el inicio o fin de una etapa en la vida de lxs jóvenes (Hall y Jefferson, 2000). Por consiguiente, los discursos naturalistas y organicistas tuvieron una importante influencia, pues en ambos casos se colocaba énfasis en las transformaciones biopsíquicas (Macri y Van Kemenade, 1993; Chaves, 2005, 2010). A partir de ello, la edad se convertía en el único aspecto común de la juventud en todas las sociedades, y su principal caracterización surgía de la no correlación entre lo físico y lo psíquico.

Los estudios estadísticos han sido influenciados por dicha perspectiva y, por ello, la necesidad de establecer un corte demográfico: edades a partir de las cuales se es o deja de ser joven (Chaves y Faur, 2006). A nivel nacional se pueden mencionar los informes del Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) –que coloca la edad joven entre los 15 y 29 años–, y, a nivel internacional, los de la Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ) y la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), señalando estas dos últimas como etapa biológica juvenil a la comprendida entre los 14 y 24 años¹.

¹ En el año 2003, un informe realizado por ambos organismos, *Juventud e inclusión social en Iberoamérica*, relativizaba el uso del corte demográfico, pues se afirmaba que las transformaciones del contexto sociocultural no permitían referirse al colectivo juvenil como una unidad biológica.

Teniendo en cuenta tales delimitaciones etarias, corresponde mencionar el ámbito jurídico donde el corte demográfico establecido por las leyes también ha ejercido su incidencia. Entre ellas, el Código Civil y Comercial, el Código Penal, la ley 26.061 de Protección Integral de los Derechos de las Niñas, Niños y Adolescentes; asimismo, a nivel internacional, la Convención sobre los Derechos del Niño. Tal como expresa Krauskopf (2000), las limitaciones etarias en materia jurídica pueden resultar complejas, pues el sujeto joven queda subsumido en la condición sociojurídica de adultx, de allí que se le aplique la legislación correspondiente a una condición que no le es propia.

En relación con lo anterior, Margulis (2015) indica que la edad –categoría atribuida al cuerpo– no es suficiente para abarcar la significación social que rodea a la juventud, como tampoco predecir a partir de dicho dato características, comportamientos y posibilidades de lxs jóvenes en la sociedad actual. A partir de ello, se introducen en el análisis de la cuestión juvenil un conjunto de signos que construyen un estilo propio: “La juventud-signo se transforma en mercancía, se compra y se vende, interviene en el mercado del deseo como vehículo de distinción y de legitimidad” (Margulis y Urresti, 1996, p. 3). Por lo tanto, se produce una fuerte ligazón con el mercado de consumo, con el aporte de los medios de comunicación masivos, de modo tal que, a mediados de los años 60, a nivel mundial, se reconoció el origen de la juventud como un sector social propio y diferenciado de otros. Aunque no fue el único factor que incidió en tal emergencia, pues los hubo también de índole política y vinculados a la construcción del colectivo como sujeto de derechos (Feixa, 1998; Hall y Jefferson, 2000; Reguillo, 2000).

Pero la juventud no es solo signo. Por consiguiente, se toma distancia –aunque ello no conduce a desconocer su importancia– del texto *La juventud no es más que una palabra* de Bourdieu (1990), pues no solo se trata de una construcción cultural, sino que también influyen condiciones

materiales que provienen del contexto. Por ello, deben introducirse en los análisis variables que derivan del estudio de las desigualdades sociales. En ese sentido, Margulis (1994) y Margulis y Urresti (1996) proponen el concepto de “moratoria social”, el cual permite distinguir entre las condiciones materiales y simbólicas en que transitan su existencia lxs jóvenes pertenecientes a clases altas y sectores populares. Lxs primeros identificarán dicho período con una etapa para postergar exigencias –principalmente las que provienen de la conformación de una familia propia y el empleo–, por ende, la posibilidad de gozar de un tiempo legítimo para dedicarse al estudio y la capacitación. En cuanto a lxs jóvenes de sectores populares, la situación es distinta, pues no poseen el tiempo o el dinero necesario para disfrutar de iguales capitales que sus congéneres de clases medias o altas; en los jóvenes de estratos socioeconómicos medios o bajos, la juventud se define por la posición que ocupan dentro del núcleo familiar (Margulis y Urresti, 1996; Margulis, 2015). Dadas las limitaciones del concepto de “moratoria social”, ante la situación de lxs jóvenes que no son portadores de los signos ni de los capitales que definirían a la juventud, se acude a una experiencia material que resulta de la moratoria vital, “un modo particular de estar en el mundo, de encontrarse arrojado en su temporalidad, de experimentar distancias y duraciones” (Margulis y Urresti, 1996, p. 3). Ahora bien, ¿en qué se diferencia de la edad estadísticamente considerada? No solo se limita al tiempo cronológico, sino que se interesa por la edad procesada por la cultura, en consecuencia, como en todo enfoque cultural, lo que importa es la historicidad (que proviene del contexto social) y la problematización acerca de lo instituyente, lo instituido y el movimiento (Reguillo, 2000).

En ese sentido, la noción propuesta para incorporar tales dimensiones es la de “generación”. Leccardi y Feixa (2011) mencionan tres momentos históricos relevantes para el análisis generacional:

1. los años 20, en los que surgió la noción de “relieve” debido a la sucesión y coexistencia de las diferentes generaciones;
2. los años 60, el período de la protesta, con el concepto de “vacío generacional” sustentado sobre la teoría del conflicto;
3. los años 90, con la aparición de la sociedad en red, en los que se originó la noción de “lapso generacional” al advertir la existencia de una generación más experta que la anterior en tecnologías digitales.

En los últimos quince años, ha habido un importante progreso en materia de indagaciones transgeneracionales que involucran a la juventud, lo cual ha permitido centrar la atención en otros clivajes identitarios tales como el sexo-género. Se menciona la necesidad de incorporarlos no como una mera variable de análisis, sino en términos de lo que producen o configuran: lo que se significa, experimenta, crea o impugna, constriñe, sanciona y regula en su relación con la clase, la edad, la etnia, las prácticas institucionales, políticas culturales, estéticas, entre otras (Elizalde, 2015). El sexo (al igual que la edad) ha sido uno de los principales clasificadores sociales en las distintas sociedades. La consideración de aquel, según la perspectiva teórica que se propone acerca de la juventud, conduce a introducir distinciones en relación con la moratoria social y vital, pues las mujeres se encuentran condicionadas por la maternidad, y de allí que el tiempo de mora se modifica, lo cual no solo afecta los aspectos socioculturales de la juvenalización, en cuanto estilo, sino también los que recaen sobre el cuerpo (Margulis y Urresti, 1996; Margulis, 2015).

Al mismo tiempo, es preciso añadir otra arista respecto de la cual se ha avanzado en los últimos años en el campo de estudios sobre juventudes: la construcción territorial (Castro, 2015). En ese sentido, los informes sobre investigaciones en el área muestran una mayor amplitud de

indagaciones que ya no solo se concentran en Ciudad de Buenos Aires (CABA) y el Área Metropolitana, sino también en otras regiones del país (Chaves, 2009; Zaffaroni, 2012; Borobia, 2014; Rovacio, Arias, Galetto y Pacheco, 2016; Beretta, Cozzi, Estévez y Trincheri, 2017; D'Aloisio, Plaza Schaefer y Previtali, 2019).

De lo antes mencionado, es posible advertir que la juventud es un concepto construido de modo relacional con otros criterios identitarios (la edad, el sexo, el género, la clase), que muestran la heterogeneidad de las condiciones en que se encuentra anclada la existencia del colectivo, por ello, el uso del término “juventudes”, tal como afirma Vommaro (2015): “Pensamos entonces, junto con otros autores, que la juventud es una noción dinámica, sociohistórica y culturalmente construida, que es siempre situada y relacional” (p. 17).

El género en la construcción de la subjetividad

El género construye una diferencia al interior del sistema de posicionamientos sociales, por lo que Joan Scott (1996) lo define considerándolo un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las distinciones entre los sexos, y una forma primaria de relaciones significantes de poder. En cuanto al primer punto, señala que el género comprende cuatro elementos: símbolos culturalmente disponibles que evocan representaciones múltiples y contradictorias; imposición de representaciones dominantes; influencia de instituciones y organizaciones sociales (familia, empleo, educación, política); construcción de identidades de género vinculadas con organizaciones y representaciones culturales. Con relación al segundo punto, Scott (1996) afirma: “... el género es el campo primario dentro del cual o por medio del cual se articula el poder” (p. 26). Por consiguiente, construye relaciones asimétricas entre varones y mujeres tanto

en el ámbito doméstico, con la asignación de responsabilidades de cuidado, como en los espacios públicos.

A partir de desarrollos posteriores, Judith Butler (2007) plantea el carácter de construcción social de aquello que consideramos como natural o dato biológico que proviene del sexo. En ese sentido, tanto sexo como género son construcciones sociales; sin embargo, algunas autoras (Lamas, 2002; Facio y Fries, 2005; Pautassi, 2007; Richard, 2008) sostienen que conviene mantener la diferencia entre los conceptos a fin de reconocer las desigualdades que derivan de los patrones socioculturales en torno al género.

Tal como asevera Margulis (2015), tanto la edad como el sexo constituyen dos de los principales clasificadores sociales, aunque existen profundas distinciones entre uno y otro. Por su parte, Mintz (2008) establece las semejanzas entre ambas categorías, por cuanto son un constructo social que implica una urdimbre de significados y valores particulares insertos en un contexto cultural; no obstante, como señala el autor, a pesar de estas coincidencias, existen notables contrastes pues la edad es una etapa más fluida, mientras que las diferencias sexuales, como componente de la desigualdad, tienden a acompañar la experiencia vital. Asimismo, tal como se refirió, al igual que otros condicionantes sociales, se interrelacionan con clase o sector social de pertenencia, por lo cual el sexo es más proclive a ser objeto de segregación y prácticas discriminatorias que la edad. Ello equivale a afirmar que es posible que vivencie mayores situaciones de discriminación una mujer joven pobre que un varón joven pobre.

Elizalde (2015) afirma que en los últimos años se han producido avances en las ciencias sociales en torno a considerar la edad como una etapa de transición hacia otra, pero con las identidades sexuales y de género no ha sucedido lo mismo, pues aún se las considera como una condición estable más que como una posibilidad de experiencia que puede ir modificando con el paso del tiempo.

Sobre la concepción de Estado y burocracia

Según el enfoque que se adopta, el Estado es representado como dos polos, en uno de sus extremos se encuentra el poder dominante de lo público y, en el otro, las resistencias. Tales ideas son herederas del pensamiento foucaultiano sobre el poder, las cuales suponen, como explican Abélès y Badaró (2015), “deslegitimar los instrumentos tradicionales de la teoría política” (p. 57), por cuanto el acento no está puesto en lo que legitima al poder apelando a los modelos institucionalistas: acá lo que importa es cómo, en el sentido de los fines que se persiguen, y sobre quiénes se ejerce el dominio estatal. A partir de ello, el sujeto se convierte en el foco de atención, pues, tal como explica Foucault (1988), “no hay una relación de poder sin resistencia, sin escapatoria o huida, sin un eventual regreso” (p. 19).

Deleuze y Guattari (2004) reconocen en el Estado, como en toda institución, una segmentariedad que se objetiva a través de la presencia de líneas molares y moleculares; se trata de espacios en donde las personas se encuentran con estructuras menos permeables, lo molar, pero, al mismo tiempo, con flujos externos, moleculares, que van agrietando las estructuras y adquiriendo menor o mayor visibilidad. En ese sentido, Guattari y Rolnik (2006) señalan:

Toda problemática micropolítica (que es el ámbito de lo molecular) consiste, exactamente, en intentar agenciar los procesos de singularización en el propio nivel en el cual emergen [...] con el fin de frustrar su cooptación por la producción de subjetividad capitalística (p. 152).

Haney (1996), por su parte, en su etnografía sobre ámbitos públicos, menciona que el Estado se halla conformado por diversos contextos institucionales que muestran dualismos y heterogeneidades; aclara: “Estos dualismos problematizan la predominancia de concepciones del Estado como una estructura homogénea y singular” (p. 773. Traducción

propia). En consecuencia, sugiere la posibilidad de comprender lo público como un ente fragmentado y en capas, con varios sitios de control y resistencia. Sumado a ello, el aporte de Das y Poole (2008) contribuye a comprender el modo en que se comportan e interrelacionan los espacios de control y resistencia; las antropólogas parten de considerar la existencia de márgenes en donde el Estado disminuye su capacidad de regulación, de allí que los actores puedan reapropiarse de sus mecanismos de disciplinamiento. Tales márgenes no se ubican por fuera del Estado, “sino [...] ríos que fluyen al interior y a través de su cuerpo” (p. 29), y es allí, en esa intersección entre lo público y los sujetos, donde se producen formas de resistencia que logran modificar, en algunas circunstancias, la regulación estatal. Si bien el Estado es representado por dos polos –de un lado, el dominio de lo público, y del otro, las resistencias–, vale aclarar que la relación entre ambos no es lineal; por ende, aparecen modos particulares de negociación que, tal como señalan Abélès y Badaró (2015), contribuyen a desmitificar la imagen de un Estado que ejerce poder sobre un ciudadano ingenuo:

... no quedar atrapado en la trampa del binomio heurístico subordinación-resistencia... la tendencia a concebir la posición de los actores sociales en estas relaciones sea como subordinados que acatan pasivamente su subordinación... (p. 73).

Políticas sociales: presupuestos teóricos

Oszlak y O'Donnell (1981) definen las políticas públicas como el conjunto de toma de decisiones, por acción u omisión, de parte de la administración pública, que manifiestan una determinada modalidad de intervención ante una cuestión que concita la atención, el interés o la movilización de otros actores de la sociedad civil. Por ende, las políticas sociales constituyen una forma específica de intervención

estatal; se trata de aquellas de contenido social que se orientan, en el sentido que moldean y producen, a las condiciones y la reproducción de la vida de un determinado sector de la sociedad, especialmente operando en el momento de la distribución secundaria del ingreso, tras la aplicación de tributos (Danani, 2004).

Si bien las políticas sociales, en el contexto de los Estados de bienestar, buscan remediar las disparidades producidas por el sistema capitalista, de allí el efecto compensatorio que ejercen sobre él, además pueden lograr modificaciones favorables en las condiciones de vida de la población. En ese sentido, tal como señalan Adelantado *et al.* (1998), las intervenciones sociales suelen aparecer como una “red salvadora” de todo aquello que el mercado centrifuga en “las cunetas de la periferia” sin negarle su potencia redistributiva. Aunque, continúan los autorxs, aquel no sería el papel central de las políticas sociales, más bien lo contrario, pues en su labor de estructuración social definen y modulan desigualdades sociales, con efecto a corto o largo plazo; por lo tanto, en la mayoría de los casos, no logran modificar las estructuras sociales injustas, sino que las sostienen o perpetúan.

Comúnmente, tales políticas han sido estudiadas según su diferenciación en dos etapas que, a su vez, comprenden otras: diseño e implementación. Mientras que la primera se encuentra asociada al interés general de la sociedad, la segunda, a la burocracia estatal (Oszlak, 1980; 2006). Sin embargo, otros autorxs plantean diferentes distinciones que incorporan aspectos compartidos de las fases de diseño e implementación. Por su parte, Regonini (1989) propone el análisis de las intervenciones sociales a través de imágenes monocéntricas y policéntricas. El primer enfoque responde a las teorías normativistas de la democracia y el papel central de las decisiones gubernamentales en las que no solo ocupa un rol importante el gobernante, sino también el partido político (*party government*); en consecuencia, esta perspectiva posee mayor recepción en las investigaciones sobre

implementación. En cambio, las imágenes policéntricas de la política ponen énfasis en el examen de las negociaciones del gobierno con grupos de interés, lo cual permite una visión más amplia en relación con los actores que intervienen en el *policy making*; asimismo, se incorpora la imagen de la comunidad para explicar la participación de determinados actores (Regonini, 1989).

Al mismo tiempo, otros investigadores en el área sugieren nociones tales como “gestión social”, “elaboración de políticas”, “performatividad” y “productividad”. A partir de la distinción entre políticas y programas sociales, en donde las primeras responderían a procesos amplios –“cuestiones socialmente problematizadas”–, en tanto los segundos se orientan a resolver problemas específicos desde un diagnóstico expresado en sus objetivos, la gestión social se vincula con las intervenciones sociales “en acto”. Ello implica una mayor proximidad con los programas y, en particular, con su etapa de implementación, aunque se considera que la gestión actúa como mediadora entre la política y las acciones concretas, entre los procesos macro y la vida cotidiana de la población (Chiara y Di Virgilio, 2009). Por otro lado, se usa el concepto de “elaboración de políticas” como un modo de integrar sus diferentes etapas, especialmente, el diseño, la gestión, el monitoreo y la evaluación (Giménez Mercado y Adarme, 2010). En relación con las nociones de “performatividad” y “productividad”, La Serna *et al.* (2010) señalan que la primera instancia se relaciona con las interacciones que se producen entre los actores colectivos y el Estado, motivados en su actuación por el interés sobre la orientación de la política; en tanto la segunda etapa, momento productivo, refiere a los intercambios “cara a cara” entre prestadores (médicos, asistentes, educadores) y receptores de los servicios (pacientes, pobladores, alumnos), por consiguiente, en esta última la política adopta sus rasgos más concretos y definitivos. Desde la antropología y los estudios etnográficos, se advierte que las políticas no pueden ser analizadas escindiendo etapas de formulación e implementación,

como tampoco dejando fuera a los sujetos de dicho proceso, por lo cual deviene necesario “hilar prácticas” y relaciones sociales que producen y van produciendo, reproduciendo y dando forma a las políticas (Isacovich, 2013). Por ello, si bien se utilizan los conceptos de “diseño” (o “formulación”) e “implementación”, se considera fundamental incluir en cada una de las “etapas” de la política social el rol asignado a lxs destinatarixs, actores con intereses particulares que se vinculan entre ellxs y con lxs agentes estatales.

Conclusión

El recorrido realizado permite afirmar que el análisis de las juventudes en el marco de las políticas sociales exige poner en tensión las nociones que históricamente han ordenado su estudio: la edad como marcador central, la linealidad de los ciclos vitales, las definiciones homogéneas de generación, como también las concepciones del Estado y la burocracia como estructuras unívocas y coherentes. Tal como muestran los aportes revisados, las experiencias juveniles se configuran en el cruce entre condiciones materiales desiguales, procesos simbólicos de identificación, relaciones de poder generizadas y territorializadas e interacciones situadas con agentes, dispositivos y prácticas estatales. En este sentido, la subjetividad juvenil no puede concebirse como un dato previo ni preexistente, sino como una forma en producción permanente, modelada y disputada en los espacios concretos donde se despliegan las políticas.

El reconocimiento de esta complejidad abre una serie de interrogantes que invitan a profundizar futuras indagaciones. En primer lugar, se vuelve pertinente explorar cómo se reconfiguran las subjetividades juveniles cuando los dispositivos estatales operan en clave performativa, es decir, cuando la política adquiere formas específicas en el intercambio cotidiano entre profesionales y destinatarixs. ¿Qué

nuevas modalidades de interpelación emergen allí? ¿Qué criterios de legibilidad, clasificación o distinción se actualizan, se negocian o se impugnan en esas escenas?

En segundo lugar, resulta necesario avanzar en análisis que articulen las desigualdades de clase, género, etnia y territorio no solo como condicionantes externos, sino como elementos que estructuran de modo diferencial la experiencia institucional. ¿Cómo se traducen estas desigualdades en expectativas, posibilidades, tiempos de la moratoria social o vital y en los modos de participación en los programas? ¿Qué subjetividades se habilitan y cuáles se restringen en función de estos clivajes?

Un tercer eje para profundizar refiere a la necesidad de comprender la heterogeneidad interna del Estado, sus tensiones, márgenes y capas. ¿Cómo inciden estas variaciones institucionales en la producción de subjetividades? ¿De qué manera las líneas molares y moleculares, los espacios de control y los márgenes de reapropiación estatal generan oportunidades distintas para la negociación, la resistencia o la creación de sentidos juveniles?

Finalmente, se abre la pregunta por las transformaciones contemporáneas en las formas de agencia juvenil, particularmente en contextos atravesados por reconfiguraciones tecnológicas, precarización laboral, cambios en los vínculos afectivos y conflictos en torno al reconocimiento de identidades sexo-genéricas. Indagar cómo estas dinámicas amplían, tensionan o redefinen las subjetividades que las políticas buscan moldear constituye un desafío central para las investigaciones futuras.

En conjunto, estas líneas de análisis invitan a pensar las políticas sociales no solo como instrumentos de intervención, sino como espacios donde se (re)producen formas situadas de ser joven. Atender a esas configuraciones –sus límites, posibilidades y disputas– no solo permite comprender mejor los procesos contemporáneos que atraviesan a las juventudes, sino también aportar a la construcción de

políticas más reflexivas, sensibles a la heterogeneidad social y capaces de reconocer a lxs jóvenes como sujetos activos en la producción de su propia experiencia.

Referencias bibliográficas

- Abélès, M. y Badaró, M. (2015). *Los encantos del poder: desafíos de la antropología política*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Adelantado, J., Noguera, J. A., Rambla, X. y Sáez, L. (1998). Las relaciones entre estructura y política social: una propuesta teórica. *Revista Mexicana de Sociología*, 60 (3), 123-156. Recuperado de www.jstor.org/stable/3541320.
- Beretta, D., Cozzi, E., Estévez, M. V. y Trincheri, R. (Comps.) (2017). *Estudios sobre juventudes en Argentina V. Juventudes en disputa: permeabilidad y tensiones entre investigaciones y política*. Rosario: Universidad Nacional de Rosario.
- Bourdieu, P. (1990). La “juventud” no es más que una palabra. En P. Bourdieu, *Sociología y cultura*. México: Grijalbo.
- Borobia, R. (Comp.) (2014). *Estudios sobre juventudes en Argentina III: de las construcciones discursivas sobre lo juvenil hacia los discursos de las y los jóvenes*. Río Negro: Universidad Nacional del Comahue-Red de Investigadores/as en Juventudes Argentinas.
- Butler, J. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Buenos Aires: Paidós.
- Castro, G. (2015). Juventudes de provincias: Más allá de la peperina y las piedritas. *Socio Debate-Revista de Ciencias Sociales*, 1 (2), 1-21.
- Chaves, M. y Faur, E. (2006). Informe: *Investigaciones sobre juventudes en Argentina. Estado del arte en Ciencias Sociales*. La Plata, Ciudad de Buenos Aires: UNSAM, Ministerio de Desarrollo Social, DINAJU, UNICEF.

- Chaves, M. (2005). Juventud negada y negativizada. *Última Década*, 23, 9-32. CIDPA. Valparaíso (Chile). Recuperado de scielo.conicyt.cl/pdf/udecada/v13n23/art02.pdf.
- Chaves, M. (2009) (Comp.). *Estudios sobre juventudes en Argentina 2007*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata-Red de Investigadores/as en Juventudes Argentinas.
- Chaves, M. (2010). *Jóvenes, territorios y complicidades. Una antropología de la juventud urbana*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Chiara, M. y Di Virgilio, M. M. (2009). Conceptualizando la gestión social. En M. Chiara y M. M. Di Virgilio (Orgs.), *Gestión de la política social* (pp. 53-86). Buenos Aires: Prometeo Libros.
- D'Aloisio, F., Plaza Schaefer, V. y Previtali, M. E. (Comps.) (2019). *Estudios sobre juventudes en Argentina VI. Protagonismos juveniles a 100 años de la Reforma Universitaria. Acciones y debates por los derechos que nos faltan*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- Danani, C. (2004). El alfiler en la silla: sentidos, proyectos y alternativas en el debate de las políticas sociales y de la economía social. En C. Danani (Comp.), *Política social y economía social: debates fundamentales* (pp. 9-27). Buenos Aires: UNGS, Fundación OSDE, Editorial Altamira.
- Das, V. y Poole, D. (2008). El Estado y sus márgenes. Etnografías comparadas. *Cuadernos de Antropología Social*, 27, 19-52. Universidad de Buenos Aires.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2004). *Mil mesetas*. Barcelona: Pre-Textos.
- Elizalde, S. (2015). Estudios de juventud en el Cono Sur: epistemologías que persisten, desaprendizajes pendientes y compromiso intelectual. Una reflexión en clave de género. *Última Década*, Proyecto Juventudes, 42, 129-145. CIDPA. Valparaíso (Chile). Recuperado de scielo.conicyt.cl/pdf/udecada/v23n42/art07.pdf.
- Facio, A. y Fries, L. (2005). Feminismo, género y patriarcado. *Revista sobre Enseñanza del Derecho de Buenos Aires*, 3 (6), 259-294.

- Feixa, C. (1998). *De jóvenes, bandas y tribus (Antropología de la juventud)*. Barcelona: Ariel.
- Foucault, M. (1988). El sujeto y el poder. *Revista Mexicana de Sociología*, 50 (3), 3-20. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Giménez Mercado, C. y Adarme, X. V. (2010). El enfoque de los derechos humanos en las políticas públicas: ideas para un debate en ciernes. *Cuadernos del CENDES*, 27 (74), 51-79.
- Guattari, F. y Rolnik, S. (2006). *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Hall, S. y Jefferson, T. (Eds.) (2000). *Resistance through rituals: youth subcultures in postwar Britain*. Londres/Nueva York: Routledge. Recuperado de www.jstor.org/stable/2778288.
- Haney, L. (1996). Homeboys, babies, men in suits: the state and the reproduction of male dominance. *American Sociological Review*, 61 (5), 759-778. Recuperado de www.jstor.org/stable/2096452.
- Isacovich, P. (2013). Hacer el estado, regular la vida: una etnografía de políticas de juventud. *Avá*, 22, 33-56. Recuperado de www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1851-16942013000100002&script=sci_art-text.
- Krauskopf, D. (2000). Dimensiones críticas en la participación social de las juventudes. En S. Balardini (Coord.), *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*. Buenos Aires: CLACSO-Asdi.
- Lamas, M. (2002). *Cuerpo: diferencia sexual y género*. México: Taurus.
- La Serna, C. (2010). Entre el intervencionismo y el mercado, ¿qué tipo de Estado abonan las políticas sociales del nuevo siglo? En C. La Serna, C. Peón e I. Ase (Comps.), *Frente a la crisis, ¿qué hacer con el Estado?* (pp. 195-245). Córdoba: Ediciones IIFAP.
- Leccardi, C. y Feixa, C. (2011). El concepto de generación en las teorías sobre la juventud. *Última Década*, 34,

- 11-32. CIDPA. Valparaíso (Chile). Recuperado de scielo.conicyt.cl/pdf/udecada/v19n34/art02.pdf.
- Macri, M. y Van Kemenade, S. (1993). *Estrategias laborales de jóvenes en barrios carenciados*. Buenos Aires: CEAL.
- Margulis, M. (Comp.) (1994). *La cultura de la noche. Vida nocturna de los jóvenes en Buenos Aires*. Buenos Aires: Espasa Calpe.
- Margulis, M. (2015). Juventud o juventudes. Dos conceptos diferentes. *Voces en el Fénix. La Revista del Plan Fénix*, 6 (51), 6-13.
- Margulis, M. y Urresti, M. (1996). La juventud es más que una palabra. En M. Margulis (Ed.), *La juventud es más que una palabra*. Buenos Aires: Biblos.
- Mintz, S. (2008). Reflections on age as a category of historical analysis. *Journal of the History of Childhood and Youth*, 1 (1), 91-94. The John Hopkins University Press.
- Oszlak, O. (1980). Políticas públicas y regímenes políticos: reflexiones a partir de algunas experiencias latinoamericanas. *Estudios CEDES*, 3 (2). Recuperado de <https://tinyurl.com/5n8fw3tw>.
- Oszlak, O. (2006). Burocracia estatal: política y políticas públicas. *POSTData Revista de Reflexión y Análisis Político*, 11. Buenos Aires.
- Oszlak, O. y O'Donnell, G. (1981). Estado y políticas estatales en América Latina. *Redes. Revista de Estudios Sociales de la Ciencia*, 4 (2). Buenos Aires.
- Pautassi, L. (2007). *El cuidado como cuestión social desde un enfoque de derechos*. Serie Mujer y Desarrollo n.º 87. N.U. Santiago de Chile: CEPAL.
- Regonini, G. (1989). El estudio de las políticas públicas. En A. Panebianco, *El análisis de la política* (pp. 59-88). Bolonia: Il Mulino.
- Reguillo, R. (2000). *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Colombia: Grupo Editorial Norma.
- Richard, N. (2008). Género. En Altamirano, C. (Dir.), *Términos críticos de sociología de la cultura* (pp. 95-101). Buenos Aires: Paidós.

- Rovacio, A., Arias, L., Galetto, S. y Pacheco, A. (Comps.) (2016). *Estudios sobre juventudes en Argentina IV. Juventudes. Campo de saberes y campo de intervención. De los avances a la agenda aún pendiente*. San Luis: Nueva Editorial Universitaria – UNSL.
- Scott, J. (1996). El género: una categoría útil para el análisis histórico. En M. Lamas (Comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual* (pp. 265-302). México: PUEG.
- Vommaro, P. (2015). *Juventudes y políticas en la Argentina y en América Latina. Tendencias, conflictos y desafíos*. Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.
- Zaffaroni, A. (Comp.) (2012). *Estudios sobre juventudes en Argentina II. Líneas prioritarias de investigación en el área jóvenes/juventud: la importancia del conocimiento situado*. Salta: Universidad Nacional de Salta.

2

Gestión híbrida en políticas de empleo juvenil

Primeros análisis del Programa Empezar en San Luis

YUSSEF BECHER

Apuntes previos

En este texto se compartirán los primeros análisis de datos obtenidos en el marco de una investigación posdoctoral en la que se indagan las experiencias de jóvenes receptorxs del único programa social de empleo en la provincia de San Luis hasta 2024¹. Se trataba de un Programa de Transferencias Condicionadas (PTC), denominado Empezar y creado mediante la Ley Provincial VIII-1051-2021 en el ámbito de la ex-Secretaría de las Juventudes, dirigido a jóvenes de entre 16 y 24 años, que buscaba fomentar la capacitación laboral a través de la inserción en comercios o en empresas privadas para motivar el establecimiento de un vínculo formal con lxs receptorxs. A cambio del cumplimiento de la condicionalidad –en este caso, la capacitación laboral–, lxs jóvenes recibían una suma de dinero que, al momento de

¹ Dicha provincia se encuentra ubicada en el centro geográfico de Argentina y conforma la región de Cuyo junto a Mendoza y San Juan. Según información del último censo nacional (2022), San Luis tenía 542.069 habitantes.

realización de este estudio, oscilaba entre los \$30.000 y los \$36.000, según la modalidad².

En esta oportunidad, y avanzando con los objetivos de la investigación posdoctoral, interesa detenerse –tras haber iniciado la etapa de entrevistas– en las experiencias de lxs jóvenes receptorxs del programa, aunque enfatizando aquellos dispositivos de él que develaban una gestión híbrida de la política social. En cuanto a la noción de “experiencias”, y en relación con la teoría de la política social en intersección con juventudes, se apelará a la definición de Beretta y Soldano (2023). Tales autores señalan que la categoría de experiencias sociales de bienestar procura articular registros del orden sociopolítico (la estructura que da forma a las condiciones de vida y las prácticas de reproducción social), entendiendo que entre ambos se ubica el sentido común, un nivel de conocimiento experiencial, potente para orientar dichas rutinas cotidianas y con capacidad para “suturar” simbólicamente las fracturas de una sociedad atravesada por la desigualdad socioeconómica. Por otro lado, en materia de política social, se han utilizado diferentes denominaciones para referir a las distintas instancias involucradas en las fases de su aplicación: implementación, ejecución, gestión, entre otras. El último concepto integra diferentes dimensiones de la política social, resaltando el momento de su puesta en práctica a través de programas sociales; de allí que

la gestión es vista como un espacio privilegiado de reproducción y/o transformación de la política social a través de los actores que juegan allí sus apuestas estratégicas. Así concebida, la gestión opera como “espacio de mediación” entre los procesos macro y la vida cotidiana de la población (Chiara y Di Virgilio, 2009, p. 60).

² Vale aclarar que, si bien el Empezar se inició en 2019, y tuvo receptorxs desde aquel momento que –incluso– trabajaron en asociaciones o fundaciones sin fines de lucro, la ley que lo regulaba –por motivos relacionados con la pandemia– se sancionó en 2021. Asimismo, desde diciembre de 2023, tras asumir la gobernación una gestión distinta a la anterior, se suprimió la Secretaría de Juventudes, aunque el programa continuó vigente hasta 2024.

En una línea similar, Isacovich (2013), desde los estudios de políticas de juventud, afirma que, lejos de distinguir instancias de formulación e implementación, resulta necesario hilar prácticas y relaciones sociales que produjeron y van produciendo, reproduciendo y dando forma a tales políticas; en consecuencia, es de importancia atender a las relaciones entre trabajadorxs estatales, funcionarixs de gobierno y lxs jóvenes.

En efecto, colocando el foco en la etapa de gestión del programa social Empezar, se identificaron regulaciones o dispositivos –algunos ya presentes en el diseño– que, trasladados a las experiencias de las juventudes receptoras, instauraban una “mixtura”, o hibridez como se ha sugerido, entre la intervención social del Estado y la participación del sector económico privado, entre las que predomina –en muchas circunstancias– la segunda. Por consiguiente, en este artículo se plantea revisar tres ejes que evidenciaban la gestión híbrida de la política social a través del Empezar: ingreso al programa; vínculo con lxs capacitadorxs; contacto con la administración. A continuación, se ofrecerán los datos que aportan a cada uno de tales ejes junto a los análisis que surgen de esta etapa de investigación.

Metodología

Dado que se busca conocer y profundizar en las experiencias situadas de juventudes receptoras de un programa social en la provincia de San Luis, se adopta un enfoque metodológico cualitativo. Este se define por su flexibilidad, de allí que –como señala Maxwell (1996)– involucra virajes hacia atrás y adelante entre diferentes componentes del diseño. En rigor, comprende la posibilidad de introducir cambios a partir de las exigencias del proceso investigativo.

A partir de tal enfoque, se acude a entrevistas y observación participante. En ese sentido, en este artículo se

comparten los datos y primeros análisis de siete entrevistas. La muestra se definió en función de criterios teóricos, comenzando de forma aleatoria y siguiendo a través de la estrategia de “bola de nieve”, de modo que se incorporarán casos en la medida en que aporten nuevos datos al estudio y, cuando se produzca la reiteración de estos, se considerará que la muestra se encuentra saturada. Dicho tipo de muestreo permite la revisión constante de los datos recolectados y la vuelta al campo cuando se quiere ahondar en alguna dimensión que emerge tras los primeros análisis (Glaser y Strauss, 1967).

Todas las entrevistas realizadas hasta el momento fueron presenciales. La primera surgió de un contacto que brindó una joven becaria integrante del mismo proyecto de investigación del autor del texto, y de allí se continuó con contactos que cada entrevistad^x iba sugiriendo. Los encuentros –en algunos casos más de uno con la misma persona– se concretaron en cafés de la ciudad de Villa Mercedes (provincia de San Luis) donde se desarrollan las actividades académicas. Las entrevistas –tras solicitar la autorización de l^xs jóvenes– fueron grabadas con grabador tipo periodista y desgrabadas por el autor del artículo. Tal proceso permitió una exhaustiva revisión de los discursos de las juventudes y la posterior solicitud de un nuevo encuentro para recabar más datos o incluir preguntas en una próxima entrevista.

En cuanto a las características generales de l^xs jóvenes entrevistad^xs, se ubican –en promedio– en la edad de 22 años. Respecto a sus ocupaciones, tres son estudiantes universitarias, otr^xs trabajan actualmente –luego de finalizar el programa– de modo informal y uno es propietario de una barbería; ningun^x tiene más de una ocupación. Cinco de ellas se autoperciben mujeres y dos, varones. Por último, cuando se les preguntó por el estrato socioeconómico, l^xs siete respondieron que eran de clase media.

Finalmente, vale agregar que para el examen de los datos se utiliza el análisis temático (Braun y Clarke, 2006).

Ello implica efectuar una primera lectura general de todo lo recolectado, mientras que en las subsiguientes (segunda y tercera) se van identificando núcleos temáticos. A partir de tales núcleos, se jerarquizan temas y se descartan otros; tras ello, siguen revisiones de cada tema y categoría a fin de obtener un mapa o cartografía que denote los principales ejes discursivos y, en tanto tal, guíe el análisis de los datos.

Acceder al programa: capitales propios y desigualdades generacionales

El Empezar contaba con tres líneas a través de las cuales lxs jóvenes –que cumplían, principalmente, con los criterios de edad y de no tener empleo en los tres meses previos a la inscripción al programa– podían ingresar a él:

- a. Modalidad entrenamiento: desde *tres* (3) y hasta *doce* (12) meses sin ningún costo para el capacitador. Esta modalidad no genera relación de dependencia entre el beneficiario y el capacitador ni entre este y el Estado provincial. La carga horaria será de hasta ocho (8) horas diarias o veinte (20) horas semanales.
- b. Modalidad aprendizaje: desde *tres* (3) y hasta *doce* (12) meses sin ningún costo para el capacitador. Esta modalidad no genera relación de dependencia entre el beneficiario y el capacitador ni entre este y el Estado provincial. La carga horaria será de hasta *ocho* (8) horas diarias o *veinte* (20) horas semanales. Podrán acceder a esta modalidad aquellos jóvenes que se encuentran participando del sistema educativo, o que asistan a diversos cursos de formación en oficios que se dictan en instituciones públicas o privadas, y efectúen una práctica formativa en un ambiente de trabajo en empresas privadas afines a su formación. También se incluyen en esta modalidad los jóvenes profesionales que posean título terciario o

universitario, o acrediten un avance del *cincuenta por ciento* (50 %) en este último.

- c. Modalidad primer empleo: se establece una relación laboral formal entre la persona humana o jurídica y el beneficiario. El empleador que incorpore en su planta de personal al beneficiario en cualquier momento del programa podrá descontar del sueldo neto del trabajador el beneficio que este perciba del Programa Empezar por hasta *doce* (12) meses. La carga horaria y el sueldo serán los que correspondan según el régimen legal aplicable a la rama de actividad (Ley VIII-1051-2021, art. 7).

Vale aclarar que la modalidad entrenamiento posibilitaba el acceso a jóvenes que se encontraban por fuera del sistema educativo formal y sin trabajo en el ámbito productivo, lxs conocidxs como “ni-ni”; en tanto que quienes se hallaban escolarizadxs debían presentar la respectiva constancia (art. 2, resolución 09-2022 SJ). Según información oficial, la modalidad que poseía mayor cantidad de receptorxs era la que correspondía a entrenamiento, seguida por aprendiz y, finalmente, por primer empleo (ANSL, 2022)³.

En las tres líneas del programa, el ingreso dependía de la *instancia privada* de lxs jóvenes, quienes debían contactarse con los comercios o las empresas para lograr un convenio que les permitiera acceder al Empezar, tal como ellxs mismxs relataban:

Yo trabajé en XX, en el centro de día para personas con discapacidad donde ya había hecho mi práctica preprofesional, entonces, ya me conocían [Blanca].

... le escribí a XX, que era la trabajadora social, si había una posibilidad, y me dijo “Sí, acercate”; y ahí hablé con la

³ Al momento de la última actualización, el programa contaba con 2.226 jóvenes en la categoría entrenamiento, con 108 en la categoría aprendiz y con 24 en la correspondiente a primer empleo (ANSL, 2022).

comisión directiva, y ellos no tuvieron problemas... Aparte también me decían “Te conocemos, sabemos que venís de la facultad, sabés cómo nos manejamos un poco acá”, y bueno [Carolina].

... tiré currículum y me llamaron y me hicieron una entrevista normal, pero supongo que a todo el mundo le preguntaban si le interesaba eso de ingresar por medio de un programa... [Mateo].

Como muestran los testimonios, cada joven ponía en práctica diferentes capitales al momento de contactar al comercio, la empresa o la asociación sin fines de lucro en el caso de Blanca y Carolina⁴. Ambas eran estudiantes del último año de Trabajo Social (FCEJS-UNSL) –por lo que fueron receptoras del programa en la modalidad aprendiz– y habían realizado sus prácticas preprofesionales en un taller de capacitación laboral y trabajo protegido para personas con discapacidad; de allí que se contactaron con la trabajadora social del taller y le consultaron si era posible que firmaran el convenio en calidad de capacitadores. Sin embargo, el nexo con la universidad –en cuanto capital social e intelectual– no solo fue facilitador del vínculo con dicha asociación civil, sino que también estimuló el interés de esta por el ingreso de las jóvenes “que venían de la facultad”; ello haría suponer que ya poseían conocimientos “útiles” para la dinámica de la organización. No obstante, por motivos que ambas desconocen, solo una de ellas logró entrar al taller, mientras que la otra consiguió el convenio con una clínica privada. Por el contrario, Mateo “tiró currículum” en un comercio y le preguntaron si le interesaba trabajar allí a través del programa; él también era estudiante

⁴ Gutiérrez (1994) –basándose en la teoría de Bourdieu– explica que el capital puede definirse como un conjunto de bienes acumulados que se producen, se distribuyen, se consumen, se invierten, se pierden. Afirma que Bourdieu libera este concepto de la sola connotación económica y lo extiende a cualquier tipo de bien susceptible de acumulación: “*En este sentido, los campos sociales pueden ser considerados como mercados de capitales específicos*” (p. 24).

universitario y, tal como explicó en la entrevista, "... ella (la dueña del comercio) usa esos programas también para dar la oportunidad a los que estudian; todas mis compañeras son estudiantes". En este punto es dable pensar que todas las juventudes poseen un capital común: el vital. Este fue revalorizado particularmente durante la pandemia, pues –en algunos casos– se prefirió tal cualidad por encima de la experiencia laboral (Monti y Assusa, 2023).

Más allá del capital vital que igualaría a todas las juventudes, la forma de obtener el acceso al Empezar dependería, según las experiencias de lxs receptorxs registradas hasta el momento, de contactos previos; recursos acumulados que, ya sea por su peso simbólico o real, generaron un interés particular en lxs capacitadorxs. Ahora bien, tal preferencia de parte de lxs dueñxs de comercios, empresas o integrantes de asociaciones representaba una desventaja para las juventudes que no contaban con dichos capitales específicos (sociales o intelectuales). En efecto, esta etapa de convenios dependiente de instancias privadas –ergo, sin intervención estatal– implicaba reproducir desigualdades.

En materia de estudios sobre juventudes, desde hace un tiempo, se viene mostrando la influencia del componente generacional en la construcción de las asimetrías sociales. Para ello, se parte de una concepción multidimensional de la desigualdad, superando el sesgo economicista que caracterizó los orígenes de tal categoría (Kessler, 2016), e interseccional. Tener en cuenta la generación de pertenencia de cada joven permite reconocer el atravesamiento de condiciones sociales desfavorables estructurales y coyunturales. "En otras palabras, no todos los niños, niñas y jóvenes tienen el mismo punto de partida, y esos posicionamientos iniciales están condicionados por eventos previos, de los que fortuitamente fueron –o no– testigos" (Mayer, Domínguez y Lerchundi, 2020). Sucede que no todxs lxs jóvenes acumulan las mismas "ventajas o desventajas"; por consiguiente, la disposición del Empezar relativa a la búsqueda personal del

convenio con lxs eventuales capacitadorxs equiparaba simbólicamente a las juventudes frente a una realidad que no era tal: la diversidad de circunstancias materiales de existencia se daba de bruces con aquello, por cuanto no todxs poseían los mismos capitales económicos, sociales, culturales, intelectuales.

Por otro lado, esta forma de acceder al programa “atada” a los recursos personales de cada joven favorecía prácticas y discursos individualizantes y meritocráticos. Dubet (2020) señala que actualmente se asiste a una transformación del régimen de las desigualdades; se viven como una experiencia singular, una prueba individual, una puesta en entredicho del valor propio, una expresión de desprecio y una humillación. Tal corrimiento se vincularía con el desplazamiento gradual de la desigualdad de posiciones –basada en la estructura social y fundamentalmente en las diferencias de clase– a la “sospecha” de la desigualdad de los individuos. Entonces, al percibirse cada uno como “dueño” de su propio destino, se cree que las posibilidades de ascenso, y su contracara, es decir, las dificultades de progreso, son responsabilidad personal, en donde no cabe intervención externa (por ejemplo, estatal) alguna. Ello activa discursos meritocráticos según los cuales todo lo que ofrece el Estado es una oportunidad y no la garantía de un derecho y, al mismo tiempo, quien logra acceder a ella lo hace como producto de su propio esfuerzo; en definitiva, es la objetivación del mantra “Sí se puede”. Asimismo, como advierte Pérez (2023), el discurso meritocrático constituye una barrera para pensar a las juventudes como un colectivo social, pues se trata de una mirada en la cual

los “logros” de los más favorecidos tienden a atribuirse a cualidades o capacidades personales, como el mérito, el esfuerzo o la inteligencia. Así, se despolitiza la condición de clase y la desigualdad se legitima y naturaliza (Bayón y Saraví, 2019) (Pérez, 2023, p. 23).

En ese sentido, el Empezar, al no regular ningún dispositivo que igualara las situaciones de lxs jóvenes al conseguir el convenio que les permitía el ingreso al programa, lo dejaba librado al “mercado de los capitales o recursos personales” que cada joven poseía⁵. Junto a ello, y desde una perspectiva de género e interseccional, en un estudio empírico anterior se advirtió que las mujeres jóvenes receptoras de un programa provincial de empleo tenían severas dificultades para cumplir con los mecanismos meritocráticos que posibilitaban el traspaso del programa a un trabajo registrado (asistencia, horas extra, ir fines de semana y feriados), pues todas ellas realizaban un muy intenso trabajo de cuidado respecto de sus hijxs (Becher, 2021).

Seguidamente, se detendrá en las imposiciones que las juventudes receptoras del Empezar aceptaban de lxs capacitadorxs en relación con las condiciones de trabajo tras la firma de los respectivos convenios.

El vínculo con lxs capacitadorxs: falta de regulación y Estado ausente

El art. 5 de la Ley VIII-1051-2021 fijaba las condiciones que debía reunir el/la capacitadorx en el programa Empezar:

- a) Estar inscripto regularmente en la Dirección Provincial de Ingresos Públicos (DPIP) y tener la habilitación comercial municipal correspondiente.
- b) Ser comercio minorista o prestador de servicio con el límite de facturación anual, a establecerse por la Reglamentación de la presente Ley.

⁵ Juan Pablo Pérez Sainz (2016) indica que la expansión del proyecto neoliberal desencadenó cuatro procesos que tuvieron un profundo impacto en la estructura laboral: el declive del empleo público; la precarización de las relaciones salariales; la constitución de la empleabilidad en cuanto responsabilidad individual; y la emergencia del desempleo estructural como rasgo inherente y definitivo del nuevo modelo de acumulación.

c) No sustituir trabajadores ya vinculados a la empresa con un contrato laboral –bajo cualquier modalidad– para incorporar beneficiarios del Programa Empezar (Ley VIII-1051-2021, art. 5).

Desde hace un tiempo, los estudios sobre burocracias públicas y programas sociales han reparado en las relaciones que lxs receptorxs establecen con tutorxs, referentes, capacitadorxs (Viego, 2015; Perelmiter, 2016; Arcidiácono y Perelmiter, 2024), advirtiendo acerca de su importancia en políticas de empleo dirigidas a jóvenes, por cuanto favorecerían sus tránsitos por los programas y el cumplimiento de sus objetivos (Núñez, Vázquez y Vommaro, 2015; Mayer y Cerezo, 2017; Freytes Frey, 2018; Olmedo, 2020; Becher, 2021). En los textos citados, el/la tutorx, referente, capacitadorx es comúnmente contratado por el Estado para que ejerza tal función; sin embargo, en el Empezar el/la capacitadorx es una empresa o un comercio privado, el cual constituye un actor relevante, pues –como se verá– a través de sus acciones tenía la facultad de “moldear” la gestión de la política, definiendo o alterando la concreción de sus metas (Chiara y Di Virgilio, 2009)⁶. No obstante, como surge de la normativa citada, no se precisaba ninguna pauta o criterio sobre la capacitación que lxs dueñxs de los comercios brindaban a las juventudes receptoras del programa, como tampoco el Estado provincial había instaurado alguna instancia encargada de dar seguimiento a los procesos de inserción de lxs jóvenes en el trabajo. A partir de ello, y tal como evidenciaron los testimonios de lxs receptorxs, las condiciones laborales manaban de imposiciones de parte de lxs dueñxs de comercios:

⁶ Belmartino (1998), citado por Chiara y Di Virgilio (2009), afirma que algunos actores ocupan posiciones periféricas en el proceso de gestión y, aun cuando su incidencia sobre la toma de decisiones no es directa, obstaculizan, bloquean o demoran las posibilidades de otros actores –estos sí estratégicos– de producir las transformaciones que se esperan en el curso de la intervención.

A mis compañeros del entrenamiento de nación, les dijeron que no pueden trabajar los feriados, no pueden los fines, en cambio, acá nada de comunicación. Queda todo como más librado a ese acuerdo con el comerciante [Luisa].

Yo tendría que haber sido más exigente con los días de examen en la facu; me lo tenés que dar sí o sí. Tampoco me da la cara como para decirle... Son derechos de todos, ¿no? [Mateo].

Una de las chicas durante el entrenamiento le dijo: “A mí me llamaron y me dijeron que no podía trabajar los feriados y sábados”. Entonces ella le dijo “Vos tenés la opción de no venir, obviamente, pero, si ustedes quieren seguir, nosotros trabajamos todos los días” [Tomás].

En ese sentido, ante la falta de regulación e intervención estatal, se producía un *deslizamiento* de la figura de capacitadorx a la de empleadorx. La primera carecía de contenido, pues, como se dijo, la administración del Empezar no le atribuía ninguna función ni control, mientras que la segunda se daba de modo informal en cuanto todxs lxs jóvenes eran receptorxs de un programa social. Tras la firma del convenio, si bien cada unx consignaba los horarios en un cronograma aprobado por el Estado, ello no era tenido en cuenta y lxs jóvenes eran incorporadxs a la dinámica organizacional como unx “empleadx más”. Ello implicaba que cumplían los mismos horarios que todo el personal del comercio o la institución sin considerar feriados, fines de semana o –para quienes estudiaban– fechas de exámenes, aunque se respetaba, según adujeron lxs entrevistadxs, el máximo de 20 horas semanales (Ley VIII-1051-2021, art. 7). Es dable señalar que tales imposiciones estaban influenciadas por lógicas de dominación adultocéntricas, a partir de las cuales lxs jóvenes no solo tendrían que tolerar la asimetría propia del vínculo con el/la empleadorx, sino también la basada en las diferencias de edad (Duarte, 2002). En esta etapa de la investigación, fue posible constatar dicho tipo de asimetrías a partir de observar que en los comercios o

la asociación civil lxs jóvenes –fueran o no receptorxs del Empezar– eran quienes detentaban condiciones laborales más precarias, principalmente la falta de registración laboral, en contraposición a empleadx adultxs. Si bien estxs últimxs gozaban de mayor antigüedad, devenía como consecuencia de trayectorias laborales en las que no habían experimentado tantas “exigencias” como en el caso de lxs jóvenes; se espera seguir ahondando este aspecto en la continuidad de la investigación.

Las decisiones unilaterales de lxs dueñxs de comercios o directivxs de asociaciones también abarcaban las tareas por realizar, tal como denotaban las experiencias:

... supuestamente yo ingresaba para estar con la trabajadora social y seguir formándome... y después ocupé como un rol de multitareas. En febrero hubo una reunión de todo el personal antes de empezar de nuevo con el ciclo y ahí sí, por falta de personal, me ponen en la parte de panificación, específicamente, masitería [Blanca].

[Comenta sobre una amiga que recibía el programa] Le propusieron otra cosa y que iba a ser más tranquilo, que iba a estar en el teléfono, agendando turnos, y después la pasaron a la parte bien administrativa. A ella directamente le encargaron ahí de abrir en los horarios de 8:45 de la mañana, estar ahí para abrir y recepcionar a la gente a primera hora. Se tenía que encargar de todo; saber cómo eran los códigos para las obras sociales, o sea, fue bastante heavy su trabajo [Tomás].

... renunció porque no le gustó el trato que recibió ahí. También en plena pandemia la querían obligar a ir y ella explicó que por su condición familiar no podía exponerse y la distancia que estaba ella allá en el Pablo Díaz [barrio de la ciudad] [Carolina].

Blanca ingresó al programa a través de la línea aprendiz, por lo que, tal como establecía la ley que regulaba al Empezar, tenía que haber una vinculación entre su formación –trabajo social– y la tarea que le fuera asignada. Si bien

el primer mes efectuó actividades junto a la trabajadora social del taller de capacitación laboral y trabajo protegido para personas con discapacidad, cuando se reincorporó tras el receso de verano el director de la asociación, le informó que pasaría a la “parte de panificación”; en dicho taller se preparaban y vendían productos de ese tipo. Por su parte, Tomás contó que una amiga iba a estar a cargo de la recepción en un centro de fisioterapia, pero, tras unos días de trabajo, le pidieron que asumiera la administración de todo el centro, lo que conllevaba el trato con las obras sociales; terminó renunciando por el estrés que le provocó tal labor. Finalmente, Carolina dijo que una amiga no continuó con el programa porque no la trataron de modo apropiado y la obligaban a ir durante la pandemia, poniendo en riesgo a sus familiares convivientes.

El Empezar se proponía como objetivo capacitar y entrenar a las juventudes para que adquirieran conocimientos y habilidades que promovieran la transición al empleo formal (Ley VIII-1051-2021, art. 2). Sin embargo, la ausencia de intervención estatal suponía la desprotección de las juventudes ante las imposiciones de lxs capacitadorxs (devenidxs empleadorxs informales) tras concretarse la firma de los convenios. Lxs jóvenes, según la categoría del programa a la que se inscribían, ingresaban con la certeza de que desarrollarían un trabajo igual a la actividad del comercio o la institución de que se trataba, pero adaptada a los objetivos del programa; ergo, ellxs creían que se les brindaría destrezas y formación general para un empleo y, en muchos casos, que tendrían la oportunidad concreta de continuar como empleadxs registradxs. Por lo tanto, atravesar situaciones como las antes relatadas tiene un impacto muy significativo en sus subjetividades, lo cual será analizado a medida que avance la investigación posdoctoral.

Por centrarse el texto en la instancia de gestión del Empezar, es necesario preguntarse nuevamente por el rol del Estado. La administración del programa no solo se hallaba ausente en la etapa relativa al acceso y desempeño laboral

de las juventudes, sino que también reforzaba dispositivos que conducían a aceptar las reglas del/la capacitadorx o ser excluidas del Empezar. Tal como relató el exsecretario de Juventudes:

... si el capacitador nos trae una nota indicando que no quiere más a un chico o chica, nosotros les pedimos a estos últimos un descargo, que tiene 72 horas para hacerlo. Si el capacitador no lo quiere tener más y la chica o el chico dice que no quiere ir más, pero que le encantaría seguir bajo este programa, le damos un tiempo, que hoy está cerca de un mes, o mes y medio, para que busque otro lugar donde firmar un convenio. Si en el nuevo lugar tiene el mismo problema, se le da de baja [comunicación personal].

En efecto, se priorizaba la decisión del comercio o de la empresa sin una evaluación por parte de la Secretaría sobre el desempeño laboral del/la receptorx y las eventuales dificultades que hubieran surgido.

En definitiva, el Empezar habría contribuido a una estrategia de precarización encubierta –por la aparente formalidad que brindaba– al replegarse el Estado en su capacidad de intervención en momentos clave de la gestión del programa, tal como la relativa a las condiciones de inserción y tareas de lxs jóvenes en los comercios o las instituciones. Por ende, las juventudes seguían reforzando la precarización de sus trayectorias laborales, sometién dose involuntariamente al “negocio” de los programas sociales, pues, para el sector privado (capacitadorxs), ante la ausencia del Estado, quedaba reducido a ello⁷.

⁷ Recuérdese el primer testimonio de Mateo, quien aseveró que accedió al programa porque “su jefa” le propuso trabajar en el comercio a través de él. Es decir, lxs propietarixs de comercios o directivos de instituciones tenían claras las conveniencias de sumar jóvenes receptorxs de programas como trabajadorxs, en particular, por las diferencias en los valores de los salarios respecto de empleadxs registradxs.

El contacto con la administración del Empezar: virtualidad e individualización de la acción estatal

En el marco de las entrevistas con lxs jóvenes, una pregunta que se reiteraba, en particular ante experiencias como las del apartado anterior, era si conocían instancias del Estado a las cuales recurrir por dudas o reclamos. Todxs ellxs mencionaron canales o vías de comunicación virtuales:

Tenés la opción de un chat con la Secretaría a través de la página y te sale una parte que es como un mensajito. Yo tenía varios chats porque me había quejado de que no había cobrado la primera vez [Luisa].

... vos tenés para comunicarte con la Secretaría virtual y lo que te decían era que estuvieras atenta a las redes sociales [Carolina].

E: ¿Pero no hay un contacto o un vínculo, grupos de WhatsApp?

R: Sí, el grupo, pero no nos podemos comunicar; tengo los números, vos podés ver. Es un grupo donde recibimos notificaciones, pero no se puede participar; era solamente para avisos [Tomás].

Durante la pandemia se produjo el cierre de la “ventanilla del Estado” con efectos diversos en cuanto a la gestión de políticas y programas sociales. Un fenómeno que se impuso a partir de tal momento –con antecedentes previos– fue la virtualización de las vías y los canales de comunicación con el Estado, con diferentes intensidades según la etapa epidemiológica en la que se hallara el país. No obstante, y a partir de allí, se continuó con las modalidades virtuales, reemplazando –como ocurrió con el Empezar– casi cualquier posibilidad de contacto presencial. En ese sentido, Arcidiácono y Perelmiter (2024) proponen referirse a la política de la distancia en cuanto lógica de actuación estatal que tiene como utopía de fondo un Estado sin interacciones

cara a cara, sin aglomeraciones, sin oficinas. Junto a ello, la digitalización de las interacciones y la llamada “interoperatividad” estatal vía sistemas informáticos habilitarían imaginar una acción estatal que no necesitase del impulso administrativo de la ciudadanía. Las juventudes receptoras del Empezar contaban con las consultas a través de la web y, cuando ello resultaba insuficiente, tenían la posibilidad de llamadas telefónicas a un número que –como dijo una de las jóvenes– “no siempre funciona”.

Se ha detectado en trabajos previos (Becher, 2021) que, en materia de políticas dirigidas a las juventudes, suele haber una asociación casi lineal entre el colectivo sociogeneracional y la virtualidad. Si bien tales jóvenes son considerados “nativos digitales”, la pandemia puso en evidencia las brechas en el acceso a internet y dispositivos tecnológicos, como también la visión adultocéntrica acerca de la relación de lxs jóvenes con la virtualidad. Por un lado, según datos del Ministerio de Educación, citados por OAJ-UBA (2020), durante la pandemia solo entre el 36 % y 37 % de lxs jóvenes estudiantes poseían internet de alta velocidad y acudían principalmente al celular. En rigor, y por otro lado, la perspectiva adultocéntrica oculta el acceso, el uso y la apropiación diferencial que realizan las juventudes de las tecnologías y su estrecha relación con las desigualdades socioeconómicas (Paulín *et al.*, 2021).

En efecto, las brechas digitales ponían límites concretos a las posibilidades de las juventudes receptoras del Empezar de transmitir a la administración pública inquietudes o quejas por irregularidades vinculadas al programa. Asimismo, y tal como se venía señalando, el cerco que se colocaba al encuentro presencial con lxs representantes del Estado y lxs otrxs receptorxs reforzaba *mecanismos de individualización*; de hecho, tal como adujo una de las jóvenes entrevistadas:

... ha quedado bastante individualizado, o sea, hice el contacto, tramité eso... Después de eso desconocía si se hacía algún encuentro, y el vínculo con el programa era ir y cobrar todos

los meses a través del cajero, o sea, que no había tampoco relación con la administración [Blanca].

En ese sentido, no solo se restringía el nexo con lo público, sino también el acercamiento entre las juventudes receptoras del Empezar. En las entrevistas todos valoraron favorablemente la oportunidad de compartir con sus congéneres las experiencias con relación al programa y su inserción en el trabajo. Se ha demostrado que muchas veces tales programas tienen serias dificultades para modificar condiciones de vida a nivel objetivo, pero constituyen reservorios de lazos afectivos que permiten revalorizar la autopercepción, lo cual impacta en la subjetividad (Llobet, 2013). En el trabajo propio que se citó antes, se reconoció que la conformación de grupalidades entre jóvenes receptorxs de un programa provincial –quienes detentaban condiciones muy vulnerables por bajos niveles educativos y provenir de sectores populares– consolidó una identidad social en torno a él que supuso una “reivindicación” de su posición personal y ante lxs demás. Sumado a ello, se apreció que esa desposesión de capitales o recursos económicos, culturales, sociales, al ser puestos en común a través de las experiencias compartidas en los grupos, construyó relaciones más equitativas entre los diferentes sexos-géneros y edades (Becher, 2021).

En síntesis, la casi total virtualidad de la administración del Empezar habría conducido a reforzar la individualización de la acción estatal –“se privatizó”–, lesionando eventuales mecanismos de solidaridad que se estimularían por medio del encuentro presencial con el Estado y entre lxs jóvenes receptorxs.

Reflexiones finales

En el texto se propuso aportar en torno a la denominada “gestión híbrida” de la política social en cuanto categoría de análisis que permitiría visibilizar los márgenes difusos de la

intervención estatal en programas –tales como el Empezar– que otorgan amplias facultades al sector privado, tanto por disposiciones concretas como por falta de regulación. Un aspecto que destacar es que este esquema de gestión de la política se replicó durante un gobierno provincial de tinte progresista, por lo que no habría una necesaria articulación entre estas modalidades de implementación y orientaciones neoliberales. Aunque, quizá, ante gobiernos que comulguen con tal modelo económico y social, se podría profundizar la presencia de este tipo de “gestión híbrida”, que implica –en resumidas cuentas– limitar la presencia del Estado en la ejecución de programas sociales.

A partir del concepto antes enunciado, y según las experiencias de lxs jóvenes receptorxs, se revisaron tres áreas del Empezar que evidenciaban la forma que adquiriría la gestión que combinaba acción estatal –reducida– con actores del sector privado, habiendo sido representados en este programa por dueñxs de comercios, empresas y una asociación civil. En primer lugar, la forma de ingreso al programa mostró la recurrencia a los capitales propios de los que disponían lxs jóvenes, quienes no poseían los mismos contactos o recursos; de allí que se configurara una situación de desigualdad generacional, que, a su vez, potenciaba la emergencia de discursos y prácticas meritocráticas e individualizantes entre las juventudes. En efecto, el “destino” laboral de lxs jóvenes receptorxs quedaba sujeto al “mercado de los capitales”, donde cada dueñx de comercio o empresa se apropiaba del que más le interesaba. En segundo lugar, el vínculo con lxs capacitadorxs patentizaba el deslizamiento de tal figura a la de empleadorx y, en consecuencia, asumía la total definición de las características del trabajo que llevaban a cabo lxs jóvenes; ello conducía a aceptar imposiciones so pena de ser excludixs del Empezar, añadiendo la asimetría que proviene de las diferencias de edad (adultocentrismo). Por eso se planteaba que el programa habría contribuido a una estrategia de precarización encubierta de las juventudes que constituía un “negocio”

para los actores del sector privado. Por último, en cuanto a la administración del programa, la virtualización plena que restringía el contacto presencial con lxs agentes públicxs, como también los encuentros entre lxs jóvenes, era otra acción que estimulaba la individualización de la experiencia “receptorx de programa social” y limitaba la emergencia de solidaridades entre las juventudes.

Como afirma Isacovich (2013), las políticas pueden ser entendidas como dispositivos que tienden a imponer normas y regulaciones sobre las conductas de las personas, procurando producir categorías de sujetos. En ese sentido, la “gestión híbrida” de la política social repercutía en las subjetividades de las juventudes receptoras del programa y, si bien se espera avanzar en tal línea de análisis, se podría concluir que las experiencias registradas develaban juventudes a las que el Estado “dejaba solas” y sin protección ante las condiciones precarias que les ofrecía el mundo laboral. Lejos de una mirada “paternalista”, la perspectiva generacional conduce a reparar en tales realidades y asumir la multidimensionalidad e intersección de las desigualdades basadas en la edad.

Referencias bibliográficas

- Arcidiácono, P. y Perelmiter, L. (2024). *De bobo, nada. Cómo funciona la ANSES y por qué pone en cuestión los mitos contra el Estado*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Becher, Y. (2021). *Historias juveniles en programas sociales. Sentidos y experiencias en la construcción de subjetividades*. Tesis doctoral (inédita). FLACSO Argentina. Recuperado de repositorio.flacsoandes.edu.ec/handle/10469/17524.
- Beretta, D. y Soldano, D. (2023). Entre el verdugueo y el confinamiento comunitario. Experiencias juveniles durante la pandemia de COVID-19 en la periferia de

- Santa Fe. En P. Vommaro y E. Pérez (Comp.), *Juventudes, democracia y crisis. Pandemia, post-pandemia y después* (25-44). Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.
- Braun, V. y Clarke, V. (2006). Using thematic analysis in psychology. *Qualitative Research in Psychology*, 3 (2), 77-101.
- Chiara, M. y Di Virgilio, M. M. (2009). Conceptualizando la gestión social. En M. Chiara y M. M. Di Virgilio (Orgs.), *Gestión de la política social* (53-86). Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Duarte, K. (2002). Mundos jóvenes, mundos adultos: lo generacional y la reconstrucción de los puentes rotos en el liceo. Una mirada desde la convivencia escolar. *Última Década*, 10 (16), 95-113. CIDPA. Universidad de Chile. Recuperado de ultimadecada.uchile.cl/index.php/UD/article/view/55972/59178.
- Dubet, F. (2020). *La época de las pasiones tristes. De cómo este mundo desigual lleva a la frustración y el resentimiento, y desalienta la lucha por una sociedad mejor*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Freytes Frey, A. (2018). Políticas de formación y empleo según el paradigma de protección integral y su incidencia en las transiciones educación-trabajo de los jóvenes en Argentina. Un estudio de casos en el sector de la construcción. En A. Corica, A. Freytes Frey y A. Miranda (Comps.), *Entre la educación y el trabajo. La construcción cotidiana de las desigualdades juveniles en América Latina* (207-230). Buenos Aires: CLACSO.
- Glaser, B. y Strauss, A. (1967). *The discovery of grounded theory. Strategies for qualitative research*. Chicago: Aldine.
- Gutiérrez, A. B. (1994). *Pierre Bourdieu: las prácticas sociales*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Isacovich, P. (2013). Hacer el estado, regular la vida: una etnografía de políticas de juventud. *Avá*, 22, 33-56. Recuperado de <https://tinyurl.com/85mwv2y7>.
- Kessler, G. (2016). *Controversias sobre la desigualdad (Argentina, 2003-2013)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- Llobet, V. (2013). Estado, categorización social y exclusión de niños, niñas y jóvenes. En V. Llobet (Coord.), *Sentidos de la exclusión social. Beneficiarios, necesidades y prácticas en políticas sociales para la inclusión de niños y jóvenes* (23-50). Buenos Aires: Biblos.
- Maxwell, J. (1996). *Qualitative research design. An interactive approach*. Nueva York: Sage Publications.
- Mayer, L. y Cerezo, L. (2017). Ser becario en la universidad. Un análisis desde lo vincular. *Debate Universitario*, 6 (11), 3-16. Recuperado de debate.revistasuai.ar/index.php/debate/article/view/99.
- Mayer, L., Domínguez, M. I. y Lerchundi, M. (2020). Presentación. En L. Mayer, M. I. Domínguez y M. Lerchundi (Comps.), *Las desigualdades en clave generacional hoy. Las juventudes y las infancias en el escenario latinoamericano y caribeño* (9-18). Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).
- Monti, D. y Assusa, G. (2023). Juventudes, empleo y desigualdades en la postpandemia argentina. En P. Vommaro y E. Pérez (Comp.), *Juventudes, democracia y crisis. Pandemia, post-pandemia y después* (81-99). Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.
- Núñez, P., Vázquez, M. y Vommaro, P. (2015). Entre la inclusión y la participación. Una revisión de las políticas públicas de juventud en la Argentina actual. En H. Cubides, S. Borelli, R. Unda y M. Vázquez (Eds.), *Juventudes Latinoamericanas. Prácticas socioculturales, políticas y políticas públicas* (95-140). Buenos Aires: CLACSO.
- Observatorio de Adolescentes y Jóvenes (OAJ). Instituto de Investigaciones Gino Germani. Universidad de Buenos Aires (UBA) (2020). *Pandemia en Argentina. El tiempo detenido de adolescentes y jóvenes*. Recuperado de <https://tinyurl.com/mus398y2>.
- Olmedo, G. (2020). *Inempleables: una mirada crítica a las representaciones de las juventudes en Córdoba a través de un programa de empleo provincial*. Tesis doctoral (inédita). Universidad Católica de Córdoba.

- Paulín, H. L. *et al.* (2021). Derechos juveniles en cuarentena: significaciones, malestares subjetivos y estrategias de referentes adultos en barrios populares de Córdoba. En J. C. Godoy y P. Paz García (Coords.), *Salud mental, pandemia y políticas públicas* (119-148). Córdoba: IIPSI – Instituto de Investigaciones Psicológicas.
- Perelmiter, L. (2016). *Burocracia plebeya. La trastienda de la asistencia social en el Estado argentino*. San Martín: Universidad Nacional de General San Martín.
- Pérez, E. (2023). ¿Qué tienen para decir las juventudes? La pedagogía de la escucha como premisa de gestión. En P. Vommaro y E. Pérez (Comp.), *Juventudes, democracia y crisis. Pandemia, post-pandemia y después* (15-24). Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.
- Pérez Sainz, J. P. (2016). Globalización y relaciones asalariadas en América Latina. Entre la generalización de la precariedad y la utopía de la empleabilidad. En D. Castillo Fernández, N. Baca Tavira y R. Todaro Cavallero (Coords.), *Trabajo global y desigualdades en el mercado laboral* (19-37). México: Universidad Autónoma del Estado de México.
- Viego, V. (2015). Políticas públicas para la terminalidad educativa: el caso del Plan Fines en Argentina. *Archivos analíticos de políticas educativas*, 23, 1-21. Recuperado de www.redalyc.org/pdf/2750/275041389107.pdf.

Fuentes

- Agencia de Noticias San Luis (ANSL) (30 de octubre de 2022). El Programa “Empezar” facilita la inserción laboral a más de 2300 jóvenes. Recuperado de <https://tinyurl.com/3r2z2zb5>.

3

Del mostrador al chat

Transformaciones de la atención estatal en el PROGRESAR

YUSSEF BECHER

Introducción

“El que responde es un bot”, dijo uno de los jóvenes entrevistados en la investigación¹. Comenzar el artículo con tal expresión verbal permite enunciar su objetivo: problematizar la dimensión virtual de la gestión del Programa de Respaldo a Estudiantes Argentinos (PROGRESAR) desde la perspectiva de lxs jóvenes receptorxs, acentuando –tal como se evidenciará– algunos ejes posibles.

El PROGRESAR ha ido mostrando en su implementación –desde 2014– una incorporación paulatina de las tecnologías de la información hasta que, tras la pandemia por COVID-19, algunos trámites vinculados al programa fueron totalmente virtualizados. Desde hace tiempo, más precisamente a partir de una tesis de maestría aprobada en 2016, se vienen indagando diferentes aspectos ligados al PROGRESAR, lo cual permite aseverar que la inclusión de dispositivos digitales en tal programa ha sido contundente.

¹ La RAE señala que tal término es una abreviación de “robot” y refiere a un programa que imita el comportamiento humano. Fuente: dle.rae.es/bot.

En ese sentido, la actual investigación posdoctoral posibilita profundizar en tal dimensión virtual. Dicho estudio se desarrolla en la provincia de San Luis (Argentina) –específicamente la ciudad de Villa Mercedes– y adopta un enfoque metodológico cualitativo. Asimismo, se centra en una de las líneas del PROGRESAR dirigida a juventudes universitarias, dado que su presencia en tal ciudad es más significativa por cuanto allí se radican dos universidades nacionales: Universidad Nacional de San Luis (UNSL) y Universidad Nacional de Villa Mercedes (UNVIME).

El artículo se divide en cuatro apartados. El primero de ellos introduce la relación entre burocracia y virtualización como parte de una dinámica social más amplia que se acrecentó durante la pandemia; se continúa con una descripción pormenorizada del PROGRESAR en cuanto programa socioeducativo y laboral del Estado nacional, considerando las improntas de los distintos gobiernos nacionales que han estado a cargo de su ejecución. Seguidamente, se propone adentrarse de lleno en el análisis del objetivo planteado en el texto, apelando a las voces de lxs jóvenes entrevistadxs. Y, por último, se arriba a conclusiones que sugieren interrogantes sobre los cuales se espera avanzar en la indagación posdoctoral en curso.

Burocracia y virtualización

La virtualización de la vida social es un fenómeno progresivo, pero vertiginoso. El filósofo francés Éric Sadin (2022) ubica en la segunda mitad del siglo XXI la emergencia de una antropología, que implica un vínculo cada vez más estrecho entre las tecnologías digitales y el cuerpo humano; según el autor, el dispositivo fundante de tal amalgama es el *smartphone*:

Se trata de la aparición de un acoplamiento inédito entre organismos fisiológicos y códigos digitales, que se teje induciendo

una tensión inestable entre aptitudes y misiones otorgadas a lo humano, por un lado, y a las máquinas, por el otro (Sadin, 2022, p. 31).

Sin duda, la pandemia aceleró el proceso de virtualización actual de la vida humana. El encierro total en los hogares durante la primera etapa de la emergencia sanitaria condujo al uso masivo de los dispositivos tecnológicos como sustitutivos de la presencialidad. A partir de tal momento, se impusieron tecnologías, tales como los programas de videollamadas, que no eran de un uso tan habitual y extendido, como también se evidenciaron las brechas digitales y la sobrecarga de tareas de cuidado para las mujeres en toda la región, quienes dedicaban 4,1 horas diarias al trabajo doméstico y de cuidados no remunerado frente a 1,7 horas de los varones (ONU Mujeres, 2020). Vale agregar que la tecnología fue un recurso empleado casi a nivel mundial, con diferentes intensidades, que permitió el control de la pandemia. Han (2020) relata el uso de las tecnologías digitales durante la crisis sanitaria en Asia, señalando que la cultura en tales países permitió una rigurosa vigilancia digital que no tuvo demasiadas resistencias. Sin embargo, como advierte el mismo autor en otro texto (Han, 2014), apelando a la noción de “psicopolítica”, los modos de vigilancia contemporáneos adquieren formas subrepticias que, en lugar de disgustar, buscan agradar, incluyendo a las tecnologías, por lo que se instaura una psicopolítica digital (Han, 2020)².

En Argentina, la burocracia estatal, y en ella la de corte asistencial, no se mantuvo ajena al fenómeno de la virtualización. En ese sentido, Arcidiácono y Perelmiter (2024)

² Han (2014) define a la psicopolítica como una forma actual de ejercicio del poder que “se apodera de la emoción para influir en las acciones a este nivel prerreflexivo” (p. 75). A partir de ello, se construye un tipo de subjetividad en la que el ser humano se cree empresario de sí mismo y asume como propias las consecuencias de su fracaso ante la exclusión del sistema capitalista; en consecuencia, “quien fracasa en la sociedad neoliberal del rendimiento se hace a sí mismo responsable y se avergüenza, en lugar de poner en duda a la sociedad o el sistema” (Han, 2014, p. 18).

reconstruyen el camino que condujo a la instauración del “mostrador digital” en el ámbito de la Administración Nacional de la Seguridad Social (ANSES). El primer antecedente corresponde al año 2006, cuando se implementó la primera prestación enteramente digitalizada: Jubilación Automática para Autónomos Puros (JAAP), que supuso la articulación de bases de datos entre ANSES y la Administración Federal de Ingresos Públicos (AFIP) y alcanzó a 1.300.000 beneficiarixs. En 2008 se creó el portal Autopista de Servicios de la Seguridad Social, que brindaba atención a personas que tramitaban jubilaciones, asignaciones familiares y otras prestaciones; de allí que los accesos a la web del organismo pasaran de 200.000 a fines de 2005 a más de 7.000.000 a principios de 2008 (Finquelevich, Prince y Jolías, 2011, citado por Arcidiácono y Perelmiter, 2024). Por su parte, en 2014 se lanzó la aplicación telefónica ANSES Móvil, que permite efectuar gestiones a través del celular sin tener que asistir presencialmente a ANSES ni contactarse por teléfono con unx operadorx del organismo. En 2020, durante la pandemia, se puso en funcionamiento el aplicativo Atención Virtual, que posibilitaba recibir algunos trámites y realizar consultas por la web, como también caratular expedientes y mantener con consultantes una atención personalizada por *mail*. Por último, en 2018 se instauró el canal de atención digital Mi ANSES, el cual requiere una clave de seguridad social, que da acceso a información sobre fechas de cobro, monto de estipendios, recibos de sueldo, trámites iniciados, turnos, entre otros.

Seguidamente, se realizará una breve descripción del PROGRESAR y de los principales cambios introducidos por los diferentes gobiernos nacionales que estuvieron a cargo de su gestión.

PROGRESAR: su derrotero a través de los diferentes gobiernos nacionales

El Programa de Respaldo a Estudiantes Argentinos se comenzó a implementar desde el año 2014 durante la presidencia de Cristina Fernández. Si bien inicialmente su finalidad no era totalmente nítida –más allá de la definición de su población objetivo: jóvenes de entre 18 y 24 años–, a poco de andar se fue definiendo su componente socioeducativo y laboral. En efecto, se trata de un programa de transferencias condicionadas que otorga un monto de dinero a sus receptorxs a cambio del cumplimiento de una condicionalidad educativa o de formación para el empleo (en cualquiera de sus niveles dentro de la educación obligatoria, superior o cursos de formación laboral) y un control anual de salud (DNU 84/2014). El principal requisito para acceder al PROGRESAR se relaciona con los ingresos del joven y su grupo familiar, que no deben superar tres salarios mínimos (DNU 505/15). Otro aspecto significativo del PROGRESAR es que –al igual que programas con componente no contributivo, es decir que no se sustentan con el salario de los aportantes al sistema, como la Asignación Universal por Hijo (AUH) y la Asignación Universal por Embarazo (AUE)– se ejecutaba en el ámbito de la ANSES, organismo asociado institucionalmente al derecho a la seguridad social del que gozan lxs trabajadorxs registradxs, lo cual contribuyó a promover mayor formalización en programas que antes se desarrollaban en el ámbito de ministerios e imaginarios entre sus destinatarixs ligados a los derechos e inclusión social (Becher, 2017).

En esta primera etapa –que abarcó hasta 2015–, el número de jóvenes receptorxs llegó a 696.494 (CEPA, 2025). En ese sentido, quedó evidenciado el “potencial universalizante” del PROGRESAR (Becher, 2022), que, sin ser un programa universal, logró una cobertura y un alcance muy significativos entre su población objetivo:

Durante 2015-2017 poco más del 80% de los jóvenes de 18 a 24 años del país cumplía con los requisitos para ingresar al programa y representaban cerca de 4 millones de personas. Esto da cuenta del potencial que tiene el PROGRESAR para convertirse en el programa de transferencia de ingresos con mayor cobertura de la población juvenil del país, funcionando como una extensión de la AUH para este grupo etario (Bertranou, Jiménez y Jiménez, 2018, p. 6).

Tras el cambio de gobierno en 2016, al asumir la presidencia Mauricio Macri, se produjeron modificaciones sustanciales en el diseño original del programa. Como se registró en la tesis doctoral del autor del artículo (Becher, 2021), muchas de tales modificaciones –que implicaron bajas de receptorxs y restricciones en el acceso al programa³– se efectuaron de modo informal a través de ANSES hasta que se dictó el DNU 90/2018. Dicho decreto introdujo una fuerte orientación meritocrática, característica que asumieron muchas políticas de juventud en aquel período (Barcala *et al.*, 2018), en el PROGRESAR, que comenzó a denominarse Becas PROGRESAR⁴: se incrementaron las exigencias académicas (en el nivel universitario, se pasó de requerir la aprobación de dos materias por año a la mitad de asignaturas según año de cursada y plan de estudios); se creó un premio para quien obtuviera un promedio de 8 o superior; se distinguió entre carreras prioritarias y las que no reunían tal condición (tecnicaturas, licenciaturas en ciencias naturales y médicas e ingenierías; por ende, se postergó a las de orientación en ciencias sociales). Asimismo, se desactualizó el monto de la beca, y desde ANSES, de modo informal, hubo una interpretación más restrictiva del requisito del monto salarial que impactó –junto a los

³ Tal hecho también fue constatado por Lombardía (2018).

⁴ En Becher (2021) se advirtió que entre lxs receptorxs el significante “beca” permitía “despegar” al programa de algunos prejuicios sociales, por ejemplo, el discurso de la vagancia, aunque ello no implica que en la actualidad no persistan tales prejuicios.

otros factores antes señalados– en la cantidad de receptorxs (Becher, 2021). Con respecto al primer punto, en el informe “El deterioro del Programa Progresar: licuación y caída en la cobertura” (CEPA, 2025), se advierte:

Entre 2015 y 2019, el poder adquisitivo de la beca Progresar cayó significativamente. Si en 2015 el promedio anual del monto real de la beca para universitarios de carreras no estratégicas equivalía a \$100, en 2016 bajó a \$78,6 y en 2017 a \$62,2. En 2018, con la reforma del programa, hubo una leve recuperación hasta los \$67,3, pero en 2019 el promedio anual volvió a descender hasta los \$49,8, es decir que la beca tenía la mitad de su poder adquisitivo respecto de 2015 (pp. 5-6).

Otro cambio significativo durante este tiempo fue el traspaso del programa al Ministerio de Educación y, en su interior, a la Secretaría de Políticas Universitarias (SPU). No obstante, tras un lapso breve, se dispuso su inserción en la reciente Dirección Nacional de Becas Estudiantiles (DNBE) perteneciente a la Secretaría de Gestión Educativa (Res. ME 2534-2018), mientras que la ANSES continuaría prestando asistencia administrativa, en especial, en lo referido al trámite de inscripción.

Este período –que comprende hasta 2019– culminó con 571.445 jóvenes receptores, por lo cual se aprecia una caída respecto de 2015 que, según diversos estudios e informes, se vincularía con el aumento de exigencias académicas y la interpretación más restrictiva –en relación con la etapa anterior– del tope de tres salarios mínimos (Lombardía, 2018; Becher, 2021, 2022; CEPA, 2025).

El gobierno iniciado en 2019 –a cargo de Alberto Fernández– revalorizó aspectos originales del diseño del PROGRESAR; sin embargo, se mantuvieron algunas de las reformas producidas durante la gestión anterior, por ejemplo, la diferenciación entre carreras prioritarias y la permanencia del programa en el ámbito del Ministerio de Educación, reubicándolo en la Secretaría de Cooperación Educativa y Acciones Prioritarias, Subsecretaría de Participación y

Democratización Educativa. Quizá el cambio más importante de esta etapa fue la inclusión prioritaria de grupos en condición de vulnerabilidad multidimensional a los que se exceptuó del criterio de regularidad que estableció el Decreto 90/2018 (Res. ME 70-2020). En esa misma convocatoria, se priorizó a los siguientes grupos de personas:

1. mujeres con hijxs de hasta 18 años de edad que se encuentren a cargo de un hogar monoparental;
2. integrantes de las comunidades indígenas o pertenecientes a pueblos originarios;
3. personas trans;
4. personas con discapacidad.

En educación obligatoria, el máximo de edad para tales grupos se extendió a 30 años, quedando exceptuadas las identidades trans y las personas con discapacidad. Mientras que en educación superior la edad de ingreso al programa se prolongó hasta 35 años y sin límite de edad para personas trans, integrantes de comunidades indígenas o pertenecientes a pueblos originarios, personas con discapacidad. A fines de 2021, se dictó el DNU 857, el cual permitió el acceso al PROGRESAR a jóvenes de entre 16 y 17 años, que se fundamentaría, según lo dispuesto por dicha regulación, en la situación socioeconómica que enfrentaba el país como consecuencia de la pandemia y, en particular, por la necesidad de implementar políticas orientadas a la contención y retención en el sistema educativo. En este período el número de jóvenes receptores registró un pico máximo histórico que podría estar asociado con los nuevos criterios de edad: 1.870.986 (CEPA, 2025).

Actualmente, como se señala en el informe de CEPA (2025) antes citado, el gobierno de Javier Milei iniciado en diciembre de 2023 excluyó a una gran cantidad de inscriptxs por no cumplir con requisitos y colocó trabas administrativas para nuevos ingresos, por lo que hubo una disminución que ronda el medio millón de receptorxs. Sumado a ello,

se produjo una fuerte pérdida del poder adquisitivo de la transferencia de ingresos del programa dado que permaneció congelada hasta septiembre de 2024. En esta nueva etapa, el PROGRESAR se inserta institucionalmente en la Secretaría de Educación (Ministerio de Capital Humano) y posee tres líneas: Progresar Obligatorio (finalización del nivel secundario), Progresar Superior (carreras terciarias y universitarias) y Progresar Trabajo (cursos de formación profesional). La edad de acceso al programa comprende desde los 16 hasta los 35 años, aunque en casos excepcionales, como la carrera de Enfermería y otras situaciones particulares, no se aplica el límite de edad. El monto mensual de la beca es de 35.000 pesos, que se abona en su totalidad o con la retención del 20 % mensual, según los requisitos específicos de cada línea.

Burocracia virtual y gestión entre pantallas

En Argentina, los estudios sociales sobre el Estado y la administración pública han reflejado históricamente las interacciones entre destinatarios de políticas y sus gestorxs; relaciones sociales que estaban mediadas de modo determinante por la presencialidad. De allí, por ejemplo, las investigaciones de Auyero sobre clientelismo político y *performances* prototípicas de la praxis peronista (1997), sobre la violencia estatal y social durante la crisis de 2001-2002 (2007), sobre las múltiples mediaciones estatales, sociales y culturales que atraviesan las estrategias de sobrevivencia de los pobres (2023), entre otras. Dentro del área específica de las políticas sociales, el interés académico de estos últimos años ha reparado en las características de las burocracias asistencialistas, por ejemplo, el estudio de Perelmiter (2016) sobre el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación durante 2003-2009, el cual refleja la “vida interna” de la cara social del Estado y las pujas, las ambiciones, los

dilemas y las convicciones que entrecruzan a empleadx y funcionarixs en la provisión de asistencia, destacando –en el período analizado– una búsqueda de proximidad con lxs receptorxs de las políticas. En efecto, el encuentro “cara a cara” con lxs agentes del Estado era el que daba forma a las características principales que asumían tales interacciones; no obstante, como se señaló, la incorporación progresiva de las tecnologías de la información y con mayor impulso tras la pandemia invita a repensar los vínculos entre el Estado y lxs ciudadanxs en general y, en este caso, respecto de lxs receptorxs de programas sociales.

El PROGRESAR es un programa bisagra en ese sentido porque desde 2014 –año de inicio de su ejecución– hasta la actualidad ha ido atravesando tal incorporación de las tecnologías en su gestión. La instancia de ingreso al programa es la que parece estar más virtualizada dado que lxs jóvenes no tienen ningún tipo de contacto –ni siquiera telefónico– con representantes del Estado. Si bien en los comienzos del PROGRESAR, al igual que ahora, se completaba un formulario *online* a través de la web de ANSES, lxs receptorxs de nivel superior tenían que dirigirse a las respectivas universidades y solicitar un certificado de inscripción a la carrera o estudiante regular, según el caso, el cual se cargaba junto con el formulario. Actualmente, lxs jóvenes descargan su historial académico del sistema informático de cada universidad (en la UNSL y la UNVIME SIU Guaraní) y lo adjuntan al formulario; todo lo consignado allí tiene carácter de declaración jurada, por lo que se considera verídico salvo que la administración (Secretaría de Educación desde 2024) corrobore alguna información errónea al contrastar con su base de datos. Tal modalidad vuelve innecesario –al menos en esta instancia– el contacto de lxs jóvenes con la burocracia universitaria, la cual ha sido caracterizada por Ambort (2025) como burocracia satélite o gestión *sui generis*, por cuanto, sin pertenecer a organismos ligados directamente a la administración del PROGRESAR, ejercía un rol importante en la etapa de ingreso al programa; en efecto, las

juventudes universitarias pueden prescindir de tal contacto, lo cual –como se irá advirtiendo más adelante– contribuye a la individualización de la acción estatal. Sin embargo, la virtualización del PROGRESAR no queda restringida a la etapa de ingreso. Algunxs receptorxs comentaron:

E: ¿Has tenido alguna dificultad, algún problema por el cual tener que consultar en una oficina de la administración pública?

R: No, la verdad que no. Creo que una vez tuve que consultar por un tema de la clave de seguridad social, pero lo hice todo también digitalmente. Llamé a un número que estaba ahí que te dan información para poder tener por ahí una comunicación más inmediata y me dijeron que me comuniqué por mail a una dirección de correo que me dieron y así fue, pero fue todo así, nada presencial.

E: ¿Y no tuviste que esperar mucho tiempo?

R: No, tampoco. Me acuerdo que me respondieron bastante rápido. El *mail* también, me acuerdo que me lo mandaron, creo que de un día para el otro; todo fue bastante inmediato [Ulises].

E: Y si llegás a tener algún problema, ¿sabés con quién comunicarte? ¿Hay un número para gestionar reclamos?

R: Sí, hay números de teléfono. Eh, también la página, si vos entrás a la página del PROGRESAR, cuando uno se fija si aceptaron o no, hay una parte de casilla de mensajes. Entonces ahí podés elegir por ahí si es algún reclamo o si es alguna consulta podés mandar un mensaje y te contesta [Melina].

Hasta 2018 el PROGRESAR se ejecutaba en el seno de ANSES, por lo que lxs jóvenes contaban con un órgano burocrático de gran presencia territorial –todas las provincias y algunas de sus localidades poseen unidades de atención– al cual acudir en caso de inconvenientes con el programa. No obstante, a partir del dictado del DNU 90, la administración del PROGRESAR pasó al Ministerio de Educación, lo cual limitó el alcance de lxs receptorxs a instancias burocráticas presenciales. La ANSES –en cuanto organismo de

la seguridad social– presenta particularidades que no son semejantes a las de otros entes de la administración pública, tanto por su magnitud en cuanto a personal, infraestructura, recursos presupuestarios, megabase de datos, como por su carga simbólica. Con relación al primer aspecto, según datos citados por Arcidiácono y Perelmiter (2024), ANSES poseía –a comienzos de 2024– 13.500 empleadxs y 1650 puestos de conducción, que se ubicaban en las 444 oficinas de atención distribuidas en todo el país.

Puede, por ello, hacerse presente en la vida de las personas (o en sus cuentas) de modo automático, casi sin que estas lo requieran o incluso lo adviertan. La interacción cotidiana es intensa y masiva. Cada mes, recibe alrededor de 1,5 millones de llamadas y 2 millones de personas acuden a sus oficinas (Arcidiácono y Perelmiter, 2024, pp. 11-12).

Respecto a la carga simbólica de ANSES, esta recae sobre su carácter de organismo que aglutina a lxs trabajadorxs registradxs, a diferencia de las burocracias asistencia-listas históricamente relegadas a lxs destinatarixs de programas sociales. En ese sentido, la inclusión de receptorxs de programas en el ámbito de ANSES, que se inauguró con la AUH y se reiteró en el PROGRESAR, supuso incorporarlx a un universo simbólico asociado a la estabilidad y los derechos que derivan del empleo formal (Becher, 2017).

El trabajo de tesis doctoral desarrollado durante 2015-2020 permitió identificar una relación muy estrecha entre lxs jóvenes villamercedinxs receptorxs del PROGRESAR y lxs empleadxs de ANSES, ya sea porque se conocían desde antes del acceso al programa o quienes trabajaban en el organismo se interesaban por lograr cierta proximidad con tales juventudes, concediendo algunas “licencias” en cuanto a trámites u otro tipo de requisitos burocráticos. De hecho, fue significativo advertir en una entrevista grupal que dichos acercamientos entre jóvenes y burocracia suscitaban sospechas de favores ilegales, ante lo cual quienes resultaban beneficiadxs alegaban que sus contactos no

ocupaban un espacio jerárquico importante en el organismo, de allí que los favores se limitaban a turnos, certificados, averiguación de trámites (Becher, 2021). Más allá de lo que se obtenía por la cercanía con lxs empleadxs, vale destacar que tales interacciones eran posibles por la concurrencia de lxs jóvenes a ANSES, es decir, se podría inferir que la virtualidad no hubiese dado lugar a ese tipo de vínculos con agentes o empleadxs del Estado.

La pandemia puso en jaque los modos tradicionales de relacionarse con la administración pública y aceleró los procesos de virtualización de la “ventanilla del Estado”. La necesidad de la reclusión total en los hogares condujo a que la presencialidad fuera reemplazada por trámites a través de dispositivos electrónicos. Otra complejidad que se agregó en ese escenario fue la del acceso a internet, pues la emergencia sanitaria evidenció las brechas digitales. Por ejemplo, un estudio realizado durante la pandemia, según datos del Ministerio de Educación, advirtió que solo entre el 36 % y el 37 % de lxs estudiantes poseía internet de alta velocidad, y que entre los principales dispositivos a los que recurrían para cumplir con las tareas escolares se encontraba el celular (OAJ-UBA, 2020). Junto a ello, fue preciso desmitificar la imagen de las juventudes como “nativas digitales”, pues el peso de las desigualdades sociales, culturales y territoriales incide en la apropiación diferencial de las tecnologías; esto es, no se trata de cualidades innatas, sino de socialización mediada por condiciones de vida diferenciales (Paulín *et al.*, 2021). Entre lxs jóvenes receptorxs del PROGRESAR que aportaron su testimonio en la investigación, ningunx adujo dificultades con el acceso a internet. En rigor, podría estar influyendo una característica de San Luis: la cobertura casi total de internet gratuito en todo el territorio provincial. En la provincia de San Luis, desde el año 2008, en el marco de una política de inclusión digital, se construyó infraestructura para la provisión de internet gratuito. Si bien en sus comienzos empezó como un proyecto de medio alcance, suministrado a través de la denominada “autopista de

la información”⁵ e instalación de algunas redes de internet, actualmente cubre casi la totalidad de zonas urbanas y rurales. El progreso en la cobertura y extensión de internet fue paulatino, pues inició por medio de la mencionada autopista, luego se instalaron redes en las principales ciudades y al interior de ellas en los espacios más transitados. Se colocaron antenas de wifi de gran extensión en hospitales y escuelas, lo cual permitió, incluso, que algunos hogares comenzaran a contar con acceso a internet en los dispositivos personales del grupo familiar, pues instalaban antenas de wifi de menor alcance que, al conectar con las provinciales, posibilitan el ingreso a la red⁶.

A partir de los discursos de lxs jóvenes, otra idea que emerge con fuerza es la de eficiencia en relación con los canales y las vías de atención digitales. Todxs alegaron, en principio, haber recibido una respuesta a la que caracterizaron como sencilla y rápida, lo cual trasciende, aunque la mayoría se mostró satisfecha, si la dificultad que plantearon se resolvió. En efecto, como afirma Sadin (2022), el ingenio humano es el que ha logrado el desarrollo de tecnologías sofisticadas dotadas de formas de inteligencia diferentes de la nuestra, por lo que es probable que logren mayor “eficiencia” respecto de actividades humanas principalmente mecánicas, tales como algunas tareas de tipo burocráticas; en verdad, siguiendo al autor citado, la tecnología ya no aparece solo como una potencia aumentativa tanto física como cognitiva, sino también “como una entidad substitutiva encargada de actuar en nuestro lugar, subterráneamente y bajo formas diversas, en función de registros de

⁵ Dicho sistema informático remite a los ideados durante la década del 90 en Estados Unidos. En la provincia se realizó por medio de un contrato con la compañía de telecomunicaciones NEC (que utilizaba tecnología propia con *software* de Microsoft) iniciado en 2001 y concluido en 2004.

⁶ Desde la página web wifi.sanluis.gov.ar/miayntena, se pueden consultar las antenas más cercanas a cada hogar y decidir las modalidades de instalación de la propia.

acción destinados a extenderse de modo indefinido” (p. 73). En definitiva, esta idea de eficiencia o inconmensurabilidad ha ido configurando una imagen totémica de la tecnología (Sadin, 2022), en este caso burocrática, difícil de cuestionar en la praxis o de asemejar a la tarea del empleadx públicx. Sin embargo, si bien es posible que se obtengan respuestas, que tal vez el/la empleadx o agente públicx no proporcione o eluda, que a su vez sean más veloces o ágiles, se pierde aquella “discrecionalidad” que en ocasiones resultaba favorable a lxs receptorxs de programas sociales. Como se señaló antes, en el caso del PROGRESAR, se advirtieron tales concesiones por parte de empleadxs de ANSES en turnos o trámites que eran necesarios para lxs jóvenes (Becher, 2021) y que ya no serían factibles dado que la concurrencia personal a los organismos públicos –en aquel entonces ANSES– es sustituida por las consultas o los trámites *online*. De allí surge la “política de la distancia” (Arcidiácono y Perelmiter, 2024), la cual no solo promete eficiencia, sino la supresión de cualquier decisión humana del proceso de asignación de prestaciones sociales, garantizando supuestos criterios objetivos de distribución que podrían ser sometidos a cualquier pedido de rendición de cuentas.

En aportes previos, se ha indagado en torno a modos de gestión híbridos e individualizantes que combinan en la implementación de un mismo programa la acción estatal y la del sector privado (Becher, 2024). Si bien en el PROGRESAR la ejecución se encuentra enteramente a cargo del Estado, es posible pensar que el fenómeno de la virtualización ha delegado parte de su gestión a lxs propixs receptorxs, quienes se manifiestan a través de redes sociales; es decir, la hibridez se da en esa conjunción entre participación estatal e individual. En la tesis doctoral (2015-2020), ya se había identificado una presencia contundente de la red social Facebook como un medio por el cual lxs jóvenes se comunicaban, compartían inquietudes y evacuaban dudas; por su parte, lxs entrevistadxs en el marco de la investigación actual indicaron:

E: ¿Estás en algún grupo en redes sociales sobre el PROGRESAR donde se puedan contactar o comentar?

R: Sí, estoy en un grupo en Facebook que se llama Beca Progresar. Y creo que me uní, no sé, el año pasado y este año, como el año pasado a mí no me aceptaron, como que mucha bola no le daba, pero está bueno porque se hacen muchas preguntas que por ahí uno tiene, entonces, sí, bueno, informarse y ver por ahí porque siempre contestan. No sé específicamente quién es o cómo es, si es alguien que será cercano al programa o trabajará, no sé, en ANSES, pero siempre hay alguien que se toma el tiempo de contestar dudas que se van teniendo, que van surgiendo.

E: ¿Y ese grupo es a nivel nacional?

R: Es un grupo a nivel nacional porque es un grupo de Face... pero de Becas Progresar en el que hay gente de todos lados; es más, hay gente no solamente exclusivamente universitaria, sino también chicos que están en el secundario [Lucas].

Vale destacar que, si bien los grupos de la red social eran de acceso restringido, tras solicitar la incorporación, quienes se ocupaban de administrarlos brindaron el permiso requerido. De allí se advirtió que las participaciones de lxs usuarixs estaban ligadas a períodos según las diferentes “marchas y contramarchas” del programa, que se reflejaron antes. Por motivos éticos, se decidió no copiar fragmentos textuales de las intervenciones de lxs jóvenes en la red, por cuanto se trataba de un grupo privado al cual solo se accedió con fines investigativos; asimismo, en ningún momento se intervino en sus comentarios.

En ese sentido, el contenido de la participación de lxs jóvenes en el grupo de Facebook fue variando, aunque siempre muy vinculado a los cambios coyunturales en la gestión del programa. Por ejemplo, hasta 2015 dichos grupos funcionaban como foros de consulta ante dudas –que se podrían calificar como menores– tales como diferencias entre ellxs, por algunos días, en las fechas de cobro de la transferencia de ingresos. Si bien no implica que no se produjeran otras dificultades burocráticas, en la red social los comentarios giraban en torno a consultas de menor

relevancia. También se agregaban las referidas a cumplimiento de requisitos formales (constancias, formularios, copias de documentos). Por el contrario, con el inicio de la gestión de Cambiemos (2016-2019), y dado que se modificó desfavorablemente la situación general del PROGRESAR, las juventudes comenzaron a manifestar sus angustias e incertidumbres a través de la red. Durante los primeros meses de 2016, se empezaron a difundir mensajes sobre algunas bajas en el programa, ante lo cual surgían distintas explicaciones en torno a la eliminación de receptorxs, pues para muchxs era una acción de “ajuste” esperable de la gestión de Cambiemos, en tanto que para otrxs era “necesario” ante una supuesta saturación en la cantidad de destinatarixs. Si bien se manifestaban entre ellxs diferentes posturas ideológicas, no se producían profundas diferencias que lxs motivaran a iniciar discusiones políticas o a abandonar el grupo de *Facebook*; allí “la grieta”, en su faceta más nociva, no tenía lugar (Becher, 2021).

A pesar de que los grupos de Facebook eran cerrados, lo cual implicaba que administradorxs tuvieran que otorgar permiso a quien lo solicitaba, en ningún momento se dieron a conocer; quizá por la posición que ocupaban dichos miembros de la red, se esperaba de su parte algún tipo de liderazgo. Por el contrario, no se evidenciaron jóvenes que asumieran tal actitud o bien tuvieran el rol de moderadorxs u organizadorxs de las intervenciones que se iban suscitando. Por ese motivo, las participaciones de lxs receptorxs no manifestaban censuras o restricciones aparentes, pues cada unx se expresaba libremente e, incluso, sin seguir un orden en función de diálogos anteriores.

En síntesis, la interacción por la red entre receptorxs del PROGRESAR no individualiza *per se*, pues supone un diálogo entre jóvenes de diferentes provincias del país que conduce a conocerse y socializar aspectos de su condición de receptorxs del programa: ventajas, beneficios, dificultades, problemáticas compartidas que pueden constituir “atajos o trucos” para enfrentarse de una forma más amena a

la burocracia estatal. No obstante, si bien las redes facilitan tal interacción, se delega en lxs destinatarixs resolver las dudas e inquietudes que suscita la tramitación del acceso y la permanencia en el PROGRESAR; esto equivale a sostener que la gestión del programa no recae solo en el Estado, por lo cual se produce la mixtura o hibridez entre gestión individual y pública. Ahora bien, una posible hipótesis ante el contexto actual de virtualización impuesto tras la pandemia conlleva inferir que tal mixtura público/individual se ha incrementado y, junto a ello, que la gestión entre pantallas individualiza, ergo, no solo se trata de destinatarixs que deciden autoadministrarse, sino que, fundamentalmente, la acción estatal, en su modalidad actual, transfiere a lxs receptorxs responsabilidades que históricamente correspondían al Estado. De este modo, se promueve la autogestión de trámites –incluida la inscripción al programa–, la resolución autónoma de dudas administrativas y el uso excluyente de canales virtuales, de modo que se desplaza la atención presencial.

Conclusiones

En este texto se propuso indagar la dimensión virtual del PROGRESAR (virtualización) y los cambios que ha ido introduciendo en su gestión, enfatizando algunos ejes. En primer lugar, el trámite de acceso al PROGRESAR para juventudes universitarias denota una total virtualización que prescinde, incluso, de las burocracias satélite o sui generis (Ambort, 2025). De hecho, Arcidiácono y Perelmiter (2022) han identificado que quienes antes se desempeñaban como gestorxs en la presencialidad habrían pasado a convertirse en “mediadores capilares” a través de las pantallas; sin embargo, entre lxs jóvenes receptorxs del PROGRESAR en la provincia de San Luis, no se reconoció tal presencia. Ante ello un interrogante que surge es si estarán influyendo

las políticas de acceso gratuito a internet que se implementan en la provincia desde comienzos de siglo. Si bien no se cuenta con datos cuantitativos actualizados sobre brechas digitales en San Luis, es importante considerar que, en el marco de este estudio, lxs jóvenes adujeron no tener dificultades con el uso de internet. En segundo lugar, es innegable el efecto del fenómeno pandémico sobre la virtualización de la burocracia estatal, la cual ha ido supliendo casi la totalidad de instancias presenciales a las que recurrían las juventudes destinatarias del PROGRESAR. Ello obtura la posibilidad de vínculos intersubjetivos entre agentes estatales y jóvenes que podrían decantar en concesiones beneficiosas para estos últimos, aunque, para otros integrantes del colectivo juvenil, suponían favores poco éticos. En ese sentido, vale destacar la performatividad del discurso de la “corrupción” que trasunta las expresiones de lxs jóvenes que piensan de ese modo, aunque ello suponga beneficios en la realización de los trámites. Por consiguiente, la idea de la eficiencia junto a la política de la distancia (Arcidiácono y Perelmiter, 2024) que emerge con fuerza de los testimonios de lxs entrevistadxs conduce a la creencia de “objetividad” o falta de discrecionalidad en torno al uso de los recursos públicos, contraponiéndose a aquella supuesta “corrupción” de parte de quienes, por tener un vínculo más estrecho con lxs agentes estatales, lograban en la presencialidad turnos, mayor celeridad en consultas, eludir alguna constancia, etc. En tercer lugar, la virtualización del PROGRESAR que se manifiesta a través de la red social Facebook permite pensar en aspectos de la gestión del programa que son delegados a lxs receptorxs, de modo que produce una mixtura o hibridez entre la acción estatal y la privada. Tal vez el Estado no procura directamente la autoadministración de lxs destinatarixs, pero, en un contexto de incremento de vías y canales de atención virtuales –que respecto del PROGRESAR han suprimido casi en su totalidad la presencialidad–, es posible prever que aquello suceda, individualizando la experiencia de ser receptorx de un programa social.

Por último, vale detenerse en dos ejes más de análisis: por un lado, es preciso considerar que el actual gobierno nacional que implementa políticas neoliberales podría profundizar la individualidad a la que conduce la virtualización de la burocracia estatal, pues dicho modelo de gobierno se basa en una concepción de la desigualdad y la movilidad social en cuanto responsabilidad de cada persona (Dubet, 2020); de allí que el Estado no tendría por qué asumir obligaciones que serían de cada ciudadanx, ergo, ante dificultades o inconvenientes con la gestión de los programas, se estilaría que cada receptorx las resuelva por sí mismo, aunque ello conlleve el riesgo de ser excluidx de ellos, desatendiendo desigualdades de género, edades, clase y sociales en general. Por otro lado, algunas de las complejidades que imponen las tecnologías de la información no son atribuibles a la orientación ideológica de un gobierno en particular, por ejemplo: el progreso en la virtualización del PROGRESAR –y los desafíos e inconvenientes que ha ido suscitando– inició hace varios años y se profundizó durante la pandemia; no obstante, es factible reconocer que cada gobierno debe implementar políticas que disminuyan las brechas que produce la virtualización de la burocracia estatal y, mientras tanto, procurar un equilibrio entre virtualidad y presencialidad que compense las faltas de la primera o bien evaluar qué instancia de cada programa social conviene mantener de modo presencial. En el caso de la gestión del PROGRESAR, una propuesta en pos de lograr tal equilibrio sería estimular, en particular ante los primeros contactos de lxs jóvenes con la burocracia estatal, encuentros presenciales entre receptorxs que no solo permitan compartir las dificultades, sino también las experiencias positivas de ser parte de un programa socioeducativo/laboral del Estado.

Referencias bibliográficas

- Ambort, M. (2025). Burocracias satélites y gestores sui generis en el acceso al programa Progresar en Argentina. *Rev. nuestrAmérica*, 25. Recuperado de nuestramerica.cl/ojs/index.php/nuestramerica/article/view/e15042962/pdfES.
- Arcidiácono, P. y Perelmiter, L. (2022). Mediaciones sociales y burocráticas en la era digital. La política social argentina en tiempos de pandemia. *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, 31 (2), 57-80. Recuperado de doi.org/10.26851/rucp.31.2.3.
- Arcidiácono, P. y Perelmiter, L. (2024). *De bobo, nada. Cómo funciona la ANSES y por qué pone en cuestión los mitos contra el Estado*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Auyero, J. (1997). Evita como performance. Mediación y resolución de problemas entre los pobres urbanos del Gran Buenos Aires. En J. Auyero (Comp.), *¿Favores por votos? Estudios sobre clientelismo político contemporáneo* (169-232). Buenos Aires: Editorial Losada.
- Auyero, J. (2007). *La zona gris. Violencia colectiva y política partidaria en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Auyero, J. y Servián, S. (2023). *Cómo hacen los pobres para sobrevivir*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Barcala, A., Bonvillani, A., Chaves, M., Gentile, M. F., Gue-mureman, S., Langer, E., et al. (2018). Quién cae dónde. Desigualdades, políticas y construcción socio-estatal de las infancias, adolescencias y juventudes en el escenario argentino actual. En M. Vázquez, M. C. Ospina Alvarado y M. I. Domínguez (Comps.), *Juventudes e infancias en el escenario latinoamericano y caribeño actual* (85-107). Buenos Aires: CLACSO.
- Becher, Y. (2017). *Cartografías socio-estatales y subjetividades. Un recorrido sobre programas sociales en la contemporaneidad*. Buenos Aires: Teseo.

- Becher, Y. (2021). *Historias juveniles en programas sociales. Sentidos y experiencias en la construcción de subjetividades*. Tesis doctoral (inédita). FLACSO Argentina. Recuperado de repositorio.flacsoandes.edu.ec/handle/10469/17524.
- Becher, Y. (2022). Jóvenes que quieren PROGRESAR: coyunturas sociopolíticas y programas sociales en Argentina (2014-2021). *Crítica y Resistencias*, 15, 61-76. Recuperado de www.criticayresistencias.com.ar/revista/articulo/view/299/524.
- Becher, Y. (2024). La gestión híbrida de la política social: experiencias de jóvenes receptores del programa Empezar en la provincia de San Luis (Argentina). *Laboratorio-Revista de Estudios sobre Cambio Estructural y Desigualdad Social*, 34 (2), 273-287. Recuperado de publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/laboratorio/issue/view/Issue/34%201/pdf_6#.
- Bertranou, F., Jiménez, M. y Jiménez, M. (2018). *Trayectorias hacia la formalización y el trabajo decente de los jóvenes en Argentina*. Documento de Trabajo N.º 18. Oficina de país de la OIT para Argentina.
- Braun, V. y Clarke, V. (2006). Using thematic analysis in psychology. *Qualitative Research in Psychology*, 3 (2), 77-101.
- Centro de Economía Política Argentina (CEPA) (2025). *El deterioro del Programa Progresar: licuación y caída en la cobertura*. Buenos Aires. Recuperado de <https://tinyurl.com/y4p3bs3p>.
- Dubet, F. (2020). *La época de las pasiones tristes. De cómo este mundo desigual lleva a la frustración y el resentimiento, y desalienta la lucha por una sociedad mejor*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Glaser, B. y Strauss, A. (1967). *The discovery of grounded theory. Strategies for qualitative research*. Chicago: Aldine.
- Han, B. C. (2014). *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*. Barcelona: Herder Editorial.
- Han, B. C. (2020). La emergencia viral y el mundo de mañana. En *Sopa de Wuhan* (97-111). ASPO.

- Lombardía, M. L. (2018). *Análisis del Programa de Respaldo a Estudiantes de Argentina – Progresar: aciertos, desaciertos y vicisitudes de una política social innovadora (2014-2018)*. Tesis de maestría. FLACSO Argentina. Recuperado de repositorio.flacsoandes.edu.ec/bitstream/10469/13891/2/TFLACSO-2018MLL.pdf.
- Maxwell, J. (1996). *Qualitative research design. An interactive approach*. Nueva York: Sage Publications.
- Sadin, É. (2022). *La humanidad aumentada. La administración digital del mundo*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Observatorio de Adolescentes y Jóvenes (OAJ). Instituto de Investigaciones Gino Germani. Universidad de Buenos Aires (UBA) (2020). *Pandemia en Argentina. El tiempo detenido de adolescentes y jóvenes*. Recuperado de <https://tinyurl.com/93u3mpm6>.
- ONU Mujeres (2020). *Cuidados en América Latina y el Caribe en tiempos de covid-19. Hacia sistemas integrales para fortalecer la respuesta y la recuperación*. Recuperado de <https://tinyurl.com/y363yjt6>.
- Paulín, H. L., García Bastán, G., D'Aloisio, F., Caparelli, M. F., Pinto, M. E., Arias, L. A., Arce Castello, V., Carreras, R., Lemme, D. y Ferreyra, M. F. (2021). Derechos juveniles en cuarentena: significaciones, malestares subjetivos y estrategias de referentes adultos en barrios populares de Córdoba. En J. C. Godoy y P. Paz García (Coords.), *Salud mental, pandemia y políticas públicas* (119-148). Córdoba: IIPSI – Instituto de Investigaciones Psicológicas.
- Perelmiter, L. (2016). *Burocracia plebeya. La trastienda de la asistencia social en el Estado argentino*. San Martín: Universidad Nacional de General San Martín.

4

Se dice de mí...

GRACIELA CASTRO

Un niño alto, flaco y cabezón, con inmensos ojos negros y húmedos, comiendo o más bien devorando un puñado de alimento para gatos: esa fue la primera imagen que Gonzalo tuvo de Vicente.

Alejandro Zambra, *Poeta chileno* (2020)

Introducción

Es posible que en varias ocasiones hayamos escuchado decir que, cuando una canción se reproduce en los estadios de fútbol –en ocasiones modificando la letra original– o también cuando la canturreamos sin conocer a sus autorxs o intérpretes, dicha melodía se ha incorporado al reconocimiento popular. Ello sería parte de la cultura popular que no precisa afirmarse en teorías para incorporarse en las prácticas sociales, solo reproducirse –la mayoría de las ocasiones– sin demorarse en análisis racionales, pues solo sus notas musicales y letras mostrarían que ya están identificando a ese colectivo social que las enuncia. Entre esas canciones se halla aquella que, aunque antigua, se inicia con ese “Se dice de mí”. Sin embargo, este texto no se relaciona con canciones, ellas funcionan como una analogía para adentrarnos en un tema que nos convoca como investigadorxs: las juventudes. Desde distantes épocas en que la generación

nos ubicaba en esa franja etaria hasta la tarea investigativa que vino después, de modo reiterado más allá del tiempo cronológico, escuchamos que se califica con adjetivos que oscilan entre “idealistas”, por un lado, y “materialistas”, por el otro. De ambos adjetivos podrían derivarse otros tantos que no ahorran en describir binariamente el perfil juvenil. Ahora bien, tales descripciones responden a opiniones de adultxs, ¿y coinciden con las autopercepciones juveniles?

Como investigadorxs sabemos que es preciso superar el sentido común y no reiterar prejuicios o preconceptos. De allí, entonces, aguzar las neuronas, buscar estrategias, organizar la caja de herramientas y comenzar a desentrañar analíticamente la información que vamos obteniendo.

Tal como venimos realizando en nuestras prácticas investigativas, fuimos a buscar las voces de las juventudes que habitan en algunas ciudades de la provincia de San Luis. Nos interesaba conocer qué temas les preocupan, sus actitudes frente a situaciones sociales y políticas del país, como así también los modos en que accedieron a tales hechos. ¿Coinciden esos intereses de las juventudes con las representaciones sociales que lxs adultxs construyen sobre ellas? ¿Las preocupaciones juveniles se centralizan en aspectos individuales o consideran situaciones del colectivo social? Por otro lado, se hace preciso incluir en el análisis el contexto histórico y social contemporáneo.

Por decisión epistemológica, nos ubicamos en investigaciones situadas. El territorio supera la dimensión geográfica; comprende también la cultura, los modos de vida, los condicionantes sociales, entre otros. En el aspecto metodológico, elegimos el enfoque cualitativo, sin que ello sea óbice para recurrir, cuando la ocasión lo demande, a un enfoque cuantitativo en alguna instancia del proyecto. Y allá fuimos.

Inicio de la travesía

No es original señalar que la crisis que implicó la presencia del COVID-19 modificó los hábitos y comportamientos de la humanidad. Desde los ámbitos macrosociales hasta aquellos que comprenden los microespacios, ambos se vieron alterados en su funcionamiento. Tal transformación permite reafirmar la importancia del contexto social, económico, político y cultural en la construcción de la vida cotidiana. Esta categoría es un eje teórico central en nuestras investigaciones pues ella no constituye la simple reproducción repetitiva y monótona del comportamiento de los sujetos. Por el contrario, y partiendo de la propuesta teórica helle-riana, propusimos entender la vida cotidiana como la esfera donde se conjugan elementos propios y externos a cada persona y en la que se construyen la subjetividad y la identidad social (Castro, 1999). Es fácil advertir en esta definición la vinculación de la categoría con un sistema abierto, por consiguiente, atravesado por aspectos que provienen del contexto social.

Si nos detenemos en la lectura de noticias, ya sean digitales o impresas, el panorama del país en la actualidad dista profundamente de mostrar tranquilidad social. Si a ello se le agregan las situaciones personales, lejos queda un paraíso. No nos detendremos en la influencia de la pandemia en las juventudes por cuanto ya la abordamos en textos anteriores (Castro, 2021; 2022a). Sin embargo, aunque las actividades retornaron a la presencialidad, la complejidad de la vida social no fue disminuyendo. En nuestras prácticas docentes en este tiempo, de modo frecuente, nos encontrábamos con estudiantes que informaban no poder asistir a todas las clases pues desde el lugar donde trabajaban les autorizaban pocos días para concurrir a la facultad. Vale señalar que, en cuanto a empleo, en la encuesta que realizamos durante el primer semestre de 2023, en la cual la mayoría ubicó su nivel educativo como universitario (sea a nivel de posgrado, grado y tecnicaturas), el 48 % describió que estudia y

trabaja, mientras que el 36 % solo trabaja. Del total de ambas alternativas, el 50 % lo hace en trabajo en negro, el 38 %, en blanco, y el restante, de modo informal y temporario. Cifras similares habíamos advertido en encuestas que realizamos, como parte de nuestra tarea investigativa en 2021 y 2022.

¿Cuál es la situación de las juventudes en Argentina? Apelamos al informe publicado por Argentina Futura (www.argentina.gob.ar) durante 2023, en el cual se afirma:

En Argentina habitan áreas urbanas más de 6 millones de jóvenes entre 16 y 29 años, de los/as cuales el 52,9% (3.275.357) se vuelca hacia la actividad laboral, es decir, forma parte de la llamada Población Económicamente Activa. De este universo, 2.171.831 jóvenes se encuentran actualmente por fuera de la plenitud de derechos asociados al trabajo, en tanto 1.274.718 son trabajadores/as asalariados/as informales, 448.966 desocupados/as y 448.147 cuentapropistas.

Como en este texto no nos detendremos en el eje laboral de las juventudes, tan solo lo mencionamos para contextualizar el análisis que nos convocará en otros ejes en los apartados siguientes.

Tal como expresamos en párrafos anteriores, durante los años de pandemia, nos pareció necesario continuar con las tareas de investigación, aunque adaptando la modalidad de trabajo para obtener informaciones acerca de las características de la vida cotidiana de las juventudes. Tras el regreso a la presencialidad, entendimos que apelar nuevamente a la virtualidad era una estrategia que no podíamos desechar. Con ese sentido, en los primeros meses del año 2023, subimos a nuestras redes personales y de docencia una encuesta bajo el rótulo de “Trabajo de cuidados e involucramientos”. Si bien la recepción de las respuestas permanece abierta, en este caso recurriremos a las que ya contamos en el equipo de investigación. Los aspectos que analizaremos en esta ocasión corresponden al apartado identificado con involucramientos sociales. En él nos detendremos en aquellas preguntas que buscan conocer los temas que les

preocupan a las juventudes en la actualidad; cuáles hechos o situaciones destacan en los últimos tiempos en Argentina y la manera en que accedieron a conocerlos.

De lo personal a lo colectivo

Volvemos a recordar adjetivos a los que algunos medios de comunicación y personas que no se dedican al estudio científico de las juventudes suelen apelar para representarlas: “individualistas” y “apáticos”. Tales calificativos implicarían que, cuando les consultamos acerca de los temas actuales que les preocupan, en las respuestas debieran prevalecer las cuestiones personales o individuales. Sin embargo, estas mostraron sus particularidades. La pregunta dejaba abierta la posibilidad de que colocaran no menos de cinco palabras entre sus preocupaciones. Tras la primera lectura, nos pareció apropiado organizar las respuestas en dos grupos: 1) personales y 2) colectivos. Hallamos entonces muy pocas respuestas que describían inquietudes relacionadas con el punto 1, vale un ejemplo de esto:

Me preocupa la cursada, el tiempo de estudio ya que viajo para cursar y se me complica. También los aumentos, sobre todo con lo que respecta a la comida y los servicios de transporte. Otro tema son las cuestiones de salud personales y la carga horaria que tiene mi mamá para poder cubrir las necesidades básicas, ya que es madre autónoma.

Por otro lado, la mayoría de las respuestas se ubicaron en el segundo grupo. Ahora bien, dentro de este consideramos organizar las respuestas en áreas de interés. Así advertimos las siguientes: a) económicas; b) género; c) medio ambiente; d) juventudes; e) salud mental; f) derechos sociales.

Van algunos ejemplos de aquellas áreas:

- Económicas

- La brecha cada vez mayor de desigualdad y pobreza.
- La falta de trabajo. El precio de los alimentos y vestimenta. La situación actual del país. Las personas que no cuentan con recursos.
- La economía, educación. Desigualdades. Falta de empleos. Requisitos (algunos muy tontos) para acceder a un trabajo.
- Género
 - Techo de cristal en el área laboral, distribución de tareas del hogar y tareas de cuidado equitativo en el ámbito de las familias. Mayor concientización en las escuelas en cuestiones de género y refuerzo de ESI.
 - Mujeres víctimas de violencia. La niñez.
 - El aumento de los casos de maltrato a la mujer.
 - Violencia de género. La libertad en todos los aspectos de las mujeres, sobre todo para nuestras futuras generaciones.
- Medio ambiente
 - El cuidado de nuestro ambiente y la educación (insuficiente) que llevamos a cabo al respecto con los niños y adolescentes.
 - Contaminación, medio ambiente, maltrato animal.
- Juventudes
 - El avance de la derecha en el mundo y cómo afecta a los movimientos que lograron consolidarse fuertemente entre los jóvenes (como el feminismo, la lucha por los derechos de la comunidad LGBTQ+), a esto me refiero dado que en redes se ve bastante discriminación y burla a los movimientos entre jóvenes.
 - La falta de oportunidades para las juventudes, la desigualdad social.
 - Adolescentes, vínculos y consumos; relaciones familiares; inicio de la sexualidad.

- Falta de trabajo con derechos para la juventud. Precarización laboral. Bajos salarios.
- Salud mental
 - La falta de conocimiento sobre salud mental.
 - Salud. Recreación. Violencia.
 - Cansancio y agotamiento. Horas de ocio.
- Derechos sociales
 - Oportunidades de trabajo, inseguridad en las calles, individualismo.
 - La brecha cada vez mayor de desigualdad y pobreza; el impacto de Javier Milei en las adolescencias (conozco muchos amigos y conocidos que piensan votarlo, aun cuando sus ideas significan retrocesos en cuestión de derechos, como en el tema de volver a penalizar el acceso a la interrupción del embarazo).
 - La economía, la inseguridad, la pobreza, el detrato a los jubilados.
 - La gran cantidad de personas en situaciones vulnerables.
 - Desempleo, el avance de la derecha, la inflación, la baja en la calidad de la vida política.
 - El respeto de los derechos humanos. La situación de nuestro país.
 - Salud. Seguridad. Justicia.
 - Estabilidad económica. Casa propia. Finalizar estudios. Acceso a salud. Formación y competitividad profesional. Acceso a justicia. Política, economía, estabilidad laboral.
 - DD. HH., violencia de género, vulnerabilidad en el acceso a derechos.

Un primer acercamiento al tema que abordamos en este apartado nos conduce a detenernos en la representación social que, en términos generales, solemos escuchar

a diario: ¿qué representación se ha construido sobre las juventudes?; dicha representación, ¿coincide con las preocupaciones de las juventudes? Apelamos, entonces, a los clásicos aportes teóricos de Moscovici (1986), en los cuales señalaba dos procesos básicos en dicha construcción: la objetivación y el anclaje. Quizá la pregunta apropiada en esta ocasión sería qué función cumple esa representación. Pues el modo en que ella se construya condicionará la manera de vincularnos con aquel colectivo, en nuestro caso las juventudes. Denise Jodelet lo interpreta en los siguientes términos: “La representación permite intercambiar percepción y concepto” (1986, 481). Se hace preciso elaborar el significado del colectivo social percibido y otorgarle sentido. Por consiguiente, y regresando a nuestro punto de investigación, cuando desde las conversaciones comunes se dirigen mensajes sobre las juventudes, van destinados a un colectivo sociogeneracional que deviene de aquellas representaciones sociales que fueron cristalizadas en ese imaginario; sin embargo, estas pueden diferir del modo en que las propias juventudes se autoperciben. Las respuestas obtenidas en nuestra herramienta de recolección de información muestran que, en cuanto a los temas que les preocupan, si bien refieren algunos temas que podríamos ubicar como “personales”, es fácil que podamos vincularlos con problemas que se generan hacia el exterior de la propia responsabilidad individual: el costo del pasaje para viajar a la facultad tanto como el tiempo que su progenitora tiene que dedicar al trabajo para poder cubrir sus necesidades básicas ponen de relieve la necesidad de retornar a la categoría central de nuestras investigaciones, la cual es la vida cotidiana, comprendiéndola como lo hicimos ya en su momento: un sistema abierto, en el sentido más amplio de aquella interpretación que Prigogine (1996) afirmó para el estudio de las estructuras disipativas y su alejamiento del equilibrio. Nos permitimos tal analogía, aunque unas categorías correspondan a la física y otra a las ciencias sociales, con el único fin de reiterar la total imbricación de los diversos ámbitos de

la vida en sociedad, en los cuales todxs lxs sujetxs estamos atravesadxs por ellos.

En el segundo apartado de nuestro análisis propuesto en párrafos anteriores, esto es, las preocupaciones colectivas, se advierte la diversidad de áreas que les inquieta. Al mismo tiempo, ellas muestran, por un lado, atender a problemáticas externas a cada persona, aunque con una importante resonancia socioafectiva, que aleja aquella representación que identifica al colectivo sociogeneracional centralizado en cuestiones individuales y, por otro lado, agregando temas que en los últimos años se fueron incorporando en la agenda pública, los cuales, en muchos discursos políticos y también mediáticos, no suelen considerarse en las representaciones sociales de las juventudes. Así sucede con aquellos relativos al medio ambiente, en los cuales, ya a nivel mundial, las voces juveniles vienen ocupando espacios protagónicos; o qué decir acerca de los que se vinculan al género y en particular a los feminismos. En este último, sin duda alguna, Argentina marcó un parteaguas en la lucha por derechos, y las calles ciudadinas se poblaron con mujeres, jóvenes y adultas, junto a diversidades de género que reclamaban más derechos; los pañuelos blancos se unieron amorosamente a los verdes y los *glitters* en los rostros anunciando nuevos tiempos en la lucha. Y, reafirmando que la vida cotidiana está en el centro de la historia, la pandemia por COVID-19 visibilizó la importancia y el cuidado de la salud mental, en particular en las juventudes, no como problemas desconocidos o rozando aspectos patológicos, sino como respuestas ante situaciones de encierro, soledad y angustia, entre otros. Entonces, ni individualistas o desinteresados ni tampoco utópicos o fantasiosos. Preocupados y atentos por la vida en sociedad. Es posible que tales actitudes se adviertan en las respuestas ante la pregunta: con relación al futuro, ¿cuál de las opciones te identifica?: a) expectativas/ilusiones; b) desencanto. El 52 % se relacionó con las primeras, mientras que el 36 %, con el segundo. Ante tales resultados, conviene atender las demandas pues las juventudes también están

señalando las preocupaciones por las desigualdades sociales, la precarización laboral y la presencia de grupos de derecha y la violencia. Sin dudas la vida en sociedad viene atravesada por conflictos e intereses de grupos financieros y económicos que día tras día excluyen a mayor cantidad de la población y concentran las riquezas en pocas manos. Tal vez, como anunciaba Marc Augé,

todos tenemos la sensación de estar siendo colonizados, pero sin saber por quién, y los ex colonizados no pueden darnos ningún consejo porque, lo quieran o no, ellos mismos están ahora embarcados en la misma aventura que nosotros (2014, 57).

Ahora bien, ¿las expectativas y los reclamos han logrado adentrarse en la historia reciente del país? ¿Las juventudes conocen situaciones o hechos que los consideren relevantes en la vida en sociedad contemporánea? Allá nos dirigimos en el apartado siguiente.

La calesita de la historia

Es posible que muchxs, en días de infancias lejanas o cercanas, hayamos subido con ilusiones a asientos con formas de animales, en general caballos o autitos, y, mientras una suave música acompañaba el movimiento de girar de la calesita, extendíamos la mano intentando acercarnos a la sortija o continuar el lento circular hasta el momento de la despedida del juego. Quizá aún no había llegado el tiempo de las preocupaciones y también de las ilusiones colectivas. Con el transcurrir de los años, parafraseando una antigua película, “lo bueno, lo malo y lo feo” ocuparía la realidad. ¿Qué situaciones logran rescatar las juventudes en la historia reciente de Argentina? Tal como hicimos en el apartado anterior, ubicamos las respuestas de manera dicotómica:

1. Favorables

- **Derechos sociales**

- El acceso a políticas de igualdad tanto de diversidad sexual como el matrimonio LGBT, y libertad de las mujeres y las luchas como el aborto.
- El gran avance en los derechos humanos. La legalización del aborto. Los derechos de género y su avance.
- Los derechos humanos, y la solidaridad del pueblo argentino cuando más lo necesitamos y que me gustaría que fuese más unificado y menos dividido por los medios hegemónicos.

- **Derechos ambientales**

- Las luchas sociales en defensa de los recursos naturales, el territorio y los derechos. Las pequeñas luchas con respecto a otros métodos de producción y usos sostenibles de la tierra que se llevan a cabo y que muchas veces son invisibilizados.

- **Democracia**

- La democracia.
- Cómo actuó el gobierno durante la pandemia.
- Vuelta a la democracia, educación universitaria, la superación de la crisis vivida en el 2001 por medio de canales institucionales, sin caer en la intervención militar.

2. Desfavorables

- **Economía**

- Inflación, descontento social que provoca la elección de dirigentes o figuras políticas afines a la derecha.

- Más de la mitad del país pobre, la clase media cada día más chica. Cada día se hace más inalcanzable acceder a productos básicos de la vida cotidiana, 37 tipos de cambio de dólar, fuga de capitales, restricción a la importación, explotación a los sectores agroexportadores.
- El acuerdo (ilegítimo) de Macri con el FMI dejándonos con una deuda que supera la capacidad del país.
- La deuda tomada con el FMI. El ajuste al bolsillo de los trabajadores. Crisis política y económica.
- **Política**
 - Políticos cada vez más desvergonzados en cuanto a la corrupción y enriquecimiento desmedido. La deuda contraída a 100 años, durante el gobierno de Mauricio Macri.
 - Las presiones del F.M.I. para pagar la deuda ilegítima.
 - Las tensiones de los partidos políticos nacionales que, en busca del poder, por un lado, buscan la aprobación de otros países y, por otro, quieren mantenerse con las tradicionales prácticas prebendistas.
 - En el lado negativo, me parece importante destacar el avance de la derecha en el país, así como los discursos que se reproducen constantemente.
- **Violencia y derechos humanos**
 - En primer lugar, el atentado hacia la vicepresidenta y todo el odio/violencia alrededor del tema. Fue algo totalmente repudiable y, en particular, me asustó lo que pudiera desencadenar ese ejemplo en la población (otros atentados). Y en segundo, algo que llevo muy presente es la última dictadura cívico-militar, debido a que es una marca muy dolorosa a

pesar de no haber vivido lo que sucedió en esa época. Pero me impacta no solo por lo atroz y planificado que fue, sino porque sé que, si eso ocurriera hoy, tanto yo como personas a mi alrededor estaríamos en peligro.

- El femicidio de Cecilia Strzyzowski; la violencia en Jujuy.
 - El intento de asesinato a la vicepresidenta.
 - Lo de Jujuy, terrible. Seguimos dándole poder a gente inútil. (No tengo ninguna bandera política). Reforma de la Constitución de la provincia de Jujuy.
 - Persecución política. Proscripciones y causas a dirigentes políticos. Intento de asesinato de la vicepresidenta.
 - La destilación de odio bajo la supuesta libertad de expresión, la violencia desmedida contra los DD. HH. y las mujeres por ser mujeres, etc. Luchas de género. Femicidios. Violencia institucional. El intento de magnicidio a CFK y la volatilidad económica.
- **Futuro del país**
 - No hay consideración que pueda destacar del país. Que los políticos actuales arruinan el país y no hacen tanto alboroto como con el gobierno anterior. Siento que, de los candidatos a la fórmula presidencial, ninguno me representa, ni representa el país que anhelo.
 - La impunidad de la que gozan muchas personas en el poder.
 - Un desastre todo, destacable nada.
 - Muy poco respeto a las leyes, inestabilidad económica, desconfianza en las instituciones.

Tras la lectura de las respuestas, algunas de las reflexiones del apartado anterior pueden hallar en este su continuidad. Regresemos a la pregunta original que consultaba:

“Con relación a la historia reciente del país, ¿qué hechos o situaciones destacás?”. En primer lugar, nos detiene la ubicación temporal: la referencia en todas las respuestas incluye no más allá del momento de la pandemia. La memoria social se concentra en tiempos recientes. ¿Acaso esas situaciones muestran mayor gravedad que aquellas ocurridas en el país en décadas anteriores? O ¿son diferentes a aquellas, ya sea por sus causas o por los actores sociales implicados? Si por cuestiones de edad nacieron con posterioridad a hechos de otras décadas, ¿las familias, las organizaciones educativas, los medios de comunicación no se los informan?

Las reflexiones nos vuelven a lecturas de otras épocas en las cuales Carlos Marx afirmaba:

Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado (2003, 10).

Si nos detenemos literalmente en las respuestas de las juventudes en nuestra encuesta, ello nos llevaría a inferir que la memoria social se construye más sobre situaciones ocurridas en sus tiempos vivenciales que en aquellas legadas por el pasado comprendido entre 1970 hasta la actualidad. Si señalamos esas fechas no es por un capricho de la memoria, sino por entender que situaciones del presente siguen siendo atravesadas por aquellas huellas: la dictadura fue la expresión más atroz de la violencia institucional que afectó no solo derechos humanos, sino también económicos. Los sucesivos gobiernos en etapas ya democráticas mostraron particulares perfiles; en alguno de ellos, desencantos ante las expectativas no cumplidas; en otros, banalización de las prácticas políticas y corrupción, más tarde regreso de la violencia y descreimiento del papel de los partidos políticos, luego reencantamiento con el sistema, presencia de nuevos derechos sociales y definición como política de Estado a las leyes de Memoria, Verdad y Justicia, entre otros. Ahora

bien, junto a todo aquello: crecimiento de la pobreza, precarización laboral, destrucción del medio ambiente y la presencia del capitalismo financiero. Pareciese que los fantasmas del pasado continúan rondando, más allá de que transformen sus rostros y sus ropajes. Es un movimiento pendular constante: avance, retroceso y quizá avance.

Aunque venimos solos al mundo, a poco de expulsar el primer aire de los pulmones, comenzamos a construir la intersubjetividad: la otredad se asoma necesariamente sin que ello implique total bondad; solo la necesidad de recurrir a otros para construir el sentido de lo colectivo y aprender el ejercicio de la convivencia. Luego vendrán momentos de risa, llanto, lucha o sueños, pero ya junto a otros. En esa esfera común que es la vida, el paso de la historia irá dejando su huella. Las asimetrías sociales determinan exclusiones, pero ellas no surgen por azar, se cruzan con el poder. Por ello, a través de las lecturas de Foucault, comprendimos la importancia de entender al poder más allá de la prohibición y analizarlo bajo la noción positiva de las tecnologías del poder:

No podemos entonces hablar de poder, si queremos hacer un análisis del poder [...] sino que debemos hablar de los poderes e intentar localizarlos en sus especificidades históricas y geográficas (Foucault, 1996, 56).

Muchos años después, el mismo filósofo nos invitaba a repensar la noción de “poder” porque, indudablemente, la complejidad histórica incorporaba actores y procedimientos en las formas del gobierno. De allí la recurrencia a la noción de “gubernamentalidad”, la cual en Foucault implica

el conjunto constituido por las instituciones, los procedimientos, análisis y reflexiones, los cálculos y las tácticas que permiten ejercer esta forma tan específica, tan compleja, de poder, que tiene como meta principal la población; como forma primordial de saber, la economía política; como instrumento técnico esencial, los dispositivos de seguridad (1999, 195).

Sin ánimo de parecer un reduccionismo, nos detenemos en tres ejes: sujetos, economía política y seguridad. En ese entramado se van delineando las estrategias y modalidades que presenta el poder y conducen a determinar modos de subjetivación. Patricia Amigot Leache y Laureano Martínez Sordoni afirman:

Los dispositivos contemporáneos de poder explotan y gestionan procesos subjetivos, fundamentalmente en la configuración del sujeto consumidor –el núcleo duro de la figura del ciudadano– y en la del sujeto empleado o empleable (2013, 99).

Apelamos a otra investigadora, Patricia Collado, quien identifica de manera muy clara el significado de la gubernamentalidad en el neoliberalismo centralizando en tres elementos su extensión: “La colonización del cuerpo, del territorio y de la población” (2014, 91). Este breve recorrido teórico que intentamos, más allá de la importancia que conlleva cada uno de ellos, lo único que procura acá es poner en el debate la fragilidad de la subjetividad en este tiempo histórico, en el cual la vida cotidiana va sorteando crisis, desestructuraciones y renaceres porque los diversos elementos que la atraviesan no solo van mutando, sino condicionando modos de vivir en sociedad. Regresamos a las respuestas de las juventudes y todas ellas se pueden interrelacionar, aunque algunas se centralicen en ejes particulares. Sin embargo, entendemos, las frases muestran sociedades complejas, con dificultades económicas y desigualdades que, aunque se adviertan en el diario vivir, son consecuencias de decisiones políticas cuya resolución en muchos casos depende de organismos financieros. Nancy Fraser describe la situación en los siguientes términos:

Hoy en día el capital recurre cada vez más a la deuda para canibalizar la fuerza de trabajo, disciplinar a los Estados, transferir riqueza de la periferia al centro y succionar valor de los hogares, las familias, las comunidades y la naturaleza (2023, 116).

Junto a aquellas consideraciones que los aportes teóricos nos ayudan a reflexionar, advertimos otros aspectos que afectan a la construcción de la subjetividad política. Ella tiene un carácter relacional que requiere la participación en diversos ámbitos, entonces apelar a la subjetividad política agrega elementos a la configuración social, tal como proponen Duque Monsalve, Patiño Gaviria y otros, al comprender que esta “resulta de las interrelaciones de sentidos subjetivos provenientes de diferentes ámbitos de la vida social, porque lo político tiene la posibilidad de vivirse y desplegarse en esos múltiples espacios” (2016).

Si continuamos pensando y tratando de anudar senderos analíticos, proponemos retornar a nuestra categoría central de vida cotidiana, considerando los ámbitos que en su momento entendimos apropiados para su constitución: a) laboral; b) familiar; c) cultural; d) sociedad civil; e) personal (Castro, 2000). Todos los cuales van modificando su estructura a partir de las circunstancias históricas pues, una vez más, la vida cotidiana está en el centro de la historia. De allí, en consecuencia, nos parece que agregar la subjetividad política permite considerar la presencia de “otros” en dicha construcción con el sentido del “nosotros”.

Si volvemos a las respuestas de nuestra encuesta, leemos en ellas las opiniones de las juventudes con relación al peligro que plantea la presencia, en la vida institucional, de ideas de derecha y la preocupación de que representantes de ellas sean candidatxs en las próximas elecciones, pues implicaría la pérdida de derechos conseguidos en los últimos años en Argentina.

Este devenir en las reflexiones nos ayudaría a comprender que las preocupaciones de las juventudes se hallan enmarcadas en lo colectivo y están atravesadas por razones macrosociales que condicionan los espacios microsociales, en cuyo entrecruzamiento la identidad social también se va construyendo en el contacto con los otros. Ir al encuentro de las propias voces, haciendo conscientes los reclamos, pero también colocando palabras propias a manera

de definir situaciones que superan las necesidades individuales porque la presencia del nosotros pone en evidencia la importancia de construir configuraciones diferentes a aquellas que desde la dominación se pretende instalar.

Ahora bien, tanto las preocupaciones que expresan las juventudes como las situaciones que resaltan en el país –las favorables así como las desfavorables– mayoritariamente se vinculan con situaciones macrosociales, aunque afectan las vidas personales. No obstante, hay dos áreas que, entendemos, vale la pena que les dediquemos algunas reflexiones. Nos referimos a temas de medio ambiente y la violencia. Aunque ninguno de ellos es reciente en el país, los últimos años volvieron a colocar a ambos en el debate público. En cuanto al primero de los temas, ya forma parte de las conversaciones cotidianas considerar la calidad de los alimentos, la falta de agua para consumo humano en varios territorios, del mismo modo que las sequías, inundaciones o fuertes tormentas que afectan las viviendas y otros bienes, tanto como a las personas. Junto a ello, sin lugar a dudas, la pandemia por COVID-19 introdujo –aunque en espacios de interés más reducidos– la identificación de algunos animales como posibles transmisores de esos virus y de allí la necesidad de atender a las zoonosis y futuras pandemias. La alteración del medio ambiente ya no ha quedado reducida a especialistas pues sus consecuencias afectan los modos de vida de todos. Tal como asevera Nancy Fraser, el capitalismo también afecta a la naturaleza, y es otra inquietud incorporada en las preocupaciones juveniles que está reclamando su debate público.

El otro tema que advertimos en las respuestas se relaciona con la violencia. No vamos a extendernos en el tema pues no es el eje de este texto. Ya lo abordamos en otros escritos (2022b). Sin embargo, tampoco evitamos detenernos algunos párrafos pues la gravedad de su presencia en Argentina en los años recientes vuelve a colocar la importancia de atender cuidadosamente el peligro que encierra volver a ser testigos de situaciones que la memoria social

registra con mucho dolor. Sin dudas el atentado a la vicepresidenta Cristina Fernández produjo un momento de perplejidad ante la visibilización del horror y la consideración sobre las consecuencias que, de haberse llevado a cabo ese acto, sucederían en la sociedad, lo cual remitió inmediatamente a la dictadura. Sin embargo, se escucharon voces que intentaban negar el hecho, y, a un año de ese atentado, el Poder Judicial continúa sin dar respuestas ciertas acerca de quiénes lo organizaron y quiénes fueron los cómplices. La vida ciudadana pareció seguir sin sobresaltos, y, a la par de todo ello, continuaron los femicidios, las violencias contra las infancias, contra dirigentes sociales y políticas, contra los colectivos LGTBQ+ y las poblaciones en general. Los graves hechos que en el último mes se vienen sucediendo en Jujuy pareciesen no asombrar a quienes residen fuera de esa provincia o carecen de vínculos con los grupos violentados. Sin embargo, la violencia no está tan solo en las situaciones que mencionamos. Pareciese que cada vez aumenta la cantidad de vidas “no duelables”, como afirma Judith Butler, pues, a diferencia de aquellas acciones de tiempos de dictadura, en los últimos años, la violencia también está en el Poder Judicial y sus decisiones, en las medidas económicas, pero también en las palabras. En un maravilloso texto, Cortázar (1981) se preguntaba acerca del valor de las palabras y comenzaba diciendo:

En vez de brotar de las bocas o de la escritura como lo que fueron alguna vez, flechas de la comunicación, pájaros del pensamiento y de la sensibilidad, las vemos o las oímos caer como piedras opacas, empezamos a no recibir de lleno su mensaje o a percibir solamente una faceta de su contenido, a sentir las como monedas gastadas, a perderlas cada vez más como signos vivos y a servirnos de ellas como pañuelos de bolsillo, como zapatos usados.

En ese texto el escritor invitaba a reflexionar acerca del modo en que las palabras pueden apelar a la libertad y la democracia, pero corriendo el riesgo de que se transformen

en clises o estereotipos vacíos de su sentido. Todxs somos testigos y escuchamos a diario mensajes de dirigentes políticos y sociales y hasta en el habla común que apelan a expresiones cargadas de violencia, en muchos casos, aumentando día tras día su belicosidad y bravuconería como si fuese un simple juego de algún eslogan pasajero. Asistimos a diario a la violencia cotidiana bajo el peligro de llegar al acostumbramiento. Es posible que aquella frase pronunciada al finalizar el juicio a la Junta Militar también vaya siendo vaciada de significación y solo testigos y sobrevivientes valoren la magnitud del mensaje.

Solo gritos y pocos caracteres

El último aspecto que nos interesa considerar en esta ocasión se refiere a los medios y modos por los cuales las juventudes se acercan a los hechos que consideran de interés en el país en los últimos tiempos. Allí advertimos que el 86 % identificaba las redes sociales y las noticias en medios televisivos como las vías de acceso a la información, restando solo el 15 % que mencionaba ámbitos educativos y familiares. Nada original ni novedoso, aunque preocupante. Frente a tal situación, proponemos reflexionar brevemente considerando tres aspectos: a) qué se transmite; b) cómo se transmite; y c) quién transmite.

Una primera cuestión nos conduce a comprender el significado de la información. En párrafos anteriores nos referíamos a la presencia del poder en la sociedad procurando el disciplinamiento social. Retornando a aquellos primeros textos foucaultianos, aprendimos la importancia del control de los cuerpos para mantener la dominación. La historia contemporánea ha ido mostrando que el disciplinamiento ya no pasa tan solo por los cuerpos, sino por la información. No únicamente quien la posee marca una diferencia, sino que también, quien cuenta con ella, establece

los límites del poder. Acudimos de inmediato a Byung-Chul Han al describir la infocracia y afirmar:

El factor decisivo para obtener el poder no es ahora la posesión de medios de producción, sino el acceso a la información, que se utiliza para la vigilancia psicopolítica y el control y pronóstico del comportamiento (2022, 9).

No es preciso el encierro espacial, los algoritmos caminan junto a nosotros y están al alcance con poco esfuerzo físico, sin reclamar certezas y solo estar siempre presentes, sin solicitar nuestra autorización, pues ellos van decidiendo los comportamientos.

Entonces, quien transmite puede ser un rostro o una voz que puede ser parte de un engranaje mayor en el cual, algunos, sin duda alguna, han definido de modo claro los objetivos de la información que les interesa difundir. La manera de transmitir tiene que apelar a las emociones fundamentalmente: enojo versus alegría. La información tiene que ser breve, sin dar tiempo a la reflexión. No se precisan argumentos porque la urgencia requiere impactar al receptor. En consecuencia, hay que apelar a imágenes, en muchos casos descontextualizadas, o palabras tipo eslóganes, pero sin olvidar el disciplinamiento de las personas.

Desde ya que la incorporación de las redes sociales y la velocidad en la transmisión de informaciones a través de los medios tradicionales de comunicación y las redes sociales también pueden favorecer la difusión de situaciones sociales relevantes, tal como sucedió ante el intento de asesinato a la vicepresidenta de la nación: la visibilización del hecho de manera inmediata no necesitó explicaciones pues cada unx fue testigo, desde su espacio personal a través de las pantallas que tuviese cerca, del regreso a la violencia. No obstante, la velocidad e inmediatez de la información no es suficiente. Si se procura conocimiento, análisis y pensamiento crítico, es preciso adentrarse en cada territorio y realidades. Sin dudas, allí los ámbitos educativos tienen su

responsabilidad para aportar a conocimientos comprometidos. Es un desafío que no se debe dejar de lado.

Reflexiones inconclusas

Sin alejarnos del título del apartado, agregamos unas pocas anotaciones, pues la tarea investigativa continúa y en ella estar atentxs a las juventudes como eje de nuestro trabajo nos puede brindar informaciones relevantes para conocerlas y comprenderlas sin ideas preconcebidas o inferidas desde la mirada de adultxs, pero tampoco con actitudes demagógicas. Escuchar sus propias voces, tener oídos y miradas atentas, como lo demanda nuestra tarea como investigadorxs, es lo fundamental.

Una primera reflexión nos conduce a afirmar que, más allá de ciertas opiniones que procuran mostrarlas como indiferentes, apáticas, individualistas y otros tantos etcéteras, que no aciertan en las representaciones reales, apelar a las narrativas propias del colectivo sociogeneracional nos puede acercar a entender sus ilusiones, sus proyectos, tanto como sus demandas y sus críticas.

Las primeras lecturas de la encuesta muestran que las preocupaciones se hallan estrechamente vinculadas con situaciones que devienen del contexto, tanto el cercano como lo macrosocial. Entre tales situaciones, el aspecto económico del país se cuela en la vida personal, aunque también refieren que las circunstancias nacionales en la economía son resultantes de decisiones políticas que condicionan el presente y futuro del país. Asimismo, son el ámbito político y específicamente los actores que lo integran quienes no solo se asoman como decisores de políticas públicas, sino que también –considerando sus propuestas–, frente a algunos postulantes, advierten preocupación ante la posibilidad de perder derechos conseguidos en las últimas décadas.

Lo que comentamos en el párrafo anterior coloca una vez más la relevancia del momento histórico en la construcción de la vida cotidiana y se comparte la aseveración helleriana en identificarla como la esencia de la historia. Junto a ello, la propuesta que planteamos en su momento de concebir tal categoría como un espacio atravesado por influencias que provienen de otros ámbitos que exceden el personal. Por consiguiente, las respuestas de las juventudes, aportadas en la encuesta a la que recurrimos, refieren que, si bien sus situaciones personales se ven afectadas, ellas son consecuencias de decisiones que provienen de otros ámbitos, en particular aquel que denominamos de la “sociedad civil” y las políticas y acciones que en ella se deciden.

Otro aspecto que nos interesa considerar en estas reflexiones –sin que impliquen un cierre al análisis– se refiere a atender a los modos en que se construye la subjetividad política. En ella –tal como señalábamos en el párrafo anterior–, se advierte la influencia de circunstancias que atraviesan la vida cotidiana de las juventudes. El condicionamiento de los aspectos económicos y políticos en la presencia de las desigualdades es un llamado de alerta para lograr el sentido de lo colectivo, pero también la presencia en los días que vivimos de discursos y acciones de grupos de derecha, algunos también denominados “libertarios”, que proponen la destrucción de las políticas sociales y del papel del Estado y la apelación a rechazar los proyectos colectivos. No vamos a desdeñar que alguna respuesta condujo a inferir desencanto hacia las prácticas político-partidarias, tales como “Políticos cada vez más desvergonzados”; o “No hay consideración que pueda destacar del país” y “Quieren mantenerse con las tradicionales prácticas prebendistas”. Sin embargo, no son las respuestas mayoritarias, pero vale su atención, pues, en el sistema de vida en democracia, las prácticas políticas son un aspecto sustancial en su funcionamiento; ellas demandan el involucramiento de todxs lxs ciudadanxs. No obstante la representación que involucraría con rasgos

negativos a lxs actorxs políticxs, también es compromiso de ese mismo colectivo ejercer esa función con responsabilidad, que incluye la formación y la búsqueda de estrategias de acercamiento a lxs ciudadanxs para dar respuestas a sus demandas. Pero también a los ámbitos educativos les compete brindar información cierta en cuanto al uso de muletillas o frases que se suelen repetir de manera habitual, pero alejadas de su real comprensión teórica, como sucede cada vez que se apela a considerar el populismo con desdén.

El escenario que transitamos a diario pone en evidencia el riesgo del desencanto que mencionaron algunxs jóvenes en nuestra encuesta. Tal vez aún se esté a tiempo de revalorizar el valor de la vida en democracia; con nuevos problemas, nuevos reclamos, pero al mismo tiempo, buscando alternativas colectivas, con lxs nuevxs actorxs que generacionalmente asoman en el escenario público, sin desechar experiencias de otros tiempos, pero intentando reconocer la importancia de lo colectivo. El acceso al conocimiento, la formación de ciudadanos con pensamiento crítico devienen necesarios para alejar aquellos fantasmas que Gramsci anunciaba que continuaban obturando el ingreso a una época distinta.

Bibliografía consultada

- Amigot Leache, Patricia; Martínez Sordoni, Laureano (2013). Gubernamentalidad neoliberal, subjetividad y transformación de la universidad. La evaluación del profesorado como técnica de normalización. *Athenea Digital*, 13(1), 99-120. Disponible en <http://psicologiasocial.uab.es/athenea/index.php/atheneaDigital/article/view/1046>.
- Augé, Marc (2014). *Los nuevos miedos*. Editorial Paidós. Buenos Aires.
- Berardi, Franco (2022). *El tercer inconsciente. La psicoesfera en la época viral*. Editorial Caja Negra. Buenos Aires.

- Castro, G. (1999). *La vida cotidiana como categoría de análisis a fin de siglo*. Inédito.
- Castro, G. (2000). Cultura política en la cotidianidad de fin de milenio. En *Kairós*, año 4, n.º 6.
- Castro, G. (2021). *La visita inesperada. Escenas de Pandemia*. Editorial Teseo. Buenos Aires.
- Castro, G. (2022a). *Juventudes de provincia. Tramas de pandemia*. Grupo Editor Universitario. Buenos Aires.
- Castro, G. (2022b). El futuro entre la tragedia y la esperanza. Inédito.
- Castro, G. (2023). Un lugar para la memoria. *Kairós, Revista de Temas Sociales*. En revistakairos.org/un-lugar-para-la-memoria.
- Collado Mazzeo, Patricia (2014). Algunas reflexiones para analizar la gubernamentalidad neoliberal y a quienes la impugnan. *Revista Chilena de Derecho y Ciencia Política*, Enero/abril, vol. 5, n.º 1.
- Cortázar, Julio (1981). *El valor de las palabras*. <https://revistacrisis.com.ar/notas/el-valor-de-las-palabras>.
- Duque Monsalve, L.; Patiño Gaviria, C. et al. (2016). La subjetividad política en el contexto latinoamericano. Una revisión y una propuesta. En www.redalyc.org/journal/4235/423548400009/html.
- Foucault, Michel (1996). *Las redes del poder*. Editorial Alma-ghosto. Buenos Aires.
- Foucault, Michel (1999). *Estética, ética y hermenéutica*. Editorial Paidós. Barcelona.
- Fraser, Nancy (2023). *Capitalismo caníbal*. Siglo XXI Editores. Buenos Aires.
- Han, B.-C. (2022). *Infocracia*. Editorial Taurus. Argentina.
- Heller, Ágnes (1985). *Historia y vida cotidiana. Aportación a la sociología socialista*. Editorial Grijalbo. México.
- Informe Argentina Futura (2023). Tendencias en el trabajo juvenil: cuentapropismo, trabajo en plataformas de reparto y economía del conocimiento.
- Jodelet, Denise (1986). La representación social: fenómenos, concepto y teoría, en Moscovici, S. (1986). *Psicología*

social II. Pensamiento y vida social: Psicología social y problemas sociales. Editorial Paidós. Madrid, España.

Marx, Karl (2003). *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte.* Primera edición: noviembre 2003. Fundación Federico Engels Madrid.

Moscovici, S. (1986). *Psicología social II. Pensamiento y vida social: Psicología social y problemas sociales.* Editorial Paidós. Madrid, España.

5

La vida cotidiana contemporánea

GRACIELA CASTRO

Lea la historia, María Teresa: es lo más edificante. Cada vez que se gana una guerra, lo que sigue es la persecución de los últimos focos de resistencia del que perdió. Francotiradores, piquetes perdidos, los desesperados. Más se parece a una limpieza que a una batalla; ¡pero cuidado! Todavía forma parte de la guerra.

Martín Kohan, *Ciencias morales* (2007)

Introducción

Cada vez que intentaba bucear en algún análisis, rápidamente advertía que, de manera irremediable, se entrecruzaban las mismas palabras: “pobreza”, “desempleo”, “aumento en los servicios públicos y privados”, “crisis social”, “crisis en la salud”, “crisis en la educación”, “crisis en la práctica política”, “inseguridad ciudadana”, “incertidumbre”, solo por mencionar algunos espacios de manera muy general.

Tal vez, por la formación disciplinar, podía identificar de manera más evidente señales propias de las emociones, a diferencia de otros análisis con formaciones diferentes que relegaban ese aspecto en las observaciones. No obstante, su formación académica le aportaba contar con herramientas analíticas para adentrarse en los senderos de la construcción de la subjetividad social. Entonces, se detenía en los

miedos, el humor social, la bronca, la tristeza, los dolores sociales y personales y también en observar la violencia con sus diversos ropajes.

Así se presentaba Argentina en los primeros meses de 2024. ¿Castigo divino o resultado de decisiones determinadas por elecciones institucionales libres? Recordó imágenes de pocos años anteriores: encierro, miedos, soledades y también violencias domésticas y angustias. Así habían sido los años, no solo en Argentina, sino globales, por la pandemia de COVID-19. Aunque el virus se hubiese asomado de manera inesperada, no era posible obviar la incidencia que en su transmisión tuviese la alteración del medio ambiente a partir de comportamientos humanos.

Trató de imaginar cómo se presentaría el futuro cercano en el país: sociedad fragmentada, aumento de la violencia institucional, desencanto con la praxis política, la vida cotidiana hecha trizas y las emociones entremezclándose en cada acción y quizá mostrando peligrosas señales personales y sociales.

Sin lugar para festejos

En el transcurrir temporal de 2023, millones de argentinas y argentinos presagiaban festejar un hecho relevante para la vida institucional del país: 40 años ininterrumpidos de vida en democracia. Con ese mensaje quedarían atrás, en el tiempo y en la memoria social, años de violencias institucionales, torturas, muertes, desapariciones, censuras, exilios externos e internos, miedos y desconfianzas interpersonales.

La icónica frase pronunciada en 1985 en el Juicio a las Juntas Militares de la dictadura parecía haberse incorporado capilarmente en la vida de los y las argentinos y argentinas. Luces y sombras habían acompañado las cuatro décadas. Para muchos y muchas, aunque era posible y

deseable aguardar modificaciones sociales, no era imaginable un retroceso en los derechos adquiridos en ese tiempo.

Mientras tanto, en el mismo año en que se festejaría el regreso a la vida en democracia, durante el mes de octubre se anunciaron elecciones presidenciales, y las campañas políticas se sucedían con promesas de cambios en medio de un clima de descontento social y dificultades económicas. Sin embargo, rodeados de sinsabores y dudas por el futuro electoral, los 40 años de recuperación de la democracia permanecían como una ilusión inalterable. Tras una primera vuelta electoral que insufló expectativas en amplios sectores de la ciudadanía, en la segunda vuelta, luego de los primeros cómputos, la desazón se extendió velozmente en muchos, mientras que –de acuerdo a dichos cómputos– una mayoría electoral había decidido legalmente iniciar otro tiempo político.

Si bien a pocos días de asumir la nueva gestión presidencial, la vida cotidiana de la mayoría de las y los ciudadanos comenzó a sentir profundos y severos cambios en sus modos de vida, desde el reciente entorno presidencial se expresaba que solo se cumplía con los anuncios de la campaña electoral, sin que dicha afirmación diese espacio para considerar si tales medidas afectaban la vida de las personas, más allá de su elección. Desde el poder político, casi exhibiendo un goce en la crueldad discursiva, respondían socarronamente que ello implicaba cumplir con lo anunciado. En las calles citadinas, mientras tanto, se acrecentaban los reclamos, a los cuales –desde las autoridades de seguridad propias del Estado– se enfrentaba con dureza en sus manifestaciones. El mismo Estado, que hasta unos meses atrás –con lentitud en ciertos momentos– había tratado de respetar los derechos sociales y políticos, en la nueva etapa institucional pasaba a ser definido como “organización criminal” por el propio presidente de la nación. Mientras, las y los ciudadanos de a pie, enfrentando vicisitudes, aguardaban con incertidumbre la entrega de medicamentos para

enfermedades graves, otros temiendo el anunciado despido laboral, la no continuidad de programas sociales, salarios a la baja, universidades públicas con crisis financieras, falta de alimentos en los comedores, entre otras situaciones. La otra cara de la nueva situación había colocado en el centro el papel de las redes sociales como medio de información, en especial de las prácticas comunicacionales del presidente.

Y así fue llegando al final el primer semestre de un nuevo gobierno nacional. El panorama social cada vez más sombrío; modos de percibir la realidad diametralmente opuestos entre la gran mayoría social y las instancias del poder gubernamental y financiero. En el centro de la crisis social, los millones de argentinos y argentinas buscando respuestas ante sus necesidades. Ante tales situaciones, desde las ciencias sociales, se torna urgente intentar algunos análisis que aporten a la comprensión de la nueva situación.

Una hoja de ruta posible se inicia por detenernos en la vida cotidiana como la categoría central del recorrido. Y allá iniciamos.

¿Hay algo más allá de la costumbre?

Cuando lo habitual comienza a mostrar sus aristas y lo que parecía carecer de importancia se revela como fundamental en las actividades diarias, aquella expresión tan reiterada casi como un hábito sin mayor significación, es el momento de detenerse en su análisis y comenzar a recorrer sus características, ámbitos de observación y consecuencias en cada persona. Eso sucede con la vida cotidiana. “Banal”, “costumbre”, “doméstica” y otros calificativos similares muestran los modos en que –desde el habla diaria– se refiere al significado que ella tendría. Sin embargo, desde el rigor científico, no solo profundizar en el estudio de la vida cotidiana implica enfrentar nuevos conocimientos, sino que dicho análisis

puede ser la *vía regia* para adentrarse en otros aspectos que condicionan la subjetividad.

Como ya hemos señalado en otros textos, partimos de entender la vida cotidiana como una categoría que cuenta con su basamento teórico, y desde allí la referencia central parte de los aportes de Ágnes Heller. La filósofa húngara afirma que aquella categoría es la verdadera “esencia de la sustancia social” y está en el “centro del acontecer histórico” (Heller, 1985, 42). En otro de sus textos, la filósofa agrega que “en toda sociedad hay, pues, una vida cotidiana: sin ella no hay sociedad”, y en adelante concluye: “Lo que nos obliga, al mismo tiempo, a subrayar conclusivamente que todo hombre –cualquiera sea el lugar que ocupe en la división social del trabajo– tiene una vida cotidiana” (Heller, 1994, 9).

Ahora bien, ¿en qué radica esa manera de comprender la categoría que nos ocupa? Vamos a detenernos en tres aspectos de los ya explicitados. La razón por la cual Heller afirma que la vida cotidiana está en el centro del acontecer histórico, en primer lugar. Ello nos conduce a los primeros desarrollos teóricos de la autora acerca del tema, en los cuales el contexto histórico y político adquiere suma importancia. Al respecto la filósofa afirma: “Toda gran hazaña histórica concreta se hace particular e histórica precisamente por su posterior efecto en la cotidianidad” (Heller, 1985, 42).

Esta expresión se vuelve a encontrar en otro de los textos de Heller, en el cual relaciona la vida cotidiana con la teoría marxista de la revolución y el fin de la Segunda Guerra Mundial. En aquel momento en que el capitalismo, que parecía colocarse como un tiempo de ilusiones que se asomaba tras la derrota del fascismo, no trajo consigo –como señala Heller– “la esperada nueva Europa de izquierda” (Heller, 1994, 7). Las consecuencias de aquellos tiempos históricos se objetivaron en la vida cotidiana de las personas, produciendo profundas modificaciones en cada una de ellas. Esta referencia es a los fines de que se

pueda ir comprendiendo el significado de la categoría que ya supera la acepción común como algo doméstico y banal. Si partimos de comprender el dinamismo y la complejidad de los hechos históricos y políticos, todos ellos influyen en las relaciones sociales e interpersonales; más allá de sus implicancias macrosociales, también se manifiestan a nivel microsociales. Y es aquí donde la vida cotidiana adquiere su dimensión. De allí a comprender otra de las aseveraciones hellerianas, cuando dice que todo hombre tiene su vida cotidiana, la cual será única e irrepetible pues ella muestra las particularidades del entorno social y cultural que cada persona construye “de acuerdo al lugar que ocupa en la división social del trabajo” (Heller, 1994, 9). Ahora bien, queda otro aspecto que considerar en este análisis de manera de poder clarificar la razón de colocar a la categoría como central en él: ¿cómo define Heller la vida cotidiana?

Es el conjunto de las actividades que caracterizan las reproducciones particulares creadoras de la posibilidad global y permanente de la reproducción social (Heller, 1994, 9).

Un primer ítem es comprender que se habla de “un conjunto de actividades”; por lo tanto, ello conduce a uno de los elementos que integran la estructura de la vida cotidiana, el cual es la heterogeneidad. Desde la perspectiva teórica a la cual estamos haciendo referencia, tal elemento implica considerar “el contenido, la significación e importancia de nuestros tipos de actividad”, afirma Heller para continuar de esta manera: “Son partes orgánicas de la vida cotidiana la organización del trabajo y la vida privada, las distracciones y el descanso, la actividad social sistematizada” (Heller, 1985, 40).

Detengámonos un instante en este punto: vinculación con el contexto histórico y político que incluye lo macrosocial, luego, conjunto de actividades que permiten la reproducción social –ergo, supera el espacio personal–, y ese “conjunto” muestra que la vida cotidiana no está reducida

al espacio doméstico y posee un significado de importancia para la reproducción social.

Si tomamos en cuenta la influencia del contexto histórico y político en años no lejanos de la historia reciente en Argentina y otros países de Latinoamérica, podemos recordar la incidencia de las dictaduras y sus consecuencias no solo a nivel político, sino en la vida cotidiana de las personas con sus secuelas de muertes, desapariciones, exilios externos e internos, persecuciones, pérdidas de derechos, entre otros aspectos. Este tiempo y su vinculación con las consecuencias en la vida cotidiana pueden ser estudiados a través de los aportes de Norbert Lechner junto a los de otras investigaciones que se fueron sucediendo. De Lechner y el análisis de la sociedad latinoamericana en tiempos de dictaduras, traemos la siguiente expresión: “La vida cotidiana se ha vuelto hoy visible como consecuencia de las rupturas que sufre la sociedad latinoamericana a raíz del autoritarismo”. Y continúa: “Lo que –precisamente por cotidiano– no llamaba la atención ahora deviene problemático” (Lechner, 1990, 42).

Si continuamos avanzando en el recorrido histórico y político de Argentina, en especial ya en tiempos de democracia, hallamos otro momento durante la década de 1990, con la plena vigencia de un gobierno nacional caracterizado por privatizaciones de empresas públicas, desocupación y precarización laboral, aumento de la pobreza y crisis sociales. En 2001, a aquellas situaciones se sumó el desprestigio de la política y sus actores, lo cual hizo eclosión en los recordados días del mes de diciembre que concluyeron con el pueblo adueñándose de las calles ciudadinas mientras desde organismos del Estado se lo enfrentaba con graves violencias institucionales. Tras esos conflictos, se sucedieron en pocos días cinco presidentes. Estas situaciones integran los recuerdos dolorosos de muchos memoriosos que fueron testigos de cada momento. Con posterioridad, lentamente se lograron derechos sociales, bienestar en la ciudadanía, confianza en la vida política, aunque siempre acechando las

dificultades económicas de un país con una gravosa deuda externa.

Sin embargo, emulando el recorrido de un carrusel, la sociedad vuelve a enfrentar su circularidad, no ya intentando ganar la sortija, sino tratando de evitar daños en todos los ámbitos de su vida cotidiana. El devenir histórico y político siempre atraviesa un actor: las personas y sus condiciones de vida. Entonces, si viajamos velozmente a la actualidad, la realidad social vuelve a mostrar crisis sociales, aumento de la pobreza, destrucción de organismos de ciencia y tecnología junto a la educación, falta de insumos para la salud y crecimiento de las dificultades en la salud mental de la población, aumento de la desocupación, caída en la producción industrial, inseguridad, aumento de las desigualdades, solo por nombrar algunas situaciones vivenciadas en el día a día. En el centro de todo ello, una vez más la desestructuración de la vida cotidiana. Entonces, ella deja de estar reducida al ámbito doméstico y adquiere otro significado que, desde las ciencias sociales, convoca a analizar.

Unas consideraciones finales para este apartado. En el año 2000, en un artículo que publicamos relativo a la vida cotidiana y la cultura política (Castro, 2000), realizamos una propuesta tendiente a aportar al análisis de la categoría que nos ocupa desde una perspectiva psicosocial, partiendo del enfoque teórico helleriano. Así fue como describimos una manera de analizar la estructura de la vida cotidiana, centralizando la idea en la heterogeneidad y la jerarquía. En ese sentido, identificamos como ámbitos los diversos espacios posibles de inserción social. Ellos son los siguientes:

- a. laboral;
- b. familiar;
- c. cultural;
- d. sociedad civil;
- e. personal.

Cada uno de estos ámbitos se interrelaciona entre sí, de modo tal que una alteración o modificación en alguno de ellos impactará en la organización y el desarrollo de los otros. Si acudimos a esta propuesta para adentrarnos en la situación argentina en la actualidad, sin duda alguna, más allá de las esperables diferencias individuales, podemos advertir que todos esos ámbitos se han visto alterados frente a las actuales políticas del gobierno nacional. Dado que, en nuestras prácticas investigativas, desde el año 2000 venimos dedicándonos al estudio de las culturas juveniles en la provincia de San Luis (Argentina), a fin de poder contar con información empírica, acudimos a encuestas realizadas desde el proyecto de investigación¹.

Vale mencionar que, durante los años 2020 y 2021, atravesados por la crisis ocasionada por el COVID-19, apelamos al uso de encuestas virtuales con la finalidad de conocer las características que presentaba la vida cotidiana de las juventudes en ese particular momento social. Tras el regreso a la presencialidad, junto a otras estrategias de recolección de información, continuamos apelando a la modalidad virtual para así conocer los modos de ser percibidas y sentidas por las juventudes las situaciones del contexto y la incidencia de ellas en sus vidas. En esta ocasión apelaremos a dos encuestas realizadas durante 2023 y 2024, tan solo en dos ejes que se relacionan con los problemas que procuramos analizar en este texto.

En la primera realizada, les consultamos acerca de las situaciones que les preocupaban. A tal fin, separamos las respuestas en dos modalidades: a) personales y b) colectivas. Un primer análisis nos permitió observar que las preocupaciones –salvo una sola respuesta– describían preocupaciones colectivas. En estas últimas propusimos ejes relativos a economía, género, medio ambiente, juventudes, salud mental y derechos sociales. Ninguna respuesta colocó la

¹ “Generaciones, género y cuidados: encrucijada en la construcción de subjetividades. Experiencias en territorios”, radicado en la FCEJS-UNSL (2023).

atención en un solo tema; por el contrario, la mayoría de ellas ubicaron las preocupaciones en la situación social, cultural, económica y política de Argentina. Es importante señalar que esta encuesta se propuso en el mes de marzo de 2023, año en el cual ya estaba previsto el calendario electoral que finalizaría en octubre de dicho año (Castro, 2024). Una primera reflexión nos muestra el papel del contexto en la construcción de la cotidianidad y junto a ella la necesidad de entender el papel de la politicidad que ella tiene. Solo a modo de ejemplo, citaremos algunas respuestas de las juventudes con referencia a sus preocupaciones:

- La falta de trabajo. El precio de los alimentos y vestimenta. La situación actual del país. Las personas que no cuentan con recursos.
- El aumento de los casos de maltrato a la mujer.
- Contaminación, medio ambiente, maltrato animal.
- La falta de oportunidades para las juventudes, la desigualdad social.
- La falta de conocimiento sobre salud mental.
- Desempleo, el avance de la derecha, la inflación, la baja en la calidad de vida política.

En el mes de marzo de 2024, volvimos a subir a las redes de los integrantes del equipo de investigación otra encuesta tendiente a conocer las expectativas que tenían ante el nuevo gobierno, si ellas se habían mantenido o disminuido y cuáles aspectos habían sido afectados ante las políticas del nuevo gobierno nacional. Con relación a este último ítem, el 52 % respondió que se habían visto afectados ámbitos de su vida, el 14 % opinó que ninguna y un 9 %, que solo algunas. A modo de ejemplo, se transcriben algunas respuestas:

- **Ámbitos afectados**
 - Se incrementaron notablemente los gastos mensuales de alimentos y servicios, la vestimenta es cada vez más difícil (compro en cuotas y solo lo necesario para el frío/calor).

- La situación económica es alarmante y con este gobierno se espera la pérdida de derechos adquiridos (sobre todo desde una perspectiva social), que nos afectan a todos como conjunto social.
- Antes compraba con mi pareja la mercadería para el mes y bolsón de carne, pañales y de más para mi nena, y ahora apenas llegamos justo.
- **Ninguna afectación**
 - Mejorará con la eliminación de la inflación, solo hay que ser pacientes.
 - Me parece apresurado decir que algún aspecto de mi vida fue afectado directamente por alguna política aplicada por este gobierno, que aún no ha tenido tiempo de desplegarse completamente y aplicar su plan de gobierno.
 - Podemos vivir mejor, la economía se va a establecer.

Cuando les consultamos con relación a las propuestas del gobierno nacional, el 34 % señaló que no estaba de acuerdo, el 22 %, de acuerdo, y el 13 %, que solo con algunas, mientras que el 2 % no respondió.

Con la finalidad de que podamos ir avanzando en el estudio, valen algunos ejes que continuaremos profundizando en los apartados siguientes: la confianza en las políticas gubernamentales, la influencia de las emociones en la construcción de la subjetividad social y la politicidad de la vida cotidiana.

Cuéntame quién eres

En la construcción de las relaciones interpersonales, deviene importante contar con información acerca de quién es ese otro u otra con quien se establece algún vínculo. Así,

desde el desarrollo psicosocial, la filosofía y hasta la política, tener esa información, ya sea a través de actitudes, señales o contactos personales, posibilita elaborar un piso básico que favorecerá el vínculo. Erik Erikson, en el desarrollo de su propuesta teórica sobre el desarrollo psicosocial, planteaba a la confianza como un sentimiento básico para el desarrollo de la autonomía. Tanto ese sentimiento como su contracara, la desconfianza, dependen de los comportamientos externos al sujeto; de modo tal que la primera muestra la influencia del contexto –en especial familiar desde esa perspectiva teórica– con actitudes de afecto y cuidado, mientras que la segunda, por el contrario, reflejará actitudes opuestas en cuanto a los afectos que reciben las infancias. Ágnes Heller, por su parte, en el análisis de la estructura de la vida cotidiana, presenta una diferencia entre la fe y la confianza. Acerca de ambas, afirma que tanto una como la otra desempeñan una función muy importante en la vida cotidiana y señala que “la fe religiosa suele ser más intensa y más incondicional, y la confianza tiene significación más intensa y emocionalmente más grande en la ética o en la actividad política” (Heller, 1985, 59).

Desde el análisis político, acudimos a Norbert Lechner, quien, al estudiar los procesos políticos, en particular en Latinoamérica, aseveraba que “la confianza es fundamentalmente una relación intersubjetiva que se desarrolla en la interacción social a través de una secuencia temporal (la confianza es ofrecida, aceptada y devuelta, probada y confirmada)” (Lechner, 1987, 64). Asimismo, en otro de los textos del mismo autor (Lechner, 1990), agregará que, si bien “la confianza no elimina la incertidumbre, permite tolerar un grado mayor de inseguridad” (79).

Regresemos a algunas de las respuestas brindadas por las juventudes en la encuesta de nuestro proyecto de investigación propuesta en marzo de 2024, cuando se les consultó si, tras la asunción del gobierno libertario, se había afectado su modo de vida. Entre quienes respondieron negativamente, hallamos respuestas como las siguientes:

- Mejorará con la eliminación de la inflación, solo hay que ser pacientes.
- Tengo mucha fe en que la situación va a mejorar, cuesta creerlo a veces, pero me siento positiva al pensar que va a mejorar.
- Podemos vivir mejor, la economía se va a establecer.

Las tres respuestas que mostramos intentan mostrar la necesidad de no soslayar el papel de los sentimientos en las opiniones, reacciones y actitudes que los sujetos manifiestan con relación a la política y sus prácticas. En este sentido, acudimos a Chantal Mouffe, quien afirma lo siguiente: “La adhesión a la democracia es una cuestión de identificación con los valores democráticos, y esto constituye un proceso complejo donde los afectos juegan un rol central” (Mouffe, 2023, 36).

Colocar a los afectos en el estudio del comportamiento político muestra un camino de suma importancia para intentar comprender las actitudes y elecciones políticas en los últimos años. Frente al auge de movimientos de derecha a nivel mundial, quizá tendríamos que atender si, en las elecciones políticas que conducen a gobiernos de ese perfil ideológico, hay algún atravesamiento de ciertas emociones. En las respuestas, como las descritas en párrafos anteriores, se advierte fácilmente la apelación a la fe y a creencias personales por sobre razonamientos con argumentos racionales. No obstante, sería erróneo desdeñar las emociones en los análisis de los comportamientos de las personas frente a la política, ubicándolas como irracionales sin incidencia en sus elecciones políticas.

Ahora bien, ¿cómo se definen las emociones? Desde la psicología se suelen asemejar los afectos a las emociones. Whittaker (1970, 177) afirma que ellas se manifiestan en el comportamiento como en la experiencia subjetiva de la persona. Este análisis nos va mostrando que, aunque en ocasiones se lleguen a banalizar las categorías propias de las ciencias sociales, cada una de ellas cuenta con su rigurosidad

teórica, y andar ese camino nos conduce a comprender de un modo apropiado el real significado y comprensión de cada concepto.

Una breve reflexión antes de continuar. Si acordamos que en las emociones “intervienen procesos cognoscitivos”, ya advertimos que no son maneras irracionales de responder; hay en ellas un compromiso fisiológico y psicológico que se manifiesta como una respuesta ante estímulos externos que perturban o alteran al sujeto. Van algunos ejemplos de respuestas a la encuesta desarrollada por nuestro proyecto de investigación que estamos referenciando en este texto:

- Con relación a su vida personal tras las elecciones:
 - El gobierno anterior nos dejó un montón de deuda, ni hablar de la deuda de Kicillof con YPF.
- Acuerdo con las propuestas del nuevo gobierno nacional:
 - No estoy de acuerdo en que los extranjeros estudien gratis a base de los impuestos que pagamos nosotros para que ni siquiera aporten a nuestra sociedad.
 - Estoy de acuerdo con absolutamente todas las políticas impuestas, son necesarias, basta de corruptos y de vividores del Estado.
 - Estoy de acuerdo que les saque a los peronistas todo lo que nos quitaron y que ponga más ley, que haya más seguridad.

En cada una de las respuestas anteriores, se puede observar la clara diferencia entre “nosotros” y “ellos”: el gobierno anterior, los extranjeros, los peronistas, tan solo por mencionar a quienes se alude en cada una de ellas. Tal diferenciación separa entre quienes serían los responsables de la crítica situación que vive el país y, por el otro lado, quienes se presentan como aquellos que vienen a resolverla.

Dado que en la encuesta no se solicitaba fundamentar la respuesta, solo nos quedaría espacio para inferir acerca del basamento cognoscitivo de esta, aunque es evidente que las emociones que advertimos en las respuestas son consecuencia de situaciones que, de alguna manera, cada sujeto piensa que han afectado su situación personal. Y esa inferencia nos conduce a otra de las preguntas de la encuesta, que preguntaba a través de qué medios accedían a las informaciones. Vamos a profundizar ese punto en otros apartados de este texto.

No obstante, y como un modo de ir adelantando conclusiones parciales en cada tema, entendemos que apelar a las emociones no resulta banal por cuanto –tal como se señaló– en ellas intervienen elementos cognoscitivos que pueden ser incorporados a través de diversos medios externos al sujeto, esto es, por ejemplo, los medios por los cuales se informa. Pero ello nos dejaría solamente en el plano de la individualidad, y, como nos interesa intentar una mirada colectiva, nos detuvimos en las pasiones y allí advertimos de qué manera las identificaciones colectivas atraviesan las actitudes y los comportamientos sociales, marcando una clara posición entre “nosotros” y “ellos”.

Del yo al otro

Si partimos de la concepción schutziana en la cual el mundo de la vida cotidiana no es un mundo privado, sino compartido con otros, podemos acercarnos a comprender dicha categoría desde otra mirada. En su momento (1997), propusimos que en dicha esfera el sujeto va conformando la subjetividad y la identidad social. De ello se desprende que una de sus características esenciales se refiere al dinamismo en su construcción y a la influencia que en ella tienen aspectos que provienen de condiciones externas al individuo, tales como los referidos a factores socioeconómicos, políticos y

culturales. La identidad social, por su parte, se entenderá como la fuente de sentido construida a partir de las instituciones dominantes que el individuo incorpora como propia actuando en consecuencia; de ellas incorporará modos de comportarse y maneras de actuar. Solo a manera de orientación para continuar el análisis, podemos identificar entre dichas instituciones:

- a. familia;
- b. educación;
- c. religión; y
- d. sociedad civil.

Esta última es la que va mostrando diversas aristas en su representación y mayor diversidad en su anclaje. De manera tal que en ella consideramos a los partidos políticos y demás organizaciones de la sociedad civil en las cuales el sujeto puede referenciarse, como así también los medios de comunicación. De dichas instituciones dominantes, el sujeto no solo irá incorporando actitudes y valores, sino también elementos para construir la identidad social a través de la cual se relacione socialmente. A diferencia de la identidad personal, acá nos acercamos a incorporar el papel de la intersubjetividad, de manera que se supera la autopercepción y se considera la incidencia del grupo en su conformación, donde es fundamental la socialización del sujeto. Desde esta perspectiva, acordamos con la afirmación de Chantal Mouffe cuando asevera que “toda identidad se construye a través de una diversidad de identificaciones con objetos socialmente disponibles como imágenes y significantes” (2023, 53), y en ese proceso es preciso reflexionar sobre los afectos.

El otro elemento que señalamos se funda en la esfera de la cotidianidad, y es la subjetividad social, que tiende a la elaboración de un proyecto social. Partimos de la afirmación de González Rey al definir el concepto de “subjetividad social” como “la forma en que se integran sentidos

subjetivos y configuraciones subjetivas de diferentes espacios sociales” (2008, 234).

Una vez más se nos presenta la necesidad de considerar la otredad que está en la base de la subjetividad política. En este sentido, coincidimos con Bonvillani cuando afirma desde su análisis teórico que tal concepto es

una fabricación colectiva que se trama en el encuentro con el otro cuando se llega a la convicción –más o menos consciente, en orden a que se trata de un sentido práctico construido en la lógica de la acción– de que se comparten los mismos sufrimientos y, también, los mismos sueños de transformación de la opresión (Bonvillani, 2009, 200).

A partir de lo señalado hasta acá, la reflexión puede mostrar bifurcaciones diversas: ¿qué sueños se comparten?; ¿quiénes serían los responsables de cumplir dichos sueños?, en definitiva, ¿qué esperan las y los ciudadanos de quienes los representan en los espacios públicos de la política? Podríamos señalar de manera muy breve que aguardan contar con las herramientas y respuestas para cubrir sus necesidades sociales, en especial, aquellas cuya responsabilidad radica en las instituciones políticas.

Regresamos, una vez más, a los trabajos de nuestra investigación acerca de culturas juveniles. Primero apelaremos a las respuestas que nos brindaron en una encuesta originada desde el proyecto en 2023. En ella, les consultamos sobre cuáles eran los temas que les preocupaban a las juventudes en ese tiempo, previo a las elecciones nacionales.

En primer lugar, advertimos que, con excepción de una sola respuesta, la mayoría de ellas ubicaba las preocupaciones en lo colectivo, por ej.:

- La brecha cada vez mayor de desigualdad y pobreza.
- La falta de oportunidades para las juventudes, la desigualdad social.
- DD. HH., violencia de género, vulnerabilidad en el acceso a derechos.

- La economía, la inseguridad, la pobreza, el destrato a los jubilados y el aumento de los casos de maltrato a la mujer.

En los primeros meses de 2024, a través de una nueva encuesta, les consultamos a las juventudes si, tras la asunción del nuevo gobierno nacional, se había visto afectada su vida; algunas respuestas fueron las siguientes:

- Aumento de precios y peligro de privatización de la educación y la salud. Quita de subsidios. Aumento de la desigualdad.
- El ámbito económico principalmente, que desencadena en perder hábitos como la terapia, actividades de ocio, y un deterioro de la salud mental.
- La fuerte devaluación, caída de los salarios y consumo.

Entonces, ¿qué podríamos reflexionar a partir de las anteriores respuestas? En primer lugar, una circunstancia que ya habíamos mencionado en otro texto (2024) respecto a entender la politicidad de la vida cotidiana como un eje de análisis, por cuanto, como ya se ha explicitado en párrafos anteriores, la vida cotidiana está atravesada tanto por elementos personales como del contexto, y todo ello pone en evidencia que su construcción está mediada por las circunstancias históricas que enfrenta el sujeto; no es un solo ámbito de su vida el afectado, sino diverso, y además que la responsabilidad por no obtener respuestas radica en actores externos a su espacio, en este caso, el contexto sociopolítico.

En un segundo aspecto, las respuestas revelan por dónde transitan las preocupaciones y –en términos generales– es posible agrupar esas preocupaciones en ejes comunes: la situación económica y la manera como ella afecta modos de vida de las personas; incertidumbre ante la posibilidad de pérdida de derechos sociales conquistados; violencias de género, salud mental y falta de proyectos hacia las juventudes. Todas esas necesidades en riesgo hacen prever aumentos

en las brechas de desigualdades en la población. Si bien las primeras respuestas corresponden a una encuesta realizada durante un gobierno nacional de signo político diferente al que asumió después, advertimos que las demandas se dirigen en un mismo sentido en cuanto a las necesidades vulneradas. En consecuencia, en dos momentos temporales, observamos que los reclamos no difieren sustancialmente y, más allá de las diferencias políticas entre los gobiernos nacionales, permanecen sin resolución favorable para la sociedad. Estamos allí frente a la responsabilidad de quienes tienen que dar esas respuestas: los actores políticos.

Entonces, regresamos al papel de la subjetividad política. Ella implica la noción de “nosotros” y, por consiguiente, la posibilidad de construir sentidos y significados acerca de lo público; allí la dimensión afectiva moviliza esa tensión entre los proyectos personales y los colectivos. Ahora bien, en esa construcción se asoman aspectos tales como la confianza hacia los representantes políticos, pero también las relaciones sociales y los involucramientos de los sujetos. En la encuesta 2024 de nuestro proyecto de investigación, consultamos a las juventudes sobre su manera de entender la política y sus actores. Las respuestas fueron que el 52 % los consideraba “alejados/as de las preocupaciones de los ciudadanos”, el 15 %, como “grupos cerrados que no se renuevan”, y el 33 %, como “necesarios y preocupados por la realidad”.

En esta ida y vuelta por el recorrido que venimos haciendo de distintas categorías en este texto, nos parece apropiado regresar a la confianza, como un aspecto sustancial en las relaciones interpersonales y sociales. De modo que la representación de las juventudes hacia la política y sus actores muestra que un 67 % entiende que, al no dar respuestas a las necesidades de las y los ciudadanos, están poniendo en cuestión la confianza en actores que el sistema político coloca como responsables de tal acción. ¿Qué se demanda a los actores políticos? Nada más y nada menos que hacer realidad promesas de campaña que permitan

afrontar las necesidades vitales de cada persona. Ese sentimiento resulta valioso en las representaciones sociales y actitudes de las y los ciudadanos hacia los actores políticos, en tanto y en cuanto, al obturarse la confianza, se acrecienta el nivel de incertidumbre hacia las políticas que se plantean desde los espacios de gobierno, y ello podría conducir a la búsqueda de salidas mágicas o rupturas del modo de vida democrático en su formato más crítico. Dejamos por ahora el interrogante acerca de posibles motivos que condujeron a la elección de un gobierno libertario en las últimas elecciones en Argentina, para continuar buceando en otros aspectos analíticos.

El otro y las pantallas

A partir de marzo del 2020, en Argentina, al igual que en todo el planeta, se comenzó a transitar un hecho sin precedentes en la humanidad contemporánea: la presencia de una pandemia ocasionada por un virus que se había anunciado en un lugar que la mayoría en el país desconocía hasta entonces. De una ciudad china llamada Wuhan, se comunicaba al mundo que un virus empezaba a trastocar la vida de todas las personas, fuese cual fuese el lugar en que habitaran. En Argentina, a partir de aquel momento, se inició un prolongado tiempo en que la incertidumbre –no solo relacionada con la extensión de la pandemia, sino con la manera de enfrentar al virus– resultaba con muchas preguntas sin respuestas por entonces. Como un modo de protección social, la mayoría de los gobiernos en el mundo solicitaron a sus habitantes recluirse en sus hogares como una manera de autoprotegerse hasta tanto se obtuvieran las vacunas apropiadas para enfrentar al virus. A partir de ese momento, todas las actividades debieron alejarse de la presencialidad. Si bien, en otros textos (Castro, 2020; 2021), procuramos hacer un recorrido por las circunstancias personales y sociales que atravesaron la pandemia ocasionando una inesperada desestructuración de

la vida cotidiana, tan solo traemos a colación ese momento de la humanidad para vincularlo con un actor que, si bien para muchas y muchos ya se había incorporado en las habituales formas de vida, los años de reclusión en los espacios domésticos –por razones de autoprotección– acrecentaron su presencia de manera generalizada y se transformaron en actores fundamentales para mantener los vínculos personales, sociales y laborales. Las pantallas se fueron convirtiendo en las únicas ventanas hacia el mundo y la vida que continuaba su recorrido. Así fue como “los otros” pasaron a ser imágenes que se acercaban a través de ellas. De manera tal que las corporalidades quedaron relegadas y, si bien los dispositivos favorecían la continuidad de los vínculos, el individualismo iba ganando su espacio como consecuencia de la soledad que imponía la pandemia, y un modo de enfrentar temores, angustias e incertidumbres fueron las pantallas. El retorno a la presencialidad, aunque pareciera que hubiese sido casi como dar vuelta una página en muchas actividades y reencontrar un nuevo equilibrio en la vida cotidiana, no sería sencillo, más aún porque la humanidad ya no era la misma de antes, pues, previamente a la pandemia, soterradamente para la gran mayoría, el mundo ya venía mostrando sus dificultades. Así lo afirma Berardi cuando señala: “La sociedad global no entró en una situación comprometida a causa de la explosión de la epidemia de coronavirus. Ya estaba al borde del colapso” (2022, 26).

Las brechas de desigualdad ya estaban presentes en el mundo; así lo aseveraba el informe de Oxfam publicado en 2021:

Estas desigualdades son consecuencia de un sistema económico fallido que hunde sus raíces en la economía neoliberal y el secuestro democrático por parte de las élites, y que explota y exacerba sistemas profundamente cimentados sobre la desigualdad y la opresión, como el patriarcado y el racismo estructural, impregnados de supremacismo blanco (2021, 11).

La pandemia por el COVID-19 solo acrecentó las dificultades y fue el tiempo propicio para el protagonismo de

otros actores sociales que, a poco de andar en la presencia-
lidad, fueron perfeccionando y extendiendo su representa-
ción en la vida cotidiana de la humanidad: las pantallas y
las redes sociales. Si bien la amplitud de sus usos mostró
resultados favorables en la continuidad de la vida, también
evidenció de manera cada vez más creciente su protagonis-
mo en todos los ámbitos de la cotidianidad. Es sabido que
los dispositivos electrónicos son herramientas informáticas
cuyos usos y modos de utilizar dependen de la actitud de
cada persona. Como el personaje de la novela de Arthur
Clarke, podríamos afirmar lo siguiente:

Era real, o [...] bien una quimera de los sentidos, pero tan bien
ideada, que no había medio alguno de distinguirla de la reali-
dad. Quizá se trataba de alguna especie de prueba; de ser así,
no sólo su destino, sino el de la raza humana podría depender
de sus acciones en los próximos minutos (1998, 224).

Durante el tiempo de la pandemia, los contactos per-
sonales solo se habilitaron por cuestiones de salud o emer-
gencia, pero la mayor parte de las actividades continuaron
sus desarrollos de manera virtual. Las pantallas acercaban lo
que sucedía en el mundo, pero también eran mediadoras de
las emociones, un elemento no menor en la construcción de
la subjetividad que parecía quedar reducido a la intimidad.
Sin embargo, la alteración en el tiempo y el espacio –ya fue-
se en lo familiar, laboral y social–, las nuevas condiciones de
la supervivencia humana hallaron en las pantallas un medio
apropiado para expresar los sentimientos: tristezas, miedos,
angustias y, con menores exposiciones, también algunas
alegrías. Aunque, sin dudas, las primeras emociones predo-
minaron pues la novedad ante los cambios que ocasionaba
la presencia de un virus desconocido traía consigo altera-
ciones en los comportamientos sociales para los cuales no
se contaba con una planificación. La única vía de comuni-
cación interpersonal parecían ser las pantallas –a través de
distintos dispositivos–, las cuales, de modo predominante

en los espacios urbanos, ya estaban formando parte de los hábitos y usos de la mayoría de la población.

Junto a aquellos sentimientos que señalábamos en líneas anteriores, se hicieron presentes dos situaciones, las que, si bien preexistían al tiempo de pandemia, fueron visibilizadas y acrecentadas por ella; nos referimos a las violencias intrafamiliares y la soledad. ¿Con quién compartir esas situaciones y obtener alguna ayuda para enfrentarlas? De tal manera, las pantallas acercaron sesiones de terapia psicológica, entrenamientos físicos y también encuentros amorosos. Con excepción de actividades formales e institucionales, el anonimato entre los interlocutores podía ser habitual, quienes disponían de sus propios tiempos para realizar la acción y elegir su duración: si no resultaba placentera, se finalizaba.

Si a ello le agregamos que la reclusión en el espacio doméstico y privado no había sido consecuencia de decisiones personales, sino institucionales, externas a cada persona, y tampoco la extensión de esa situación contaba con una fecha determinada en el calendario, eran esperables reacciones de desaliento, bronca y mal humor. La presencia del COVID-19 se adueñó de la vida de toda la humanidad, y la incertidumbre por el futuro fue la constante.

Entonces, las pantallas se volvieron de manera predominante la compañía apropiada para acompañar la vida cotidiana de millones de personas en todo el mundo. Y regresamos al último párrafo de la novela de Arthur Clarke y reflexionamos:

Luego esperó, poniendo en orden sus pensamientos y cavilando sobre sus poderes aún no probados. Pues, aunque era el amo del mundo, no estaba muy seguro de qué hacer a continuación (1998, 237).

Tras la pandemia, las redes sociales se transformaron en protagonistas casi absolutas de las prácticas humanas, en especial de las juventudes. En la encuesta que propusimos

desde nuestro proyecto de investigación en los primeros meses de 2024, les consultamos a través de cuáles medios se informaban. Las respuestas fueron las siguientes: a) redes sociales: 69 %; b) radio y televisión convencional: 17 %; c) lecturas personales: 14 %. Tales respuestas de ninguna manera sorprenden, pues, en anteriores encuestas que realizamos durante 2020, fueron similares en cuanto a los medios a través de los cuales se informaban; sin embargo, nos permiten adentrarnos en algunos comentarios sobre el significado emocional en los usuarios y usuarias de los dispositivos, en especial, ¿qué permitía esa comunicación interpersonal mediada por pantallas? Sin dudas, superaba un entretenimiento; algo más importante para un análisis psicosocial tenía que mostrar. Apelamos a Eric Sadin, quien señala:

... en dos décadas hemos pasado de la era del *acceso* a la era del *exceso*. Y esto ocurre porque particularmente practicamos, de modo regular, la enunciación pública de las propias opiniones a través de una pantalla que suministra la oportunidad de liberar la propia rabia, de denunciar día y noche –aunque bastante inútilmente– un cierto orden de cosas (2022, 31).

La pregunta consecuente es cuál es la importancia que le dan los sujetos a exponer públicamente sus opiniones. Podríamos inferir que hay un interés en superar el anonimato, dejar de ser solo uno más en la multitud y así mostrar a otros que es posible enunciar opiniones propias. Este razonamiento nos conduce a otros senderos que cada vez pueden ir bifurcándose más. En cuanto a dejar de ser parte de la multitud, podríamos inferir que responde a que no se sienten representados por los dirigentes políticos o sociales en las actitudes de ellos; también, que expresar las opiniones propias no requiere necesariamente contener certeza en el mensaje ni un minucioso análisis que supere algunos pocos caracteres.

A ello, podemos agregar que tampoco es condición fundamental demostrar la verdadera identidad. Volvemos a

Sadin cuando afirma que el uso de una pantalla también abre la ventana de “liberar la propia rabia”. ¿Qué contiene esa rabia? Podemos considerar que esa emoción que refiere Sadin es el resultado de no hallar respuestas a las necesidades propias de cada sujeto como ciudadana o ciudadano de un país. Por consiguiente, ¿qué hallamos hasta acá en nuestro recorrido del análisis? En las sociedades organizadas, las y los dirigentes políticos y sociales representan a las y los ciudadanos. Ellas y ellos son responsables, por su función, de brindar respuestas a las necesidades de quienes les otorgan la representación pública; si estos no cumplen tal cometido y los medios para acercarse a tales dirigentes no son los adecuados –para las personas comunes– o no son suficientes frente al reclamo, las redes sociales se presentan como el medio apropiado no solo para el reclamo, sino también para la crítica y el enojo. A través de esos mensajes, no se procura proponer soluciones, predomina el reclamo pues no es responsabilidad del ciudadano buscar tales soluciones.

En ese camino de reflexiones, podríamos agregar dos elementos más para tratar de comprender el protagonismo que ofrecen los mensajes mediados por las pantallas: el tiempo que implica redactar el mensaje y enviarlo, unos pocos minutos y el mensaje puede llegar a un auditorio más amplio que el grupo de allegados; y el otro elemento es manifestar la propia voz y con ello cierta espectacularidad. Acudimos a Guy Debord, quien expresa: “El espectáculo no es un conjunto de imágenes, sino una relación social entre personas mediatizada por imágenes” (1995, 9). Y más adelante agrega: “El espectáculo no quiere llegar a ninguna otra cosa que a sí mismo” (1995, 12).

Por consiguiente, las comunicaciones mediadas por las pantallas se tornan la manera más oportuna para expresar las propias opiniones y manifestar las emociones. Allí concluye el objetivo del mensaje.

Más allá de lo que venimos proponiendo en párrafos anteriores, al igual que las monedas, nos falta atender la otra

cara de la relación entre las y los ciudadanos y sus representantes y dirigentes políticos y sociales. En los últimos años, y también aquellos que comprendieron la pandemia por COVID-19, se fue tornando cada vez más habitual que algunos políticos apelaran a discursos violentos para dirigirse a sus opositores. De aquellos momentos, todas y todos recordaremos a los grupos antivacunas o quienes se oponían al encierro en los hogares ocupar las calles citadinas con marchas y expresiones de rechazo beligerantes ante las medidas gubernamentales.

Pero también ya desde antes habíamos comenzado a observar comportamientos con una fuerte carga de violencia dirigida a dirigentes políticos del oficialismo de entonces –lo que se acrecentó tras la pandemia–, que mostró su punto de máxima violencia con el atentado a la por entonces vicepresidenta de Argentina, Cristina Fernández, el cual fue visto por millones de personas a través de las pantallas de televisión, en el mismo instante en que el atacante gatillaba a pocos centímetros de la cabeza de la dirigente política. Ese intento de femimagnicidio hacia una lideresa política ocurrido el jueves 1 de septiembre de 2022 a las 20:52, en el barrio de Recoleta, Buenos Aires (Argentina), marcó un clivaje en los acuerdos democráticos en el país que, de manera tácita y comprometida, se habían establecido desde el regreso a la democracia en 1983. En un texto urgente escrito en 2022, a pocos días de aquel hecho, proponíamos detenernos a pensar en los comportamientos violentos que se venían sucediendo en Latinoamérica dirigidos hacia líderes y lideresas políticos que tenían que apelar a fuertes medidas de seguridad para proteger sus vidas en tiempos de campañas electorales; ninguno de ellos con la cercanía y ferocidad del atentado a la exvicepresidenta y con antelación dos veces presidenta de Argentina. Ya en meses previos a ese hecho, las pantallas habían mostrado grupos de personas exaltadas que se agrupaban frente a lugares de trabajo de la propia Cristina Fernández y ante las rejas de la Casa Rosada –sede del gobierno nacional– con

pancartas, marchas de antorchas, imágenes de guillotinas y bolsas mortuorias con los rostros y nombres de la mencionada Fernández, el presidente del país y organismos de derechos humanos. La velocidad en el envío de mensajes e imágenes que permiten las pantallas convencionales junto a las redes sociales amplificó la difusión en cualquier espacio geográfico en que se hallaran las personas de todos aquellos acontecimientos.

Junto a estas situaciones, también se posicionaron los comunicadores sociales, a la par de las redes sociales, cuyas características ya hemos señalado en párrafos anteriores. En la programación televisiva, se hicieron habituales programas en los cuales el modo de comunicarse era a través de frases altisonantes y violentas y gritos, sin que interese la veracidad del mensaje; modalidades que en las redes sociales ya eran comunes. Daba la impresión de que cada grito violento aumentaba el *rating* de la programación. Tras el paso de los años recientes, nada mejoró, por el contrario, continúa exacerbándose ese estilo. Por otro lado, algunos comunicadores se posicionaron como líderes de la opinión ciudadana, y, aunque el estilo de comunicación no incluyera gritos, el mensaje y las opiniones que transmiten no necesariamente cuentan con certeza, y colocan la responsabilidad de los males sociales en determinados grupos y personas. En esas comunicaciones siempre “el otro” es responsable de los males que aquejan a quienes emiten el mensaje, pero también apelan a males colectivos. Entre los grupos destinatarios en Argentina de tales mensajes violentos, figuran las mujeres, las diversidades de género, las juventudes, las lideresas políticas y otros dirigentes opositores a la derecha y los libertarios. Esos “otros” también pueden ser inmigrantes –acentuado si son de países no desarrollados–, a quienes se los responsabiliza de usar la salud, la educación y otros derechos sociales en desmedro de lo que “debería” quedar solamente a quienes nacieron en el país. Desde esa perspectiva, a esos “otros” solo les cabe la destrucción o la muerte. Aquellos que, en términos de Judith Butler, constituyen

esas vidas no duelables y cuya desaparición nadie lamentará. Sin embargo, vale otro comentario: ¿quién decide esa actitud ya que ninguna persona debería ser diferente a otra, al menos en sus derechos? Esas relaciones asimétricas están mostrando el resultado de las desigualdades en la vida en sociedad. La justicia, sus actores y sus prácticas también pueden trasuntar en muchas de sus decisiones, comportamientos que reflejan el desinterés por determinadas personas o colectivos sociales.

Otro elemento que es preciso tener en cuenta en nuestro intento de análisis son las palabras. En un discurso de Julio Cortázar (1981) con motivo del quinto aniversario de la dictadura en Argentina, señalaba: “Sin la palabra no habría historia y tampoco habría amor”, y apelaba allí a reconocer que las palabras pueden ir perdiendo su vitalidad a fuerza de ser repetidas y maltratadas. Más adelante, en el mismo texto, afirma:

Si algo distingue al fascismo y al imperialismo como técnicas de infiltración, es precisamente su empleo tendencioso del lenguaje, su manera de servirse de los mismos conceptos que estamos utilizando aquí esta noche para alterar y viciar su sentido más profundo y proponerlos como consigna de su ideología.

El maltrato y menosprecio por el cuidado de las palabras se observa rápidamente viendo cualquier programa de televisión donde predomina el lenguaje chabacano, burdo, además de violento, siempre apelando a las emociones del espectador. Las redes sociales le agregaron otros aspectos de envergadura para la autopercepción de los sujetos: mostrarse ante una vasta audiencia, apelar a expresiones grandilocuentes y exasperadas y sentirse protagonista por unos momentos. Junto a las palabras, orales y a través de unos pocos caracteres e hilos de mensajes, se asomó hacer pública la intimidad y, en un aquellarre auditivo y visual, dejar de ser una voz anónima y solo atender a cuántos seguidores

se logra o cuántos *likes* ubican al sujeto como una persona valiosa en el microcosmos tecnológico de soledades humanas buscando atención. Otro punto a considerar en cuanto al uso de las palabras, tal como afirmaba Cortázar, es tener en cuenta que, desde movimientos no democráticos, o como en el caso actual de las derechas en Argentina, se apropian tales grupos de palabras como “libertad”, otorgándole un significado afín a su ideología y alejado de la comprensión primigenia de la palabra.

Con estos recorridos analíticos que venimos proponiendo, ¿qué características presenta la vida cotidiana en la contemporaneidad y cómo afecta la construcción de las identidades sociales y la subjetividad política?

Bailando en la cornisa cotidiana

En este apartado vamos a colocar el acento en los dos elementos que –desde nuestra perspectiva– se construyen en la esfera de la vida cotidiana, tal como lo propusimos al comienzo del texto. Del recorrido teórico realizado en apartados anteriores, iremos retomando esas ideas para reflexionar respecto a las características que muestran tanto las subjetividades sociales como las identidades sociales. Entonces, si, tal como aseveraba Heller, la vida cotidiana está en el centro de la historia, si ella no es inmutable, por el contrario, con un dinamismo no exento de conflictos, si cada sujeto cuenta con su propia vida cotidiana, su configuración va a depender de las situaciones que ofrezca el contexto social y político en el cual realiza las actividades, las que van a poner en evidencia dificultades y posibilidades que ese tiempo social le permita; por consiguiente, todo ello se pondrá de manifiesto en la heterogeneidad de cada sujeto. Tenemos allí un primer aspecto que nos conduce a proponer la politicidad de la vida cotidiana, otorgándole una relevancia que el sentido común le desconoce. Tal manera

de comprenderla nos abre la perspectiva para acercarnos de modo particular a los dos ejes que se construyen en esa esfera y, de tal forma, ir acercándonos a una reflexión más afín al tema que nos interesa tratar en este texto: la vida cotidiana en la contemporaneidad.

Partimos entonces de la subjetividad social y sobre ella señalamos que conduciría a poder conformar un proyecto social, integrando sentidos y configuraciones subjetivos. De allí llegamos a la subjetividad política que nos aporta incorporar los vínculos intersubjetivos y arribar a esa noción de “nosotros”, y es en ese espacio donde los sentimientos cobran su dimensión. Acordamos con la afirmación de Chantal Mouffe al diferenciar entre las emociones y las pasiones, en tanto y en cuanto las primeras –que cuentan en su raíz con elementos cognoscitivos– están ligadas a las individualidades, mientras que las segundas –y en el marco político concretamente– nos acercan a un aspecto sustancial, que son las identidades colectivas, por cuanto diferenciarán entre el “nosotros” y “ellos”. Tales identidades son centrales para el pensamiento favorable hacia la democracia. Sin embargo, en esos sentimientos, ya sean dirigidos a vínculos interpersonales o a colectivos, la confianza cobra su importancia. Tener cierta certeza de que “el otro” o “los otros”, léase en la vida política a sus representantes y sus prácticas, no defraudarán sus promesas y sus necesidades sociales no mostrarán dificultades puede ser el ideal. No obstante, el contexto político y económico de cada país también cuenta con su complejidad, que favorecerá o no dar las respuestas a las demandas. En ese marco, desde las individualidades se manifiestan las emociones: de enojo, de ira, de alegría, de satisfacción. Entonces, resulta apropiado compartirlas y hallar otras voces que compartan esos sentimientos, superando los espacios personales.

Allí vienen en auxilio las redes sociales y su posibilidad de dejar esos espacios íntimos, exponer las propias ideas y que ellas se repliquen velozmente a una audiencia mucho más amplia. Con dedicación y los *likes* reforzando la

autopercepción, ya resulta posible canalizar las emociones y hasta convocar a actos callejeros. Otros realizarán las mismas prácticas, y la comunidad de ideas se va construyendo a favor o en contra de quien se intente. De ninguna manera estamos señalando que todo ese proceso está basado únicamente en emociones, pues las propias redes sociales y medios tradicionales de comunicación, por su parte, también aportan informaciones que se alojan en el componente cognoscitivo de esas actitudes.

El punto que hay que tener en cuenta es qué, quiénes y de qué manera difunden esas informaciones. Quien cuente con ellas contará con poder en la construcción social, real o imaginaria, pero está presente y puede expresarlo a otros. Si los actores políticos habituales en el sistema democrático no brindan respuestas a los reclamos ciudadanos, otros encontrarán allí la ocasión propicia para mostrarse en la vidriera pública proponiendo salidas disruptivas, aunque cargadas de violencias. Es el momento apropiado para señalar causantes de la falta de respuestas a las necesidades de los sujetos, y allí estarán identificados personas, colectivos sociales o militantes y simpatizantes de partidos políticos que hasta allí no han brindado soluciones. Son tiempos en los que aquellos pactos democráticos se rompen, los derechos conquistados van perdiendo su consideración, y el mundo sigue su derrotero acrecentando las desigualdades sin advertir la manera y el momento de detener la caída.

Si bien el recorrido analítico que propusimos comprende a la sociedad toda, es necesario destinar un último párrafo a la manera en que se presenta la cotidianidad en las juventudes, de modo especial a dos ejes que la constituyen: el espacio y el tiempo. Ese colectivo sociogeneracional atravesó los años de la pandemia de manera particular. En un texto surgido a partir de investigaciones de nuestro proyecto, en 2022 señalábamos que en ese tiempo se obstaculizaron las posibilidades de construir vínculos afectivos, como también de intentar su acceso al mundo laboral (Castro, 2022, 33). En esos años los ejes centrales de la vida cotidiana

se alteraron, y pasaron a ser comprendidos y vivenciados de manera diferente a la cronológica y la geográfica que hasta días previos había organizado la vida. Y las pantallas permitieron la continuidad de los vínculos y las prácticas de cada persona, aunque no exentos de las dificultades sociales, económicas y personales propias de cada persona. En 2021 el director regional de OIT, Vinícius Pinheiro, detallaba:

La población joven está entre las que padecen con mayor intensidad las consecuencias sociales y económicas de la pandemia en la región, y harán frente a los efectos de la misma en los próximos años de su vida laboral, corriendo el riesgo de pasar a constituir una “generación del confinamiento” (2021, agosto).

¿Qué hallaron tras el regreso a la presencialidad? Un informe del INDEC detalla que en 2024

la tasa de desempleo es aproximadamente tres veces mayor entre los jóvenes y las jóvenes de 18 a 24 años (19,5%) en comparación con el promedio de la población (7%), llegando al 21,5% para las mujeres. Además, entre los jóvenes que tienen trabajo asalariado, la informalidad alcanza el 63%, casi el doble del promedio general (36%) [dato difundido por Manuel Mera, de CIPPEC].

Sin embargo, la pregunta consecuente es acerca del tipo de trabajo que realizan. En nuestra encuesta realizada en 2024, solo el 37 % respondió que únicamente estudiaba, mientras que el 27 % respondió hacer esa actividad y trabajar, y el resto, que solo trabajaba, lo hacía en trabajos formales e informales. Vale preguntarnos qué características otorgan al tipo de trabajo al que aspiran las juventudes. Aunque, en nuestro proyecto de investigación, aún no hemos profundizado en ese punto, tan solo por inferencias de conversaciones informales, podríamos señalar que ya no predomina el interés por aquellos trabajos que deseaban generaciones anteriores en cuanto a la permanencia

en determinado lugar y con las condiciones legales que los caracterizaban. Pareciese interesar que los ingresos de tal trabajo les permitieran enfrentar las necesidades del presente y de manera rápida, sin atender a la precariedad que se pueda hallar en él. En ese marco de la época, ya no predominaría desarrollar proyectos y planes a largo plazo, lo que muestra así las urgencias del presente para la construcción de su cotidianidad. Vale entonces preguntarnos si las instituciones dominantes, en particular la política y la educación, están brindando respuestas para esas demandas.

En ese marco, las pantallas adquieren relevancia, en especial las redes sociales. Ellas cuentan con la inmediatez en el mensaje, la posibilidad de expresar las propias opiniones a una amplia audiencia, adquirir protagonismo, obtener respuestas rápidas de sus líderes y hasta posibilidades de convocatorias. El mundo, sus instituciones y sus representantes, tal como se presentan en la actualidad, parecen no responder de la manera que las juventudes requieren. Entonces allí pueden hallar espacio las propuestas disruptivas, violentas, aunque propongan salidas mágicas, pero lo viejo no brindó las soluciones.

Tal vez sea el momento de repensar las identidades colectivas con nuevos actores y propuestas que, sin desdén lo ya construido, avanzan con las herramientas que aporta el conocimiento y valoran las sensibilidades que expresan los sentimientos. De comprender que las soluciones mágicas y violentas solo acrecentarán las desigualdades cada día más angustiantes y dolorosas. Por consiguiente, al referirnos al conocimiento, se incorpora tanto el científico como el respeto al medio ambiente, a las culturas de pueblos originarios, a la formación educativa y a los derechos conquistados, así como los deberes de cada ciudadana y ciudadano, para que todas y todos puedan desarrollar su vida de manera digna y justa.

El desarrollo del conocimiento crítico y comprometido con la sociedad puede ser una manera de aportar a mejorar aspectos que favorezcan el desarrollo de las sociedades y el

bienestar humano; pero ello requiere políticas públicas que vayan en ese sentido y sociedades solidarias.

La vida cotidiana en la contemporaneidad está fragmentada, y urge su reconstrucción colectiva. Tal como afirmaba Héctor Tizón:

Nuestra generación no puede dar lecciones a los jóvenes, pero puesto que tampoco podemos darnos el lujo de apostar a lo peor, debemos tratar de hacer algo, al menos, para que las ilusiones no se nos mueran del todo (2004, 113).

Bibliografía

- Berardi, Franco (2022). *El tercer inconsciente. La psicoesfera en la época viral*. Editorial Caja Negra. Argentina.
- Bonvillani, Andrea (2009). Hacia la construcción de la categoría subjetividad política: una posible caja de herramientas y algunas líneas de significación emergentes. En Vommaro, Pablo (comp.), *Subjetividades políticas: desafíos y debates latinoamericanos* (pp. 191-202). Clacso-Magisterio.
- Castro, Graciela (1997). *La vida cotidiana como categoría de análisis a fin de siglo*. Mimeo.
- Castro, Graciela (2000). Cultura política en la cotidianidad de fin de milenio. *KAIROS, Revista de Temas Sociales*. Argentina. En revistakairos.org/cultura-politica-en-la-cotidianidad-de-fin-de-milenio.
- Castro, Graciela (2020). Ese objeto llamado cuerpo. *KAIROS, Revista de Temas Sociales*. Argentina. En revistakairos.org/ese-objeto-llamado-cuerpo.
- Castro, Graciela (2021). Bullicios internos y silencios ensordecedores. Cuando la crisis inundó al mundo, en Castro, Graciela (Comp.), *La visita inesperada. Escenas de pandemia*. Editorial Teseo. Buenos Aires.

- Castro, Graciela (2022). El futuro entre la tragedia y la esperanza. Inédito.
- Castro, Graciela (2022). Vidas juveniles cruzadas por la pandemia, en Castro, Graciela y Becher, Yussef (comp.), *Juventudes de provincia. Tramas de pandemia*. Grupo Editor Universitario. Buenos Aires. Argentina.
- Castro, Graciela (2024). La politicidad de la vida cotidiana, en Castro, Graciela y Becher, Yussef (comp.), *Juventudes: protagonistas sin ficciones. Análisis y propuestas*. Grupo Editor Universitario. Buenos Aires.
- Clarke, Arthur (1998). *2001. Una odisea espacial*. Plaza y Janes Editores. España.
- Cortázar, Julio (1981). Discurso pronunciado en Madrid el 24 de marzo de 1981.
- Debord, Guy (1995). *La sociedad del espectáculo*. Quattrocen- to. Santiago de Chile.
- González Rey, Fernando (2008). Subjetividad social, suje- to y representaciones sociales. *Diversitas. Perspectivas en Psicología*, vol. 4, n.º 2.
- Heller, Ágnes (1985). *Historia y vida cotidiana. Aportación a la sociología socialista*. Editorial Grijalbo. México.
- Heller, Ágnes (1994). *La revolución de la vida cotidiana*. Edi- ciones Península. Barcelona.
- Kohan, Martín (2007). *Ciencias morales*. Ed. Anagrama. Argentina.
- Lechner, Norbert (1987). El realismo político: una cuestión de tiempo, en *¿Qué es el realismo en política?* Catálogos Editora. Buenos Aires.
- Lechner, Norbert (1990). *Los patios interiores de la democra- cia. Subjetividad y política*. Fondo de Cultura Económica. Chile.
- Mera, Manuel (2024). Raíces de la crisis: los jóvenes, los más castigados por la falta de empleo. En <https://tinyurl.com/mzpznb3d>.

- Mouffe, Chantal (2023). *El poder de los afectos en la política. Hacia una revolución democrática y verde*. Siglo XXI Editores. Buenos Aires.
- Oxfam (2021). El virus de la desigualdad. Enero de 2021. En www.oxfam.org/es/informes/el-virus-de-la-desigualdad.
- Pinheiro, Vinícius (2021). Generación del confinamiento: Desarmando la bomba de tiempo (Opinión | 11 de agosto de 2021). Organización Internacional del Trabajo (OIT). Recuperado de www.ilo.org/americas/sala-de-prensa/WCMS_816575/lang-es/index.htm.
- Sadin, Eric (2022). *La era del individuo tirano*. Editorial Caja Negra. Buenos Aires.
- Schütz, Alfred (1993). *La construcción significativa del mundo social. Introducción a la sociología comprensiva*. Paidós. Barcelona.
- Tizón, Héctor (2004). *No es posible callar*. Ed. Taurus. Buenos Aires. Argentina.
- Whittaker, James (1970). *Psicología*. Editorial Interamericana. México.

6

Juventudes y educación

GRACIELA CASTRO

Ya me apuran los momentos
Ya mi sien es un lamento
Mi cerebro escupe ya el final del historial
Del comienzo que, tal vez, reemprenderá.

Luis Alberto Spinetta

Introducción

Necesaria, vapuleada, criticada y siempre ámbito cercano para acceder a un derecho. La educación, como institución dominante en la vida en sociedad, nunca es ajena a las dificultades que la atraviesan desde el contexto histórico y político. Tanto ella como las demás instituciones dominantes (familia, trabajo) en la contemporaneidad sienten sobre su conformación el peso de las complejidades sociales.

A comienzos del 2020, la crisis por el COVID-19, de manera repentina, modificó las prácticas de las organizaciones instituidas que integran la educación. Las actividades mutaron velozmente a la virtualidad conduciendo a las y los docentes, como también a las y los estudiantes, a apelar a estrategias que, en la mayoría de los casos, se enfrentaban a desafíos no exentos de frustraciones ante la falta de *expertise* en el uso de tecnologías y dispositivos, ya que, aunque venían siendo utilizados en muchos casos con finalidades

de diversión y también académicos, no todos los actores educativos contaban con la formación necesaria para la utilización que demandaban las circunstancias sociales de entonces.

El regreso a la presencialidad no mostró al mundo ni a la sociedad libre de dificultades, sino, por el contrario, aquellas que preexistían a la pandemia se agudizaron y visibilizaron con crudeza. Las desigualdades sociales –que ya existían– mostraron situaciones de crisis económicas y sociales, y los índices de pobreza y marginalidad continuaron su doloroso crecimiento. A ello se sumaron conflictos bélicos que, al igual que el aleteo de una mariposa –partiendo de la teoría del caos–, nos permitieron comprender que no es preciso estar en el sitio donde se origina el problema, pues, como lo señala la teoría mencionada, ante la complejidad del universo y sus circunstancias, el funcionamiento de los sistemas es impredecible en sus consecuencias.

En Argentina en particular, la pandemia y el retorno a la presencialidad mostraron la agudización de conflictos sociales y económicos que venían existiendo y creciendo soterradamente sin lograr –desde los órganos de gobierno– respuestas tendientes a resolver las dificultades de los ciudadanos y las ciudadanas. En ese marco temporal, se llevaron a cabo las elecciones para elegir autoridades nacionales, provinciales y municipales. Si bien el candidato que finalmente obtuvo el triunfo a nivel nacional durante la campaña electoral había expresado a viva voz y apelando a modos violentos –inclusive– sus propuestas, la ciudadanía le otorgó el triunfo a través de la legitimidad en su origen.

A partir de la asunción del nuevo gobierno caracterizado por sus propios protagonistas bajo el rótulo de “anarcocapitalistas”, Argentina comenzó a transitar tiempos de exacerbación de conflictos sociales como resultado de las medidas gubernamentales. La educación no fue ajena a ello, y se iniciaron reclamos organizados por gremios, autoridades de los establecimientos y estudiantes, en particular en el nivel universitario, frente a la crisis presupuestaria que

obstaculiza el funcionamiento adecuado de los organismos científicos y las universidades públicas; todos expuestos a recortes económicos dispuestos por el gobierno nacional. Las consecuencias de la crisis financiera en aquellos ámbitos han producido cancelación de programas, tanto en lo académico como en lo científico, decrecimiento en el valor de los salarios de las y los trabajadores y también incertidumbre en la continuidad de las actividades docentes. Frente al actual panorama de la educación en Argentina, vale detenerse en conocer las representaciones sociales de las juventudes con relación a ella: ¿es importante para el desarrollo social y personal?; ¿requiere cambios en sus propuestas?; ¿lo que se transmite está alejado de la realidad?

Con la finalidad de conocer las opiniones de las juventudes, desde el proyecto de investigación “Generaciones, género y cuidados: encrucijada en la construcción de subjetividades. Experiencias en territorios”¹, propusimos una encuesta que nos permitiera contar con tales apreciaciones, no desde los reclamos institucionales ocasionados por las medidas del gobierno nacional, sino buscando las voces y los testimonios de las juventudes con relación a la educación desde sus percepciones personales.

La educación en la encrucijada de los tiempos

Es posible escuchar, casi de manera generalizada, aquella expresión que identifica a la educación como un ámbito necesario para el desarrollo de la sociedad y al mismo tiempo favorece el ascenso social de las personas. En el libro donde se analiza la situación de la educación superior regional, Arim y Cabrera afirman:

¹ PROICO 15-0323. “Generaciones, género y cuidados: Encrucijada en la construcción de subjetividades. Experiencias en territorios”. UNSL.

La apropiación de conocimiento siempre ha estado presente como fuente de riqueza y jerarquía social; pero en el siglo XXI es un recurso estratégico, cuya acumulación comienza a superar en relevancia la de otros activos, incluyendo a los recursos naturales, y su apropiación desigual está en la base del lugar de poco privilegio que América Latina ha tenido en la distribución de la riqueza y el ingreso (Arim y Cabrera di Piramo, 2023, 42).

Ahora bien, más allá del significado y la representación social que los Estados y las y los ciudadanos expresan acerca de la educación, vale detenerse, en primer lugar, en aspectos que hacen al presupuesto que –en especial en Argentina– se destina a la educación superior, que es el nivel al cual corresponden las juventudes que respondieron a la encuesta del proyecto de investigación y son los datos que subyacen a nuestro análisis.

Para una mejor comprensión del tema, apelamos a documentación que surge de los cuadernos del Instituto Nacional de Administración Pública de Argentina (INAP)². En el informe considerado, advertimos que, del presupuesto total destinado a las universidades nacionales que reciben del Tesoro Nacional, un 90 % está destinado a salarios; el 4,7 %, a servicios no personales; 2,8 %, a transferencias; y 0,9 %, a infraestructura. Es importante señalar que las universidades nacionales se financian básicamente con transferencias del Tesoro Nacional. En el documento de INAP, se lee:

Las comparaciones internacionales ubican a la Argentina por debajo del financiamiento promedio de los países desarrollados en términos de porcentaje del PBI (se invierte alrededor del 0,8% del producto frente al 1% en los países desarrollados)

² El Instituto Nacional de la Administración Pública fue creado en 1973 mediante el decreto-Ley 20.173, con la misión de entender en la capacitación, actualización, especialización y formación de los recursos humanos del sector público, y desarrollar investigaciones relativas a la administración pública.

y muy por debajo en términos de financiamiento por alumno, contando con alrededor de un 25% del presupuesto por estudiante con respecto a los países de la OCDE, dado que el PBI argentino es muy inferior (2020, 21).

Teniendo en cuenta que no buscamos en este texto ahondar en aspectos presupuestarios, sino los vinculados con análisis socioantropológicos, solo hacemos referencia a aquella situación para contextualizar la situación de la educación superior y las actitudes de las juventudes hacia ella. Por consiguiente, y partiendo siempre de considerar la incidencia del contexto histórico, político y social de Argentina en particular, nos detendremos en momentos especiales, que dejaron sus marcas en la educación, y en especial la que corresponde al nivel superior o universitario.

Tras el cambio de gobierno en 2015, sucedió un período de regreso de las políticas de derecha y una vez más un fuerte retroceso en las actividades científicas y académicas. En diciembre de 2019, asumió un gobierno que había concitado grandes expectativas en la mayoría de la ciudadanía tras cuatro años de complejas situaciones económicas nacionales y sociales. Sin embargo, el recorrido de la calecita de la historia no aguardaba el retorno con sortijas que alegraran el paseo, sino que una pandemia se adueñó del planeta. Desconocimiento acerca del virus, incertidumbre sobre el final y la urgencia en buscar alternativas para continuar con las prácticas propias de cada ámbito social. Una vez más, las universidades tuvieron que responder con las estrategias que fuesen posibles. De tal modo adquirieron protagonismo las pantallas: las comunicaciones mediadas por dispositivos electrónicos se volvieron la vía adecuada para mantener los vínculos sociales y laborales. Las prácticas universitarias migraron velozmente a la virtualidad, y transcurrieron dos años antes de retornar a la presencialidad. Tal vez las urgencias sociales, políticas y culturales no permitían el tiempo suficiente para detenerse y analizar las consecuencias producidas en la vida en sociedad por la

pandemia. En diciembre de 2023, y tras el triunfo de un gobierno autodefinido como “anarco-libertario”, la crisis, no solo en la educación y los organismos científicos, sino en todas las áreas de la vida en sociedad, se fue agudizando, y las medidas de lucha se volvieron una constante en todo el país, como un medio de enfrentar la compleja situación socioeconómica.

En ese breve recorrido histórico anterior, procuramos describir las encrucijadas históricas y políticas atravesadas en la sociedad argentina contemporánea y, en particular, en lo relativo a las universidades públicas y los organismos científicos. Antes de acercarnos a las representaciones de las juventudes con relación al papel de la educación, consideramos apropiado detenernos en el significado, la evolución y el papel de las universidades en Argentina.

La universidad pública ante los cambios históricos

Detenerse a reflexionar acerca de la universidad puede implicar un muy interesante desafío cognitivo; sin embargo, si a ello se le suma haber sido el ámbito que elegimos para el desarrollo de la vida académica, puede traer consigo la pasión por el objeto de análisis. Esa emoción puede conducir a distorsionar la reflexión o animarnos a profundizarla. En este texto, solo consideraremos la universidad pública en Argentina. Tal vez podrían hallarse situaciones que sean similares a otros países, pero acordemos desde ya que el contexto histórico atraviesa los diversos espacios. De allí que, aunque en otros lugares un determinado modelo político o social pueda aportar al bienestar de ese país, no necesariamente tiene que esperarse el mismo resultado más allá de esas fronteras.

En Argentina, la universidad tiene su origen en tiempos de la colonia, y en cada momento de su desarrollo se ha advertido –en su actividad– la influencia del contexto

histórico. Tras la asunción del gobierno nacional que asumió en diciembre de 2023, las funciones propias de la universidad se alteraron de manera alarmante. Ahora bien, no obstante que el ajuste presupuestario ha perjudicado absolutamente todas las actividades, vale detenernos en otras áreas que se relacionan con la situación académica, y acá reflexionar si hay que pensar en masividad o cupos, contenidos de los programas de estudio, como así también el papel de la universidad en un mundo con un predominio de multimillonarios dueños de empresas tecnológicas que procuran adueñarse del devenir de todo el globo, con un único fin: acrecentar sus fortunas personales y definir las políticas de los países. Estos puntos pueden orientar la reflexión, pero de lo que no hay duda alguna es de que la universidad tal como está funcionando demanda debatir hacia el interior de sus claustros, no desdeñar otros paradigmas epistemológicos y mantener el vínculo con la sociedad y los territorios.

En las siguientes páginas, procuraremos hacer una muy breve referencia a aspectos de la universidad en Argentina con el único fin de poner de relieve cómo, a través de distintos momentos de la historia del país, su funcionamiento se vio alterado por el atravesamiento de situaciones políticas del contexto. A continuación, como resultado de observaciones propias y compartidas por otras y otros universitarios, como así también provenientes de investigaciones en nuestra actividad, nos detendremos en las y los actores de la universidad: tanto docentes como estudiantes y sus actitudes frente al objeto de análisis. Desde ya que no procuramos realizar una catarsis frente al objeto, sino, por el contrario, tratar de reflexionar acerca de lo que observamos, bucear en las razones de la actual situación y, por sobre todo, intentar un análisis a partir de valiosos intelectuales que nos ayuden a transitar un camino para tratar de entender comportamientos de las y los actores de la universidad actual y si aporta seguir recurriendo a antiguos paradigmas de conocimiento o animarse a buscar alternativas académicas que

permitan construir una universidad que brinde respuestas científicas rigurosas, apelando a estrategias de aprendizaje más dinámicas y siendo siempre un ámbito de compromiso científico riguroso, social y ético.

Un breve recorrido por el desarrollo de la conformación de los espacios destinados a los estudios superiores en Argentina puede iniciarse desde los tiempos de la colonia y la presencia de los jesuitas en Córdoba, a partir de lo cual se fundaría la que sería la Universidad de Buenos Aires (UBA). Ese ámbito de construcción del conocimiento debió enfrentar situaciones de lucha por nuevos derechos, y las acciones que mostró la Reforma Universitaria de 1918 marcaron un hito fundamental para abrir nuevos espacios educativos, sociales y en la estructura institucional. A ello, años más tarde, en 1945, la gratuidad de los estudios universitarios se incorporó como un derecho social al que todas y todos los ciudadanos y las ciudadanas podían acceder. Sin embargo, no todo ese transcurrir fue miel sobre hojuelas para las universidades argentinas. En la década de 1960, la Noche de los Bastones Largos quedó registrada en la historia como el momento de represión y detenciones de integrantes de la comunidad universitaria, muchos de los cuales debieron iniciar un largo exilio que perjudicó notablemente el desarrollo científico de Argentina. En la década siguiente, otra dictadura, la más sangrienta y cruel vivida en el país, trajo consigo muertes, desapariciones, censuras, miedos y un largo período de oscurantismo durante el cual las ciencias sociales en especial, sus docentes e investigadores, al igual que estudiantes, padecieron persecuciones y nuevos exilios internos y externos que llevaron a clausurar los espacios de formación y pensamiento crítico. La reapertura democrática en 1983 pareció augurar tiempos de crecimiento y libertad. Sin embargo, aunque las universidades públicas retornaran a las formaciones con rigor científico y sus aulas se colmaran con miles de estudiantes, las dificultades presupuestarias continuarían muchos años más, a la par de

la necesidad de atender a situaciones en el funcionamiento para responder a nuevas demandas.

En la década de 1990, el gobierno de ese momento inició un período político caracterizado por la instrumentación de políticas neoliberales objetivadas en precarización laboral y la privatización de empresas públicas, y las universidades públicas no estuvieron ajenas a las reformas del Estado planteadas por el gobierno vigente en esa década. En ese entorno histórico, un informe del Banco Mundial anunciaba:

Existe una conciencia creciente de la necesidad de proporcionar recursos adicionales a las universidades. Como lo ha indicado la experiencia habida en otros lugares, la única forma de generar fuentes de ingresos estables para las universidades estriba en la recuperación de los costos, al menos parcial, mediante el cobro de derechos de matrícula a los estudiantes (Banco Mundial, 1991, p. 159).

El informe del Banco Mundial introdujo una visión economicista de los estudios superiores, al tiempo que también llevó a un desconocimiento de las singularidades de los países. Fue precisamente durante la década de 1990 cuando la aprobación de la Ley de Educación Superior (LES) “estableció un nuevo marco regulatorio que modificó el control que ejercía el Estado sobre las instituciones universitarias al introducir la evaluación y el aseguramiento de la calidad como nuevo eje de la política universitaria” (CONEAU, 2012).

La crisis política y económica que se produjo a fines de 2001 también influyó en la vida institucional de las universidades. A ella le sucedieron tres gobiernos: desde 2003 hasta 2007, desde 2007/2011 y desde ese año hasta 2015, con perfiles progresistas en las políticas públicas. Durante estos tres gobiernos, también el papel de la ciencia y los organismos científicos tuvo su relevancia, como así también se crearon universidades en todo el territorio del país, en

particular en ciudades alejadas de los grandes centros urbanos, lo que permitió acrecentar la matrícula estudiantil, en particular con jóvenes que se transformaron en la primera generación como universitarios. En pocas palabras, las universidades, así como sus docentes e investigadores, obtuvieron reconocimiento social y fundamentalmente científico. A estos gobiernos les continuó otro con un perfil ideológico de derecha y nuevamente con amenazas presupuestarias, pero también, hacia el interior de las casas de estudio, volvieron los discursos neoliberales de la década de 1990. En diciembre de 2019, se inició otro gobierno sobre el cual las expectativas por superar aquellos discursos y políticas del gobierno anterior eran mayoría. En 2020 se inició la pandemia por COVID-19 y, más allá de las implicancias sociales que ella mostró, se revalorizó el papel de la ciencia y las ciencias sociales tuvieron su papel de importancia. Al finalizar el período de ese gobierno en 2023, la situación económica del país era sumamente compleja, y quien asumió en dicho año desde sus primeras medidas encendió las alertas para todos los sectores y en especial en las universidades públicas. Ya en el primer mes de gobierno, comenzaron las marchas en todo el país, que mostraron el punto más importante el 23 de abril de 2024, cuando una marcha multitudinaria, convocada por docentes, estudiantes, trabajadores no docentes, investigadores y el CIN³ (Consejo Interuniversitario Nacional), que se extendió a todo el país, de manera que amplió la participación a toda la sociedad –más allá del vínculo directo con la universidad–, colocó a la universidad pública como un actor fundamental en el nuevo tiempo político. Ante el desfinanciamiento presupuestario, se sucedieron marchas, clases públicas, tomas de edificios, paros y reducción de programas de investigación

³ El Consejo Interuniversitario Nacional, creado en 1985, es el mayor organismo que nuclea las universidades nacionales argentinas. También lo integran los institutos universitarios. El ingreso al CIN es voluntario.

y de extensión. A pesar de todas esas acciones, el gobierno nacional no ha modificado su decisión acerca del ajuste, que también incluye a organismos científicos de reconocido prestigio internacional y representa un ataque muy fuerte a las ciencias sociales. Mientras tanto, ¿cuál es el ánimo y las actitudes de las y los actores que conforman la vida universitaria?

Tras los pasillos de la universidad

Quienes vienen transitando desde hace varias décadas –por sus actividades académicas– los pasillos y las aulas de la universidad advierten comportamientos preocupantes tanto en la formación de las y los docentes y su actitud hacia la docencia, como en las y los estudiantes en cuanto al rendimiento académico. De ningún modo ello implica que quienes cuentan con mayor antigüedad hayan sido mejores. Lo que muestra la realidad es que van cambiando comportamientos. Por cuestiones generacionales se van sucediendo recambios en la planta docente y, si bien en los últimos años se han acrecentado las formaciones de posgrado, en muchos casos no se ha visto tal formación reflejada en las prácticas docentes. Junto a la sobrecarga de actividades docentes, los salarios se han ido deteriorando cada vez más. Esta última situación que –como en décadas anteriores– constituía un tema para motivar el involucramiento gremial no se refleja en la actualidad; aunque se sigue apelando a medidas de lucha, los debates están ausentes. En cuanto a las y los estudiantes, si bien las agrupaciones mantienen su vigencia, han disminuido las convocatorias de otros tiempos, como sucedió tras el regreso a la democracia y en los años de gobiernos con perfiles progresistas. Pero, sin duda, otro punto crucial son las actitudes hacia el conocimiento y el peligroso decaimiento en el rendimiento académico, tanto en estudios del grado como en el posgrado.

Es indudable que la virtualidad a la cual condujo la pandemia por el COVID-19 influyó de manera desfavorable en las prácticas universitarias. La urgencia por direccionar todas las actividades a la virtualidad, falta de *expertise* en muchas y muchos docentes y estudiantes en el uso de las herramientas tecnológicas, dificultades económicas para su uso y otro aspecto no menor: dificultades emocionales y económicas que, si bien preexistían a la pandemia, se desmejoraron en ese encuadre sanitario. El retorno a la presencialidad no mejoró las prácticas, sino que en ciertos casos se agudizaron en cuanto al cumplimiento de las exigencias académicas, a las dificultades salariales y a la priorización de intereses individuales por sobre proyectos colectivos.

En cuanto al punto salarial, se reiteraron las protestas, que se acrecentaron desde la asunción del gobierno libertario en 2023. A ello se agregaron marchas por las calles de todas las ciudades donde hubiese una universidad pública en todo el territorio y tomas de edificios, de manera que se redujo la cantidad de clases presenciales. A la par de estas acciones, en el claustro estudiantil, se comenzaron a observar comportamientos agresivos en el mismo sector entre aquellos que apoyaban las medidas de fuerza y quienes se oponían, mostrándose estos últimos con discursos violentos y cercanos a los del gobierno nacional.

En cuanto a las actitudes y acciones frente al conocimiento, también se viene observando la decadencia en los rendimientos de aprendizaje de las y los estudiantes, como así también –en carreras de tipo profesional en especial, tales como Abogacía, Contador, Ingenierías– el desconocimiento que expresan las y los estudiantes con relación a temas que no son los específicos de la carrera que eligen; esto es, ignorancia en cuanto a la literatura, la sociología, la psicología, la antropología, la economía como ciencia social, el medio ambiente, la política y también la importancia del conocimiento en el desarrollo del país, sea desde las ciencias exactas, el desarrollo científico tecnológico o las ciencias sociales. Es evidente que, ante la actual situación del

mundo, el predominio de los sectores financieros, por un lado, y por el otro, los avances tecnológicos que van abriendo posibilidades de vinculación más allá de lo presencial, la universidad como actor fundamental en la construcción y el desarrollo del conocimiento necesita debatir su papel en la sociedad, sus propuestas y los paradigmas epistemológicos a los cuales apelar.

Pues comencemos a desandar el pensamiento y la reflexión.

Estado, ley y universidades

De acuerdo a lo establecido por la Ley de Educación Superior (Ley 24.521), las universidades públicas en Argentina son autónomas. Ello implica que, entre otras atribuciones, ellas dictan y reforman sus propios estatutos; definen sus órganos de gobierno, establecen sus funciones y eligen a sus autoridades; administran sus bienes; crean carreras de grado y de posgrado; establecen sus planes de estudio y dan títulos habilitantes, entre otras potestades de importancia para el funcionamiento institucional. La misma ley establece que, si bien las universidades tienen autarquía económica y financiera y, por eso, se administran a sí mismas, quien las sostiene económicamente es el Estado nacional. Es en este último punto donde comienza el análisis, pues es el propio Estado quien, a través de su estructura institucional de gobierno (Poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial), determina las políticas que organizarán el país.

Ahora bien, lo que en Argentina se denomina “ley de leyes” comprende el presupuesto del país y caracteriza el plan de gobierno propio de cada gobierno nacional. En dicho presupuesto se establecen los montos de fondos que se destinarán a áreas de funcionamiento del país. En tiempos democráticos, dicho presupuesto debe ser tratado y aprobado o rechazado por el Congreso Nacional, y su

descripción permite conocer el perfil del Poder Ejecutivo. Entonces, lo primero que se advierte es no solo el perfil ideológico de la gestión política en el poder, sino acercamientos internacionales y también el estado financiero en que se halla dicho país, lo cual se refleja en las partidas incluidas en el presupuesto.

Volvamos sobre el Estado. Desde el tiempo de la colonia hasta el presente, cambiaron las relaciones internacionales entre las regiones y también hacia el interior de los propios países. Algunos diferencian entre países desarrollados y subdesarrollados, y, en otro tiempo histórico, se diferenció a los países del tercer mundo. Lo concreto es que el mundo cada vez más se caracteriza por la desigualdad entre los países y hacia el interior de cada uno de ellos. Sin dudas, frente al COVID-19 –tal como expresa Berardi (2022)–, “ya era una sociedad en pleno colapso” y la pandemia solo agudizó las situaciones, mucho más críticas en sociedades y sectores más vulnerables. Pero también mostró palmariamente cuáles países podían acceder a las vacunas y cuáles no por cuestiones de costos y prioridades de cada país. A la par de esas dificultades, es preciso considerar el peso de las abultadas deudas externas que en particular aquellos que podemos identificar como países subdesarrollados mantienen con organismos financieros internacionales. Estos representantes del capitalismo actúan como un *corset* que condiciona y limita el funcionamiento de los países deudores, tornándolos dependientes de organismos externos. Así lo explicita González Casanova:

A los países endeudados, cuando les llega la hora de pagar y no tienen con qué, los hacen acumular deuda sobre deuda y pagar más y más intereses hasta que por fin los embargan y los obligan a desnacionalizar y privatizar propiedades nacionales y estatales [...] es decir, los despojan (2016, 17).

Sin dudas, el posicionamiento ideológico de cada país acentuará esa dependencia o procurará limitarla. Si nos

ubicamos en la primera de las posibilidades nombradas, se advertirán otros elementos que muestran cierto “colonialismo” en dicho país. Acá podríamos recurrir a González Casanova cuando afirma que “los motivos o motores de la colonización no son sólo económicos, sino militares, políticos y espirituales” (1963, 20).

En la actualidad, estamos observando cómo a nivel global van ocupando espacios de poder y decisiones políticas gobiernos de derecha y, más específicamente, sectores de ultraderecha y libertarios cuya marca los identifica por la dependencia con grupos financieros internacionales, y que, con inaudita crueldad, desdeñan las políticas sociales destinadas al bienestar de los pueblos de sus propios países. Y la educación, al igual que la salud, son desfinanciadas, lo que coloca en grave riesgo su continuidad, cuando no destruye derechos adquiridos. Este panorama atraviesa Argentina desde la asunción de un gobierno que se define como anarco-libertario, cuya meta –según las propias y recurrentes palabras del presidente– es destruir el Estado. En este contexto, las universidades públicas, al igual que los organismos científico-tecnológicos, vienen afrontando –desde comienzos del 2023– ajustes presupuestarios que limitan sus funciones. De modo tal que, si bien las instituciones académicas y científicas cuentan con autonomía para su funcionamiento, por las características ideológicas del actual gobierno, los recursos presupuestarios son recortados y limitados. Este breve análisis nos conduce a bucear hacia el interior de las universidades y plantearnos preguntas acerca de ofertas educativas y estrategias didácticas. Pues no solo es preciso tener en cuenta el momento político –nacional y global–, sino las características que muestra un mundo globalizado, hiperconectado, con fuerte presencia tecnológica y profundas transformaciones en el mundo laboral.

Cuando la educación era una quimera

En Argentina –y tal vez suceda en otros países–, durante años –que podría ser hasta más de un siglo–, de generación en generación se incorporó en el imaginario social una afirmación que nadie intentaba destruir: la educación favorece el ascenso social. Desde aquel libro escrito por Florencio Sánchez a comienzos del 1900, *M'hijo el doctor*, nadie parecía poner en duda la importancia de la educación. Sin embargo, esa institución no estuvo alejada de las conmociones históricas, políticas y sociales que atravesaron la vida institucional del país. En la actualidad, viviendo más de la mitad de la segunda década del siglo XXI, ¿adquirir una credencial educativa continúa manteniendo el prestigio y sentido de años anteriores?

Les consultamos a las juventudes a través de la encuesta que propusimos desde el proyecto de investigación qué opinaban acerca de la educación, y sus respuestas se ubicaron del siguiente modo:

- Es importante para lograr mejorar la vida de las personas: 50 %.
- Lo que se enseña está alejado de la realidad: 10 %.
- Requiere cambios: 26 %.
- No responde: 14 %.

Es importante señalar que los niveles educativos de quienes respondieron incluían secundario, terciario y universitario. Por consiguiente, todos ellos se hallan dentro del sistema educativo y vivencian cotidianamente esas experiencias. La lectura más sencilla conduce a mostrar que no es mayoritaria la opinión de quienes colocan como importante el educarse. Entonces surgen numerosas preguntas que, en ciertos casos, muestran que es más cómodo buscar responsables antes que razones, y allí una expresión reiterada puede ser aquella que expresa que los jóvenes no se

esfuerzan, quieren rápidamente un beneficio que les aporte ingresos económicos. Desde otra mirada se respondería a tal afirmación que ella resulta de un prejuicio adultocéntrico. Otras voces colocarán la responsabilidad en las y los docentes: se pasan con paros, reclamos, licencias y siempre con los mismos contenidos de años. Y la calesita continúa su girar, y la sortija ya no atrae a nadie.

Veamos qué respondieron en la encuesta de nuestra investigación. Solo para organizar las expresiones, agruparemos los ejes que se identificaron para atender: a) docentes; b) contenidos; c) metodologías; d) contexto.

En cuanto al papel de los docentes, explicitaron que depende del interés y la preocupación que ellas y ellos colocan en la tarea. Así, algunas y algunos muestran actitudes motivadoras y se preocupan por lo que les sucede a las y los estudiantes, mientras que a otras y otros se les reclama mayor compromiso con la actividad; se les solicita que algunos se capaciten más; una sola respuesta pidió que no se los adoctrine y no apelen al lenguaje inclusivo. En el nivel secundario, se les requiere más a las y los docentes en cuanto a la formación y actualización de programas y estrategias de enseñanza. Respecto a los contenidos, manifestaron que están alejados de la realidad y es preciso que se incluyan otras temáticas, tales como adicciones, diversidad de género, educación financiera, educación sexual, nutrición, formación ciudadana, meditación, robótica, ciberseguridad, inteligencia artificial, entre otras. Con relación a la metodología, demandan destinar atención a la lectura y comprensión de textos, currícula más exigente, requerir el 80 % de asistencia para aprobar, atender individualidades en las y los estudiantes y no generalizar los aprendizajes. Finalmente, y atendiendo al contexto institucional, demandan mayor presupuesto destinado a la educación y, por consiguiente, mejores salarios para las y los docentes, mayor compromiso de todos los actores educativos con la realidad y el contexto social, atención a aspectos edilicios, compromiso con la

ciudadanía y actitudes que no conduzcan a la sumisión o dominación, y vinculación con el mundo del trabajo en los contenidos y las prácticas.

Solo como ejemplo, agregamos una respuesta dada en la encuesta, que pone de manifiesto la importancia de la educación en la sociedad actual:

La educación es fundamental en la creación de nuevos actores sociales; en la actualidad la educación pública se ha visto deteriorada fruto de políticas de ajuste estatal. Sin embargo, es necesario recalcar que la educación aun en decadencia es la única herramienta que permite el ascenso dentro de la estratificación social.

Luego de la presentación general de las respuestas de las juventudes en la encuesta propuesta desde el proyecto de investigación, vale detenernos donde conducen esas interpelaciones relativas al papel de la educación en un particular contexto histórico, social y político como es el actual. Partimos de este último eje de los considerados en la encuesta para ir adentrándonos en los otros aspectos que componen el objeto actitudinal: la educación.

Cuando el globo se enfermó

Previamente al COVID-19, el mundo no pasaba por tiempos de florecimiento económico ni bienaventuranzas sociales. La pandemia solo agudizó y visibilizó las crisis que existían soterradamente y en muchos aspectos no se querían visualizar del modo en que la presencia del virus mostró tan palmariamente. Violencias y desigualdades se mostraron y acrecentaron. Según el informe de Oxfam (2024):

América Latina y el Caribe enfrenta una de las tasas más altas de desigualdad, en la región hay 98 millonarios cuya riqueza combinada es de USD\$480.800 millones, equivalente al PIB de Chile y Ecuador juntos.

En ese panorama de desigualdades, se advierten grupos sociales sobre los cuales la crisis es más preocupante: las mujeres, las infancias, las diversidades, las juventudes y las vejeces. En cada uno de tales grupos, las desigualdades afectan de manera diferente, pero coinciden en el modo en que influyen en la vida cotidiana de todas y todos, pues ¿qué implican esas desigualdades? Recurrimos una vez más al informe de Oxfam, al cual ya referimos, y leemos: “... el 1 % más rico acumula una proporción significativa de la riqueza, mientras que el 50 % más pobre lucha por sobrevivir” (2024). Esa disparidad implica aumento de las dificultades para acceder a servicios esenciales y también derechos que corresponden a cada ciudadana y ciudadano.

Atendiendo a que el tema central de nuestras investigaciones son las juventudes, nos detendremos en este texto en sus particularidades y la afectación en la educación, en especial en Argentina. El perfil sociodemográfico del país indica que, en 2020 (año del último censo nacional), la cantidad de habitantes era 45,4 millones de personas, de las cuales el 29 % de la población total correspondía a la franja etaria de entre 0 y 17 años⁴. De acuerdo con los mismos datos censales, el 92 % de la población vive en territorios urbanos. Tal situación –que podría inferirse favorece el desarrollo humano– agrega otras dificultades en cuanto al acceso a servicios, por ejemplo, al agua potable y también a viviendas dignas. Si se considera la situación social y económica de Argentina entre el período 2004 y 2020, los datos muestran un fuerte deterioro en la vida cotidiana de la población. Sin adentrarnos en datos económicos, mencionaremos algunas consecuencias observadas en aspectos sociales que devienen de la crisis socioeconómica. En primera instancia, vale tener en cuenta la diversidad y heterogeneidad que presenta el país en cuanto a las características demográficas de sus

⁴ Fuente: estimación del Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC, 2013), elaborada con base en el Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2010.

territorios. No obstante, algunas variables –con sus propias particularidades– se hallan presentes en todo el país y tan solo señalamos dos por las consecuencias sociales: crecimiento de los niveles de desempleo y subempleo y aumento de la pobreza.

En el informe de UNICEF titulado “Análisis de situación de la niñez y la adolescencia en la Argentina” (2021), se puede acceder a un panorama exhaustivo acerca de las características que presenta la situación en salud, nutrición, educación, protección y promoción de derechos, inclusión social, poblaciones originarias, discapacidad, migrantes, cambio climático, barrios populares, entre otros. De este informe solamente nos detendremos en aspectos relativos a la educación por ser el tema central de este texto. Así, con respecto a la educación primaria, el informe asevera que “prácticamente se ha universalizado desde hace más de 30 años en el país”; en cuanto a la secundaria, “ha habido un crecimiento sostenido de la asistencia a este nivel a partir de 2006”. Otro aspecto a considerar es la educación rural; en el informe leemos que el acceso a ella es más elevado en la primaria que en la secundaria. Hay indicadores que afectan las trayectorias escolares en aquellos niveles de educación que inciden en su continuidad: repitencia y abandono son unos de ellos. A fin de ir acercándonos al grupo poblacional que incluye nuestro objeto de estudio en la investigación, esto es, las juventudes, interesa atender una población que en ciertos espacios se identifica como “nini”, que incluye a aquellos grupos que ni estudian ni trabajan. Con acierto se entiende que tal denominación implica connotaciones negativas, pues sería desconocer las dificultades que enfrentan jóvenes, en su mayoría de sectores vulnerables que no pueden acceder a derechos por esa misma condición social. En ese grupo es posible hallar jóvenes que trabajan en condiciones de informalidad, con dificultades para asistir a la escuela ya sea por tener que cuidar a hermanos menores o adultos de sus familias, por embarazos adolescentes y por otras situaciones complejas.

Señalamos en este mismo texto, en apartados anteriores, la incidencia de la pandemia en la vida en sociedad y en especial en la educación.

Basado en UNICEF (2020e), el 10 % de los y las adolescentes de entre 13 y 17 años no asistía a la escuela en abril de 2020. La pandemia podría generar indirectamente una mayor deserción escolar, debido a la suspensión de las clases presenciales, en un contexto donde, a abril de 2020, el 18% de este grupo de edad no tenía acceso a internet en casa (el porcentaje se incrementaría si se considerara una conexión de calidad), el 37% manifestó no tener una computadora o tableta para hacer los deberes, y solo el 77% dijo haber tenido algún contacto con sus maestros (y, de ellos, la mitad solo una vez a la semana) (2021, 100).

En aquella cita del informe UNICEF, advertimos la presencia de actores contemporáneos que, si bien también tenían su espacio en las prácticas de las personas, y en particular entre las juventudes, por las urgencias que demandó la pandemia pasaron a tener un especial protagonismo: las comunicaciones mediadas por computadoras. Así, las pantallas de todos los dispositivos electrónicos se tornaron actores fundamentales para la continuidad de las actividades y los vínculos interpersonales. Por decisiones de los gobiernos de los diversos Estados, el mundo pasó a continuar su vida a través de pantallas. Estas fueron las ventanas a partir de las cuales se enfrentaría el encierro decidido por los propios gobiernos como una medida de protección ante la presencia de un virus del cual no se tenían certezas ni del modo de contagio ni de los medios para enfrentarlo. Tal vez, no muchos imaginaban la trascendencia que las comunicaciones virtuales, en especial las redes sociales, tendrían en la vida cotidiana de las personas. La posibilidad de acceder de modo rápido a todo tipo de informaciones, ya fuesen relativas a conocimientos científicos o a pasatiempos, se incorporó como una práctica habitual. Desde los ámbitos laborales, educativos, de militancia, de sociabilidad y hasta

de sobrevivencia ante el encierro, disponer de pantallas y dispositivos resultó sencillo. Las particularidades del tiempo y del espacio durante la pandemia favorecieron la recurrencia a la virtualidad.

Es posible que en esos primeros momentos no resultara posible imaginar que esa misma manera de acercarse al mundo a través de esos dispositivos era un espacio propicio para el germen de comportamientos y actitudes que pasarían a teñir con violencia las interacciones. La irritabilidad frente a un encierro decidido por otros, la incertidumbre respecto al final, la soledad y compartir espacios domésticos en muchos casos, sin las condiciones apropiadas para un grupo, y, junto a todo ello, las consecuencias de desigualdades trajeron comportamientos de intolerancia y violencias. El contexto devino propicio para ir construyendo una cotidianidad distinta, y la caja de Pandora exhibió sin pudores muchos de aquellos pesares debido a los que –de acuerdo a la mitología– Zeus había encomendado mantenerla cerrada, pues era peligrosa su apertura.

De manera tal que el regreso a la presencialidad mostró que era posible acceder rápidamente a todo tipo de información; entonces, algunos contenidos de asignaturas quedaron obsoletos o no reflejaban las circunstancias de un mundo que cambia vertiginosamente. Si solo era necesario disponer de un dispositivo y hallar las respuestas que se buscaban, los docentes en las aulas tenían que apelar a estrategias que, sin disminuir la calidad y rigurosidad en sus propuestas educativas, no reiteraran las que se utilizaron en años anteriores porque había nuevos actores y nuevas herramientas para acceder a esos conocimientos.

Junto a estos aspectos instrumentales, la vida en sociedad iba mostrando otros temas que se incorporaban a la agenda pública y desde las organizaciones educativas requerían su atención no como espacios de divulgación, sino para aportar conocimientos con la necesaria rigurosidad científica que demanda ese ámbito. El contexto psicosocial que se construyó durante la pandemia también mostró el

descontento hacia políticas implementadas desde organismos públicos, y las figuras políticas, en ciertos casos, no brindaban las respuestas que las y los ciudadanos demandaban. Eric Sadin afirma que, a partir del uso de las redes, “los ciudadanos vieron que se podían informar fácilmente, postear sus opiniones, hacer conocer su insatisfacción o su ira, movilizar muchedumbres más o menos densas en vistas a denunciar ciertas prácticas o defender ciertos intereses” (2022, 117).

No vamos a ahondar en el papel de las redes sociales y su incidencia en la construcción de la subjetividad pues ya abordamos este punto en otro artículo titulado “La vida cotidiana contemporánea”, por lo cual continuaremos ese nexo en otro eje –mencionado por los jóvenes en las respuestas a la encuesta que les propusimos desde el proyecto de investigación– y en el cual hicieron referencia a aspectos que, proviniendo del contexto, inciden en el funcionamiento adecuado de las organizaciones educativas.

El conocimiento versus las mercancías

2023 podría entenderse en Argentina como un año bisagra en que las ilusiones eran especiales, por cuanto en 2024 se cumplirían 40 años de regreso a la democracia, pero la situación económica del país iba en otra dirección y reclamaba otro tipo de respuestas y, finalmente, los resultados del proceso electoral mostraron una vía totalmente diferente que obturó las ilusiones de muchos. Si bien quien a la postre resultó el ganador había basado su campaña electoral en anuncios que presagiaban abruptos cambios de orientación en el país, sucedía que hasta quienes se mostraban esperanzados en ese candidato expresaban que muchas de las medidas propuestas en la campaña no las haría efectivas y eran solo anuncios de ese tiempo, en especial aquellas que anunciaban cierre de organismos científico-tecnológicos,

de salud, ajustes pronunciados en educación en todos sus niveles y desmantelamiento de políticas públicas implementadas por gobiernos anteriores y muchas de ellas logradas tras luchas por conquistas de derechos sociales. Sin embargo, desde el preciso instante de la asunción del nuevo presidente, hasta las formas de comportarse institucionalmente exhibieron actitudes que anunciaban un nuevo modo de relación desde el poder político hacia los demás poderes institucionales y la ciudadanía.

En la misma encuesta a la cual hacemos referencia en este texto, se había consultado a las juventudes qué aspectos había modificado el nuevo gobierno en su vida cotidiana a solo cinco meses de la asunción. Únicamente, a manera de ejemplo, transcribimos respuestas similares a otras tantas:

La situación económica es alarmante, y con este gobierno se espera la pérdida de derechos adquiridos (sobre todo desde una perspectiva social), que nos afectan a todos como conjunto social.

Soy docente, cobro en dos cuotas y hace tres meses que no tengo actualización del salario, con una inflación en el mismo período de más del 40 %. En enero mi alquiler subió un 80 %, y mi servicio de internet, un 300 %, con esta persona dos meses mi sueldo será insuficiente para cubrir mis gastos básicos.

En el ámbito educativo, las universidades públicas debieron iniciar y continuar sus actividades académicas, de extensión y de investigación contando solamente con un presupuesto reconducido con los mismos valores de 2023, lo que, obviamente, frente a las medidas económicas dispuestas por el nuevo gobierno con fuertes devaluaciones, ajustes presupuestarios, suspensión de las obras públicas, aumentos excesivos en las tarifas de los servicios públicos, disminución de las transferencias a las provincias, entre tantas otras decisiones, puso un freno al adecuado funcionamiento de las actividades universitarias de la misma manera que en otros organismos públicos.

En febrero de 2024, el Consejo Interuniversitario Nacional (CIN) emitió el siguiente comunicado ante la falta de respuestas por parte del gobierno nacional. Vale reiterar que las universidades nacionales dependen para su funcionamiento del presupuesto que destina el Estado nacional:

Este Consejo sostiene la necesidad de: a) incrementar razonablemente los gastos de funcionamiento mensuales, actualizándolos conforme el proceso inflacionario que atravesamos, de manera de garantizar la continuidad de nuestras actividades y el cumplimiento de nuestra misión; b) actualizar los salarios de docentes y nodocentes; c) dar continuidad a los programas universitarios vigentes destinados a inversión en obras de infraestructura, equipamiento y sostenimiento de los programas de becas; y d) garantizar el presupuesto necesario para sostener las actividades de ciencia, tecnología y extensión.

Durante el primer semestre de 2024, ante la crítica situación presupuestaria que atravesaban las universidades públicas y que colocaba en grave riesgo su continuidad a partir de no contar con fondos para el funcionamiento, sin incluir el tema salarial de sus trabajadores y la carencia de subsidios para ciencia y tecnología, se sucedieron paros y clases públicas y, finalmente, el 23 de abril del citado año, se llevó a cabo una marcha federal. La marcha fue convocada por los gremios docentes universitarios CONADU Histórica, CONADU, FEDUN y FAGDUT y por las federaciones estudiantiles. Ese día, las calles de las distintas ciudades de todo el país donde hubiese una universidad pública vieron multitudes de ciudadanas y ciudadanos de diversas procedencias laborales: docentes de todos los niveles educativos, investigadores, trabajadores informales, de fábricas, gremios y ciudadanos comunes integrándose en multitudinarias marchas reclamando por el derecho a una educación universitaria para todas y todos. Ello demandaba contar con el presupuesto necesario para poder afrontar su funcionamiento.

Si bien, tras la marcha nacional, y continuando con las reuniones entre el CIN y autoridades nacionales, pareció que se atendería a la situación, y aunque de manera muy lenta se comenzaron a enviar a las universidades las partidas para el funcionamiento (tan solo el 10 % del presupuesto total), no se atendió el reclamo salarial de sus trabajadores docentes y no docentes (equivale a más del 90 % del presupuesto). Al regreso de las vacaciones de invierno, las actividades correspondientes al segundo semestre no mostraron diferencias en cuanto a las dificultades que ya se vivieron en la primera parte del año. Se reiteraron las medidas de lucha: paros, tomas de facultades, asambleas de interclaus-tros y todas las actividades académicas, de investigación, extensión y servicios totalmente alteradas en su funcionamiento. Es importante señalar que, desde el comienzo del año académico, en todas las medidas de lucha se fueron incorporando estudiantes, lo cual potenció los reclamos, aunque, desde el gobierno nacional, no se diesen respuestas favorables para resolver la situación. En medio de ese panorama sombrío para la educación y la ciencia en Argentina, el presidente de la nación, en un acto realizado en el Centro Cultural Kirchner (6/09/2024), en Buenos Aires, organizado por el Foro de Madrid –que agrupa a la extrema derecha internacional–, expresó respecto a los intelectuales y científicos argentinos:

Si tan útiles creen que son sus investigaciones, los invito a salir al mercado –como cualquier hijo del vecino–, invistiguen, publiquen un libro y vean si la gente le interesa o no, en lugar de esconderse canallescamente detrás de la fuerza coactiva del Estado.

Las actuales encrucijadas que se viven en Argentina tras el triunfo del candidato de la extrema derecha demandan urgentes análisis desde los ámbitos académicos, más allá de los que pueden efectuarse desde espacios políticos.

Tras la década del nuevo siglo en que Latinoamérica se caracterizó por la presencia de gobiernos con signos progresistas que permitieron que el coeficiente del índice Gini⁵ mostrara una evolución favorable en cuanto a la disminución de la desigualdad, no sucedió lo mismo con los gobiernos de derecha que continuaron a los primeros. ¿Cuál es el sentido de apelar acá a dicho coeficiente? Ya se ha expresado en numerosas ocasiones que Latinoamérica es el continente con mayor desigualdad entre su población. Tal situación se agudizó y visibilizó durante la pandemia. El coeficiente de Gini, entonces, es una herramienta estadística que permite conocer la manera en que se presenta dicha desigualdad.

Un índice de desigualdad es una medida que resume la manera como se distribuye una variable entre un conjunto de individuos. En el caso particular de la desigualdad económica, la medición se asocia al ingreso (o al gasto) de las familias o personas (CEPAL, 2001, 9).

En los países de Latinoamérica, entre 2002 y 2012, el mencionado coeficiente no superó 0,6, lo cual permitía advertir que los gobiernos de esos países habían establecido políticas públicas tendientes a destinar recursos para disminuir las brechas de ingresos, de manera de permitir que las diferencias de desigualdad no acrecentaran las disparidades sociales. Desde ya que no era posible asimilar dicha estimación a todos los países pues entre ellos se advertían diferencias en el coeficiente, pero en términos generales no superaban el índice mencionado. En Argentina, en el primer trimestre de 2024, los datos aportados por el Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) muestran que el coeficiente de Gini fue de 0,467. Este número implica un aumento de la desigualdad con respecto a igual período de

⁵ El coeficiente de Gini se utiliza para medir la distribución del ingreso. Es un índice que toma valores en el rango [0,1], donde el valor cero corresponde a la equidad absoluta y el uno, a la inequidad absoluta.

2023, cuando el valor fue de 0,446. Esta situación muestra que los datos actuales superan al de 2020 en tiempos de pandemia, que alcanzó 0,45. Si tomamos los datos de pobreza, continuando con los datos aportados por el INDEC, en el segundo semestre de 2023, el porcentaje de hogares por debajo de la línea de pobreza (LP) alcanzó el 31,8 % y un 8,7 % de hogares por debajo de la línea de indigencia (LI) (INDEC, 2024). La Universidad Católica Argentina (UCA) informó que, en el primer trimestre de 2024, el 54,6 % de los argentinos vivía en la pobreza. Este porcentaje, basado en el informe del Observatorio de la Deuda Social Argentina (ODSA), marca un aumento significativo en comparación con el 38,8 % registrado el año anterior. Por otro lado, el informe de UNICEF describe que “la indigencia en niñas y niños en Argentina aumentó al 14,3% en el primer semestre de 2023, lo que equivale a 1,8 millones de chicas y chicos, 250 mil más en comparación a 2022”.

En ese tema, ¿cuánto es el porcentaje en el PBI que se destina a educación en Argentina? Al respecto la organización Argentinos por la Educación⁶ detallaba lo siguiente: “El gasto público en educación en 2021 alcanzó el 4,65% del PIB, una caída de 0,63 puntos respecto a 2020, cuando el gasto fue el 5,28% del PIB”. En cuanto al presupuesto 2024, la misma organización explicita: “La inversión nacional en el Ministerio de Educación representará el 5,34% del total de gastos de la Administración Pública Nacional, según lo previsto en el Proyecto de Ley de Presupuesto 2024”.

Frente al panorama señalado, es esperable hallarnos con respuestas de las juventudes en la encuesta respecto a la situación de la educación:

Para mejorar la educación, se necesitan fondos económicos, para mejoras de sueldo, edificación, alimentación.

⁶ Argentinos por la Educación es una organización de la sociedad civil plural y con independencia político-partidaria que tiene como misión transformar la educación argentina con datos, consensos y campañas.

La educación es el pilar fundamental para que un país progrese. Los cambios y/o mejoras está en la gratuidad y accesibilidad a todos. Cualquier persona que quiera estudiar tiene derecho a poder hacerlo, sin importar clase social, nivel económico y lugar donde viva.

Hacia dónde van las universidades hoy

Con frecuencia escuchamos expresiones que señalan que las universidades tienen que responder a los requerimientos del mundo laboral. De manera inmediata podemos preguntarnos qué tipo de trabajo requiere el mundo actual. Y a continuación, aquellas carreras que no cuenten con una rápida inserción en ese mundo –en particular las vinculadas con las ciencias sociales, humanidades y artes– ¿deben retirarse de la oferta educativa? ¿Las universidades deben responder únicamente a las demandas del mercado? González Casanova advierte: “Educar para producir el tipo de profesionistas y trabajadores calificados que demanda el mercado resulta falaz e insuficiente”. Y a continuación agrega:

... tomar como referente la demanda potencial y futura del mercado de trabajo es condenar a la política educativa y las universidades a tareas mínimas que probablemente beneficien a menos de la quinta parte de la población y en muchas regiones a menos del 5 y hasta el 1% de la población (2013, 128).

Otras voces reclaman carreras de tipo tecnológico, en especial las vinculadas con la economía (tan en boga en estos tiempos, en especial las que prometen ganancias rápidas de dinero), y otros acentúan aquellas que se relacionan con el desarrollo minero y agrícola. Sin desestimar que vale priorizar aquellas que tienen directa vinculación con el desarrollo del territorio, en particular en un país como Argentina, que cuenta con importantes reservas de gas, petróleo, litio y grandes extensiones de campo –sin olvidar que muchas

de ellas no están en manos de trabajadores de la tierra, sino de terratenientes o inversores, pero regresemos al punto—, se están cercenando otros intereses de la población; no solo en las ciencias que ya mencionamos, sino también en las ciencias básicas que permiten un muy importante desarrollo estratégico como los avances en construcción de radares, satélites y centrales atómicas, avances en salud, tal como demostró la pandemia, entre otras actividades. Y en esa planificación el papel del Estado es fundamental. Pero se precisa un Estado que priorice el bienestar de la población, proteja el medio ambiente (tan atacado por intereses financieros externos al país y desarrollos inmobiliarios privados), respete derechos de diversidades y pueblos originarios, no obture los avances científico-tecnológicos, y otros en la misma dirección.

Frente a tales encrucijadas, la universidad —si pretende continuar siendo un espacio para la construcción de conocimientos— no puede quedar anclada en discursos y modalidades de trabajo que no responden a las demandas del mundo actual. Al respecto Edgardo Landier, en su texto “Ciencias sociales: saberes coloniales y eurocéntrico”, nos invita a reflexionar sobre la dificultad en hallar alternativas teóricas y políticas ante el predominio del mercado, y afirma que tal situación responde

al hecho de que el neoliberalismo es debatido y confrontado como una teoría económica, cuando en realidad debe ser comprendido como el discurso hegemónico de un modelo civilizatorio, esto es, como una extraordinaria síntesis de los supuestos y valores básicos de la sociedad liberal moderna en torno al ser humano, la riqueza, la naturaleza, la historia, el progreso, el conocimiento y la buena vida (2000, 4).

En Argentina, durante el gobierno de Cristina Fernández, se aprobaron nuevas universidades que se radicaron en ciudades alejadas de los grandes centros urbanos, y, en la mayoría de ellas, la oferta académica incluyó carreras

vinculadas con las necesidades de sus territorios. Es preciso agregar que, también durante esos períodos de gobiernos progresistas, se definieron políticas científicas que establecieron sólidas relaciones entre las universidades y los organismos científico-tecnológicos, atendiendo a demandas de un país que precisa desarrollarse reconociendo sus potencialidades. Sin embargo, el actual tiempo político nacional va camino a la destrucción de lo logrado. Frente a este sombrío panorama, las universidades públicas requieren un profundo debate que no se ancle únicamente en temas presupuestarios, sino en la propuesta académica y los vínculos entre la docencia y la investigación. Al respecto González Casanova señala que “la investigación nacional es el conjunto de investigaciones cuya producción aumenta el *stock* de conocimientos científicos y técnicos que pertenecen a una nación y del que disponen los poderes públicos” (1968, 6).

Para eso se requiere que cada país cuente con políticas científicas definidas, en las cuales se establecerán sus prioridades y los recursos necesarios para tales logros. En este sentido, hay un aspecto que no puede eludirse, el que se refiere a que las investigaciones sean localizadas o situadas. Las ciencias sociales, en particular, cuentan con esa posibilidad en cuanto a los temas de investigación. Esta posibilidad no es un detalle menor, en particular en un país como Argentina, con grandes extensiones en su territorio, donde habitan pueblos originarios –en muchos casos, vulnerados en sus derechos– junto a poblaciones herederas de migraciones europeas y asiáticas. Junto a tal situación, se pueden advertir amplias asimetrías en cuanto a la lejanía a centros de grandes densidades poblacionales y al acceso a posibilidades de desarrollo personal. Allí es donde deviene importante considerar las investigaciones situadas, pues permiten conocer y comprender que los territorios superan lo geográfico e incluyen aspectos culturales, sociales, políticos y económicos con amplias fortalezas.

Especialización versus interdisciplinariedad

La complejidad que muestra actualmente el mundo demanda ampliar la mirada en los análisis. Desde la década de 1960 en adelante, ese mundo observó el despliegue de la revolución científico-tecnológica. Así lo analizaba Alcira Argumedo cuando detallaba entre sus características “la competencia por el mercado mundial en el campo civil y la carrera armamentista y espacial entre las superpotencias” y “el poder económico-financiero mundial y de la acción de sus representantes fundamentales: el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional” (1997). En ese mismo texto, la socióloga argentina ponía de relieve el papel de las tecnologías de avanzada y afirmaba:

Junto a otros cambios de magnitud, la Revolución Científico-Técnica impone al conocimiento –que incluye información y capacidad innovativa– como el nuevo recurso estratégico que ha de definir el papel de los distintos países y regiones al comenzar el tercer milenio (1997).

Desde aquellos momentos hasta la actualidad, se acrecentaron los avances tecnológicos, pero también sucedió lo mismo, aunque en sentido contrario, con las desigualdades y asimetrías globales. Sin embargo, el rol que compete al conocimiento no disminuye, sino que, por el contrario, urge atender a su papel calificado para enfrentar las condiciones actuales del mundo.

En 1983, Prigogine nos anunciaba acerca de una metamorfosis de la ciencia. En ese sentido, afirmaba: “Ya no queremos estudiar solamente lo que permanece, sino también lo que se transforma, los trastornos geológicos y climáticos, la evolución de las especies, la génesis y las mutaciones de las normas que intervienen en los comportamientos sociales” (1983, 35).

En otras páginas, el premio Nobel consideraba:

Creemos que nuestra ciencia se abrirá a lo universal cuando cese de negar, de considerarse ajena a las inquietudes y a los interrogantes de las sociedades en las que se desarrolla; cuando sea capaz de mantener un diálogo con la naturaleza cuyos múltiples encantos sabrá entonces apreciar y con los hombres de todas las culturas, cuyas preguntas aprenderá a respetar (1983, 47).

Entonces, si el conocimiento es un bien en disputa, las instituciones educativas no pueden soslayar el desafío en sus propuestas. Ya lo demandaba González Casanova al aseverar la necesidad de atender a un objetivo fundamental: la educación democrática está sólidamente relacionada con el rigor científico. Así lo expresaba:

La “democratización del saber” se podrá y deberá hacer con un sentido no excluyente y con respeto lúcido y profundo de los valores locales y universales, sin dependencias de fobias de lo ajeno, sin endiosamiento ni olvido de lo propio, con un rico conocimiento de los valores y circunstancias locales y universales, de los avances científicos y humanísticos recientes entre plácida relectura de los clásicos (2013, 143).

En los ámbitos de la universidad, hacer realidad la propuesta del sociólogo mexicano requiere una formación transdisciplinaria en los docentes, en primer lugar, que luego se manifieste en los programas de estudio de todas las carreras. Tal vez de esa manera, los estudiantes dejen de repetir conceptos solo de las disciplinas que hayan elegido para su formación y comprendan que, frente a la complejidad del mundo, ninguna alternativa para la sobrevivencia de la humanidad y el cuidado de su población y el desarrollo de la sociedad será posible plantear considerando una sola mirada disciplinar.

Tal aspiración no deja de lado considerar otro aspecto que preocupa a la universidad: la masificación. Argentina muestra orgullosamente que la educación es un derecho para todas y todos y no un privilegio para unos pocos. Pero

ese logro demanda que la universidad cuente con recursos presupuestarios para mantener ese derecho. Allí encontramos edificios obsoletos cuyas aulas y laboratorios no cuentan con espacios suficientes para las actividades de docencia. Entonces, ¿limitar un derecho? O ¿intentar aplicar estrategias didácticas y tecnológicas que estimulen el aprendizaje y motiven el pensamiento crítico? Las necesidades son urgentes, pero los desafíos pueden ser alentadores. La universidad pública, entonces, tiene que animarse a ese desafío. Sin embargo, mantener el perfil y las propuestas actuales puede conducir a disminuir la importancia del conocimiento para el desarrollo del país, en un contexto mundial que amenaza día a día la existencia humana. El debate interno y la integración regional deberían ser los retos para los años por venir.

A modo de final abierto

En el imaginario de la sociedad argentina, a través de muchos años nunca estuvo en discusión entender que la educación era un elemento necesario de movilidad social. Los tiempos cambian, y con ellos ciertas ideas que parecían formar parte constitutiva de aquel imaginario, en ocasiones, al escuchar ciertos comentarios, pareciese que ya no cuentan con la adhesión de otros momentos. Ya no resulta sorprendente escuchar a algunos jóvenes en la actualidad colocar entre sus prioridades el obtener dinero de manera rápida y sin necesidad de dedicarle su tiempo a la educación. En un artículo anterior (2024), hicimos referencia a cierta premura en algunos jóvenes por aquella situación vinculada al mundo laboral. Junto a este ámbito, también es posible escuchar diálogos juveniles que muestran que la educación ya no resultaría imprescindible para lograr aquella movilidad social, instalada en el imaginario de otras generaciones.

En el recorrido final de este texto, nos detendremos en dos ejes: a) la educación universitaria como derecho, y b) cambios que reclama el tiempo actual.

Cuando expresamos que la educación es un derecho para todas y todos y no un privilegio para unos pocos, no responde a una mera consigna ideológica. Tras esa expresión hay un largo recorrido histórico y político y luchas populares en Argentina.

Recurrimos al artículo de Judith Naidorf, Daniela Perrotta y Melisa Cuschnir (2020) para iniciar el acercamiento al primero de los ejes señalados anteriormente: “El derecho a la educación superior se desprende y se inspira en parte también de las banderas de los reformistas del dieciocho orientadas a la ampliación de la base social de la universidad” (2020, 149).

Aquella universidad reformista contaba con una deuda que era la gratuidad de su funcionamiento. Así, en 1949, a través de un decreto de Juan Domingo Perón, se estableció la gratuidad, y se suprimió, por consiguiente, el cobro de aranceles en las universidades públicas. Sin embargo, el devenir de la situación política de Argentina también dejó sus huellas en su funcionamiento. Los gobiernos surgidos de golpes militares obstaculizaron su continuidad no solo con ajustes económicos, sino particularmente a través de comportamientos violentos contra docentes y estudiantes. En los primeros años de la década de 1970, en un breve interregno democrático, se crearon unas pocas universidades en el interior del país como un intento de responder a la masificación de otras de mayor envergadura y también evitar espacios de ebullición de participación estudiantil. Tras la última dictadura, la más violenta y atroz soportada en el país, se logró la reapertura democrática en 1983. En esos primeros años, se acrecentó la matrícula estudiantil, se reabrieron carreras que la dictadura había cerrado, se estimularon las actividades científicas y se comenzaron a fortalecer las formaciones de posgrado. Durante la década

de 1990, las políticas neoliberales llevadas adelante por el gobierno de entonces impulsaron la incorporación –en el ámbito universitario– de medidas determinadas por organismos financieros internacionales, tales como el Banco Mundial, que atravesaron –no sin rechazo por parte de los actores universitarios– el funcionamiento de las instituciones de educación superior. En el nuevo siglo XXI, se sucedieron dos gobiernos con signos progresistas que influyeron favorablemente en ese ámbito. En esos años se crearon universidades alejadas de los grandes centros urbanos y se localizaron en territorios con menor densidad poblacional, para procurar que las juventudes de esos lugares contasen con la posibilidad de acceder a su derecho sin alejarse demasiado de sus ciudades y con menores gastos en sus traslados. A partir de esa política pública, fue posible advertir un amplio porcentaje de jóvenes que se convertían en el primer integrante de una familia en acceder a la universidad.

La ampliación del universo de universidades públicas en zonas accesibles para quienes estudien, las becas y los programas de acompañamiento se constituyeron en directamente proporcionales al derecho efectivo a la educación superior (Naidorf, Perrotta y Cuschnir, 2020, 156).

Resulta importante señalar que, en 1995, cuando se sancionó la Ley de Educación Superior (LES), entre otros aspectos, otorgaba a las universidades autonomía administrativa para administrar sus recursos, la selección de estudiantes y el cobro de aranceles. En 2015 se modificaron seis artículos de aquella ley y se introdujeron dos que permitieron “cristalizar garantías hasta entonces enunciadas y enraizadas en nuestra cultura académica, como la gratuidad del grado y establecer a la educación superior como un bien social y un derecho” (Naidorf, Perrotta y Cuschnir, 2020, 159).

Sin embargo, el transcurrir de la historia argentina, con sus luces y sombras casi recurrentes, vuelve a colocar

en una compleja situación a las universidades públicas en el país. Durante la campaña del actual presidente, se presagiaba que llegaría el arancelamiento o *voucher*⁷. Así lo expresaba Víctor Moriño, por entonces presidente del Consejo Interuniversitario Nacional (CIN):

Cuando asumió Milei teníamos temor de que afrontaríamos cierres, arancelamientos, *vouchers*. Pero tuvimos una equivocación en el diagnóstico. Lo que finalmente pasó es que comenzó un desmantelamiento de nuestras universidades en cuotas. O, dicho de otra manera, no talaron el árbol, sino que dejaron de regarlo. Y me parece que nos están secando de a poco⁸.

Las tres características que mencionan Naidorf, Perrotta y Cuschnir (2020) que resultaron de las configuraciones en las instituciones de educación superior a partir del siglo XXI, es decir, universalización, inclusión y democratización, en los días de 2024 están atravesando tiempos de retroceso. De allí, entonces, que resulte comprensible la lucha por salarios dignos para los trabajadores docentes y no docentes de las universidades públicas, frente a recortes presupuestarios para las actividades científico-tecnológicas, la imposibilidad de continuar con proyectos sociales y educativos en los territorios, la alteración en las becas estudiantiles, entre otras tantas dificultades que hoy se advierten en todas las universidades. Esas situaciones han conducido a que las actividades previstas estén gravemente comprometidas en su adecuado funcionamiento. El derecho para todas y todos corre serio riesgo de convertirse en un privilegio para pocos.

⁷ Vale que da derecho a quien lo posee a adquirir determinados artículos o a disfrutar de un servicio.

⁸ Moriño, Víctor, en Iglesias, Diego (2024). "Desmantelamiento en cuotas". *Revista Anfibia*. En www.revistaanfibia.com/universidades-desmantelamiento-en-cuotas-o-sea-digamos-diego-iglesias.

A pesar de la situación referida en párrafos anteriores acerca del funcionamiento institucional de las universidades públicas, es preciso detenernos en los reclamos de las juventudes que demandan mayor formación en los docentes, actualización de los contenidos de los programas y atención a temáticas que se hallan en la agenda pública, tal como expresa una respuesta a nuestra encuesta:

Tenemos que mejorar los métodos de estudios, la forma de analizar los problemas, tanto personales como lógicos. Impulsar a que los profesores se capaciten pedagógicamente y lógicamente en los contenidos que dictan. Que se actualicen los nuevos conocimientos, hallazgos y que haya un sector dedicado a la mejora continua del sistema.

El reclamo por la formación de las y los docentes transita por otro carril al del presupuesto institucional pues ya no es posible olvidar que todas las universidades cuentan con carreras y cursos de posgrado que posibilitan espacios de formación. Tal vez sería apropiado no desconocer las actitudes de sus trabajadores docentes. La educación no solo implica transmisión de conocimientos, los cuales, desde ya, demandan que incluyan y consideren problemas de la realidad social, económica, cultural y política, no únicamente del país, sino del mundo. También requiere un compromiso social por parte de tales trabajadores, pues se está estimulando en esos espacios el pensamiento crítico y el disfrute por el conocimiento para responder a las solicitudes de la sociedad y acrecentar su desarrollo.

Entender la educación con un sentido mercantilista y meritocrático es limitar considerablemente su función social. Se hace preciso un profundo diálogo interdisciplinario sin dejar de lado la formación integral de las juventudes, que incluye el conocimiento y disfrute de la cultura en las artes y la literatura, y el respeto al medio ambiente y a las diversidades.

Bibliografía

- Argumedo, Alcira (1997). Los rasgos de una nueva época histórica, en *KAIROS, Revista de Temas Sociales*, n.º 1. En www.revistakairos.org/los-rasgos-de-una-nueva-epoca-historica.
- Arim, Rodrigo y Cabrera Di Piramo, Carolina (2023). Desigualdad y educación superior en el siglo XXI. Reflexiones desde América Latina y el Caribe, en Martín Unzué y Daniela Perrotta (compiladores), *Nuevos desafíos para la educación superior regional*. CLACSO, Buenos Aires, octubre de 2023.
- Banco Mundial (1991). Reasignación de los Recursos para el Mejoramiento de la Educación, Serie de estudios del Banco Mundial sobre países, PUB7471 1WBG Argentina.
- Berardi, Franco (2022). *El tercer inconsciente. La psicoesfera en la época viral*. Editorial Caja Negra. Argentina.
- CEPAL (2001). Medina Fernando: Consideraciones sobre el índice de Gini para medir la concentración del ingreso. Naciones Unidas. Santiago de Chile.
- CONEAU (2012). *La CONEAU y el sistema universitario argentino: memoria 1996-2011*. 1.º ed. Buenos Aires.
- Consejo Interuniversitario Nacional (CIN) Comité Ejecutivo ampliado. 21 de febrero de 2024.
- Doberti, Juan Ignacio; Gabay, Gabriela y Levy, Melina (2020). El presupuesto universitario en la Argentina: ¿cuánto, cómo, dónde y a quiénes? En *Cuadernos del INAP*, año 1.
- González Casanova, Pablo (1963). Sociedad plural, colonialismo interno y desarrollo, en *América Latina*, año 6, n.º 3. Centro Latinoamericano en Ciencias Sociales, Brasil.
- González Casanova, Pablo (1968). Las ciencias sociales, en Pablo González Casanova y Guillermo Bonfil, *Las ciencias sociales y la antropología. Dos ensayos*. Centro Nacional de Productividad, México.

- González Casanova, Pablo (2007). *La universidad necesaria en el siglo XXI*. Ediciones Era. Segunda impresión. México.
- González Casanova, Pablo (2016). América Latina y el mundo: crisis, tendencias y alternativas, en P. Gentili y N. Trotta (compiladores), *América Latina. La democracia en la encrucijada*. CLACSO, Editorial Octubre, Buenos Aires.
- Iglesias, Diego (2024). Desmantelamiento en cuotas. *Revista Anfibia*. En www.revistaanfibia.com/universidades-desmantelamiento-en-cuotas-o-sea-digamos-diego-iglesias.
- INDEC (2013). Censo nacional de Población.
- INDEC (2023). Vol. 8, n.º 7. Incidencia de la pobreza y la indigencia en 31 aglomerados urbanos. Segundo semestre de 2023.
- INDEC (2024). Informes técnicos. Vol. 8, n.º 73, Condiciones de vida.
- Lander, Edgardo (2000). Ciencias sociales: saberes coloniales y eurocéntrico, en Edgardo Lander (compilador), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. CLACSO, Buenos Aires.
- Naidorf, Clara Judith; Perrotta, Daniela y Cuschnir, Melisa Sol (2020). El derecho a la educación superior en Argentina a partir de la modificación de la Ley de Educación Superior (2015), en Myriam Feldfeber y María Inés Maañon (compiladoras), *La Educación superior como derecho. A 100 años de la Reforma Universitaria* (pp. 149-176). Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras. En repositorio.filo.uba.ar/bitstream/handle/filodigital/11375/La%20Educacio%.
- OXFAM (2024). Desigualdad en América Latina y el Caribe: el 1% más rico de Colombia ocupa el cuarto lugar en concentración de riqueza en la región. En www.oxfam-colombia.org/informe-desigualdades.
- Prigogine, Ilya y Stengers, Isabelle (1983). *La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia*. Alianza Editorial. España.

Sadin, Eric (2022). *La era del individuo tirano*. Editorial Caja Negra. Buenos Aires.

UNICEF (2021). Análisis de situación de la niñez y la adolescencia en la Argentina. UNICEF Argentina. En www.unicef.org/argentina/informes/estado-de-la-situacion-de-la-ninez-y-la-adolescencia-en-argentina-2025.

UNICEF (2024). Aumentó la indigencia en la infancia: cada vez más chicas y chicos viven en la pobreza extrema. Comunicado de prensa. 12 de marzo de 2024. En www.unicef.org/argentina/comunicados-prensa/aumento-indigencia-infancia.

¿Qué cosa es esa, la política?

GRACIELA CASTRO

Y no soporto la resignación. ¡Ah, cómo devoro la rebelión con hambre y placer!

Clarice Lispector

Introducción

El descreimiento hacia la política y hacia las y los políticos se ha ido generalizando en amplios sectores de la sociedad. Adultxs y jóvenes enuncian su actitud cuando algún movi-lero les consulta en las calles de cualquier ciudad, como así también a través de las redes sociales. Esos comentarios podrían sintetizarse en unas pocas palabras: “corruptos”, “ladrones”, “insensibles”, etc. Otros pueden agregar que se los percibe alejados de las preocupaciones de las y los ciudadanos o también que carecen de sensibilidad social.

La reflexión que pretendemos realizar en este texto nos lleva a detenernos en dos puntos: a) la política como actividad de un Estado, y b) lxs actorxs de esa práctica. Dado que, en nuestra actividad investigativa en la universidad, el objeto de estudio son las juventudes, nos detendremos en este colectivo sociogeneracional. Para ello acudiremos a testimonios brindados por jóvenes universitarixs que

participaron en *focus* y otrxs que respondieron a encuestas que les propusimos desde el proyecto¹.

Partimos de algunos interrogantes que estimulan el análisis: ¿la política está fuera de los intereses de las juventudes? Si así fuese, ¿cómo se construye esa actitud? ¿Qué muestra el actual contexto social para ese desinterés? ¿De qué manera influyen las instituciones donde esas juventudes construyen su vida cotidiana?

Nos atrevemos a postular una premisa que de ninguna manera es original, pero sí nos resulta apropiada para ir adentrándonos en el análisis. Parafraseando a Gramsci, lo viejo está muriendo y lo nuevo no acaba de nacer. Las sociedades cambiaron, también sus intereses y sus actores. Por consiguiente, los discursos y las prácticas de años anteriores hoy pueden asomarse distantes a las preocupaciones actuales de lxs ciudadanxs. Allí se centra el desafío en la reflexión que demanda superar opiniones y focalizarse en análisis científicos.

Por los pasillos universitarios

Thiago bajó del colectivo y subió la escalinata hasta ingresar por la puerta principal del edificio. Las primeras imágenes que observó fueron los carteles que anunciaban las elecciones para el centro de estudiantes. Por los años transcurridos en la facultad, no era la primera ocasión que se cruzaba con anuncios similares. Para ser sincero, nunca le habían entusiasmado esas actividades. Concurría a votar porque algún compañero le recordaba pues integraba una lista que prometía descuentos en algún boliche si ganaban. En la ocasión anterior, le resonaba que habían ganado “los verdes”, “Algo zurditos”, pensó, pero no le interesaban esos temas, él solo iba a la facultad a estudiar.

¹ PROICO 15-0323. *Generaciones, género y cuidados: Encrucijada en la construcción de subjetividades. Experiencias en territorios*. UNSL.

Recordó lo sucedido el año anterior en medio de medidas de lucha en las universidades públicas. Ese día llegó al campus de la universidad y vio las rejas del portón de acceso cerradas y estudiantes de uno y otro lado que no se trataban de manera amistosa, por cierto. A él lo único que le interesaba era asistir a la consulta de derecho público. El profesor siempre estaba muy ocupado con su trabajo privado, entonces él no podía desaprovechar ese tiempo pues le había dicho que solo estaría una hora disponible. Esta situación ya era habitual en su carrera, pues la mayoría de los docentes tenían sus estudios o trabajaban en la Justicia e iban a la facultad solo para las clases y los exámenes. Desde hacía unos días, venía pensando en buscar un trabajo en estudios jurídicos; algunos compañeros le habían comentado sobre esa alternativa, aunque el salario era mínimo y en negro. Entonces, solo le preocupaba recibirse, por eso le enojó ver cerrado el portón de ingreso al campus.

A pocos meses del nuevo gobierno nacional en Argentina (diciembre de 2023), ante nuestra consulta con relación a las medidas de la gestión libertaria, ciertas respuestas de jóvenes señalaban: “Estoy de acuerdo con absolutamente todas las políticas impuestas, son necesarias, basta de corruptos y de vividores del Estado”.

Transcurrido un año desde la presidencia elegida, en 2024, desde el proyecto de investigación propusimos una nueva encuesta dirigida a las juventudes, en noviembre y diciembre de dicho año. A diferencia de la anterior, realizada en los primeros meses de ese año, la segunda la destinamos únicamente a estudiantes universitarios. Nos interesaba conocer si contar con ese nivel educativo influía en la representación y en las actitudes de las juventudes hacia la política y hacia sus actores. Entonces, nos surgieron preguntas tales como las siguientes: ¿la credencial educativa sería suficiente para inferir que contaban con conocimientos que los conducirían a una reflexión fundamentada más allá de simples comentarios?; ¿estaban interesados en involucrarse socialmente, o la meta era finalizar sus carreras e imaginar resuelto su futuro personal únicamente? Debido a la cantidad de estudiantes en la carrera de Abogacía,

predominaron las respuestas de ese departamento por sobre el de Sociales, donde la matrícula es menor. Además, no seguíamos un muestreo estadístico. Por el perfil de la primera de las carreras, hallamos algunas respuestas que se acercan a su formación, ante la pregunta “¿Cómo definirías a la política?”:

- Herramienta para garantizar igualdad de oportunidades ante la ley.
- Inherente a prácticas de participación en las políticas públicas, uso y distribución del poder.
- Herramienta para organizar y exigir derechos.
- Institución que sirve para elegir a los representantes.
- Forma de regular la sociedad y administrar conflictos.

Sin embargo, mayoritariamente, otras respuestas –relativas a la misma pregunta– nos condujeron a inferir el predominio de componentes afectivos en sus actitudes:

- Estrategia de los políticos para lograr algún cargo.
- Fraudulenta, mentirosa y corrupta.
- Injusta, clasista y fraudulenta.
- Violenta, corrupta, protege a la clase dominante.
- Nido de parásitos, incompetentes e ignorantes.

Dado que en este texto no se pretende realizar un análisis desde la perspectiva de la ciencia política –la cual nos excede por nuestra formación–, partiremos de una definición clásica acerca del punto que nos interesa: la política. Así leemos en el *Diccionario de la Real Academia Española* la siguiente definición:

La política es el conjunto de actividades que se asocian con la toma de decisiones en grupo, u otras formas de relaciones de poder entre individuos, como la distribución de recursos o el estatus².

² Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española* (23.º edición).

Entre las respuestas del primer grupo, podemos visualizar expresiones que se acercan –en términos generales– a la definición clásica. Tales maneras de definir a la política resultarían esperables si recordamos que –mayoritariamente– quienes respondieron a la encuesta son estudiantes de la carrera de Abogacía. Ahora bien, por nuestra formación académica, nos interesa detenernos en el segundo grupo de las respuestas. Desde esa perspectiva se comienza a abrir un abanico de ejes analíticos que pueden favorecer la reflexión. Solo para iniciarla, partiremos de dos categorías: las representaciones sociales y las actitudes.

Con relación a la primera de las categorías, apelamos a Moscovici, quien afirma que “toda representación es la representación de una cosa”, y más adelante agrega que “toda cosa es representación de algo”. Entonces, y continuando con el mismo autor, entendemos que

la representación social es un corpus organizado de conocimientos y una de las actividades psíquicas gracias a las cuales los hombres hacen inteligible la realidad física y social, se integran en un grupo o en una relación cotidiana de intercambios (Moscovici, 1979, 18).

Podríamos preguntarnos acerca del papel que las representaciones sociales juegan en la manera de comportarse de las personas y cuál sería ese significado en su vida cotidiana. Regresamos a Moscovici y leemos:

Una representación social es una “preparación para la acción”, no lo es solo en la medida en que guía el comportamiento, sino sobre todo en la medida en que remodela y reconstituye los elementos del medio en el que el comportamiento debe tener lugar. Llegar a dar un sentido al comportamiento, a integrarlo en una red de relaciones donde está ligado a su objeto (Moscovici, 1979).

De la definición anterior, resaltamos que las representaciones sociales orientan el comportamiento, le otorgan

sentido e integran al sujeto en las relaciones de su contexto. Cuando nos referimos a dar sentido a algo, implica entender las razones por las cuales sucede eso, comprender sus causas y sus consecuencias. Por consiguiente, la política no es una abstracción; ella orienta y organiza las actividades que las personas en sociedad realizan, no como sujetos individuales, sino colectivamente.

Regresamos a las respuestas de lxs estudiantes en el segundo grupo anterior: ¿por qué dirían que la política es corrupta, fraudulenta y que protege a corruptos?; ¿dónde formaron esas representaciones? Una primera aproximación nos conduce a imágenes. Si acudimos a Castoriadis, leemos que la sociedad se instituye imaginariamente. Continuamos con lo expresado por el filósofo griego y hallamos que “todo lo que se presenta a nosotros, en el mundo social-histórico, está indisolublemente tejido a lo simbólico” (1993, 201). Y en el párrafo siguiente, continúa:

Las instituciones no se reducen a lo simbólico, pero no pueden existir más que en lo simbólico [...]. Consisten en ligar a símbolos (a significantes) unos significados [...]. Y en hacer este vínculo más o menos forzado para la sociedad o grupo considerado (Castoriadis, 1993, 201).

Avanzamos un poco más con lo afirmado por el filósofo al incorporar otro concepto que es el “imaginario social”, que significa la creación de “significaciones imaginarias sociales y de la institución”. En ese camino hallamos que el imaginario crea y transforma la sociedad; por otro lado –y siempre apelando al autor que nos convoca–, el imaginario cuenta con dos aspectos: lo instituido (donde corresponden las instituciones cristalizadas) y, por otro lado, lo instituyente (acá es el colectivo que dinamiza las transformaciones sociales). En el primer aspecto, se hallan las normas, los valores y las estructuras sociales preexistentes; vale como ejemplo el sistema educativo, las leyes; mientras que en el segundo se impulsa la creación de nuevas estructuras. En este segundo

aspecto, por ejemplo, las modificaciones que impulsaron los movimientos feministas en los últimos tiempos, logrando nuevos derechos para el colectivo.

Tal como expresamos en la introducción de este texto, en nuestras actividades procuramos –a la par de observar los modos de vincularse las juventudes– también escuchar acerca de sus vivencias y proyectos. De allí que, junto a apelar a encuestas virtuales, también incluyamos –como medio de contar con información centralizada en algunos temas– a grupos focales. Es importante señalar que lxs jóvenes que integraron el *focus* integran el centro de estudiantes de Ciencias Sociales e Ingeniería y, tras muchos años de predominio de la agrupación Franja Morada, a partir del año 2012, comenzaron a construir una alternativa que, además de tener participación en las actividades propias de la universidad, también desarrolla actividades barriales en las cuales colaboran con apoyo escolar en las infancias. En los inicios del grupo (década de 2010), integraron comisiones del centro de estudiantes hasta que desde 2024 ganaron la presidencia y cargos de relevancia en él, así como integrar los consejos directivos de ambas facultades. Un aspecto interesante del grupo es que –desde sus inicios– estuvo liderado por mujeres. En este grupo advertimos –con sus perfiles propios– la incidencia del entorno familiar en el modo de representarse la práctica política, tal como lo detallamos en otra etapa anterior del proyecto de investigación (Castro, 2018):

En mi casa siempre hubo consumo político, pero más pasivo era como otra época de la comunicación en la que todo se hacía en la tele. Entonces, las cenas familiares eran todas viendo noticieros, todas viendo programas de discusión política, quizás desde otro lado, otro tipo de otra óptica de la política. Entonces, desde muy chico empieza a sembrarte la duda, el qué es esto que estoy escuchando, es así, es cierto, qué es lo que está sucediendo, por qué pasan estas cosas (E, estudiante de Ingeniería).

Al principio pensaba que yo no había tenido a alguien que estuviera en la política y con el tiempo me di cuenta que mi papá toda la vida estuvo metido en política. Entonces, entendí por qué me gustaba tanto estar así en estos lugares. Y siempre me gustó pertenecer a algún lado (J, estudiante de Trabajo Social).

Yo vengo de una casa muy politizada, mucho. Mis papás son docentes, ambos, muy militantes también. Mi mamá es parte de un gremio docente. Yo tengo recuerdos de ver a mis papás yendo a marchas y se organizaban para cuidarnos a nosotras (R, estudiante de Trabajo Social).

Mi tío decía que sobre religión y sobre política no se habla en la mesa, porque termina la discusión (M, estudiante de Ingeniería).

Desde nuestro aporte analítico, en su momento (Castro, 2000), propusimos que la vida cotidiana es el centro de la historia donde se construyen la identidad social y la subjetividad social. Con esa perspectiva señalamos que, en la construcción del primer eje, tenían su influencia las que denominamos “instituciones dominantes”, las cuales transmiten a los sujetos valores, actitudes, modos de actuar que cada uno incorpora en sus prácticas y en consecuencia de ellos actúa. Avanzamos y planteamos que entre dichas instituciones dominantes se hallaban la familia, la educación, la religión, las leyes de la sociedad civil como las fundantes (Castro, 2007). Si nos detenemos un momento en nuestra reflexión, advertimos –muy gratamente– la influencia de Castoriadis en nuestra propuesta pues en dichas instituciones dominantes hallamos aquello que el filósofo griego designa como el instituido. Por consiguiente, regresamos una vez más a formularnos preguntas: en las representaciones de las juventudes acerca de la política, ¿cuánto han incidido esas instituciones dominantes? Y desandando la urdimbre de la vida cotidiana, podríamos decir que todos los caminos conducen al contexto social e histórico. Allí

tenemos un punto nodal del análisis que nos interesa. ¿Cuál es la razón por la cual de manera recurrente en nuestros análisis incluimos como una categoría central a la vida cotidiana? En primer lugar, porque las evidencias empíricas han mostrado la necesidad de considerarla mucho más allá de un espacio banal, rutinario o doméstico. Si fuese por los últimos adjetivos, no podría comprenderse la influencia en los diversos espacios que la integran. Para las y los argentinos y argentinas que transitamos nuestra existencia en la segunda mitad del siglo XX, indudablemente ese tiempo y en especial los años de la dictadura dejaron huellas importantes y dolorosas. Pero las situaciones que continuaron tras la reapertura democrática no estuvieron exentas de conflictos, luces y sombras que influyeron en la construcción de la vida cotidiana de las personas. Allí fue quedando en evidencia la importancia de atender las circunstancias del contexto social y político. El acercamiento teórico a Ágnes Heller nos permitió profundizar en el análisis teórico de la categoría que nos ocupa y acordamos con lo afirmado por la filósofa húngara cuando aseveró que la vida cotidiana “es la verdadera ‘esencia’ de la sustancia social” y está en el “centro del acaecer histórico” (Heller, 1985, 42). Ello se fundamenta en que, como también lo afirma Heller, “toda gran hazaña histórica concreta se hace particular e histórica precisamente por su posterior efecto en la cotidianidad” (Heller, 1985, 42). Por consiguiente, lejos de interpretar la categoría con un sentido banal o doméstico, el aporte teórico de la filósofa, a la cual nos referimos, pone de relieve la importancia del espacio en la cimentación de la identidad social y la subjetividad social. Precisamente en la primera, son centrales las instituciones dominantes, tal como expresamos en párrafos anteriores, pero al mismo tiempo ello nos conduce a la propuesta teórica de Castoriadis, y nos hallamos frente a lo instituido: la educación entre ellas y la familia también. En los testimonios de lxs jóvenes que integran el centro de estudiantes, observamos que las historias familiares han tenido influencia en su acercamiento a espacios

de militancia identificándolos apropiados para desarrollar actividades no solo propias de la vida universitaria, sino también otras vinculadas con los territorios que habitan.

Si retornamos a otro tema de nuestro interés investigativo, vemos algunas respuestas ante la pregunta “¿Cómo definirías a los/as políticos/as?”.

Antes, vale señalar aspectos de la encuesta: respondieron 115 estudiantes, de los cuales 63 % se identificaron como varones, 34 %, como mujeres, y 2 %, como no binarixs. Esto último tan solo se menciona por haber leído tales respuestas, pero, por el porcentaje tan pequeño, no lo consideramos significativo en la descripción, concentrándolas en un sentido binario únicamente.

Iniciamos por el grupo de estudiantes mujeres:

- Corrupción, desilusión, descreimiento, nefastos.
- Ocupan un cargo por su interés y beneficio personal.
- Autoritarios y poderosos.
- Injustos, avarientos y mezquinos.
- Oportunistas, manipuladores y clientelistas.

Reparemos en algunas respuestas de los estudiantes varones:

- Vasijas vacías que se llenan según el electorado.
- Astutos, cada uno utiliza diversos recursos para cumplir sus objetivos.
- Parásitos que viven robando a la gente honesta y trabajadora.
- Corruptos, populistas.
- En nuestro país los políticos, lejos de representar los intereses de los votantes, representan los suyos.

Podemos advertir rápidamente que las respuestas, más allá del género autopercebido, no difieren en su sentido. Ello nos permite detenernos en lo que –desde la psicología– se denominan “actitudes”. Por tales entendemos un conjunto organizado de conductas que los sujetos utilizamos para

responder ante estímulos semejantes. Le agregamos algo más a esta definición: aunque vivimos en un mundo plagado de posibles objetos actitudinales, solo serán objeto de ellas aquellos que tienen una relevancia cognoscitiva para el sujeto y “que comprometen parcial o totalmente el yo de los mismos” (Rodríguez Kauth, 1987, 21). En la encuesta observamos que algunos estudiantes no respondieron a la pregunta que nos interesa, lo cual nos llevaría a inferir que el objeto carece de relevancia para esos jóvenes. Ahora bien, la mayoría que respondió –algunas de cuyas respuestas reproducimos en párrafos anteriores– muestra un sentido desfavorable hacia el objeto actitudinal. Ello nos orienta a inferir que dicho objeto estaría dentro de los intereses de cada sujeto, sea en sentido positivo o negativo, pues en ambas modalidades se muestra atención hacia el objeto y no indiferencia. Entonces, si consideramos que las actitudes son aprendidas a través de la propia experiencia, como así también por influencia de la cultura, implica que –aunque parezca una verdad de Perogrullo– pueden modificarse a través de tiempo.

De allí continuamos a otro aspecto de las actitudes, que es cómo están compuestas. Sus componentes son tres: a) afectivo; b) cognoscitivo y c) reaccional o volitivo. En los tres se conforma el modo en que cada persona responde al objeto actitudinal uniendo la ligazón afectiva, el conocimiento que de él se tenga y la consecuente reacción. De estos tres componentes, nos resulta de interés atender el cognoscitivo, pues –sin duda alguna– todos están influidos por el contexto en el cual cada sujeto se desenvuelve y en especial porque, en cada uno de ellos, está la influencia de aquello que denominamos “instituciones dominantes” que se emparenta con el instituido. En este componente vale detenernos en los medios por los cuales acceden a la información. Entonces, las actitudes de las y los estudiantes frente al objeto actitudinal “la política”, como así también hacia el otro objeto “las y los políticos”, ¿cómo se han construido si no es a través de las instituciones dominantes? Allí

encontramos a la familia, la educación, la religión y –por la incidencia contemporánea– incluimos a los medios de comunicación, de manera especial, a las redes sociales.

Dado que en nuestra investigación procuramos no solo conocer la manera en que las juventudes representan la política, sino acercarnos también a la actitud frente a las prácticas políticas, entre ellas la que concierne a la militancia estudiantil, nos detuvimos en este tema en el *focus*, y expresaron lo siguiente:

Nosotros lo que intentamos es hacer que la universidad salga hacia el exterior, hacia la calle. Por eso siempre invitamos a las clases públicas, hacemos estas intervenciones de actividades universitarias o también los mismos estudiantes en el barrio (M, estudiante de Ingeniería).

Nosotros buscamos que los estudiantes que ingresen a la facultad puedan recibirse y que eso les sirva como un motor de ascenso social, de que puedan lograr mejores condiciones de vida (R, estudiante de Trabajo Social).

Regresamos una vez más –sin temor a la recurrencia– a lo que describimos en otros párrafos, y focalizamos la centralidad en la vida cotidiana. Tal como aseveró Heller, ella está en el centro de la historia y su devenir. La evidencia empírica contemporánea pone de manifiesto que todos los cambios históricos (sean políticos, sociales, económicos y culturales) han dejado su huella en la cotidianidad de las personas. La familia –en su mayor expresión– dejó la singularidad y la estereotipada imagen de libros infantiles de antaño para mostrarse plural, diversa y con nuevas imágenes de presentación que, tal vez, algunas y algunos pocos en la actualidad rechacen, pues ya no responden a imágenes de otras épocas; ahora hallamos familias ensambladas, monoparentales, de un mismo género. Tal vez coincidan en que ninguno de los formatos la aleja de conflictos, y eso es esperable, pues los vínculos son reales y no romantizados. En ese ámbito se desarrollan las juventudes. El otro

corresponde a la educación y sus organizaciones instituidas: escuelas y universidades. A los requerimientos de los organismos decisores de políticas públicas, se suman las crisis presupuestarias, tan recurrentes en Argentina. Acerca de este tema, ya nos hemos dedicado en otro texto, por lo cual no abundaremos en ello por acá.

Cuando militar no es negativo

Julieta bajó presurosa del colectivo que estacionó a la vera de la ruta próxima al ingreso al campus. Regresaba de su casa tras haber ido a higienizarse y cambiarse de ropa luego de pasar la noche en la facultad por las actividades de la toma decidida el día anterior en la asamblea. Con la mochila, donde resaltaban *stickers* de su agrupación, colgada en su espalda, se encaminó para ingresar. Advirtió que, por delante del portón de ingreso cercano a la ruta, un grupo de jóvenes con voces altisonantes expresaban su repudio ante la toma acudiendo a insultos dirigidos hacia quienes se hallaban del lado interno del campus universitario. Caminó entre los externos cuidando de que no la empujaran, pues estaban muy exaltados, y además le interesaba escuchar lo que gritaban. Reconoció a Thiago entre ellos, quien solo la miró al pasar. Recordó que se habían conocido cuando ambos estaban aguardando para rendir una materia. Aunque cursaban distintas carreras, la semana de exámenes convocaba a todos los estudiantes. Julieta se dio cuenta de que Thiago estaba muy nervioso y le acercó un mate. Mientras permanecían uno al lado del otro en el banco, él le comentó que necesitaba aprobar esa materia porque quería recibirse muy pronto, pero se le complicaba pues tenía que ayudar a su madre en el kiosco que atendían desde una ventana de su casa, que quedaba en un barrio bastante lejos de la facultad. En otros días volvieron a cruzarse en un pasillo, y alguna conversación intrascendente los detenía

para luego cada uno continuar en lo suyo. Esa actitud de simpatía se modificó cuando Julieta un día le acercó un volante con las propuestas de su agrupación, en la cual era la candidata para presidir el centro de estudiantes. La respuesta del joven la molestó bastante: “Yo vengo a estudiar y no a perder el tiempo como los vagos del centro”. Su primer impulso fue responderle, pero ya había escuchado a otros con ese mismo comentario y en ese momento eligió ir al encuentro de otro compañero de su agrupación. Después, cada vez que se encontraban, el joven ya no la saludaba. Un año después, con motivo de las actividades de lucha por el desfinanciamiento universitario, volvían a cruzarse y no coincidían en sus reclamos. En ese momento vio a Luciano, su compañero de agrupación, quien le hacía señas para que entrara por una pequeña puerta que estaba al costado del portón principal.

Creo que se ha ido construyendo durante mucho tiempo una noción de que la gente del centro de estudiantes viene de afuera de la universidad y a meter ideas y política externa dentro de la universidad. A veces puede ser real o una imagen construida. Pero entonces a muchos estudiantes les queda eso y viene esa idea desde la familia (P, estudiante de Ingeniería).

Está mal visto hablar de política. Entonces, lo identifican como algo que no tiene cabida, menos en una facultad de ingeniería (M, estudiante de Ingeniería).

Tal como expresamos en el anterior apartado acerca de la influencia de las instituciones dominantes en la construcción de la vida cotidiana, mostramos –en otra etapa del proyecto de investigación– la incidencia de la familia en los involucramientos sociales y políticos. Sin embargo, a través de su recorrido social, las juventudes acceden a otros ámbitos, entre ellos los educativos. Quienes contamos con largos recorridos por aulas y pasillos universitarios tenemos incorporados movimientos de estudiantes previamente a los procesos electorales de ese claustro: afiches colgando de

las paredes, volanteadas y las visitas de los integrantes de las agrupaciones en las aulas. Por esa misma experiencia, hemos observado diversos comportamientos por parte de docentes cuando lxs jóvenes solicitan ingresar a las aulas para difundir sus propuestas.

Algunos son mucho más receptivos, se toman el trabajo de decirle a los estudiantes: “Estos son los chicos del centro de estudiantes, vienen a comentarles algo, por favor presten atención” (R, estudiante de Trabajo Social).

He escuchado profes diciendo: “Chicos, ustedes tienen que involucrarse en las agrupaciones, porque, si quieren un cambio, métanse ahí, porque no es solamente esto de las extensiones, de las correlatividades, sino que tienen que ir un poco más allá” (M, estudiante de Ingeniería).

Otros profes dicen que a las agrupaciones las tienen los que no se reciben, los que están todo el día metidos en el centro tomando mate (J, estudiante de Trabajo Social).

Ya señalamos la centralidad teórica que ocupa en nuestras investigaciones la vida cotidiana. De ella, asimismo, propusimos considerar que allí en ese espacio se construyen la identidad social y la subjetividad social. En el apartado siguiente, nos detendremos en la última de las nombradas y cómo dicha categoría nos puede acercar a entender los comportamientos juveniles en relación con la política.

Subjetividades fragilizadas

En el reciente informe (2025) acerca de las juventudes realizado por investigadoras e investigadores de Latinoamérica y el Caribe, editado por la Fundación Ebert, leemos en sus primeras páginas que “América Latina y el Caribe es una de las regiones más jóvenes del mundo, con una edad promedio de 29 años” (2025, 10). Si continuamos con la lectura,

hallamos en la página 19 del mismo informe el detalle del porcentaje de ese colectivo diferenciado por países. Así, en cuanto concierne a Argentina, con una población total de 45.808.747, el 31 %, es decir, 14.007.458, corresponde a juventudes (fuente: Datos Macro Expansión, 2023). Uruguay es el único país donde el porcentaje no supera el 30 %. Un dato que los propios investigadores señalan es la heterogeneidad de los contextos que habitan, lo cual permea las identidades y las posibilidades de construcción de sus vidas cotidianas. Entre los ejes del estudio –en los que por ahora nos interesa detenernos– se vincula “a valoraciones democráticas y tensiones institucionales”, y dentro de ellas hacemos foco en dos puntos (2025, 8):

- *Crisis institucional*: a pesar de la valoración sobre la democracia, en 11 de los 14 países, el nivel de satisfacción con su funcionamiento está por debajo del 30 % (con diferencia entre los países, como más adelante lo mencionaremos en este texto).
- *Desconfianza en partidos políticos*: en 10 de los 14 países encuestados, más de la mitad de las juventudes desconfía de los partidos políticos. En todos los países, las juventudes encuestadas afirmaron estar de acuerdo con la expresión “Un líder fuerte resuelve mejor los problemas que los partidos e instituciones”.

Si bien, en el recorrido del presente texto, sin dudas, iremos profundizando en el interés o desinterés de las juventudes en los involucramientos sociales, en este apartado nos interesa partir de considerar posibles condicionantes que provienen del contexto para aquellas actitudes.

Un primer elemento que nos interesa explicitar es que nuestras investigaciones se realizan en un espacio territorial que corresponde a la ciudad de Villa Mercedes, en la provincia de San Luis, y, según el censo 2022, la población total del municipio fue de 132.262 personas. Sin dudas, una ciudad que algunos caracterizarían como “pequeña” comparada con

otras del país. No obstante, dado que nos interesa plantear investigaciones situadas, entendemos que los territorios no implican únicamente aspectos geográficos, demográficos o densidad poblacional, sino también aquellos que hacen a la cultura e historia de dichos espacios. De allí que en nuestras tareas investigativas nos interesara mostrar los modos de vida de las juventudes en una ciudad del interior del país, sus expectativas, dificultades y posibilidades de desarrollo, partiendo siempre desde análisis cualitativos.

En la provincia mencionada, tienen sus sedes tres universidades nacionales públicas, y en la ciudad referida se cuenta con dos de ellas junto a otras de administración privada.

Un aspecto que marca las características territoriales también concierne a lo socioeconómico y productivo de la región. En este sentido, entendemos que –en cuanto a la provincia de San Luis– es un hecho histórico que, luego de haber transcurrido muchas décadas del tema que lo ocasionó, durante la década de 1970 el gobierno nacional permitió que la provincia de San Luis, junto a las provincias de Catamarca y La Rioja, fuera favorecida con importantes medidas a través de lo que se denominó *Acta de Reparación Histórica*. El sentido de dicha acta era expresar el reconocimiento de la Nación a las provincias mencionadas por el aporte en la etapa de formación de la república durante la década de 1980 (Castro, 2021, 94). Aquel tiempo histórico había incidido en el aspecto socioeconómico de la provincia, postergando su desarrollo y colocándola en condiciones de desigualdades con respecto a otras que, a través de los años, habían adquirido otros perfiles productivos mientras la provincia de San Luis quedaba relegada a ser solo un *camino de paso* hacia otras ciudades más desarrolladas. En los hechos las medidas del gobierno nacional se tradujeron en la Ley de Promoción Industrial (Ley 22.072/82), que impulsó la instalación de plantas industriales en la provincia de San Luis. Durante la década de 1980, se inauguraron los parques industriales de Villa Mercedes y San

Roque. La radicación industrial trajo como consecuencia un considerable aumento poblacional, en particular en las ciudades de Villa Mercedes y San Luis, y, con el paso de los años, la misma situación se extendió a otras ciudades más pequeñas de la provincia (Castro, 2012, 95). Apelar a la descripción anterior no implica un mero dato de melancolía provinciana, sino que, por el contrario, quienes residían en la provincia previamente a la implementación de la citada ley recuerdan los cambios sociales, económicos y culturales que sucedieron a ese tiempo. Muy cercano en la historia de entonces, también se inició la reapertura democrática, y una saga familiar –con características políticas diferentes en sus protagonistas y coincidencia en sus apellidos– marcó los siguientes años políticos hasta la actualidad en la provincia. Aquellas juventudes contemporáneas que nacieron en la provincia tras la década de 1980 lo hicieron en un territorio totalmente diferente, con los claroscuros inherentes a todo proceso histórico y político, pero con otras posibilidades para construir sus vidas. Así también sucede con las actuales juventudes descendientes de aquellos que nacieron tras la reapertura democrática.

El sentido de traer aquel tiempo en este texto responde simplemente a mostrar la incidencia que tienen los cambios sociales, económicos, políticos y culturales en la construcción de las identidades y las subjetividades. Las juventudes actuales en la provincia cuentan con posibilidades de continuar sus estudios universitarios en el propio territorio, como así también de incorporarse en espacios industriales, participar en actividades culturales diversas, entre otras acciones de la vida en sociedad. Sin embargo, la complejidad social, económica y política que acontece en todo el país y es acentuada en los últimos dos años también se refleja en los diversos territorios, y la provincia no es la excepción. Así, en la actualidad, con una administración provincial diferente a la de años anteriores y cercana a las políticas nacionales, hallamos informalidad y precarización laboral, salarios –cuando son formales– que no permiten cubrir los

gastos de la vida familiar, dificultades en las prestaciones de salud, crecimiento de índices de inseguridad, paros en ámbitos educativos y fabriles, y todo ello afecta al pensar en proyectos personales y colectivos que permitan imaginar un futuro con mejores posibilidades. En medio de ese panorama, al que sería posible agregar otros sinsabores, emergen casi sin dudar como responsables la política y sus actores.

En la encuesta que realizamos a finales de 2024 desde el proyecto de investigación –y cuya información es la que venimos tomando como referencia en este texto–, les preguntamos a lxs jóvenes lo siguiente: “Para resolver los problemas nacionales, provinciales y municipales, ¿en quiénes confiás?”.

Si bien no fue intención de la encuesta arribar a un dato cuantitativo que permitiese generalizar los datos, sino exploratorio de la situación en la ciudad, hallamos que un 13 % de las respuestas colocaron su confianza en el presidente actual, un 10 % mencionó distintos actores (legisladores, la Justicia; Estado, peronismo e izquierda; derecha, trabajadores públicos, jóvenes), y el 77 % señaló que no confiaba en nadie o en el pueblo. Recordamos que quienes respondieron son estudiantes universitarios; reiteramos esta dimensión por cuanto inferíamos que esta les acercaría a contar con mayor información sobre temas puntuales de la sociedad, que es la que concierne a la política y su incidencia en la vida cotidiana de las personas. Tratamos de hallar algún otro elemento que nos ayudara a comprender las actitudes de lxs jóvenes en relación con la política. Entonces nos dirigimos a los datos respecto a la pregunta de si habían votado en las elecciones presidenciales de 2023. Las respuestas mostraron que el 83 % había concurrido a votar, el 15 % no lo había hecho y el 2 % no respondió. Con esa información, nuestra libreta de notas mostró el puzle que teníamos que organizar. Tal como procuramos desplegar en el apartado anterior, las respuestas nos habían indicado que la representación social de la política era negativa; en cuanto a la que correspondía a lxs políticxs, los ubicaban como

corruptxs; el 77 % explicitó que no confiaba en lxs políticxs, pero, sin embargo, el 83 % había concurrido a votar. Casi emulando al juego de la oca, nos propusimos avanzar a otros casilleros. Tal vez esa cierta “búsqueda” respondiese a la otra faceta casi oculta –en otro ámbito personal– de caminar junto a las palabras intentando construir una urdimbre de historias mínimas, y continuamos observando otras respuestas. Fue así que, teniendo en cuenta los porcentajes que nos habían mostrado las respuestas ya señaladas, buscamos conocer si valoraban la democracia. Hallamos que el 88 % respondió afirmativamente. La mayoría de las respuestas se basaban en que dicho sistema permitía libertad de elección, de opinión, de expresión; participación; igualdad; derecho de decidir, pensar y actuar libremente dentro del marco de la ley, etc.

En este texto solo transcribimos dos respuestas que, extendiéndose más que en palabras sueltas, nos acercaron a actitudes sobre las cuales colocamos la lupa como investigadorxs con relación a la democracia:

- Pluralidad de voces, respeto por las diferencias y minorías. Derecho de todxs, separación de los poderes del Estado.
- La democracia es un sistema político capaz de ser la voz de los que no tienen voz, es el sueño de un país donde todos tengan acceso a la educación, la salud y el trabajo digno.

Desde ya que también hallamos respuestas que indicaron que no valoraban a la democracia: 5 %, y quienes no respondieron fueron el 6 %.

Aunque, tal como lo expresamos en párrafos anteriores, no fue intención del avance en nuestra investigación realizada en una ciudad del interior argentino con densidad de población media arribar a los porcentajes que se generalicen a otras ciudades, nos estimula continuar caminando junto a las juventudes y escucharlas. Regresamos nuevamente al

Informe sobre Juventudes de la Fundación Ebert, al cual ya nos hemos referido anteriormente.

En el capítulo cuyo autor es Oscar Aguilera, leemos: “En general, las personas jóvenes encuestadas no están satisfechas con la democracia, pero existe una gran variabilidad entre los países” (2025, 44). A continuación, el antropólogo –partiendo de la encuesta en que se basa la totalidad del informe– agrega que, “exceptuando Uruguay, Argentina y Costa Rica, el nivel de satisfacción con la democracia no supera el 33 %”. En dicho informe leemos que, en el caso de Argentina, el 26 % no tiene satisfacción con ella, mientras que el 33 % expresa mucha, y el 41 %, con porcentajes intermedios entre los ya señalados. De modo que, si consideramos los dos últimos porcentajes del informe, la situación se acercaría, en parte, a lo que hallamos en nuestra encuesta: condicionado por las realidades del contexto, un importante porcentaje de las juventudes expresa satisfacción con la democracia. Este aspecto nos parece interesante para continuar con nuestras reflexiones, pues con sus particularidades nos permite ir abriendo otros senderos.

Detengámonos en nuestra investigación, y volvemos a insistir en un aspecto que ya señalamos: en nuestra encuesta no buscamos obtener resultados que posteriormente sean generalizables a otros espacios. Nos interesa acercarnos a las realidades de los territorios y afianzar nuestro interés en las investigaciones situadas; de allí bucear un poco más en elementos microsociales sin dejar de lado el rigor científico.

A riesgo de ser reiterativxs, pero solamente para organizar la información con la que contábamos, nos parece apropiado realizar un resumen de ella. El eje de nuestras investigaciones son las juventudes; sus edades cronológicas las ubicamos entre los 15 y los 35 años sin que tal ubicación se restrinja únicamente a lo cronológico, sino considerando la diversidad y pluralidad de la categoría en su descripción. La población incluida fueron estudiantes universitarios. No buscamos una muestra estadística, de allí que entendamos la encuesta como un estudio exploratorio. Hasta este punto de

la reflexión, solo apelamos a las respuestas que se referían a conocer cuál era la representación social de la política, cuál la que correspondía a lxs políticxs, el nivel de confianza en lxs políticxs, la valoración de la democracia y si habían o no votado en las últimas elecciones presidenciales. Otro punto que también consideramos fue el uso de las redes sociales, sobre lo cual el 95 % respondió que las usaba en sus diferentes opciones. Con dicha información iniciamos el análisis que nos conduce por estas vías.

La representación social de la política era negativa, mientras que la correspondiente a lxs políticxs lxs identificaba como corruptxs y mentiroxs, y mayoritariamente se expresaba desconfianza hacia ellxs. Por otro lado, hallamos que la confianza en la democracia mostraba un porcentaje elevado y, junto a ello, otro punto que nos pareció apropiado vincular fue conocer que quienes habían votado en la última elección presidencial ascendían a un muy elevado porcentaje. En cuanto al uso de las redes sociales –que ya veníamos considerando en otros momentos de la investigación debido a que se acentuó su papel a partir de la pandemia–, tuvo la finalidad de continuar acercándonos a los medios a través de los cuales se informan. Este último punto lo tratamos en otro texto (Castro, 2024), y nos interesa mencionarlo en este tramo del análisis, pues una de las hipótesis que nos planteamos fue que, al ser estudiantes universitarios, podrían contar con un mayor caudal de información –política, económica, social– de la realidad actual en el país que excedía a las redes sociales. Con la información de que disponíamos hasta acá, propusimos la primera reflexión: tanto la política como la democracia son dos conceptos que se refieren a símbolos, por lo cual su representación social se construye a través de las interacciones sociales. Vinculado a ello, el acto de votar en las elecciones sería una consecuencia del significado que se otorgue a aquellos símbolos. Ahora bien, si la representación de la política es negativa, mientras que la de la democracia no, ¿por dónde transita esa diferencia?

Por otro lado, si a lxs actorxs políticxs lxs consideramos elementos objetivados, entendiendo por tales aspectos de la realidad que pueden ser estudiados de manera independiente al sujeto sin que ello implique que no se advierta una percepción (con toda la amplitud que la categoría implica desde el punto de vista psicológico, esto es, la consecuente interpretación), estaríamos ingresando a otra posible línea de análisis. Por consiguiente, si a lxs actorxs políticxs se los representa como corruptxs y mentiroxs y luego se manifiesta que no son figuras confiables, el panorama que se nos presenta en el nuevo camino es atender a aspectos psicosociales. Entre esas categorías apelamos a dos: la confianza interpersonal y la subjetividad social.

En su texto clásico *La construcción significativa del mundo social*, Schütz plantea que el mundo de la vida cotidiana es compartido por otros, iniciándose así el mundo intersubjetivo. Más adelante en el mismo texto, el autor afirma: "... el significado que le doy a las vivencias de otro no puede ser exactamente el mismo que el significado que le da el otro cuando procede a interpretarlas" (Schütz, 1993, 129). Las herramientas cognoscitivas y simbólicas para realizar una interpretación son aprendidas desde las instituciones dominantes en las cuales se vinculan los sujetos. En este punto nos interesa recurrir a González Rey (2008), quien señala que, en la representación de la subjetividad, lo social y lo individual aparecen asociados en su nivel subjetivo. De allí que, para el investigador cubano, la

subjetividad social es un sistema de sentidos subjetivos y configuraciones subjetivas que se instala en los sistemas de relaciones sociales y que se actualiza en los patrones y sentidos subjetivos que caracterizan las relaciones entre personas que comparten un mismo espacio social (2008, 235).

En el mismo texto, González Rey explicita: "Las emociones son inseparables de toda producción subjetiva humana, en este sentido son constituyentes de las propias

representaciones sociales” (2008, 238). Avanzamos y nos adentramos en el tema de las emociones. En este sentido, y a modo de abrir camino en nuestro análisis, retornamos a Ágnes Heller, quien expresaba que,

sin el sentimiento humano más ampliamente, las personas no podrían comprender el mundo y apropiárselo, no podrían hacer juicios sobre lo que tiene valor para sí mismas, para su preservación biológica y social y tampoco sobre lo que tiene valor para los otros (Heller, 2009, citada por Grajales Usuga, 2022).

Por lo tanto, si regresamos a los símbolos que nos ocupan (política y democracia), sus representaciones sociales están atravesadas por las emociones; lo mismo sucede con relación a lxs actorxs políticxs. De allí entonces que tanto las representaciones como las actitudes seguirán el sentido de la ligazón emocional que vincule a lxs sujetos con aquellos objetos que, por ser construcciones sociales, permiten que cada persona, a partir de su propio contexto, interprete ese vínculo y defina el tipo de relación que establecerá con cada uno de ellos. De modo reiterado, en momentos electorales, en los estudios dedicados al tema, suele ser tema de análisis averiguar si prevalece en la decisión de lxs electorxs un análisis racional o emocional. Desde la perspectiva psicosocial, ese análisis es de importancia a fin de poder hallar alguna explicación para esa actitud divergente entre los símbolos y lxs actorxs políticxs. En el origen de las emociones –que pueden transitar desde la aversión hasta el amor–, es preciso que se haya podido establecer una relación de confianza con el otro. Esto implica que, al mostrar dicho sentimiento ante el otro, se le están expresando aspectos y características personales o sociales que exponen características propias y constituyen una invitación a aguardar que el otro o sus manifestaciones se mantendrán inmodificables mientras dure esa relación. Ello permite que el nivel de incertidumbre y desconfianza no sea un obstáculo en la relación. Considerando el encuadre de cada interacción con

sus intereses y demandas propios, el vínculo intersubjetivo que se vaya construyendo se irá tiñendo con esas particularidades, y el papel de las emociones ocupará un lugar para nada desdeñable.

Retornamos al eje de nuestra investigación: la relación entre las juventudes y la política. Acordamos con la afirmación de Chantal Mouffe cuando afirma: “La adhesión a la democracia es una cuestión de identificación con los valores democráticos, y esto constituye un proceso complejo donde los afectos juegan un rol crucial” (2023, 36). Dos puntos estimulan nuestra reflexión desde la perspectiva psicosocial. El primero se relaciona con los valores democráticos. Tal vez, para el ciudadano común, alguno de estos acuda en la formación de la representación social: libertad, justicia, solidaridad, igualdad, participación, transparencia, entre otros. Nos preguntamos si algunos de dichos valores perduran en la actual democracia o si al menos permanecen como una idea fuerza entre las juventudes. Si, en la encuesta de nuestro proyecto, el 88 % expresó que valora la democracia, es posible inferir que alguno de aquellos valores está presente en la construcción de la representación social. Entonces, volvemos al Informe sobre Juventudes de la Fundación Ebert y, tal como lo señalamos anteriormente, leemos en él que, tomando en cuenta la población joven de Latinoamérica, la satisfacción con la democracia en Argentina suma aproximadamente el 70 %. Esto nos lleva a inferir que, frente a discursos de algunos exponentes de la derecha que desacreditan la democracia, no ocurre lo mismo entre las juventudes, quienes aún continúan rescatando sus valores.

Avancemos en el segundo aspecto que nos interesa: los afectos. En ciertos momentos históricos, se interpretó que en los movimientos de izquierda debían prevalecer actitudes racionales alejadas de los sentimientos pues de esa manera se podría mostrar mayor rigurosidad en las acciones e ideas. En los últimos años, observamos que ya no resulta extraño ver a líderes y lideresas políticxs mostrarse públicamente

a través de imágenes informales, más cerca de acciones de personas comunes; aunque también es preciso comentar que en algunos casos esas imágenes rayan en lo ridículo y banal. Surgen algunas preguntas frente a esos comportamientos: ¿qué buscan lxs politicxs apelando a ellos?; ¿son suficientes dichos comportamientos para construir identidades colectivas? Inferimos que tales conductas estarían dirigiéndose a estimular los sentimientos de lxs interlocutorxs como un modo de mostrarse más cercanxs a ellxs en sus maneras de actuar, hablar, apelar a modos más sencillos y similares al común de las personas. También podría implicar mostrarse cercanos reduciendo las asimetrías que determina el poder y, al mismo tiempo, proponiéndoles una invitación para conformar un nosotros y de allí una posible identidad colectiva. Aquí es donde emergen los afectos como aspectos de importancia en la práctica política. Sin embargo, acá no se aclara el tema pues se bifurca en dos conceptos: los ya mencionados afectos y la subjetividad.

Volvemos sobre el primero y su vinculación con las identidades políticas. Con relación a este punto, Mouffe (2023) explicita una diferencia entre “pasiones” y “emociones”, agregando a continuación que el primer concepto alude “a los afectos comunes que se ponen en juego en la constitución de las formas de identificación nosotros/ellos” (2023, 52), mientras que las emociones están ligadas a los individuos. La construcción de las identidades –continúa Mouffe– “se construye a través de una diversidad de identificaciones con objetos socialmente disponibles como imágenes y significantes” (2023, 53), y es a través de este mecanismo como se constituye la subjetivación. Con relación a este último concepto, recurrimos a Guattari (1998), quien afirma:

... en lugar de definir la subjetividad en términos de significante, como estuvo de moda en la época del lacanismo, para dar cuenta de estos fenómenos de subjetividad contemporánea me parece esencial cartografiar la subjetividad, no solo

a través de flujos –flujos de lenguaje, flujos no-verbales, de cuerpo, de espacio, etc.–, sino también a través de territorios existenciales, cristalización de identidades a las cuales uno pertenece, porque de alguna manera uno se funde dentro de ellas (1998, 37).

Cuando hablamos de la vida política, ella demanda superar, aunque no dejar de lado, las identidades personales, por cuanto la praxis política requiere la pluralidad, un nosotros, pues es preciso el vínculo intersubjetivo que tienda a la construcción de una comunidad. Así, la politicidad de la vida cotidiana es una invitación a superar la individualidad y adentrarse en la preocupación por lo común. Desde ya que dicho interés e involucramiento está mediado por las propias historias y circunstancias personales de cada sujeto. Y en esas historias también los afectos ocupan sus espacios. Tomando en cuenta nuestra propuesta analítica acerca de la vida cotidiana, la identidad social y la subjetividad social están estrechamente vinculadas en su conformación, de manera tal que es preciso detenernos en el modo en que se forman las subjetividades políticas en las juventudes. Para ello acudimos al análisis de Alvarado cuando afirma:

La formación de subjetividades políticas de jóvenes implica la formación de su ciudadanía plena, el crear las oportunidades y condiciones para que los y las jóvenes puedan reconocerse como protagonistas de su propia historia, capaces de pensar, de interactuar con otros en la construcción de proyectos colectivos orientados al bien consensuado, con espíritu crítico y capacidad de autorreflexión para leer su propia historia y la de su realidad y con apoyo a su cultura de pertenencia y apropiación de los significados culturales de los colectivos a los que pertenece (su escuela, su familia, su grupo de pares, su cultura, su etnia, su país, su continente, etc.) (Alvarado *et al.*, 2008, 30).

De la explicación anterior, ratificamos algunos puntos que entendemos relevantes en nuestra reflexión: reconocerse como protagonistas de su propia historia, interactuar

con otros en pos de proyectos colectivos, espíritu crítico, desarrollo y apropiación de significados culturales de su contexto social. Cada una de las acciones mencionadas implica involucramiento con otros. De tal forma que podríamos remitirnos a Weber en su concepto de “acción social” definiéndola en estos términos: “... acción donde el sentido mentado por los sujetos está referido a la conducta de otros, orientándose por ésta en su desarrollo” (1987, 5). Con esta definición no solo se considera la acción como un mero comportamiento, sino que se relaciona con las acciones del otro. Por consiguiente, en nuestras investigaciones acerca de las juventudes, y teniendo presente la información aportada por la encuesta a la cual recurrimos acá, nos preguntamos qué brinda el contexto social y político para que las juventudes puedan reconocerse como protagonistas de su propia historia.

Retornamos a otra encuesta realizada también desde el mismo proyecto de investigación en 2024, en la cual preguntamos por los temas que les preocupaban: la mayoría mencionaron la situación social, cultural, económica y política de Argentina (Castro, 2024). Para lograr la satisfacción de todas y cada una de las áreas mencionadas, es precisa la intervención de ámbitos ajenos a lo personal, y en uno de ellos se hallan la política y lxs actorxs políticxs. No vamos a reiterar los datos que corresponden a la encuesta a la que hasta acá apelamos, tan solo reafirmamos que ni la política ni sus actorxs tienen una representación social favorable para las juventudes. De modo tal que, con ese encuadre del contexto, pocas esperanzas quedan de que el colectivo social que nos ocupa pueda articular proyectos colectivos que, a su vez, afecten de manera favorable en su propia historia personal. Entonces, cuando nos referimos a las subjetividades políticas, se pone en juego una pluralidad de voces necesarias para articular proyectos colectivos. Ahora bien, cuando esos vínculos se obturan, prevalecen los intereses individuales que afectan aquella subjetividad

política y predomina una subjetividad fragilizada, entendiéndose por tal una construcción vulnerable, dañada, que refuerza centrarse en la singularidad por sobre las preocupaciones comunes, y se produce esa desconfianza hacia un ámbito donde la copresencia de otros es fundamental.

La otredad vuelve a nuestra reflexión. Esxs otrxs con quienes a diario nos cruzamos ¿obtienen nuestra confianza, es posible involucrarnos en proyectos comunes, o son adversarixs y solo merecen nuestro rechazo? Marta Lamas (2025), al analizar la incidencia del género en las relaciones humanas y cómo actúan en ellas las conductas agresivas –en particular en los casos denominados “transfóbicos”–, nos remite al papel de la otredad y afirma:

Un mecanismo básico con el cual se construye esta distinción entre lo propio y lo ajeno es aquel que clasifica a las personas en dos grupos –las que son iguales a mí y las que son diferentes–, lo que se traduce, en un primer momento, en antagonismo, rechazo y/o temor (2025, 75).

A continuación, la autora cita a Castoriadis (2001), quien alude a “las raíces psíquicas del odio”, las cuales subyacen a esas actitudes irracionales que se ponen de manifiesto en las maneras de interpretar la otredad frente a determinadas situaciones y personas que pueden conducir a prácticas discriminatorias o temor ante la presencia del otro, pudiendo en ciertas circunstancias hasta manifestar violencia en las reacciones. Esta preocupación por la otredad nos retrotrae a aquellos momentos– que hoy parecen lejanos, aunque en realidad no sean así– en que, como un modo de entender el desasosiego que implicaba atravesar la incertidumbre frente a la presencia del COVID-19, apelábamos a cuanta lectura nos brindara conocimientos para comprender cómo esa situación alteraba los habituales modos de comportamiento social y personal. En ese tiempo leíamos con ahínco cuanta lectura nos pudiera brindar algún modo de comprender la manera en que se alteraba la vida cotidiana. Judith Butler

vino en nuestra ayuda y comprendimos que las desigualdades subyacen en comportamientos violentos.

Una razón por la que un *enfoque igualitario del valor de la vida* es importante es que proviene de los ideales de una democracia radical y al mismo tiempo reflexionamos acerca del modo más adecuado de practicar la no violencia (Butler, 2020, 74).

Ahora bien, las relaciones sociales plantean tener noción de la necesidad de la interdependencia pues ella está mostrando la igualdad entre las personas. La dependencia –como también lo asevera Butler– muestra la vulnerabilidad en una de las partes. Tal situación puede conducir a aquella expresión que también la filósofa –a la cual recurrimos acá– denomina como “vidas duelables”. “Decir que una vida es duelable es sostener que una vida, incluso antes de que se pierda, o debe ser, digna de lamentarse en ocasión de su pérdida” (Butler, 2020, 94). El interrogante al que nos conduce la afirmación de Butler podría ser qué hace que una vida tenga menos dignidad que otra. ¿Cómo se refleja tal situación en la vida en sociedad? Un concepto atraviesa el contraste entre aquellxs cuya pérdida se lamenta y esas vidas desoladas que pasan invisibilizadas, porque también en esa actitud se asoman los afectos, tanto por parte de lxs responsables de las políticas públicas, como de lxs ciudadanxs comunes que debiesen ser lxs destinatarixs de derechos. El concepto que nos abre otro camino son las desigualdades sociales.

¿Y mi derecho dónde está?

Si bien Latinoamérica no es la región más pobre, sí es la más desigual. Aunque es una expresión reiterada, continúa teniendo vigencia. Numerosos son los textos que se han escrito con relación al tema, pues no solo incluye las diferencias en los ingresos, sino que

se deriva de la discriminación de clase, de raza, de género, de origen geográfico, de distinta capacidad física, etc., que, practicadas de manera categórica (es decir, excluyendo a todos o casi todos los miembros de un grupo), la convierten en un fenómeno multidimensional y la hacen incompatible con nuestros ideales democráticos (Insulza, 2015, 15).

Si nos acercamos a Latinoamérica y el Caribe, leemos la siguiente descripción:

El 10 % más rico de la población capta 22 veces más de la renta nacional que el 10% más pobre. El 1% de los más ricos se lleva el 21% de los ingresos de toda la economía, el doble de la media del mundo industrializado [...]. El género, la raza y la etnicidad, al igual que los ingresos, son poderosos determinantes del acceso a la atención de la salud, la educación, el empleo y el sistema legal (Busso y Messina, 2020).

Nos interesa detenernos en el final del anterior párrafo por cuanto las consecuencias de la desigualdad afectan el acceso a derechos sociales de lxs ciudadanxs, lo cual conduce a contar con disímiles oportunidades en el desarrollo de su vida. Como el tema de nuestra investigación se refiere a las juventudes, nos preguntamos por las desigualdades en ese colectivo sociogeneracional. Acudimos al informe sobre las Juventudes (FES), al cual ya nos hemos referido, y leemos: "... son las más educadas y conectadas de la historia reciente, pero también las más afectadas por la desigualdad, la precariedad laboral, la inseguridad y la desconfianza en las instituciones" (Licea y Rodríguez, 2025, 18).

Agregamos el informe de la OIT (2025), en el cual, tras considerar la incidencia de la pandemia por el COVID-19 en la vida de las juventudes, afirman que –con relación al mercado laboral–, si bien se pueden advertir algunas mejoras, se mantiene la brecha con relación al género y la informalidad.

Existen brechas de desocupación entre hombres y mujeres jóvenes, especialmente en el grupo de 15 a 24 años, en el que

la desocupación femenina es más elevada [...]. Las personas jóvenes en empleos informales ganan menos de la mitad que aquellos en empleos formales, y la diferencia es más notable en sectores como el trabajo doméstico remunerado y el trabajo por cuenta propia (OIT, 2025, IX).

Hacer referencia a la pandemia no deviene un tema banal, sino que, por el contrario, su presencia, aunque no fue la causa de las desigualdades –que preexistían a ese tiempo–, las agudizó. De aquel momento, como ya se ha mostrado en otras investigaciones a nivel nacional e internacional, en el mismo sentido también pudimos advertirlo en otros avances del proyecto de investigación durante los años 2020 y posteriores. En ellos las juventudes que respondían a nuestras encuestas referían que las situaciones de encierro planteadas por el gobierno nacional como un medio de cuidado ciudadano habían afectado su salud mental, y de allí las manifestaciones de ansiedad, miedos, depresión, entre otras.

Un reciente artículo periodístico –donde se apela a reuniones de especialistas en la Cámara de Diputados de la Nación– destaca:

En la Argentina actual las niñas, niños y adolescentes (NNyA) son las principales víctimas de una crisis silenciosa pero devastadora: el deterioro en las condiciones materiales de vida a la par del derrumbe de las políticas públicas de salud mental³ (Solano, 2025).

Pero, en el mismo contexto de la pandemia, se afincó el protagonismo de las redes sociales. Esos espacios virtuales permitían mantener vínculos sociales y afectivos, pero también fueron ocupando otros sitios en los cuales la velocidad y el anonimato se transformaron en aliados de importancia para la interrelación social. En la encuesta que propusimos

³ Ver www.eldestapeweb.com/sociedad/salud-mental/registran-aumentos-de-hasta-un-134-en-las-consultas-por-salud-mental-20258416820.

en 2024, reiteramos la pregunta por el uso de redes sociales, y el 95 % respondió que acudía a ellas para obtener información y vincularse con otros. Junto a la posibilidad de que velozmente se viralicen imágenes y opiniones más allá del ámbito personal o íntimo sin necesidad de justificar o demostrar la veracidad de ellas, se fue instalando el uso de las redes más allá de las edades, las ocupaciones o la formación.

Por consiguiente, el panorama que se presenta a las juventudes contemporáneas muestra dos elementos que podríamos considerar favorables: son los más educados y los más conectados. Ahora bien, la contracara de ello es vivir en un mundo donde el 1 % más rico se lleva porcentajes superiores al 20 %. El informe de OXFAM así lo señala: “La riqueza de los multimillonarios ha aumentado de forma drástica durante 2024, a un ritmo que triplica al del año anterior” (2025, 8). Mientras que las personas que viven en la pobreza se enfrentan a graves crisis. En este punto nos interesa acudir nuevamente al citado informe:

Un gran número de países se encuentran en riesgo de caer en la bancarrota. Lastrados por la deuda, no disponen de recursos públicos suficientes para financiar la lucha contra la desigualdad. Los países de renta media y baja destinan, en promedio, el 48 % de su presupuesto a devolver esta deuda, normalmente a ricos acreedores privados con sede en Nueva York y Londres (2025, 9).

La cita anterior nos resulta relevante pues Argentina es el país con mayor deuda con el FMI en la actualidad. Agregamos una cita más del informe: “Oxfam estima que un 6 % de los multimillonarios de todo el mundo han obtenido su riqueza a través del clientelismo y las conexiones de amiguismo” (2025, 10).

Por lo tanto, las consecuencias de ese mundo desigual llevan a que las juventudes se enfrenten a situaciones de precariedad laboral, apelando a empleos informales y con salarios en negro, inseguridad en las ciudades donde habitan

y desconfianza hacia los actores políticos pues perciben que no les brindan las respuestas necesarias para resolver sus dificultades, mientras que, por otro lado, las noticias sobre corrupciones que involucran a aquellxs se acrecientan.

Un elemento nos interesa agregar a las dificultades mencionadas: la incidencia del género. En las mujeres se agudizan aquellos problemas: hay en esa población mayores índices de desocupación, y a ello deben sumarse las tareas de cuidado. En cuanto a la inseguridad, Argentina presenta cifras muy elevadas de feminicidio que ponen en evidencia la crueldad de los autores en las muertes de jóvenes en especial. A partir del gobierno libertario, se eliminó el Ministerio de Mujeres, Géneros y Diversidad, y con ello se discontinuaron programas que brindaban contención y apoyo al colectivo de mujeres. Entonces, lxs ciudadanxs identifican a lxs actorxs políticxs como lxs responsables, y, sumando a ello, el peligroso desencanto con el papel del Estado como responsable de las políticas sociales. De allí a extender ese desencanto hacia la democracia, hay solo un paso.

Nos interesa retomar un eje al cual nos habíamos referido en otros apartados de este texto: las emociones. A todo lo que ya expresamos, nos interesa agregar otros aspectos que podrían ayudarnos a reflexionar en este análisis que vamos recorriendo, para lo cual retornamos a nuestra formación de base: la psicología. Y leemos: “Las emociones con frecuencia dependen de la conciencia que tiene el organismo de la importancia de una situación y de esa manera intervienen los procesos cognoscitivos de percepción y pensamiento” (Whittaker, 1971, 177).

Tras el triunfo del actual gobierno nacional, en Argentina circularon dos ideas que adquirieron centralidad en algunos análisis: por un lado, aquel que decía que la sociedad se había rechazado, y, por el otro, que en la elección de dicho gobierno habían predominado las emociones. Con relación al primer punto, es preciso detenernos unos momentos y volver la mirada a la primera década del siglo XXI. Durante ese tiempo observamos que en varios países

de Latinoamérica se desarrolló lo que se conoce como “la marea rosa”. Bajo esta denominación se agrupaban gobiernos progresistas (Brasil, Argentina, Venezuela y Bolivia, entre ellos) que habían asumido los gobiernos de sus países tras la falta de respuestas ciudadanas por parte de modelos neoliberales. Entre sus aspectos centrales, se encontró otorgar mayor presencia al Estado, la redistribución del ingreso y una política exterior más autónoma de los clásicos poderes y, al mismo tiempo –en dicho aspecto exterior–, construir bloques uniendo los propios países, buscando implementar políticas comunes entre ellos. Sin embargo, tras esos años de medidas progresistas, condicionados por las circunstancias de cada país, Latinoamérica retornó a gobiernos neoliberales en algunos de ellos, y otros, a pesar de promesas de bienestar, concluyeron en fracasos. Vale analizar las razones por las cuales, tras aquellos años de gobierno progresista –entre cuyas características estuvieron la movilidad social, los logros de nuevos derechos sociales y la reafirmación de los que ya existían–, las sociedades eligieron otros modelos de gobierno. A fin de entender las razones para dejar de lado aquellos gobiernos de la ola rosa, acudimos a Álvaro García Linera (2016), quien plantea ciertas debilidades de tales gobiernos. En primer lugar, el que corresponde a la gestión económica. Al respecto afirma: “... el ideal, el discurso, la narrativa y la propuesta ya no son suficientes para mantener la adhesión social [...] lo que cuenta es la mejora de la vida cotidiana del pueblo” (2016, 27). Un segundo aspecto tiene que ver con la batalla cultural. “No existe revolución verdadera ni consolidación de un proceso revolucionario, si no se tiene una profunda revolución cultural, ética y lógica” (2016, 37). La tercera debilidad tiene que ver con una débil reforma moral, y, en este sentido, la presencia de la corrupción en las prácticas políticas no se detuvo. La cuarta se refiere a “la continuidad de los liderazgos en los regímenes revolucionarios hechos en democracia”. Finalmente, la quinta debilidad corresponde a la débil integración económica continental.

Tras la finalización de los mandatos de esos gobiernos progresistas, en distintos tiempos y con sus particularidades, esos países regresaron a gobiernos de derecha con lógicas de funcionamiento diferentes a los anteriores y donde el papel del mercado y la intromisión de organismos financieros internacionales fueron los protagonistas. En Argentina, a poco de iniciar un nuevo gobierno que había logrado mayoría de votantes y que con profunda expectativa iniciaba una nueva etapa política, sobrevino la pandemia por COVID-19. Todo el planeta tuvo que enfrentar tiempos de incertidumbre hasta poder contar –algunos países– con la posibilidad de acceder a las vacunas. De tal modo que las desigualdades que preexistían a la crisis sanitaria se agudizaron, y el retorno a la presencialidad mostró dificultades económicas, en la salud mental, en los vínculos interpersonales, y las y los actores políticos se constituyeron en el centro de las críticas por parte de amplios sectores de la sociedad. Los discursos y comportamientos violentos fueron acrecentándose peligrosamente en las calles y los medios, hallando en las redes sociales el espacio propicio donde manifestar tales comportamientos. Hasta figuras consideradas *outsiders* encontraron en los medios y las redes sociales la posibilidad de instalarse públicamente apelando a conductas disruptivas y violentas. El gobierno que se había iniciado en el país en 2019 no logró dar respuestas que favorecieran el bienestar del pueblo, por lo que aumentaron las críticas hacia la gestión.

De manera que, en las elecciones de 2023, resultó elegido un candidato que se autoidentificó como “anarco-libertario” que “venía a destruir al Estado”. Es importante mencionar que, a nivel geopolítico, otros países habían precedido a Argentina teniendo en el poder gobiernos de derecha y un aumento de la ultraderecha. El nuevo presidente argentino se vanagloriaba de integrar esa nueva ola política. Retomamos dos puntos que se señalaron para entender el nuevo tiempo político: a) la derechización de la sociedad, y b) el predominio de las emociones. Intentamos describir

el contexto nacional y global en esos años con la finalidad de mostrar algunos elementos que podían ir abriendo caminos para la instalación de las ultraderechas a nivel global. Por consiguiente, bien caben aquellas debilidades que García Linera describió con relación a los gobiernos progresistas de Latinoamérica. El punto nodal se puede ubicar en la gestión económica. Podremos recordar que, en los tramos finales del gobierno de Alberto Fernández, el nivel de desocupación –de acuerdo a datos del INDEC– era el más bajo en décadas, pero también se debe recordar que los salarios de lxs trabajadorxs se vieron seriamente afectados por la elevada inflación. El nuevo gobierno prometía bajarla y dolarizar la economía al mismo tiempo que dejar de lado la “casta política corrupta”, tal era su eslogan de campaña. Y allí sumamos otra de las debilidades que indicaba García Linera en su análisis: la corrupción. Con ese contexto social y político en el cual las juventudes fueron afectadas por la desocupación y el crecimiento de empleos informales y observaban actos de corrupción en algunxs políticxs, resultaba esperable que buscaran personajes con ideas disruptivas, pero que les prometían una mejor vida.

Cuando definimos las emociones, señalamos que estas están condicionadas por la importancia que cada persona le da a la situación que atraviesa, y allí están presentes elementos cognoscitivos. Si, a las circunstancias económicas, les sumamos las consecuencias de la alteración de la vida cotidiana por la pandemia de COVID-19, en la cual las juventudes fueron uno de los colectivos donde se advirtieron conflictos en su subjetividad, no debería resultar extraño que, al momento de elegir nuevo presidente, se decidieran –en un amplio porcentaje de votantes– por el candidato que se mostraba en la vereda opuesta de quienes habían gobernado hasta entonces sin darle respuestas a su bienestar, y, además, ese *outsider* exhibía sin tapujos comportamientos agresivos y denigraba con sus expresiones a todxs aquellxs actorxs políticxs que hasta ese momento habían ocupado espacios de poder. Al mismo tiempo ese personaje surgido

de programas de televisión expresaba abiertamente sus ideas y maneras de reaccionar sin importarle que pudiese ser criticado por algunxs, pues se mostraba como el dueño de la propia criatura que había construido mediáticamente. He allí donde las emociones encuentran los elementos para su elaboración y una figura donde se proyectan la bronca, la desazón y, al mismo tiempo, la posibilidad de un nuevo actor con promesas favorables para su vida cotidiana. Ahora bien, un punto a considerar es que las emociones no solo pueden ser negativas, aunque en determinadas situaciones ellas prevalezcan. También pueden mostrarse a través de otras expresiones como la alegría, la esperanza, la gratitud, entre otras. Sin embargo, todas ellas tienen en común que están basadas en elementos cognoscitivos, esto es, la información que les permite a las personas analizar la situación que están viviendo. Dejamos por acá esta pregunta: ¿será tal vez que, más que volverse de derecha un amplio porcentaje del pueblo y las juventudes en especial, mostraban a través de sus emociones negativas el hartazgo ante la falta de políticas públicas que ayudaran al logro de una vida cotidiana con dignidad y pleno ejercicio de sus derechos sociales?

Para quienes llevamos algunas décadas en las mochilas personales, resulta ineludible regresar una y otra vez a aquella imagen de Mafalda sentada en su sillita y con su mano tomando la temperatura a un globo terráqueo rodeado de vendajes. Tal pareciera que ese es el mundo actual para las juventudes. Sin políticas sociales que den respuestas a sus necesidades y derechos, es esperable que las subjetividades se hallen fragilizadas y, por ende, la política y sus actores no cuenten con una representación social favorable pues ellos son identificados como los responsables de esa falta de atención hacia lxs ciudadanxs. En ese encuadre tampoco resulta posible construir proyectos colectivos. En la encuesta de 2024, consultamos a las juventudes de qué manera se imaginaban su vida en un lapso de cinco años hacia adelante. Así hallamos que casi la totalidad de las respuestas

coincidían en ese imaginario: haber concluido sus carreras universitarias y dedicarse a sus intereses profesionales individuales. La apelación a actividades colectivas o sociales estaba ausente.

Bibliografía

- Alvarado, Sara Victoria; Ospina, Héctor Fabio; Botero, Patricia; Muñoz, Germán (2008). Las tramas de la subjetividad política y los desafíos a la formación ciudadana en jóvenes. *Revista Argentina de Sociología*, vol. 6, n.º 11, noviembre-diciembre, pp. 19-43, Consejo de Profesionales en Sociología, Buenos Aires, Argentina.
- Bilbao, A. G. (Coord.), Vázquez, M., Ramírez, F., Guaraná de Castro, E., Aguilera, Ó., Licea, M., y Rodríguez, C. (2025). *Juventudes: asignatura pendiente. Informe regional 2024. Participación y representación en disputa: juventudes y democracia en América Latina y el Caribe*. Fundación Friedrich Ebert: Quito. En juventudesasignaturapendiente.com.
- Busso, M., y Messina, J. (2020). La crisis de la desigualdad: América Latina y el Caribe en la encrucijada. Banco Interamericano de Desarrollo. En doi.org/10.18235/0002629.
- Butler, Judith (2020). *La fuerza de la no violencia*. Paidós. Buenos Aires, Argentina.
- Castoriadis, Cornelius (1993). *La Institución Imaginaria de la Sociedad. I*. Editorial Tusquets. Buenos Aires, 2.º edición.
- Castoriadis, Cornelius (2001). Reflexiones en torno al racismo. *Debate Feminista*, vol. 24, octubre de 2001.
- Castro, Graciela (compiladora) (2018). *Militancias y políticas juveniles. Involucramientos sociales en contextos provinciales*. Editorial Teseo. Buenos Aires.
- Castro, Graciela (2000). Cultura política en la cotidianidad de fin de milenio. *Kairós, Revista de Temas Sociales*, año 4, n.º 6. En revistakairos.org/cultura-politica-en-la-cotidianidad-de-fin-de-milenio.

- Castro, Graciela (2007). Jóvenes: La Identidad Social y la construcción de la memoria. *Última Década*, n.º 26, pp. 11-29, Valparaíso.
- Castro, Graciela (2012). Los jóvenes y la vida cotidiana. Construcción de la subjetividad y la identidad social en sociedades con cambios socioculturales. Tesis de Doctorado UNSL (inédita).
- Castro, Graciela (2024). La politicidad de la vida cotidiana, en Castro, G. y Becher, Y. (comps.), *Juventudes: protagonistas sin ficciones. Análisis y propuestas*. Grupo Editor Universitario. Buenos Aires.
- Castro, Graciela (2024). La vida cotidiana contemporánea. Expuesto Congreso Internacional de Investigadores sobre juventudes. Varadero (Cuba), septiembre de 2024. Inédito.
- González Rey, Fernando (2008). Subjetividad social, sujeto y representaciones sociales. *Revista Diversitas. Perspectivas en Psicología*, vol. 4, n.º 2.
- Grajales Usuga, Martha Elena (2022). Las emociones y su relevancia moral y política. *Franciscanum*, 178, vol. 64, pp. 1-42.
- Guattari, Félix (1998). *El devenir de la subjetividad*. Dolmen Ediciones. Santiago de Chile.
- Heller, Ágnes (1985). *Historia y Vida Cotidiana. Aportación a la sociología socialista*. Editorial Grijalbo. México.
- Heller, Ágnes (2009). *A Theory of Feelings*. Lanham: Lexington Books.
- Insulza, José Miguel (2015). Desigualdad, democracia e inclusión social, en Organización de los Estados Americanos, *Desigualdad e Inclusión Social en las Américas. 14 Ensayos*. 2.º edición.
- Lamas, Marta (2025). *¿Ideología de género? Disputas políticas sobre la diferencia sexual*. Penguin Random House Grupo Editorial. Ciudad de México.
- Licea, Mariana y Rodríguez, Camila (2025). ¿Cómo están viviendo las juventudes? En radiografía de las juventudes: entre diversidad y desigualdades. En library.fes.de/pdf-files/bueros/quito/22214.pdf.

- Moscovici, Serge (1979). *El psicoanálisis, su imagen y su público*. Ed. Huemul, Buenos Aires, 2.º edición.
- Mouffe, Chantal (2023). *El poder de los afectos en la política. Hacia una revolución democrática y verde*. Siglo XXI Editores. Buenos Aires.
- OIT (2025). *Juventud en cambio: Desafíos y oportunidades en el mercado laboral de América Latina y el Caribe*. OIT. En www.ilo.org/es/publications/informe-juventud-en-cambio-lac.
- ONU (2019). ¿Qué es la desigualdad? En news.un.org/es/story/2019/07/1459341.
- OXFAM (2025). El saqueo continúa. Pobreza y desigualdad extrema, la herencia del colonialismo. En www.oxfam.org/es/el-saqueo-continua-pobreza-y-desigualdad-extrema-la-herencia-del-colonialismo.
- Rodríguez Kauth, Ángel (1987). *Psicología de las actitudes y estructuras cognitivas*. Editorial Universitaria UNSL. Argentina.
- Sader, E.; García Linera, Á.; Forster, R. (2016). *Las vías abiertas de América Latina. Siete ensayos en busca de una respuesta. ¿Fin de ciclo o repliegue temporal?* Editorial Octubre. Buenos Aires.
- Schütz, Alfred (1993). *La construcción significativa del mundo social. Introducción a la sociología comprensiva*. Paidós. Barcelona.
- Solano, Fabiana (2025). Niñez y juventud en emergencia: el ajuste que silenciosamente desarma la salud mental. *El Destape*. En www.eldestapeweb.com/sociedad/salud/juventudes-en-emergencia-el-ajuste-que-desarma-la-salud-mental-20258919025.
- Weber, M. (1987). *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Whittaker, J. (1971). *Psicología*. Editorial Interamericana. México.

Post scriptum acerca de las juventudes

GRACIELA CASTRO

Hija del desconcierto y la penumbra,
avanzo a duras penas con mi carta de construcciones
y naufragios.

Olga Orozco, "El revés de la trama",
Mutaciones de la realidad, 1979

El sentido del *post scriptum*

A los pacientes lectores que arribaron a estas páginas tras recorrer las anteriores, fue innecesario advertirles que no había ninguna intención de nuestra parte de proponer un recorrido que, de manera infantil y desconsiderada, invitara a una lectura cercana a la maravillosa *Rayuela* cortazariana. Ello hubiese sido una imperdonable soberbia por parte de alguien que, desde sus primeras lecturas adolescentes, halló en Julio Cortázar no solo un magnífico escritor, sino quien, junto a sus cronopios y famas, nos permitió adentrarnos en tantas historias que no únicamente nos acercaron a personajes entrañables junto a historias particulares, sino que también nos permitieron aprender y disfrutar el significado de las palabras adecuadas. Los lectores pueden leer *Rayuela* del modo que les resulte apropiado: ya sea de manera secuencial o alternando capítulos. Pero acá no estamos en un texto literario, aunque las eternas búsquedas personales no marquen fronteras entre la vida académica y la literatura: encontrándose ambas constantemente al escudriñar las palabras necesarias.

Cada uno de los textos precedentes, aunque podrían haber sido escritos en un mismo tiempo cronológico por recurrir a dimensiones teóricas similares y agregar ejes que aportaron a análisis anteriores, fue redactado en los meses de 2024 y 2025; no se modificó la población de estudio, aunque variaron las personas que siempre coincidieron en el territorio reafirmando la posición de ser investigaciones situadas. Asimismo, continuamos analizando en la investigación los involucramientos juveniles y la construcción de la politicidad cotidiana. Lo que fue cambiando es el contexto histórico, político, económico y social, tanto en nuestro objeto de estudio como en quienes investigamos; ambos continuamos siendo actores de ese tiempo, tanto a nivel local y nacional como global. Sin embargo, las sucesiones de circunstancias acrecentaron desigualdades sociales al mismo tiempo que el desencanto en el papel del Estado y colocaron, de tal manera, en zona de peligro el significado de la democracia como sistema de vida en sociedad. En las respuestas de las juventudes que estudiamos, encontramos que los posibles responsables de esa animadversión hacia la política –como símbolo de lo instituido– son quienes ejercen la función de políticos. Por consiguiente, si quienes la representan son percibidos como corruptos y alejados de la realidad y las necesidades de lxs ciudadanos, el símbolo es teñido en su representación por las acciones de los significantes.

Si regresamos a la analogía del inicio, cuya única pretensión es acudir a lecturas fundantes de nuestra recurrencia literaria, no serán los textos precedentes una invitación a apelar a aquellas *Instrucciones para subir una escalera*, donde, si una las respeta, llegará al último peldaño que indica el final y “se sale de ella fácilmente, con un ligero golpe de talón que la fija en su sitio, del que no se moverá hasta el momento del descenso” (Cortázar, 1962, 26). En nuestros textos nada es lineal y con final predecible; por el contrario, se asemeja a un camino plagado de dificultades, con luces

y sombras, incertidumbres, pero también apuestas a no sucumbir al desencanto.

El sentido de apelar a un *post scriptum* no surge de auto-percepciones distorsionadas de supuesta relevancia en los análisis que realizamos. Ello fue la consecuencia de hallarnos frente a todo el material, escrito como ya expresamos en distintos momentos en los dos últimos años, y encontrarnos con la continuidad de dificultades en las juventudes en especial, frente a un contexto en el cual la crueldad se va instalando como un goce para algunos mientras se acrecientan las desigualdades sociales, la violencia y cierta desazón por un futuro que pareciese no tener asidero en las juventudes. Así fue que nos encontramos en una situación política reciente en Argentina que desde ciertas observaciones se anunciaba con un resultado que presagiaba la posibilidad de modificaciones en el estilo del gobierno nacional cuyas decisiones afectan de modo desfavorable a amplios sectores sociales en los ámbitos de salud, educación, empleo, desarrollo científico y tecnológico, derechos humanos, economías regionales, por nombrar algunos. Sin embargo, los resultados electorales mostraron que, sin contar con los porcentajes que habían ubicado como ganador al actual gobierno nacional en octubre de 2023, las elecciones legislativas de medio término volvían a colocarlo con mayor cantidad de votos. Y regresamos a nuestra recurrente costumbre de releer análisis anteriores tras la búsqueda de explicaciones que nos acerquen a comprender algunas razones de los resultados electorales desde una perspectiva psicosocial y el vínculo con las juventudes.

Primera parada

La primera inexorable estación teórica, como ya es habitual en nuestras investigaciones, nos lleva a concentrar la atención en la vida cotidiana de las personas y las características

del contexto. La razón de ello vale reiterarla tantas veces como sea preciso: acordamos totalmente que dicha categoría está en el centro de la historia, y esta va revelando las consecuencias de hechos y situaciones que suceden a lo largo del tiempo; por consiguiente, las personas, sea el lugar que habiten y las vinculaciones que establezcan con la sociedad, ven reflejada en su cotidianidad dichas circunstancias, de manera favorable o desfavorable en cada caso en particular. Nos ubicamos en los años que enmarcan las investigaciones: 2023-2024 y 2025, que corresponden a dos gestiones de gobiernos nacionales diferentes; el primero, cercano a un perfil con tintes progresistas, y el segundo, marcadamente de ultraderecha. El primero, iniciado con amplias expectativas en la ciudadanía, pero que, a pocos meses de su inicio, debió transitar casi dos años bajo la presencia de una pandemia ocasionada por un virus desconocido para la humanidad global que implicó acudir a medidas de aislamiento con fines de cuidados para la población ante la ausencia de una vacuna que permitiera enfrentar el virus. Hacer referencia a la pandemia no resulta anecdótico pues, tras las campañas de vacunación, todas las actividades regresaron a la presencialidad, pero las consecuencias del aislamiento quedaron latentes, muchas de ellas sin resolver, y, con el transcurrir de los años, ciertas dificultades se agudizaron. Entre las áreas afectadas de manera negativa, se hallan la salud mental y el rendimiento en la calidad educativa. Sería inadecuado señalar que la pandemia ocasionó esas dificultades pues sin dudas preexistían, pero el contexto fue el marco apropiado para que se acrecentaran. En el área de la salud mental, ciertos grupos sociales como las mujeres, infancias, diversidades sexo-genéricas, juventudes y vejez tuvieron que enfrentar condiciones de mucha vulnerabilidad social y emocional, siendo propicia tal situación para expresar sentimientos de ansiedad, angustia y depresión, entre otros, que trajeron como consecuencia comportamientos de violencia y daños personales. Estas dificultades las advertimos en nuestras investigaciones cuando

durante el 2020 las juventudes que respondían a nuestras encuestas señalaban que los sentimientos que predominaban eran los mencionados anteriormente. No obstante, en el mismo tiempo, afirmaban que recurrían ampliamente al uso de comunicaciones a través de dispositivos electrónicos para la continuidad de todas sus actividades, fuesen personales, laborales o educativas. Era ese el mismo medio que también sería el espacio para expresar conductas de enojo y violencia. Como todxs recordaremos, el retorno a la presencialidad no disminuyó tales comportamientos, sino que, por el contrario, se acrecentaron.

Nos surge una primera reflexión que no es de ninguna manera original, pero vale recordarla: las comunicaciones mediadas por computadoras pueden ser una herramienta de importancia, y, de hecho, la incorporación de la inteligencia artificial lo viene demostrando en la actualidad. Sin embargo –y solo desde una mirada psicológica–, tales herramientas requieren cautela en sus usos. Desde las últimas décadas del siglo XX, cuando la sociedad informacional comenzaba a extenderse hacia todas las actividades humanas, se advertía que, a la par de ofrecer alternativas para responder a nuevos modos en las relaciones sociales y económicas, quedaban aspectos de esas relaciones que precisarían el contacto humano. La pandemia mostró empíricamente la importancia de esos vínculos que no quedaban reducidos a un contacto físico, sino a su significado. En definitiva, ello estaba mostrando la importancia de la *otredad* no como un mero discurso o eslogan publicitario, sino como una necesidad humana. Aquí se pueden bifurcar otras miradas en la construcción de la subjetividad: la presencialidad no es meramente una retórica; ella brinda la posibilidad del encuentro con el otro: son cuerpos, gestos, voces y silencios los que conforman ese vínculo. Allí se demanda la confianza interpersonal, necesaria para las escuchas y los debates; pero también comprender las diferencias, las discrepancias y las razones de acuerdos. Esto remite a la noción de comunidad, al nosotros que favorecerá construir

la subjetividad política. El reconocimiento de la *otredad* es un aspecto necesario para comprender los límites entre lo propio y lo ajeno. La virtualidad no necesariamente puede permitir esa diferencia. Varían el entorno, los tiempos y los sentimientos. Desde ya, la presencialidad no es una garantía de que se articulen tales elementos, pero ello nos conduce a otra situación que nos permita reflexionar más adelante. Por ahora, y solo frente al “encantamiento tecnológico”, recordamos aquella frase que leímos en el prólogo del editor del texto *La cibernética (cerebro y máquinas)*, cuyo autor es Wladislaw Sluckin.

Una vez, un monje inventó una máquina que podía demostrar la existencia de Dios. Cosa inteligente para una máquina. Sin embargo, el monje era más inteligente que cualquier máquina inventada hasta la fecha; pues hasta la fecha no ha habido máquina alguna que inventara un monje el cual pudiese demostrar cosa alguna (Sluckin, 1971, 9).

En los párrafos anteriores, dejamos entreabierto otra reflexión relacionada con la otredad, la apelación a las redes sociales y los sentimientos. No vamos a reiterar aquello ya expresado en cuanto a quienes decidieron el aislamiento de la población durante la pandemia y el protagonismo en ese tiempo de las redes sociales. Pues entendemos que, más allá de los sentimientos personales, se ocultaba un desencanto hacia un sistema de vida y sus representantes políticxs, que no respondían de manera adecuada a las necesidades de la población.

Segunda parada

En nuestros avances de investigación, también con el tiempo enmarcado en la pandemia, nos vimos compelidos a modificar los modos de acercarnos a las juventudes de nuestro territorio. Aquellas prácticas habituales que realizábamos,

ya fuese a través de entrevistas, observaciones en terreno de las actividades que organizaban o grupos focales, se convirtieron en reuniones y encuestas virtuales. Entendimos –desde el proyecto– que lo particular de la situación nos requería apelar a estrategias que nos permitiesen continuar con nuestro trabajo investigativo y atender con la necesaria rigurosidad científica los modos de comportarse de las juventudes. Así fue que durante el 2020 apelamos a las estrategias virtuales y en cada una de las encuestas que propusimos, como así también en las entrevistas, fuimos conociendo las preocupaciones y dificultades que cruzaban la vida cotidiana de lxs jóvenes. A través de sus testimonios, conocimos aspectos de sus modos de vida personales, por ejemplo, con quiénes vivían y cuántas personas compartían el espacio personal, si realizaban tareas de cuidado, cómo eran sus formas de comunicarse con sus familiares y amigos, su disponibilidad de contar con dispositivos tecnológicos para uso personal y las maneras de afrontar la continuidad de sus actividades, ya fuesen laborales o educativas. Del mismo modo nos interesó conocer sus emociones en ese tiempo tan particular y las expectativas que les surgían tras superar las medidas de aislamiento. Al regreso a la forma de vida anterior, aunque retomamos las modalidades presenciales en la investigación, nos pareció apropiado no desdeñar la virtualidad, aunque los ejes de análisis fueron colocando otros elementos, entre ellos focalizar en los involucramientos sociales, en particular respecto a la participación política, sus actores y la incidencia en la construcción de las identidades y las subjetividades políticas. También –en el retorno–, las prácticas políticas y sociales en Argentina mostraban ciertas turbulencias que afectaban –con sus modalidades– a la población en general. Comenzamos a hacer foco en aspectos más vinculados a las preocupaciones que afectaban a lxs jóvenes, el interés por incorporarse en actividades de grupos sociales, políticos o estudiantiles, como así también sobre el papel de la educación y el uso de las redes sociales, acerca de las cuales ya habíamos

advertido la recurrencia en otros momentos. En esos primeros testimonios, se reiteraba el temor hacia la violencia en los comportamientos sociales, colocando el tema con mucha preocupación en el atentado a la vicepresidenta de la nación, el cual fue visto de manera directa por millones de personas a través de las pantallas de televisión, pero también casos de feminicidios en las provincias. Con relación a las preocupaciones, la mayoría se centraba en cuestiones económicas que entorpecían las actividades propias y de su entorno familiar. Tales dificultades se originaban en medidas tomadas desde los espacios políticos institucionales. A medida que se acercaba el momento de las elecciones nacionales, también la situación socioeconómica se tornaba muy compleja. Grupos que se habían opuesto a las medidas de aislamiento decididas por el gobierno nacional, junto a otros con actitudes antivacunas, fueron ocupando espacios en las calles con comportamientos violentos. A nivel global tampoco el mundo transitaba momentos de calma. Los oficialismos no resultaban elegidos en las elecciones que se sucedían, y los grupos de extrema derecha ganaban día a día más espacios. En las respuestas que brindaban a nuestra encuesta, un importante porcentaje de jóvenes expresaba su interés para que quien ganara las elecciones presidenciales no dejara de lado los avances en los derechos logrados en años anteriores, atendiera al medio ambiente y propusiera políticas sociales destinadas al bienestar de las juventudes. En los meses previos a las elecciones en 2023, las actividades de los candidatos se fueron acrecentando. El oficialismo de entonces enfrentaba serias dificultades: por un lado, en cuanto a las políticas económicas que afectaban negativamente a la población, y, por otro, por las discrepancias internas en el frente político propio. En ese contexto comenzó a tener cada vez más presencia mediática un candidato cuyo perfil, si bien por entonces ya era diputado nacional, lo colocaba como *outsider* surgido de polémicos programas de televisión, que recurría a comportamientos disruptivos y bizarros, alejado de condiciones que facilitarían diálogos,

apelando fundamentalmente a las redes sociales para la difusión de sus propuestas mientras colocaba como elemento identificador de estas el uso de una motosierra.

Frente a estas expresiones, los testimonios de algunxs jóvenes que respondían a nuestra encuesta manifestaban preocupación por perder derechos logrados en años anteriores, en particular en áreas de género. Transcurridos cuatro meses del gobierno que se autoidentificaba como anarco-libertario, propusimos una nueva encuesta, y, mientras que algunas respuestas expresaban que ya en los pocos meses del nuevo gobierno la situación económica afectaba muy fuerte su vida cotidiana, otras mostraban esperanzas de que mejorara la crítica situación en el país y reproducían expresiones del candidato ganador señalando como responsables de ella a representantes del partido opositor, quienes, a su vez, llevaban el rótulo de “corruptos”. Al cumplirse un año de la gestión libertaria, propusimos una nueva encuesta, centralizada en estudiantes universitarios con la premisa de que, por tal condición, quizá contaban con la posibilidad de acceso a informaciones que superaban las que leían a través de las redes sociales.

Como en el apartado siguiente nos detendremos en la educación, por ahora abordamos aspectos psicosociológicos para intentar reflexionar a partir de las respuestas de las juventudes a quienes consultamos. De tal manera nos centramos, en primer lugar, en los ejes relativos a las representaciones hacia la política y sus actores y, en un segundo momento, al papel de la democracia. No tiene sentido reiterar análisis que sobre el tema ya realizamos en otro texto. Acá nos interesa considerar qué sucede con la representación de aquellos elementos que mencionamos tras haber transcurrido dos años del gobierno libertario y luego de los resultados de las elecciones legislativas en 2025, en particular en las juventudes. Ciertas encuestas continúan ubicando a dicho colectivo sociogeneracional con mayores seguidores en la actual gestión nacional. Nos detenemos un instante en este punto pues, cuando se lxs consulta por las razones de

esa elección, las respuestas mayoritariamente no se dirigen a fundamentos certeros o lógicos, sino que están atravesadas por comentarios sin razonamientos o que reproducen eslóganes de campaña. Pero regresemos a las respuestas dadas ante la última encuesta que propusimos desde el proyecto de investigación destinada a estudiantes universitarios. Rayando con la totalidad, las representaciones ubicaban a la política y sus actorxs como corruptxs, alejadxs de las necesidades de la población. Si recordamos ciertos discursos en la campaña electoral del actual gobierno nacional –que se mantienen–, era recurrente identificar con sentido despreciativo a lxs actorxs políticxs como “casta” que solo tenían como finalidad lograr el propio beneficio y no atender las demandas de lxs ciudadanxs. La pregunta consecuente sería qué sucedió con quienes ocuparon espacios institucionales en la política antes de la actual gestión para conducir a lxs votantes a colocarlos como personas no confiables y corruptas. Un primer aspecto nos invita a considerar –como propusimos en los textos anteriores– que vivimos en un mundo en el cual la intersubjetividad es importante: la presencia de otro es necesaria para ello, lo cual se vincula con el papel de la confianza interpersonal. De tal manera que *el otro* colabora en la construcción de la realidad, esto es, el entorno que brinda marco a esa relación. Por consiguiente, y recordando el clásico texto de Berger y Luckmann, la realidad se construye a través de una relación dialéctica donde las personas, a través de las interacciones, crean los significados que se incorporan a su propia realidad y son percibidos como tales.

La realidad social de la vida cotidiana es pues aprehendida en un continuum de tipificaciones que se vuelven progresivamente anónimas a medida que se alejan del “aquí y ahora” de la situación “cara a cara” (Berger y Luckmann, 1983, 49).

Más adelante, en el mismo texto, agregan:

Mi conocimiento de la vida cotidiana se estructura en términos de relevancias, algunas de las cuales se determinan por mis propios intereses pragmáticos inmediatos, y otras por mi situación general dentro de la sociedad (Berger y Luckmann, 1983, 62).

Entonces, ¿qué afecta la relación entre la política, sus actorxs y las juventudes? Los intereses de estos últimos no son satisfechos por lxs políticxs, y, como consecuencia de la representación que surge de tales dirigentes, la política como símbolo también es construida de manera negativa. Este proceso, que puede parecer muy sencillo, es el resultado de las relaciones intersubjetivas que se asocian a los propios intereses. En dicho proceso el lenguaje y las imágenes aportan a su construcción y, como también lo expresamos en los textos anteriores, quienes cuentan con el acceso a la información también disponen de la capacidad de ejercer cierto poder en las relaciones sociales.

Los individuos ya no pueden procesar conscientemente la inmensa y siempre creciente masa de información que ingresa en sus computadoras, teléfonos y pantallas de TV, en los periódicos online y en sus cabezas. Y sin embargo, resulta indispensable seguir, reconocer, evaluar y procesar toda esta información si desea ser competitivo y eficiente y triunfar (Berardi, citado por Fisher, 2016, 133).

Por otro lado, las juventudes actuales nacieron y crecieron durante la democracia. Cuando, en una de las encuestas, les preguntamos por los hechos sociales que rescataban en la historia contemporánea del país, sus recuerdos se extendían a lo sumo pocos años antes de la pandemia. Para muchxs adultos –por el contrario–, las evocaciones incluyen hechos tales como la dictadura, el regreso a la democracia, el tiempo de políticas neoliberales durante la década de 1990, la crisis del 2001, la sucesión de cinco presidentes en diez días, los años de gobiernos progresistas; todos ellos forman parte

sustancial de sus memorias sociales, pues fueron testigos de todos esos momentos históricos. Para la mayoría de lxs jóvenes, son hechos del pasado y, por lógica consecuencia, carecen de la resonancia emocional que pueden manifestar lxs adultxs. El presente tiene otras urgencias vinculadas a la vivienda, el trabajo o las maneras de relacionarse afectivamente. Solo por detenernos en un punto como es el laboral: las características actuales son totalmente diferentes a las de otros años. Lo que para generaciones anteriores implicaba precariedad, en el presente puede ser lo habitual sin que genere mayores conflictos.

En ese contexto se asoman otras demandas y nuevos actores. Pero al mismo tiempo se modifica la intersubjetividad: el *otro* ya no es alguien con quien se pueda articular acciones en conjunto; ese *otro* puede adquirir el papel de adversario, alguien que se está apropiando o pretende hacerlo de algo que también la otra persona desea o ha logrado. Entonces, se puede hacer visible la acción de destruir a ese *otro* que cuenta con lo que la otra persona desea. Apelamos a la afirmación de Marta Lamas (2025) en su estudio acerca de la ideología de género para coincidir en que en esa relación subyace la desigualdad en las maneras de percibir el género y las explicaciones que nos ayudan a entender los comportamientos antagónicos y los límites entre lo propio y lo ajeno. Por consiguiente, en ese marco, devienen las expresiones de violencia hacia el otro. En la esfera política, los grupos de ultraderecha vienen apelando sin tapujos a dichos comportamientos destructivos, en especial hacia las mujeres, las diversidades sexo-genéricas y los derechos logrados en los últimos años. Pero, de igual modo, la violencia en esos discursos se extiende a todo aquel que no acuerde con las ideas de los representantes de la ultraderecha. En las encuestas propuestas a los jóvenes de nuestra investigación, hallamos respuestas que mostraban afinidad con el gobierno libertario y le requerían –a dicho gobierno– medidas tales como las siguientes:

- Muerte a los K.
- Eliminar los subsidios.
- Dejar de financiar en temas de cultura, quitar los planes de personas que no realizan ninguna actividad.
- Los extranjeros vienen a estudiar gratis a base de los impuestos que pagamos, y ellos ni siquiera aportan a nuestra sociedad (algunas respuestas de jóvenes en la encuesta del proyecto de investigación).

Frente a tales respuestas –que también se observan en adultos–, nos planteamos los modos de construir las relaciones interpersonales. La destrucción del otro, la apelación a denigrar al otro, a responsabilizarlo de crisis o dificultades, se vuelven recurrentes en discursos y hasta en los modos de reaccionar. Acá la recurrencia a las redes sociales se asoma como espacio propicio para expresar la ira y la crueldad ya sea porque algunxs apelan al anonimato o porque otrxs, sin ocultar sus identidades personales, se atribuyen poder de disciplinamiento con quienes no comparten sus ideas. Apelando al uso de la libertad, los sectores de la ultraderecha y ciudadanxs de a pie se apropian de ese valor y lo vacían de significación. Entonces, las manifestaciones que no acuerden con sus ideas merecen ser destruidas, y quienes las expresen, censurados o desacreditados. He aquí otra expresión de la desigualdad: el otro tiene que ser destruido, y la política como símbolo de la práctica ciudadana se muestra con adjetivos negativos que se trasladan a sus actorxs, quienes con sus actitudes muestran la influencia de esa construcción social. Frente a tales expresiones, acordamos con la propuesta de Patricia Hill Collins: “¿Por qué meterse en política si uno no tiene esperanza de que las cosas puedan ser diferentes y mejores?” (Hill Collins, 2025, 75).

En un tiempo en que el futuro se muestra plagado de incertidumbres, proyectar en los otros la responsabilidad de cambios pareciese haberse vuelto la constante, y nos preguntamos, apelando a Fisher (2016), “¿qué ocurre cuando

los jóvenes ya no son capaces de producir sorpresas?” (24). Los gobiernos acuden a la moda del emprendedurismo como respuesta a las necesidades de la población y de tal manera depositan en cada sujeto la responsabilidad por su bienestar. Ya no se precisa al Estado como organizador de las políticas públicas ni hay elementos que aporten a la construcción de la subjetividad política.

Tercera parada

En el ámbito educativo, junto a no resolver la situación económica en las universidades, haber tenido que mudar de un día para otro las actividades a la virtualidad sin contar la mayoría de sus actorxs –tanto docentes como estudiantes– con experiencias previas en el uso de la modalidad virtual, sumándole las dificultades en la conectividad, dispositivos en condiciones de uso por muchos usuarios en cada hogar donde se concentraban todas las actividades del grupo familiar, demandó esfuerzos por parte de todxs. Así fue como ingresantes a la universidad transcurrieron un año solo recurriendo a los contactos virtuales para el aprendizaje, y, a pesar de que algunxs docentes apelaran a la creatividad, el agotamiento frente a las pantallas también se reflejó en la salud mental. Las urgencias por el retorno a la presencialidad parecieron no dar lugar para reflexionar acerca de las implicancias psicosociales ocasionadas por la pandemia. Atrás quedaba el tiempo dedicado a cada contenido, reducido por la realidad frente a las pantallas, que también había afectado los necesarios diálogos y debates que se producen en la presencialidad en el aula. Ese regreso fue diferente para todxs, y cada unx lo enfrentó con sus particularidades. En el ámbito laboral, también se tornó recurrente apelar a la modalidad remota, acentuada durante la pandemia, pues eso reducía los costos de la actividad. En ese encuadre adquirieron mayor protagonismo las comunicaciones

mediadas por computadoras y las redes sociales en especial. En los comportamientos sociales ciudadanos, se asomaron grupos antivacunas que también apelaron a la virtualidad para expresarse, y la violencia fue una marca constante en sus modos de comportarse. A esas expresiones se agregaron grupos políticos marginales pero que apelaron sin tapujos a manifestaciones violentas, no solo a través de las redes sociales, sino a través de actitudes en la vía pública, y cuya acción más violenta fue el intento de femimagnicidio a la expresidenta Cristina Fernández.

Dediquemos un primer tramo a las redes sociales. Su uso ya se había ido extendiendo a amplios sectores de la sociedad; muchos de sus usuarios lo hacían por cuestiones profesionales o laborales, otros por diversión. Pero la situación de aislamiento que produjo la pandemia las ubicó en un lugar relevante. En ese tiempo, junto a las comunicaciones a través de las pantallas, las redes sociales se ubicaron como los espacios apropiados para mantener los vínculos con otros. Los días pasaban a través de las imágenes que aportaban las pantallas. El encierro decidido por otras personas como un mecanismo de cuidado, pero que había alterado velozmente el ritmo y las actividades habituales, con el transcurrir de los meses, se tornó aversivo para las personas, y el espacio personal, en la mayoría de los casos compartido, fue vistiéndose de hostilidad y violencia. Informes posteriores mostraron cuántas vidas se habían protegido a través del aislamiento, pero quedaron las huellas de la incidencia en la salud mental y las prácticas sociales y laborales. Sería un error pensar que la pandemia ocasionó las desigualdades y la violencia en los comportamientos, pues tampoco los virus surgieron de manera imprevista ni de modo azaroso. Así se refería Claudio Katz al tema:

El coronavirus es una calamidad natural potenciada por el capitalismo. Desde hace muchos años se esperaba un cataclismo semejante como consecuencia del cambio climático, el calentamiento global, las inundaciones o las sequías. Pero la

catástrofe irrumpió a través de una pandemia, en un sistema económico-social que deteriora la naturaleza, corroe la salud y desprotege a los vulnerables (Katz, 2020, 2).

En un mundo y un tiempo histórico en que la vida se resquebrajaba, tanto a nivel humano como en el medio ambiente, un aparente desequilibrio producido por el capitalismo solo iba a agravar la precariedad y la vulnerabilidad de la mayor parte del planeta, mientras que la riqueza de los multimillonarios se acrecentaba. La segunda década del siglo XXI ya no era aquella de 1960 cuando se produjo un fuerte impulso en la tecnología en EE. UU. en el marco de la denominada por entonces Guerra Fría. Fue en este tiempo que el Departamento de Defensa de ese país se propuso desarrollar un sistema electrónico similar al que utilizaban las guerrillas maoístas y así construir defensas en caso de una guerra nuclear. Las décadas posteriores mostraron que los desarrollos tecnológicos superaban o, mejor, ocultaban su interés en focalizarse en guerras, y la sociedad informacional se extendió hasta los espacios personales. Las generaciones que nacieron en esas décadas fueron testigos del modo en que la tecnología se incorporaba en la vida cotidiana, y llegó el momento en que las pantallas se transformaron en la alternativa para sobrevivir al encierro que devino por una crisis sanitaria. Sin embargo, los dispositivos o las redes tampoco fueron los responsables del uso que se les otorgó en esos días. Las consecuencias del capitalismo y la falta de respuesta a las necesidades de las poblaciones acrecentaban la desazón, la violencia y el desencanto por un sistema de vida en democracia. La pandemia por el COVID-19 solo potenció su protagonismo.

Regresamos al punto de esta parada, la educación, y, acerca de la actitud hacia ella, consultamos a los jóvenes desde las tareas del proyecto de investigación. Observamos acuerdos en reconocer la importancia de dicha institución:

La educación es fundamental en la creación de nuevos actores sociales, en la actualidad la educación pública se ha visto deteriorada, fruto de políticas de ajuste estatal [respuesta de un estudiante].

Como reflexionamos en el texto específico sobre el papel y la importancia del conocimiento en las sociedades contemporáneas, aunque el financiamiento en las universidades públicas, al igual que en los organismos científico-tecnológicos, atravesaba momentos complejos, a partir de la gestión libertaria, el problema empeoró. Recordemos que, tal como lo explicitamos en el texto dedicado a la educación, las universidades públicas se financian básicamente con transferencias del Tesoro Nacional, cuyo porcentaje mayor se destina al pago de salarios de sus trabajadores. Como consecuencia de tales dificultades, durante 2024 y 2025 se sucedieron medidas de lucha que incluyeron paros de las actividades docentes, marchas por las calles de todas las ciudades del país donde hubiese una universidad, clases públicas y toma de edificios. A punto de finalizar 2025, la situación no se ha resuelto. A pesar de que, tanto en la Cámara de Diputados como en la de Senadores nacionales, se votó mayoritariamente para cumplir con los reclamos de la comunidad universitaria, desde el Poder Ejecutivo nacional se mantiene la negativa. En dichas medidas de lucha, las juventudes tuvieron amplia participación, evidenciándose mayor involucramiento en algunos grupos. Esa actitud se hizo evidente –en nuestro campus universitario– durante la toma del edificio que mostró enfrentamientos entre quienes estaban a favor y quienes se oponían.

El propio desinterés de los estudiantes y la comunidad en general en no hacer política, llevó a ese enfrentamiento (respuesta de estudiante que integraba el centro).

Cuando propusimos la última encuesta y el *focus group* desde el proyecto de investigación, decidimos destinarla únicamente a estudiantes universitarios pues inferíamos

que tal condición les brindaba la posibilidad de acceder a informaciones que superaran las opiniones que circulan a través de las redes en las cuales predominan las emociones por sobre la racionalidad. Las respuestas que obtuvimos mostraron lo erróneo de la hipótesis: en términos generales –lo que se advirtió también en otras medidas de lucha–, quienes se comprometen con la vida institucional de la universidad representan una cantidad más reducida.

Después de la toma nosotros dijimos: tenemos que volver también todos, mañana acá... el enfrentamiento de ayer no va a ser una razón para no seguir estando en la universidad y para no seguir haciendo todas estas otras cosas que también hace el centro de estudiantes [respuesta de estudiante que integraba el centro].

El tema del involucramiento de lxs estudiantes en las agrupaciones lo hemos considerado a lo largo del tiempo institucional del proyecto de investigación (desde 2000). Ese seguimiento investigativo nos permitió conocer las peculiaridades de las agrupaciones, cuyas maneras de comportarse se alejaban totalmente de los principios que habían sido centrales en sus orígenes, reduciendo sus actividades a dar respuestas instrumentales, pero dejando de lado la formación que había caracterizado a su agrupación hasta rechazar que su accionar implicaba una militancia. En los últimos años, se fue conformando otro grupo que no se identifica con ningún partido político, pero que presenta diferencias con relación a las anteriores: no solo muestran atención en resolver las situaciones específicamente relativas a las actividades estudiantiles, sino que también se involucran en las funciones institucionales de la gestión según corresponda y al mismo tiempo incorporan acciones que los acercan a movimientos sociales y barriales.

Somos un grupo de estudiantes y entonces sabemos lo que implica estudiar, preparar un parcial o un final y nos

bancamos en eso: si tenés un parcial, yo me ocupo de esa actividad en el centro o juntémonos a estudiar [respuesta de estudiante que integraba el centro].

Si la vinculación de las juventudes con los partidos políticos ha ido cambiando a través de los años, es esperable que lo mismo suceda en las agrupaciones estudiantiles. Entendemos que nadie puede acercarse a lo que desconoce, y la política como símbolo de la vida en sociedad requiere contar con información. He ahí donde la universidad como organización instituida no puede quedar relegada a responder demandas del mercado, como señalan algunas voces.

González Casanova advierte:

... tomar como referente la demanda potencial y futura del mercado de trabajo es condenar a la política educativa y las universidades a tareas mínimas que probablemente beneficien a menos de la quinta parte de la población y en muchas regiones a menos del 5 y hasta el 1% de la población (2013, 128).

Entonces, cuando en las actividades docentes nos hallamos frente a estudiantes que desconocen situaciones de la realidad social o escuchamos a través de los medios masivos respuestas de jóvenes que carecen de argumentos sólidos para explicar la situación del país y el sentido de sus elecciones, quizá sería oportuno detenerse en el papel de las instituciones y quienes las integran. ¿Qué información se ofrece a través de los medios masivos de comunicación? Los contenidos de las asignaturas en las carreras universitarias, ¿responden a las necesidades de la actualidad? Y podríamos agregar otro tema: ¿los docentes articulan con sus prácticas la referencia a aspectos económicos, culturales, políticos y sociales con los contenidos de las asignaturas? De modo lamentable, se ha ido extendiendo en el habla cotidiana que vincular los contenidos de las asignaturas con conocimiento teórico del contexto es “adoctrinar” a las juventudes. El conocimiento requiere la transdisciplinariedad, y el

aprendizaje no puede quedar reducido a un área temática en particular.

Ya lo demandaba González Casanova al expresar: “La educación tiene que comprender al hombre como creador de alternativas humanas” (2013, 135). De allí su apelación a “aprender a aprender”. Y afirmaba:

Si no se enseñan las matemáticas ligadas a la lógica, la lengua ligada a la literatura, la historia ligada a las teorías y métodos de sistemas y estructuras, la ciencia vinculada a las teorías y a los métodos experimentales y paraexperimentales, entonces no se está enseñando cómo aprender a aprender (2013, 139).

¿Quo vadis, futuro?

El calendario va anunciando el final de otro año. Tradiciones y costumbres se asoman en propagandas, tal vez reiterando ritos habituales. No obstante, aunque no esté presente en el habla cotidiana, ciertos fantasmas revolotean. La noticia lamentable es que no podremos acudir a las instrucciones para subir una escalera, tal como nos indicaba Cortázar. Y ello responde a que el último peldaño en la contemporaneidad no está visible. ¿Una escalera sin final? O ¿el final está construyéndose?

Regresamos a nuestra categoría fundamental: la vida cotidiana. En un texto que escribimos en 2021, señalamos:

De un día para el otro los ejes de la vida cotidiana mutaron sus parámetros habituales; el tiempo y el espacio se tornaron aversivos, vistiéndose con significados que traían consigo otras emociones construidas en ese nuevo tiempo: angustia, miedos, soledad. Esa pléyade de emociones se adueñaba de la vida cotidiana que adquiriría, a partir de entonces, una construcción diferente: el encierro y la soledad pasaron a ser temas habituales en el pensamiento y la vida de millones de personas (Castro, 2021, 228).

El sentimiento que predominaba por entonces era la incertidumbre. El tiempo cronológico no se detenía, pero el personal y el social respondían a lógicas diferentes. El otro eje es el espacio que perdía la intimidad para muchos a consecuencia de sus actividades profesionales o laborales y también, en demasiados casos, se vestía de violencia. La pregunta por la finitud de la vida dejaba de ser tema filosófico pues las noticias que circulaban a través de los medios de comunicación mostraban a diario tales consecuencias. No era un aislamiento voluntario, sino decisiones de otros que tenían una función en la vida política de todos los países. Quienes se resistían o se rebelaban ante la medida se enfrentaban a riesgos que, a su vez, traían consecuencia en otros. Tras masivas campañas de vacunación, el mundo pareció volver a ponerse en marcha. Pero ese regreso no halló al mundo –como algunos imaginaban– con mayor solidaridad y tolerancia. Los fantasmas estaban al acecho y allí continúan.

Buscar respuestas al hoy puede ser un desafío o una arrogancia. Con un encuadre geopolítico diferente al de la pandemia, un sentimiento permanece: la incertidumbre. Apelamos al análisis de García Linera (2022), quien afirma que estamos frente a un tiempo liminal. En ese tiempo de crisis donde el autor articula tres ejes, acumulación, legitimación, subjetivación o interpelación, la incertidumbre vuelve a presentarse. Nos detenemos en nuestra área de formación disciplinar, las ciencias sociales, y en nuestro tema de estudio, las juventudes. Identificar a la política y a sus representantes con adjetivos negativos no resulta consecuencia de una moda. Aunque con objetivos diferentes, nuevamente son otros –representantes políticos– quienes deciden prioridades para la sociedad sin detenerse en las necesidades de la población. Aunque en Argentina el voto es obligatorio para todos los ciudadanos de entre 18 y 70 años, el ausentismo en cada elección es un aspecto que no se debe descuidar. ¿Se volvió un acto instrumental sin el significado de otros tiempos? O ¿las propuestas de los partidos

políticos carecen de relevancia para lxs votantes? Regresamos al análisis de García Linera para tratar de comprender el comportamiento de la sociedad y el concepto de “tiempo liminal”.

No hay un norte que se vuelva atractivo, irradiante; imaginado, pero que nos ayude a ubicarnos hacia un destino. Es momento de un tiempo suspendido.

Los discursos que hasta poco tiempo convocaban a multitudes parecen haberse vestido de eslóganes sin resonancia emocional para las nuevas generaciones, quienes nacieron cuando ya llevábamos décadas en democracia, y hasta apelar a los años de gobiernos progresistas puede tornarse distante. Entonces volvemos a nuestra categoría central de análisis y sus ejes constitutivos: el espacio y el tiempo. El primero pasó a mostrarse a través de pantallas; con pocos caracteres, muy veloces en su difusión; con predominio de imágenes, sin apelar a certezas lógicas en su presentación y entrecruzado con desacreditación y violencia discursiva. En cuanto al tiempo: el pasado es reciente; el presente, con desigualdades, abundancia de información, urgencias, desinterés; y el futuro, plagado de incertidumbres. El autor al que estamos haciendo referencia en el párrafo anterior, en la conferencia de cierre del Coloquio Internacional Louis Althusser, se refiere a la “crisis del liberalismo decimonónico”, tanto a nivel económico como político, en el marco de su análisis sobre el tiempo histórico actual. La sucesión de crisis económicas fue poniendo en debate el modelo de acumulación. A ello se agregaron alternativas políticas que acentuaban el protagonismo del Estado para resolver crisis financieras. Parecía que a cada crisis era posible que le sucediese una propuesta de futuro que ahora no acertamos a definir por dónde estará. Los discursos políticos y sus representantes ya no interpelan a la sociedad y mucho menos a las juventudes. Mientras, las familias angustiadas para cubrir sus necesidades básicas; el acceso a la vivienda

complejo por los costos; el trabajo precarizado; la educación reproduciendo contenidos que no permiten analizar las situaciones que muestra la actual realidad; el protagonismo de los denominados *influencers*; el desprestigio hacia el conocimiento científico; y los representantes políticos sospechados de hechos de corrupción, discrepancias internas y sin plantear políticas que resuelvan las necesidades de la población conforman el escenario que se advierte en la realidad argentina de hoy.

Tal como asevera Nancy Fraser:

El famoso “déficit democrático” es en realidad parte constitutiva de la crisis generalizada del capitalismo financiarizado. Y como toda crisis generalizada, comporta una dimensión hegemónica (2024).

Allí ni los populismos de derecha, que prometen a sus votantes recuperar aquello que la casta política les había negado, ni las izquierdas, más allá de sus avances en la lucha por derechos y enfrentamientos hacia los multimillonarios, han logrado plantear alternativas frente a problemas que relacionan la economía y la política. Regresamos a Nancy Fraser:

Hemos entrado en una nueva fase: de un “simple” agregado de impases sistémicos, hemos pasado a una verdadera crisis de hegemonía, impulsada por un conflicto abierto sobre la frontera actual entre economía y gobernanza (2024).

No serán soluciones mágicas ni actitudes meramente voluntaristas las que permitan acercarse a un futuro diferente porque las complicaciones son profundas. Si bien, a partir de las respuestas que obtuvimos en nuestra encuesta, las juventudes tienen una actitud favorable hacia la democracia, al mismo tiempo no sucede lo mismo hacia la política y sus actores, y, si a ello se le agrega la disminución de participación en las elecciones nacionales y provinciales, algo está sucediendo en la vía social que requiere su

atención. Las derechas a nivel global y nacional se posicionaron como espacios capaces de dar vuelta las medidas de los partidos tradicionales que no habían dado respuesta a los reclamos sociales. Sin embargo, sus medidas y los modos de comportarse solo exacerban el hastío de una población que no logra avizorar un futuro sin tantas incertidumbres. La subjetividad política se halla fragilizada pues no se logra vislumbrar un proyecto colectivo y la incertidumbre frente al futuro se adueña de la vida cotidiana. Urge hallar un horizonte que pueda brindar alguna certeza sin fantasías. La educación y el desarrollo del pensamiento crítico tienen un espacio fundamental para aportar a una sociedad con dignidad y justicia para todas y todos.

Cuando reconocemos que nos necesitamos los unos a los otros, estamos reconociendo también los principios básicos que conforman las condiciones sociales, democráticas, de una vida vivible (Butler, 2022, 30).

Antes de arribar al final de este texto, entendemos necesario referirnos a un tema que, aunque no estuvo presente en las últimas encuestas realizadas desde el proyecto de investigación de manera directa en los años que consideramos para los análisis incluidos en esta ocasión, fue parte de otros momentos del trabajo investigativo. Está referido a las memorias sociales que fueron abordadas en dos artículos (Castro, “Un lugar para la memoria”, 2023; Castro, “El futuro entre la tragedia y la esperanza”, 2024). La atención al tema no respondió a una preocupación circunstancial, sino a la convicción de que su tratamiento no queda delimitado por tiempos cronológicos. Por ello entendemos que, si bien no lo incluimos como tema específico en estos últimos análisis, las decisiones del actual gobierno nacional con relación a él nos conducen a no dejarlo de lado al momento de proponer un último análisis. Como señalamos en párrafos anteriores, cuando les consultamos a los jóvenes de nuestra muestra por los temas que consideraban relevantes en la

historia reciente del país, advertimos que sus referencias no incluían hechos ocurridos durante la dictadura en Argentina ni el regreso a la democracia. Por la vinculación de quienes integramos el equipo de investigación con organismos de derechos humanos y convicciones personales, durante la vigencia del proyecto, hemos participado activamente de acciones y actividades relativas al tema y, a través de los años, siempre fue un punto central en todo el proyecto. De allí que advertimos con asombro que, en aquel momento, ninguna respuesta incluyera alguna referencia a hechos ocurridos en el país durante las décadas de 1970-1980.

La asunción del gobierno libertario en Argentina y las actitudes de este frente a los derechos humanos en el país, que tienden a modificar de plano las políticas de *Memoria, Verdad y Justicia* instaladas como políticas de Estado por parte de anteriores gobiernos nacionales, nos llevan a incluirlo en esta última reflexión. Desde el gobierno libertario, se apela a una *memoria completa* recordando peligrosamente a la que en los años iniciales de la democracia se pretendió instalar como *la teoría de los dos demonios*, buscando con ello colocar en un mismo plano a la violencia del Estado y la de grupos guerrilleros, dejando de lado que el primero jamás puede recurrir a la violencia –con sus acciones– como había sido durante la dictadura para atacar a la población. El trabajo constante que los organismos de derechos humanos, en especial Madres y Abuelas, realizaron desde aquellos años y continúan en el presente permitió que gobiernos democráticos –con sus matices propios– llevaran adelante políticas de Estado que favorecieron instalar el tema institucionalmente, y, con la incorporación de los trabajos provenientes del Banco Nacional de Datos Genéticos, el Equipo Argentino de Antropología Forense, los Juicios por la Verdad, entre otros, se lograron avances en la memoria social. Luego de la asunción del gobierno libertario, todos esos progresos han retrocedido por su actitud negacionista, con desprecio hacia los organismos de derechos humanos, el cierre de espacios dedicados a la memoria y la reivindicación de

responsables de delitos de lesa humanidad que cumplen prisiones decididas por la Justicia en años anteriores. Estas actitudes colocan en grave riesgo los consensos logrados en Argentina tras la reapertura democrática. Las preguntas que podrían surgir en este momento son estas: ¿cuál es el sentido de apelar a la memoria social cuando ya han transcurrido casi 50 años desde la dictadura?, ¿en qué medida afectan esas actitudes negacionistas a las juventudes?

Abordar la memoria involucra referirse a recuerdos y olvidos, narrativas y actos, silencios y gestos. Hay en juego saberes, pero también hay emociones. Y hay también huecos y fracturas (Jelin, 2020, 419).

En nuestras actividades de docencia, como también en diálogos compartidos con otrxs investigadorxs, expresamos la preocupación por el abordaje de las memorias sociales en las juventudes contemporáneas. Es comprensible que, con excepción de quienes tuvieron familiares que padecieron dolorosas situaciones o pérdidas ocasionadas por la dictadura cívico-militar, no guarden una resonancia emocional con hechos sucedidos en aquellos años. He ahí entonces la importancia del aporte de las instituciones dominantes para que la memoria no quede como hecho inmovilizado en el pasado. Tal como afirma Jelin (2020), “la contracara del olvido es el silencio”, y la memoria social tiene un significado que excede un tiempo determinado y precisa su vigencia más allá de las personas que fueron testigos y protagonistas. Luego de la reapertura democrática, se fueron construyendo consensos básicos orientados al pluralismo y respeto a los derechos. De tal manera, la consigna que se expresó al finalizar el Juicio a las Juntas Militares en 1985, “Nunca más”, quedó incorporada en la vida institucional del país. No se trata de una consigna vacía de significación, sino de la necesaria apelación a reencontrar la memoria como construcción colectiva con sentido de futuro para las generaciones que continúan.

La importancia de historizar las memorias, de mirar la historia de las memorias a lo largo del tiempo y no las memorias tomadas como sentidos cristalizados (Jelin, 2020, 521).

En el marco de las políticas decididas por la actual gestión de gobierno nacional, es preciso evitar el olvido de aquellos consensos básicos que se lograron luego del retorno a la democracia que convocaban a tiempos políticos de respeto y diálogos colectivos. Contribuir desde las instituciones, en especial la educación, a esa forma de vida ayudará a que no se retroceda en los derechos y también será un aporte para reducir las incertidumbres que ensombrecen el futuro y el sistema de vida en democracia.

Bibliografía

- Berger, Peter L. y Luckmann, Thomas (1983). *La construcción social de la realidad*. Amorrortu Editores. Buenos Aires.
- Butler, Judith (2022). *Sin miedo. Formas de resistencia a la violencia de hoy*. Editorial Taurus. Argentina.
- Castro, G. (2023). Un lugar para la memoria. *Kairós, Revista de Temas Sociales*. En revistakairos.org/un-lugar-para-la-memoria.
- Castro, G. (2024). El futuro entre la tragedia y la esperanza. Inédito.
- Castro, G. (2021). *La visita inesperada. Escenas de pandemia*. Editorial Teseo. Buenos Aires.
- Cortázar, Julio (1989). *Historias de Cronopios y de Famas*. Editorial Sudamericana/ Planeta. Buenos Aires.
- Davis, Angela; Hill Collins, Patricia; Federici, Silvia (2025). *¿Democracia para quién? Ensayos de resistencia*. Eterna Cadencia Editora. Argentina.
- Fraser, Nancy (2024). Hablar de crisis y eludir las fallas del sistema. La imposible democracia de mercado. En mondiplo.com/la-imposible-democracia-de-mercado.

- Fisher, Mark (2016). *Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?* Caja Negra Editora. Buenos Aires.
- García Linera, Álvaro (2022). Tiempo liminal, temporalidad plural. Conferencia de cierre del Coloquio Internacional Louis Althusser “Herencias y porvenir en un mundo incierto”.
- González Casanova, Pablo (2013). *La universidad necesaria en el siglo XXI*. Ediciones Era. Cuarta reimpresión. México.
- Jelin, Elizabeth (2020). *Las tramas del tiempo: Familia, género, memorias, derechos y movimientos sociales*. Compilado por Ludmila da Silva Catela, Marcela Cerrutti y Sebastián Pereyra. CLACSO. Buenos Aires.
- Katz, Claudio (04/2020). La pandemia que estremece al capitalismo. *Revista Posición*. Editorial de la Universidad Nacional de Luján.
- Lamas, Marta (2025). *¿Ideología de género? Disputas políticas sobre la diferencia sexual*. Penguin Random House Grupo Editorial. Ciudad de México.
- Sluckin, Wladislaw (1971). *La cibernética (cerebro y máquinas)*. Ediciones Nueva Visión. Argentina.

Autores

Yussef Becher

Doctor en Ciencias Sociales (FLACSO Argentina), magíster en Sociedad e Instituciones (UNSL), especialista en Políticas del Cuidado con Perspectiva de Género (CLACSO/FLACSO) y abogado (UCCuyo). Actualmente, realiza actividades de posdoctorado en la UNSL. Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Profesor adjunto e investigador en la Facultad de Ciencias Económicas, Jurídicas y Sociales (FCEJS) de la Universidad Nacional de San Luis (UNSL). Docente de grado y posgrado. Participó de la V Escuela Internacional de Posgrado de la Red INJU “Infancias y Juventudes” (CLACSO/CINDE-Universidad de Manizales). Realizó estancias de investigación en la UdelaR (Uruguay), el Max Planck Law (Alemania) y la UTEM (Chile). Coordinador académico de la Maestría en Sociedad e Instituciones (FCEJS-UNSL), director y codirector de becarixs, pasantes de investigación, tesis de posgrado y evaluador de artículos científicos. Coordinador de edición de *Kairós. Revista de Temas Sociales* (UNSL). Integra la Red de Investigadorxs en Juventudes Argentinas (ReIJA), el Grupo de Trabajo Interdisciplinario Derechos Sociales y Políticas Públicas (UBA) y el Observatorio Universitario del Derecho al Cuidado (UNICEN). Autor de artículos publicados en revistas científicas nacionales e internacionales, así como de libros. Sus temas de interés y prácticas investigativas giran en torno a las subjetividades juveniles en programas sociales e involucramientos.

Graciela Castro

Doctora en Psicología (UNSL), magíster en Sociedad e Instituciones (UNSL) y licenciada en Psicología (UNSL). Profesora titular e investigadora en la Universidad Nacional de San Luis (UNSL). Profesora extraordinaria consulta de la Universidad Nacional de San Luis (UNSL). Investigadora categoría I del Programa Nacional de Incentivo a Docentes Investigadores. Docente de grado y posgrado. Directora de proyectos de investigación sobre juventudes desde el año 2000 (PICT/UNSL). Directora de la Maestría en Sociedad e Instituciones (FCEJS-UNSL), directora de tesis, becarios y pasantes de investigación y evaluadora de proyectos e investigadores, tesis de posgrado y artículos científicos. Editora responsable de *Kairós. Revista de Temas Sociales* (UNSL). Autora de artículos publicados en revistas científicas nacionales e internacionales y libros. Sus temas de interés y prácticas investigativas giran en torno a la vida cotidiana de las juventudes y los involucramientos sociales. Integra la red de Centros CLACSO-Argentina desde 2008. Integra el Comité Directivo de CLACSO como representante de Argentina (2022/2025; 2025/2028).

Como investigadores en ciencias sociales en la universidad pública argentina, somos testigos del descrédito del gobierno nacional hacia dichas ciencias y del desfinanciamiento a las universidades. Frente a ello, la convicción es continuar trabajando con rigurosidad científica y compromiso social. En los textos de este libro, se abordan las culturas juveniles sin cortapisas ni prejuicios, procurando conocerlas y escucharlas. Las investigaciones se realizaron entre 2023 y 2025. La ubicación temporal se vincula con los avatares políticos vividos en Argentina: el final de un gobierno con tintes progresistas y el inicio de un gobierno de derecha que desfinancia la salud, la educación, el trabajo, los organismos científico-tecnológicos, la cultura. También se acrecientan las desigualdades y se advierte un desencanto hacia la política y sus actores. En ese contexto, las juventudes son identificadas como seguidoras del nuevo gobierno nacional mientras padecen desocupación y desatención de sus derechos.

Graciela Castro es doctora en Psicología (Universidad Nacional de San Luis, UNSL), magíster en Sociedad e Instituciones (UNSL) y licenciada en Psicología (UNSL). Es profesora titular, profesora extraordinaria consulta e investigadora en la UNSL, así como docente de grado y posgrado. Es investigadora categoría I del Programa Nacional de Incentivo a Docentes Investigadores y directora de la Maestría en Sociedad e Instituciones (FCEJS-UNSL). Es editora responsable de *Kairós, Revista de Temas Sociales* (UNSL).

Yussef Becher es doctor en Ciencias Sociales (FLACSO Argentina), magíster en Sociedad e Instituciones (UNSL), especialista en Políticas del Cuidado con Perspectiva de Género (CLACSO/FLACSO) y abogado (UCCuyo). Es profesor adjunto e investigador en la UNSL, y se desempeña como docente de grado y posgrado. Es coordinador de edición de *Kairós, Revista de Temas Sociales* (UNSL).


teseo

